

**BO  
GO  
TA  
CUEN  
TA**

Decir  
los  
días

# BO GO TA CUEN TA

Decir  
los  
días

## **Alcaldía Mayor de Bogotá**

Claudia Nayibe López Hernández  
ALCALDESA MAYOR DE BOGOTÁ

## **Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte**

Nicolás Montero Domínguez  
SECRETARIO DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

## **Instituto Distrital de las Artes-Idartes**

Catalina Valencia Tobón  
DIRECTORA GENERAL

Paula Villegas Hincapié  
SUBDIRECTORA DE LAS ARTES

Carlos Mauricio Galeano Vargas  
SUBDIRECTOR DE EQUIPAMIENTOS CULTURALES

Leyla Castillo Ballén  
SUBDIRECTORA DE FORMACIÓN ARTÍSTICA

Adriana María Cruz Rivera  
SUBDIRECTORA ADMINISTRATIVA Y FINANCIERA

## **Gerencia de Literatura**

Adriana Martínez-Villalba  
GERENTE DE LITERATURA

Ricardo Ruiz Roa  
COORDINADOR DE ESCRITURAS DE BOGOTÁ,  
2019-2020

Carlos Ramírez Pérez  
María Camila Jaramillo Laverde  
María Eugenia Montes Zuluaga  
Olga Lucía Forero Rojas  
Yenny Mireya Benavídez Martínez  
EQUIPO DE LA GERENCIA DE LITERATURA

## **Oficina de Comunicaciones**

Ángela María Canizalez Herrera  
ASESORA DE COMUNICACIONES

María Barbarita Gómez Rincón  
COORDINACIÓN EDITORIAL

Ana María González Sanz  
SELECCIÓN, EDICIÓN Y CUIDADO DE TEXTOS

Edgar Ordóñez  
REVISIÓN DE TEXTOS

DAVID REYES  
DISEÑO

Paula Andrea Gutiérrez  
DIAGRAMACIÓN

Ana María Morillo  
FOTOGRAFÍAS E ILUSTRACIONES "ESTAMPAS DE MI INFANCIA"

Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S.  
IMPRESIÓN

© Instituto Distrital de las Artes-Idartes  
© Luis Camilo Dorado, Diana Argüello Orozco, Sergio Clavijo, Hugo Hernández Plazas, Miguel Ángel Cuesta, César Vargas y Vanessa Peñuela, Diana Ospina Monsalve, Rocío Perea Daza, Dayanna Reyes Copatija, Siloé Bravo, Susana Rico, Kelly Rocío Mendieta, Camilo Uribe Góez, Alaiín Medina, Jessica Montilla, María Roda Otero, Lucy del Socorro Morales, Abel Gualí Valderrama, Ana María Morillo, Iván Alejandro Trujillo Acosta, Juan Camilo Rincón, Juan Carlos Castillo Barrios, Huver Camacho González, Laura Robles, Alexander Rosales, Angie Julieth Quiroga Rincón, Joan Sebastián Lopez Riaño, Daniela Mahé Soto

Julio de 2021  
ISBN impreso: 978-958-5595-79-8  
ISBN digital: 978-958-5595-80-4

Idartes  
Carrera 8 n.º 15-46  
Bogotá, D. C., Colombia  
(57-1) 379 5750  
contactenos@idartes.gov.co/  
www.idartes.gov.

# Contenido

---

PRESENTACIÓN	●	9	
PRÓLOGO	●	13	
LA INEVITABLE METAMORFOSIS	●	19	Canción de los primeros días <i>Luis Camilo Dorado</i>
17		23	Doña Elvira <i>Hoffen</i>
		33	Ser uno mismo es un video <i>Sergio Clavijo Ortiz</i>
		43	Imago <i>Hugo Hernández Plazas</i>
		65	Lo que queda adentro <i>Miguel Ángel Cuesta</i>
		85	Adentro <i>César Vargas y Vanessa Peñuela</i>
SABERSE MORTAL	●	89	Pum pum ta ta <i>Diana Ospina Monsalve</i>
87		93	Pequeña mía <i>Rocío Perea Daza</i>
		97	La fragilidad de los niños <i>Dayanna Reyes Copajita</i>
		101	A donde me lleven los pies <i>Siloé Bravo Suárez</i>
		115	La tormenta <i>Susana Rico Barrera</i>
EL AMOR Y EL EROTISMO	●	121	Origen/Ocaso <i>Kelly Rocío Mendieta</i>
119		125	Los hongos que usa mi mamá para hacer ensalada <i>Camilo Uribe Góez</i>
		129	Por el café <i>Alaín Medina</i>

CORRE EL TIEMPO  
Y EMERGE LA  
MEMORIA  
**143**

- 133 Lluvia despiadada  
*Jessica Montilla*
- 137 Expedición Kepler-75  
*María Roda Otero*
- 145 Cinco poemas  
*Lucy del Socorro Morales*
- 151 Tres poemas cortos  
*Abel Gualí Valderrama*
- 155 Estampas de mi infancia  
*Ana María Morillo*
- 173 Poemario sabroso  
*Iván Alejandro Trujillo Acosta*
- 181 Cuando las palabras se hicieron pintura:  
cien años del natalicio de Enrique Grau  
*Juan Camilo Rincón*
- 191 Último adiós  
*Juan Carlos Castillo Barrios*
- 205 Flor de loto  
*Huver Camacho González*
- 211 Los treinta y un matrimonios del juez de  
San Estanislao  
*Laura Robles Muñoz*

LO FANTÁSTICO  
EN LO COTIDIANO  
**221**

- 223 El autor de la obra  
*Alexander Rosales*
- 237 Quince animales y una bruja  
*Angie Julieth Quiroga Rincón*
- 245 Un mago en Varsovia  
*Joan Sebastián López Riaño*
- 253 Biohó  
*Daniela Mahé Soto*



# Presentación

---



Es para mí un honor abrirles la puerta a los lectores de esta maravillosa antología de textos de los participantes del programa Escrituras de Bogotá, un espacio de formación de la Gerencia de Literatura del Idartes en el que han participado escritores emergentes de las veinte localidades de Bogotá desde el año 2012.

La presente edición reúne los textos de dos grupos de escritores: por una parte, los de la Red de Talleres Locales de Escritura del segundo semestre de 2019, y por otra, los participantes en los Talleres Distritales de Literatura Ciudad de Bogotá del primer semestre de 2020.

Celebro con especial emoción este libro porque en marzo de 2020, cuando los talleres distritales ya habían empezado su proceso, nos vimos obligados a interrumpir los encuentros presenciales por las medidas de emergencia sanitaria asociadas a la pandemia, y los talleres tuvieron que mudarse a la virtualidad de manera inesperada. En ese entonces no sabíamos que nos esperaba uno de los años más extraños y difíciles de nuestra vida y, sin embargo, gracias al trabajo apasionado de los directores de taller y al interés y la dedicación de los participantes, los cinco talleres distritales consiguieron mantenerse activos hasta julio y lograron la más alta cifra de asistentes en la historia del programa.

Resultados como estos no solo nos llenan de esperanza, sino que nos obligan a reflexionar sobre el poder que tiene la literatura para entender aquello que nos pasa en la vida. De un momento a otro nuestros días cambiaron y fue como si la lectura y la escritura de ficciones, crónicas, poesías y narrativa gráfica se nos hubiera convertido en una necesidad, en una posibilidad de supervivencia y de conocimiento de nosotros mismos. La lectura y la escritura para *decir los días*.

Los textos reunidos en esta antología, que estuvo a cargo de la editora Ana María González Sanz, son una muestra del talento y el entusiasmo creador de un grupo de escritores emergentes de Bogotá, y son también una ventana a los mundos posibles de nuestra ciudad.

Mi agradecimiento especial a cada uno de los participantes de los talleres y a los directores que los guiaron y acompañaron. Su talento y su amor por la literatura son nuestra inspiración para seguir trabajando por las artes en Bogotá.

*Catalina Valencia Tobón*

Directora general

Idartes



# Prólogo

---

Decía Stefan Zweig que “de todos los misterios del universo, ninguno más profundo que el de la creación”. Y es que, en ese juego de espejos que es la literatura, vemos nuestro propio reflejo en el rostro de otro y nos reconocemos en ese extraño cuyo corazón guarda sentimientos que calcan los propios. El autor, aquel que crea, ancla ese deseo de hacer que suscita el misterio e inventa un mundo.

En este libro reunimos la obra de veintiocho autores que escribieron sus obras en la Red de Talleres Locales de Escritura 2019 y los Talleres Distritales Ciudad de Bogotá 2020 ofrecidos por el Instituto Distrital de las Artes-Idartes. Estos talleres fueron el espacio que permitió que los escritores aquí publicados se concentraran en trabajar sobre el germen de una idea y que, con el acompañamiento de un maestro, se adentraran en el quehacer de la escritura. Hubieran escrito ya o apenas fuera este su primer acercamiento al oficio de escribir, lo cierto es que los talleres fueron para los autores un lugar que les permitió aguzar la observación y la atención, formarse en la técnica y situarse en su presente como creadores de una realidad.

Una cuestión interesante, y que el lector podrá apreciar al leer este libro, es ver cómo en la capital colombiana converge el país entero. Y no es solo que las obras se sitúen en distintas regiones de Colombia —a orillas del río Paraguachón, en Nariño, en el campo cundinamarqués—, sino que además en estas se expresan el carácter, las formas de relacionarse, el sentir de esos pueblos que reunidos son nuestro país.

*Decir los días*, título de esta edición de Bogotá Cuenta, nos lleva a pensar en aquello que compone la cotidianidad y que a la vez compone la vida entera, como las gotas que hacen el mar.

Esta antología quiere llevar al lector por una serie de tópicos sobre los cuales se agruparon obras de diversos géneros —cuento, poesía, novela, narrativa gráfica y crónica—. De esta manera, el lector se dará cuenta de los intereses que quisieron explorar los autores y se hará una idea de los asuntos sobre los que versa la literatura colombiana contemporánea.

Comenzamos con “La inevitable metamorfosis”, que reúne textos que tratan la introspección, la vida interior, la transformación

que se da con los conflictos y el fluir de la vida. En la segunda parte, “Saberse mortal”, hay obras que nos hablan del conflicto armado en Colombia, de ritos fúnebres a la orilla del mar, de la conciencia de la presencia de la muerte. Y anudado a esto llegamos a las obras cuyo tema central es el erotismo y el discurso amoroso, y que reflejan el interés de nuestra sociedad en explorar los senderos del deseo y del amor. En la cuarta parte agrupamos las obras que tratan sobre la memoria y el transcurso del tiempo. Allí encontramos textos que tienen que ver con los recuerdos personales de infancia, y también de la memoria colectiva, así como la importancia de las costumbres que conforman nuestra idiosincrasia. Por último, está lo fantástico en lo cotidiano, que habla de lo mágico en la realidad ordinaria.

Los invitamos, pues, a leer estas obras que constituyen un panorama actual de la literatura colombiana.

*Ana María González Sanz*

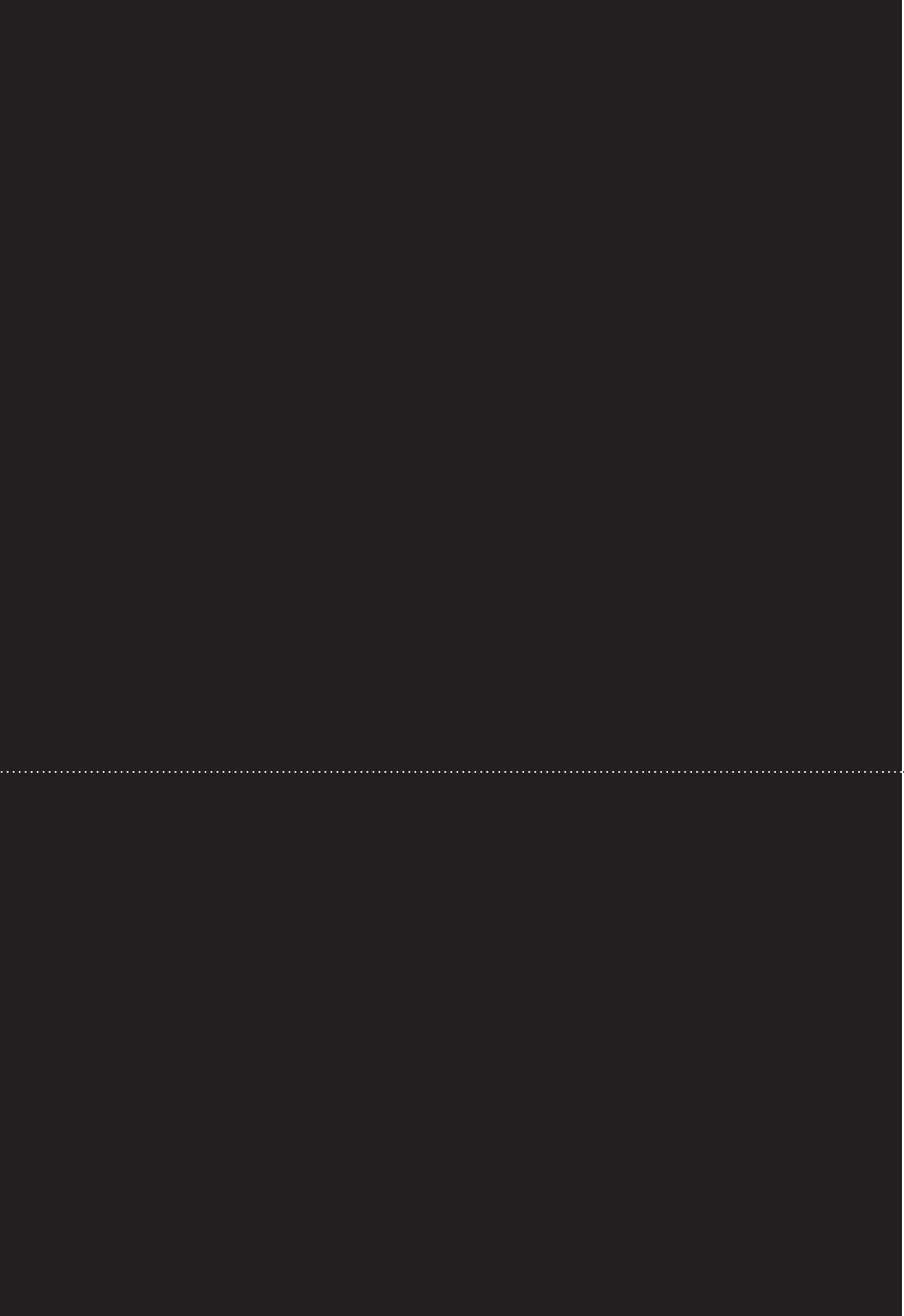
Editora



# La inevitable metamorfosis

---





# Canción de los primeros días

Luis Camilo Dorado

**Taller Distrital Poesía  
2020**

## Sobre el autor

Nació en Bogotá en 1985. Maestro en Artes Plásticas por la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Su poema “Violencia de Obregón” obtuvo una mención en el Concurso Nacional Casa de Poesía Silva 2017. En 2019 fue incluido en las antologías *Nuevo sentimental* de la editorial Luna Libros y *Pecados capitales* de Ediciones Exilio.

El mundo aún era silencio cuando Dios pronunció la palabra luz y las galaxias invisibles palpitaron para abrazar la oscuridad del universo.

En el principio, la música de la deidad descubría praderas bajo la líquida extensión de la tierra, aves y cetáceos de vocablos desconocidos eran pronunciados una sola vez para emerger del silencio. Para el hombre no hubo palabra, solo un hálito de vida para su cuerpo de polvo.

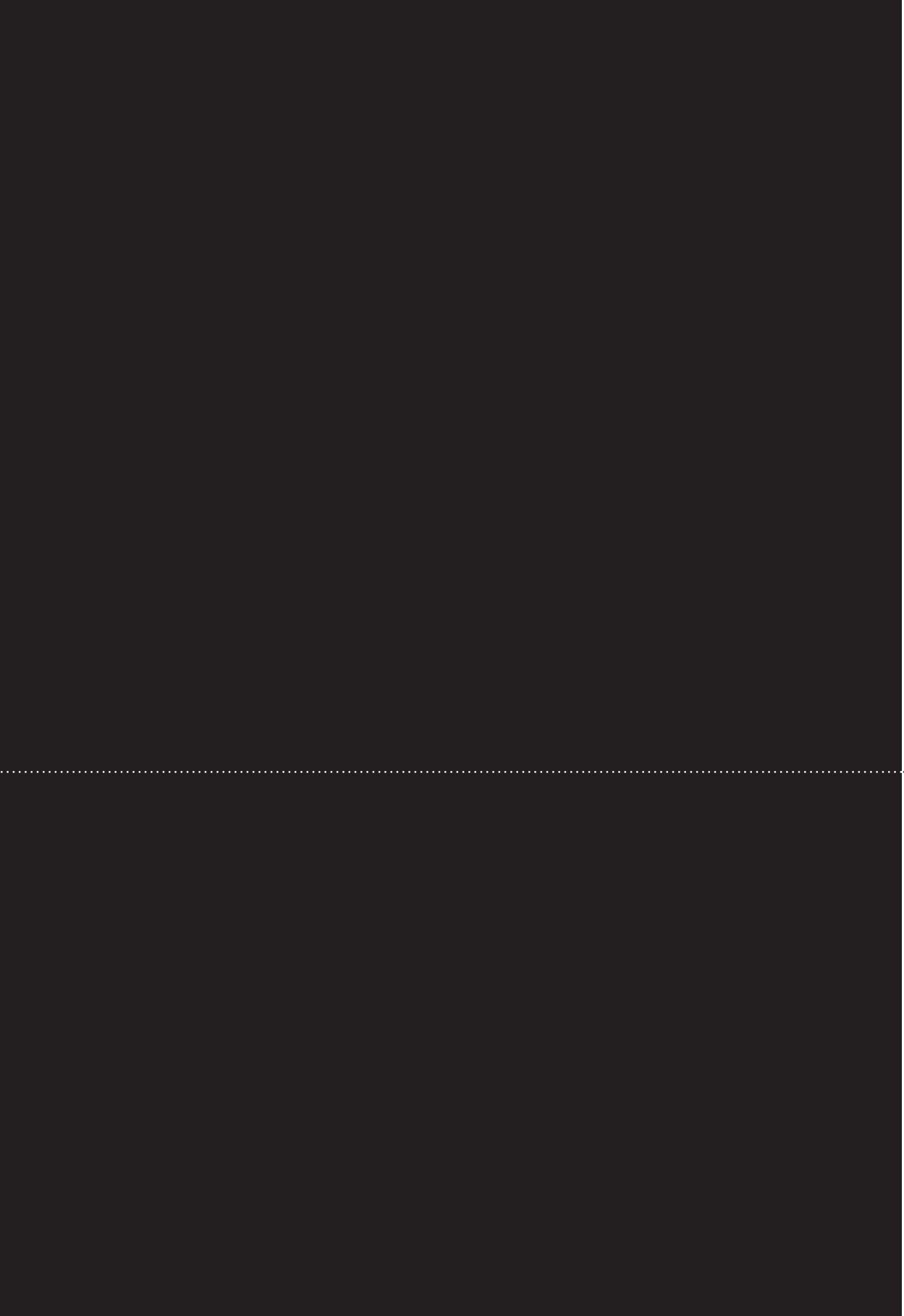
Sin más lenguaje que un sonido de pájaros y agua, el hombre improvisa en el huerto sus primeras oraciones, piensa en cómo nombrar correctamente a cada insecto. Frente a su asombro, solo tiene las palabras para señalar aquello que desconoce, y con ellas dice: *molusco, gallinazo, bisonte, caimán*, pero queda sin nombrar la contracción del caracol hacia su concha o la fuerza oculta en el pelaje de un bison que corre para reagruparse a su manada. Así, el hombre puebla el silencio de la tierra que lo habita y pasa días nombrando el viento o la fruta madurada, para evitar el olvido o el cruce de vocablos en su memoria virgen; descubre en su tarea que hay algo de Dios en las hormigas que buscan la carnosidad del mango, y las señala sin precisar el nombre exacto para ellas. Hay días en que los nombres no llegan y el animal desaparece lento en las estepas con su significado aún oculto.

El cerdo en sus orígenes fue llamado *barro*, y las aves llevaron el nombre de *aire* en sus primeros vuelos; luego fue necesario renombrarlos con calificativos más precisos (*porque había animales a los que era ineludible darles un primer nombre en la tarde y otro en la mañana, para finalmente abandonarlos*).

La primera pareja sobre la tierra pensó que los intentos repetidos del mar por abrazar la arena necesitaban un nombre, como todo lo creado. Así llegó la ola sobre la palabra *orilla*, que luego se convertiría en *oleaje*, esa misma palabra que se perdía a la distancia fue necesario extenderla y cubrir con ella la línea que dividía las aguas de los cielos. Así apareció el horizonte y un nombre diferente para indicar la aparición de los astros, otro para las tardes y las diferentes formas climáticas del génesis.

La mayoría de seres podían ser recordados por algún vocablo, salvo algunos depredadores nocturnos o aquellas criaturas invisibles en la profundidad de los abismos oceánicos. Esa era la tarea del hombre en un comienzo antes de labrar la tierra: liberar el significado de las cosas. No era suficiente nombrarlas solamente: las palabras son apenas la respiración de lo que vemos. Hay un ejemplo en la palabra *nube* que, aunque tiene algo de ingrátido, no es tan ligera como ese cuerpo cambiante de aire que se diluye o se condensa al final del día. Por eso es necesario juntar palabras para señalar de manera correcta, y saber que a una piedra pueden llegar a pertenecer todas las palabras del mundo. El poeta tiene esa necesidad. A veces es suficiente decir *pedra*; otras veces se requiere pulir o partir su cuerpo endurecido para dejarla ir, como un animal en los orígenes. Las piedras esconden en su porosidad un lenguaje de sombras antiguo e innombrable, y todo lo que hay entre una nube y una piedra requiere esa labor, una existencia dentro del lenguaje.

Quien escribe poesía, vive de aquel oficio ancestral. Nombramos en la búsqueda de aquella palabra de la cual estamos hechos, buscamos en ello nuestro propio significado, que está lejos de las palabras o que, más bien, pertenece a un hálito de vida intraducible que se origina en el silencio.



# Doña Elvira

Hoffen

**Red de Talleres  
Locales de Escritura 2019**  
Localidad de Los Mártires

## Sobre la autora

Nació en Cali en 1978. Diana Argüello Orozco, artísticamente conocida como Hoffen, es comunicadora social y directora de arte. Ha participado en varios festivales internacionales de cine con algunos de los proyectos audiovisuales en los que ha colaborado. Desde 2018 se ha interesado en ahondar con las letras en su parte artística. Ha realizado dos talleres de escritura creativa del Idartes y es una de las fundadoras del colectivo de mujeres escritoras Las eMergentes.

Esa tarde calurosa, doña Elvira buscaba un poco de sombra en el balcón de su apartamento. Había un almendro al frente, en la acera, que refrescaba un poco las tardes calientes de julio. Le pareció extraño ver parquear una camioneta elegante, con vidrios polarizados, y más extraño aún, que se bajaran dos tipos grandes y un hombre inválido.

Le pareció notar cierta sincronía en esos dos macancanes: mientras uno abría la cajuela para sacar una silla de ruedas, el otro abría la puerta de atrás y sacó cargado, como si fuera un muñeco de ventrílocuo, tullido, a quien sentó en la silla, que ya estaba dispuesta para recibirlo. Los dos hombres la alzaron al mismo tiempo, como si fuera la escultura de un santo en una procesión, y aparatosamente subieron las estrechas escaleras de metal que llevaban a su casa.

—Buenas tardes, jóvenes.

—Buenas tardes, doña Elvira —dijeron los tres al unísono, como si ya lo hubieran ensayado.

Aunque nunca había visto a esos hombres, a doña Elvira no le pareció extraño que supieran su nombre. Se ufanaba de tener, a sus 81 años, muy buena memoria, pero no recordaba haber visto antes las caras brillantes de los muchachos; tampoco recordaba el rostro enjutado y pálido de ese hombrecillo de unos cincuenta años, que tenía cara de haber vivido más de una vida.

Cuando terminaron la proeza y llegaron al piso de arriba, frente a la puerta de su casa, los invitó a seguir.

—Sigan, jóvenes, bien puedan. ¿En qué les puedo servir?

El hombre sentado le agradeció la hospitalidad y se disculpó por la visita inesperada. A doña Elvira le pareció que ese señor era bastante educado para ser traqueto; pero el carro, la cadena de oro y los guardaespaldas decían lo contrario.

No existía ninguna persona en los años noventa en Cali, que gustara de los placeres del cannabis y no conociera a doña Elvira. La señora de cara amable, un poco regordeta y con pelo totalmente blanco, llevaba más de sesenta años vendiendo sus moños en la misma casa, y nunca, nunca, había tenido ningún problema con la ley. La conocían los jíbaros, los estudiantes, los policías, los vecinos, los ladrones y los traquetos. Podía decirse que era una eminencia:

su marihuana era conocida por su calidad excelsa, y Elvira era una persona correcta, justa, vendía a un precio razonable y con buena atención. Por supuesto, no le vendía a cualquiera que fuera a preguntar por ella. Era precavida y conservadora, pero su fama la precedía.

Una vez dentro, invitó a los guardaespaldas a sentarse en las sillas de mimbre que tenía en la sala y corrió una poltrona para darle lugar a la silla de ruedas. Prendió un ventilador de piso que giraba 180 grados y circulaba el aire caliente del lugar.

Sacó de la nevera una jarra de limonada con agua de panela y sirvió cuatro vasos. Con calma, le llevó uno al hombre en silla de ruedas. Al regresar de la cocina con los otros dos vasos en sus manos temblorosas, casi los dejó caer cuando el hombre la interrumpió.

—Doña Elvira, espere. Miguel, muévase, ayúdele a la señora.

—Sí, pa... pa... trón —dijo Miguel, el hombre más corpulento, mientras daba un brinco, y le quitó los vasos sin dejar caer una sola gota.

—Gracias, mijo —dijo con cierto tono maternal, como si fuera su abuela.

Una vez sentados los cuatro, doña Elvira preguntó:

— ¿A qué debo la visita, señor...?

—Francisco, Doña Elvira, mucho gusto. Mi nombre es Francisco, pero dígame Pacho, tranquila.

—Mucho gusto, don Pacho.

—Pacho, solamente.

—Mucho gusto, Pacho. Cuénteme, ¿a qué debo el honor?

—Doña Elvira, ¿se acuerda del mono Bernal? ¿Sí lo distingue?

—Ah, sí, el monito, tan bello, con esos brazos peluditos como los del doctor Quinn. Yo le digo que tiene unos quincibrazos.

Pacho hizo un esfuerzo por no devolver el sorbo de limonada de la risa al escuchar a la señora. La sala se llenó de carcajadas.

—Pues el mono me recomendó que viniera porque usted vende la mejor marimba de Cali. Y pues yo quería venir a comprobar si era cierto.

—Ah, sí señor, en eso el monito no se equivoca. ¿Quiere probarla antes de llevar?



—Sí, doña Elvira, hágale, que para eso vinimos.

Doña Elvira se paró con calma, fue a la cocina y volvió con un tarrito de té inglés, o al menos eso parecía, porque llevaba estampada la bandera de Inglaterra y decía en relieve *Tea*.

—¿Alguno de ustedes puede armar el porrito? Es que a mí me tiemblan mucho las manos; es más lo que boto que lo que armo.

Nuevamente las risas inundaron la sala. Miguel, antes de que el patrón se lo pidiera, se paró nuevamente de un brinco y le quitó de las manos el tarrito metálico. Con gran experticia armó un calillo perfecto. Se lo pasó a doña Elvira. Ella lo miró bien, y con un gesto de aprobación se lo pasó a Pacho para que hiciera los honores.

—En mi casa, los invitados prenden el porro.

—Hombre, doña Elvira, honor que me hace.

Una vez encendido el cigarro, le dio una calada larga y el aromático olor llenó el ambiente. Después de retener el humo tres segundos, exhaló suavemente y al final de la calada dejó escapar una tos tímida y seca.

—¡Qué cosa tan buena, mi doña!

—¿Vio que el mono tenía razón?

Pacho alargó el brazo y le pasó el porro al guardaespaldas que tenía a su lado derecho.

—Álvaro, pruebe esto.

Álvaro recibió el porro y le dio un pitazo chiquito, lo detuvo en sus pulmones durante cinco segundos, mientras el humo le llegaba al cerebro para nublar sus ideas. Los ojos le cambiaron de color. Expulsó el humo con tos y risa.

—Eh, ave María, esto sí es la machera. Pruebe, Miguel, hágale.

Miguel recibió el porro con expectativa. Dio una bocanada larga que le hinchó el pecho; no contuvo el aire: lo dejó huir lentamente. Mientras se le escapaba la última pizca de humo, la boca se volvió sonrisa. Sin decir nada, le pasó el cigarro a doña Elvira. Ella lo recibió con solemnidad, como si fuera una sacerdotisa y al cerrar el círculo iniciara una ceremonia chamánica en la que los cuatro estarían inmersos en un trance espiritual y dejarían que sus cuerpos los poseyeran espíritus invisibles, astrales y risueños.

El ventilador llegó al lado derecho y se detuvo torpemente, como si no supiera que debía dirigirse al lado opuesto. Durante unos segundos no se escuchó nada más que el ruido que hacía. Luego se fue moviendo con el humo y el aire caliente hasta el otro lado, haciendo un movimiento repetitivo y ruidoso que lo obligó a cambiar de dirección.

Álvaro fue el primero en romper el silencio. Dijo con esfuerzo, para no reírse, que el ventilador era más tartamudo que Miguel. Todos soltaron la risa y dejaron escapar entre carcajadas el resto de humo mágico que tenían en los pulmones.

Pacho se escurrió suavemente en la silla de ruedas, relajado, como si los problemas que cargaba se fueran en cada bocanada. Le preguntó a doña Elvira dónde cultivaba tan preciada hierba.

Ella —que sabía que el éxito de sus ventas se debía a la calidad de su producto, cultivado a mano por sus nueve hijos, que habían logrado después de tantos años entender las matas, darles los cuidados que exigían y la dosis diaria de la receta secreta que hacía la diferencia entre una traba y un viaje, entre torcerse y encontrarse, entre un vuelo y un viaje interestelar— no dijo nada que pudiera afectar su negocio. Los miró a los tres con calma, y, entre risas, le pidió a Miguel, que era tan bueno para armar un porro, que armara otro. Marihuana era lo que había.

Miguel armó otro calillo y lo prendió con el único encendedor que había en la casa.

—El que lo pe... pe... pega lo pre... pr... prende —dijo, excusándose.

—Eso decía siempre mi difunto Benicio, que en paz descanse.

—¿Murió hace mucho, mi doña?

—Hace dos años decidió partir. Descansó y dejó descansar. No es que yo estuviera aburrida con Benicio, alma bendita, lo que pasa es que una se cansa, de verdad.

—Ustedes no me van a creer, pero si yo he sufrido una muerte en esta vida ha sido la de Cleo, haciendo cuentas fue hace 42 años.

—A mí no me dan las cuentas. Eh Ave María, por más que lo pienso no me dan. Miren, pues, no es que yo sea mal pensado

o que desconfíe de Gloria, pero es que por más que echo número, no me dan.

—¿Po... po... por qué?

—Yo llevaba 62 años sin poder dormir profundamente ni una sola noche. Es que Benicio, Dios lo tenga en su gloria, roncaba como una locomotora dañada. Y tosía, toda la noche tosía; se ahogaba y a mí me tocaba pararme a traerle agüitas.

—Cuando yo tenía seis años, vivíamos en una casa grande en Roldanillo, y teníamos gallinitas en el solar, y había una especial: Cleo.

—Vean, Gloria tiene ocho meses de embarazo, si estamos en julio vea, junio, mayo, abril, marzo, febrero, enero, diciembre, ¡y yo en diciembre estaba en Medellín! ¿Cómo así que la preñé en diciembre? ¿A larga distancia? Eso está muy raro.

—¿Po... po... por qué?

—Porque se la pasaba conmigo todo el tiempo, yo me la llevaba a todas partes, o ella más bien se iba detrás de mí. Como yo era el menor de los hermanos, me la pasaba jugando con Cleo.

—La noche después de que falleció no se oía nada en este apartamento. ¡Qué maravilla! Desde hace dos años volví a dormir como cuando era niña.

—Hasta dormía en mi cuarto. Yo le tenía una cajita y por las noches mi mamá, cuando nos daba la bendición a mis hermanos y a mí, antes de dormir le daba también la bendición a Cleo, y ella respondía: “pío”.

—Es que yo me fui terminando noviembre y volví para la Navidad. Aquí hay gato encerrado. ¿O me van a decir que la preñó una paloma o una gallina? No, que va ome, la preñó un pajarito y no fue el mío.

—Yo amaba esa gallina, era mejor que un perro o un gato.

—Además Benicio, que el Señor ilumine su camino, era muy jodón. No es que no lo quisiera, no me malentiendan, yo lo quise mucho, claro, imagínese, el padre de mis nueve hijos, pero amor no quita conocimiento, y ese hombre jodía mucho. Por todo se quejaba, qué cosa tan impresionante.

—¿Po... po... por qué?

—Porque nada le gustaba, mijo. Si uno le decía “me gané un chance de un millón”, él estiraba la trompa que porque no fueron dos millones. Qué cosa tan seria. De verdad se necesitaba mucha paciencia para lidiar con ese hombre.

—Y cuando entré al colegio, la gallinita se quedaba en la puerta esperando a que yo llegara. Hasta que un día llegué del colegio y se me hizo muy raro que Cleo no estuviera esperándome en la entrada. La fui a buscar por toda la casa, y nada. Cleo no apareció.

—Eso se define cuando el muchachito nazca, porque de pronto no tiene ocho meses, y la que está haciendo mal las cuentas es ella. Eso debe ser. Pero que no me salga luego con el cuento de que el niño es sietemesino y es un muchacho así de grande.

—Además, Benicio, que brille para él la luz perpetua, era muy atendido. Nosotros con nueve hijos, seguiditos todos, eso sí, y este hombre que no le gustaba trabajar. No, es que al principio nos tocó muy duro. Si no es porque yo empiezo a vender la marimba, y que gracias a Dios me ha ido bien con eso, yo no sé cómo hubiéramos hecho para sacar a tanto hijo adelante. Porque si fuera por Benicio, que brille para él la luz perpetua, nosotros estaríamos en la puerca miseria, sin tener ni pa' comer.

—Cuando le pregunté a mi mamá por Cleo, me dijo que estaba servida en la mesa. No sé con qué corazón mi mamá la volvió sancocho, cómo fue capaz de hacerle eso a un hijo.

—Donde mi hijo no se parezca a mí, Gloria va a tener que pagar escondedero. Imposible que sea tan descarada de estar con otro mientras yo me quiebro la mula trabajando para darle todo lo que pide.

—¿Po... po... por qué?

—Porque pide más que dame.

—Pero bueno, amor y cariño siempre hubo, claro, pero de aquello más bien poco. Y eso que fueron nueve hijos, pero es que ese hombre donde ponía el ojo, ponía la bala.

—A las mascotas uno no se las come. Yo no quise ni probar el sancocho de Cleo. Mis hermanos tampoco, porque la verdad es

que fue muy triste, y porque, aunque era mi gallinita, mis hermanos también la querían.

—Pero yo sí la quiero mucho, es que es tan linda, y con esa barriga se ve tan bella. Ojalá ese muchachito sea mío, si no, ¿yo qué me pongo a hacer? Es que no me voy a encontrar otra mujer como Gloria.

—¿Po... po... por qué el ven... ven... tilador se traba?

—Como ninguno quiso comer, mi mamá nos mandó con la ollada de sancocho a la casa de unos parientes más pobres para que se comieran a Cleo. Jamás voy a olvidarla, jamás. Yo creo que ese día dejé de ser niño.

—Lo otro que pudo haber pasado es que la preñara antes de irme a Medellín... Ahhh, claro, muestre a ver, yo me fui el 22 de noviembre, al 22 de diciembre un mes, al 22 de enero dos, a febrero, a marzo, a abril, a mayo, a junio, a julio... ¡8 meses! Y estamos a 14, mejor dicho, cómo soy de güevón, ¡había hecho mal las cuentas! Y pensando mal de Glorita, ¡el niño sí es mío! ¡Ah, qué felicidad! Yo sí sabía que Glorita no me iba a cachoniar. No, Glorita es una dama.

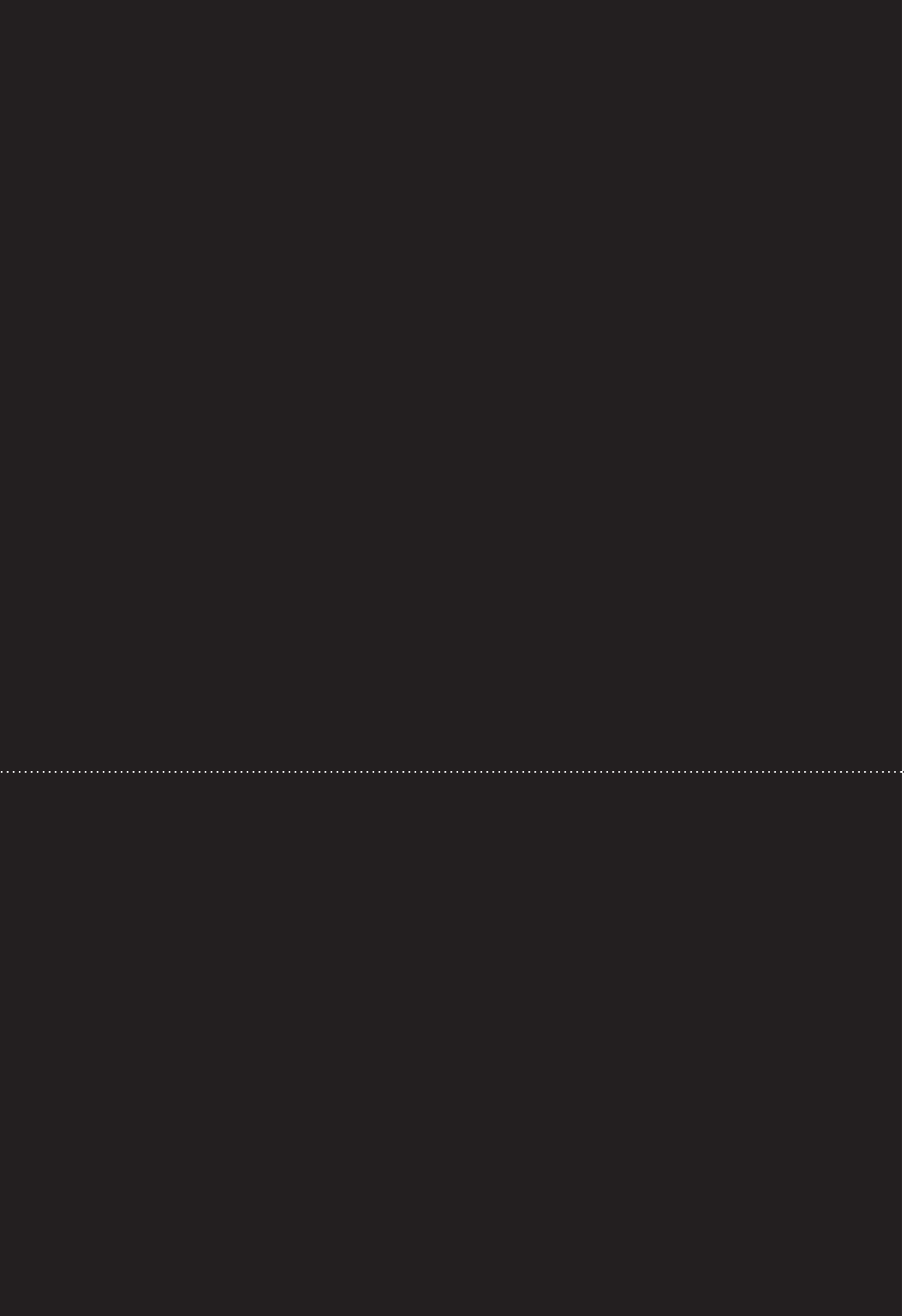
—Sinceramente, si yo hubiera sido muchacha de esta época, yo no me caso. Y mucho menos con Benicio, que la luz del Señor regocije su alma, porque en vida su pobre cuerpo no tuvo gozo.

—Perdón que me ponga así, pero cuando recuerdo a Cleo se me agúa el ojo.

—¿Vi... vi... vieron que lo arre... glé?

Ya entrada la noche, los visitantes se levantaron y se despidieron amablemente de doña Elvira; livianos, casi levitando, como si hubieran exorcizado sus demonios. Ya estaba oscuro. Doña Elvira prendió la luz y se sintió nuevamente absorta, sorprendida con el encuentro inesperado que, entre tanta conversación, le dejó fantasmas de recuerdos viejos, un ventilador que ya no sonaba, aunque estuviera fijo en un solo lugar, y una silla de ruedas olvidada.





# Ser uno mismo es un video

Sergio Clavijo Ortiz

**Red de Talleres Locales de  
Escritura 2019**  
Localidad de Los Mártires

## Sobre el autor

Nació en Bogotá en 1992. Es realizador audiovisual con énfasis en guion, egresado de la Corporación Universitaria Unitec en Cine y Televisión. Se desempeñó principalmente como montajista en documentales y cortometrajes de ficción desde 2011 hasta 2017. Ha hecho parte de varios procesos de formación incentivados por el Instituto Distrital de las Artes-Idartes, entre los que se encuentran el Programa Cinemateca Rodante, el Programa de Inglés Especializado de la Comisión Fílmica de Bogotá y el Taller Local de Escritura Creativa Los Mártires del año 2019. Desde 2018 se concentra en fortalecer su perfil como guionista y escritor, y en dirigir proyectos audiovisuales de su autoría.



—Usted la piensa mucho, parece —le dice Penélope a Guillermo al escuchar sobre el nimio progreso que había logrado acercándose a Adriana esa semana.

“Usted piensa mucho”, ¿cuántas veces más tendría que seguir soportando esa carreta? “Usted la piensa mucho, parece”, “ya, no la piense tanto”, “usted piensa mucho, ¿no le parece?”. Eso le dicen todos, y él se lo suele tomar muy a pecho. Jueputa, qué culpa que nadie se esfuerce por pensar un poquito más. Esa sería una muy buena respuesta. La diría, pero como siempre, se le ocurría demasiado tarde, tal vez hasta cinco años tarde, o más. No es una persona espontánea cuando se trata de hablar o de interactuar con sus semejantes humanos en general; tampoco tiene una postura tan clara para poder defenderse. En este momento tiene solo dieciocho años y, como es de suponer, no sabe un culo acerca de la vida o de sí mismo. Si cinco años después, a los veintitrés, todavía no supiera nada —que es lo más probable—, al menos sí tendría algún tipo de convicción, idea, principio, fundamento..., o cosa que le serviría para poder sostener esta discusión imaginaria con alguien, y él la ganaría. Tal vez. Por ahora, no, por ahora hacía jeta de rayado, y Penélope se lo balseaba.

—Sea usted mismo y ya —exclama ella, a los pocos segundos de haberle dicho lo mucho que piensa.

Guillermo le recibe la pipa y formula entonces en voz alta, como si fuese un momento de lucidez perezosa y, aun así, absoluta:

—Ser uno mismo es un video.

Se echa su segundo plon. El segundo plon de la tarde. El segundo plon de la segunda vez que fuma cannabis en su vida. No tarda en notar que esta vez “entiende” mejor el efecto que le surte. Le devuelve la pipa a Penélope. Mientras daba con aquella epifanía, ella lo había estado viendo, como si lo descodificara psicoafectivamente de un solo brochazo, y él se hacía el marica. Cualquiera de esas miradas tan fijas son su pesadilla, lo intimidan, y viniendo de Penélope, son intimidantes nivel galáctico, así que su manera de sobrellevarlo es esa, haciéndose el marica.

Penélope se pone de pie y va a la cocina a servir el tinto. Samo, su gato criollo, entra en uno de esos lapsus interdimensionales que tanto tienen los felinos, y casi imitando a su dueña, se queda observando a Guillermo, muy inquisitivo, a menos de un minuto de la inminencia de ponerse bien turro. Ante la mirada de Samo, Guillermo vuelve a hacerse el marica.

El nimio progreso acercándose a Adriana consistía en lo siguiente: Esa semana pudo hacerle la charla un rato; un ratico aunque sea, tres minutos, o cuatro minutos. Guillermo lo sobreinterpretaba como algo que había sido muy bueno, pero esas cinco palabras de Penélope, Usted-la-piensa-mucho-parce, profetizaron el devenir de justo eso: pensar. Guillermo se pone entonces a pensar. Piensa en esos tres, cuatro minutos de charla que había tenido con Adriana (o cinco minutos. Digamos que fueron cinco minutos, porque nadie cuenta nunca tres, ni cuatro minutos, siempre son cinco. Y cinco lo hacen ver como algo que valió más la pena. Es cierto). Le había hablado de música, y por lo que recapitulaba, ya había algo de ella que no le gustaba. Como él sospechaba, ella no conocía ni un tema de Odio a Botero ni de las 1280 Almas. De ahí a que supiera que era Tame Impala o LCD Soundsystem, o siquiera si habría escuchado mencionar alguno de esos nombres... no quería imaginarse la expresión que ella haría. Una parte de él se sintió estúpida por el hecho de haberle preguntado, activando así los complejos de pseudosuperioridad que tenía, y el temor de que se llegaran a ver sobre su rostro, a pesar de que nada de eso a la larga le hubiera importado a Adriana. A él no debería importarle tampoco: el objetivo no es salir con ella o enamorarla, sino seducirla. Se siente afortunado al reconocer que los nervios son producto natural de la atracción, sin necesidad de llamarlo todavía un gusto por alguien. Eso, aunque sea, le da un poco más de tiempo antes de que descubra que está equivocado, que pecaría por ingenuo. Por ahora no, por ahora él no lo sabe, porque tiene dieciocho años y no sabe un culo sobre la vida o sobre sí mismo, así que una simple y física atracción le sirve. Se echa otro plon.

En ese instante, Penélope vuelve con los tintos y le pasa a Guillermo su taza. Hacer café no es su fuerte. A Guillermo le causa curiosidad saber por qué se volvieron amigos, ambos siendo tan opuestos y ella casi tres años mayor que él. La conoció en febrero en el parque Simón Bolívar, que ambos frecuentan, en una inhóspita mañana de entresemana. Ella lo abordó luego de que coincidieran miradas furtivas sobre una pareja que se encontraba cerca de ellos, entregándose poco a poco a la pasión y sin percatarse de la presencia de ninguno de los dos. Desde ese entonces ha sido lo que podría llamarse una mejor amiga, o más bien, su única amiga; y no solo amiga mujer, sino su única amistad.

Guillermo sabe que no puede tener muchos amigos en ese momento de su vida. ¿Se debía eso al hecho de que su bachillerato había sido una experiencia muy vacía para él? Exacto. Nunca aprendió a tener amigos. Pero uno no deja de aprender a tener amigos porque no desee tenerlos, al menos no Guillermo, quien no es consciente aún de su hipersensibilidad. Ya se ha graduado, ya todo quedó en el pasado, y tiene una nueva amiga, pero ¿por qué sigue importando? ¿No era acaso suficiente el ser tímido? ¿Encima se tenía que añadir la alienación que se percibía en el ambiente debido a su aún incomprensible resistencia a cumplir con los ideales de vida, y que los demás compañeros de clase parecían con tanta urgencia querer obedecer? ¿Tenía que añadirse además de eso la frustración que sintió al no ser correspondido por Alma? Alma. Es mejor no pensar en ella. Así, luego de que Alma pasara de manera tan fugaz como descarada dentro de su espectro de pensamiento, Guillermo vuelve a diluirla en la exclusiva nuca de la apreciadísima evasión emocional, y le cede el lugar de nuevo a Adriana. No puede exponerse otra vez, ante nadie. Se echa otro plon.

Cuando trasnocha, la melancolía de la soltería le pega más duro. Está trasnochado, por eso tiende a sucumbir con mayor facilidad a cosas del pasado y pensamientos de mierda, y todo lo demás. Le da, por inercia, la reacción casi mecánica de él contra él, su repudiado yo-princeso contra su “nueva versión de sí mismo”. Está claro que tiene problemas de amor propio. Obvio, porque tiene cierta edad,

no sabe un culo sobre la vida o sobre sí mismo, pero a diferencia de otros adolescentes (en el mundo de Guillermo el diferente siempre es él, y solo él), o de quienes en nuestro entorno inmediato motejamos de “mayores de edad”, Guillermo no se había permitido explorar ciertos rincones más desconocidos de su personalidad, porque quería evitar darle problemas a su madre, porque tenía miedo, porque no sabía todavía cómo expresar de forma abierta lo que ya había causado dolor en su vida. El amor propio, para Guillermo (y solamente para él, para nadie más), es un concepto inefable.

¿En qué momento uno mismo define qué es el amor propio? ¿Es necesario siempre pasar por ese dolor aletargado e individualista —independiente de a qué agente o circunstancia se le atribuya— para proyectar ese espacio personal, que no debería costarle a uno la propia cordura? Guillermo se da cuenta: lo que detesta es que la gente no parece tener interés en saber quién es él. ¿Eso es egoísta también? Bueno, si lo es, ¿qué tiene eso de malo? Quería que supieran sobre su canción, por ejemplo, que le preguntaran sobre su canción —o, en virtud de que le mimaran su delirio artistoide en ciernes, sus canciones. Sí, en plural, *canciones*—. Pero ahí estaba otro dilema de su ego: la prerrogativa que los creadores se otorgan al contemplar su obra como algo relevante en relación con lo que los demás consideran relevante. Al fin y al cabo, una canción no es nada; por lo menos nada importante. Conque estaba escribiendo una puta canción, ¿y eso qué? Por supuesto, Guillermo hace lo que cualquiera haría en su lugar: sacarlo a flote él mismo en un esfuerzo de hacerse valer (y/o de llamar la atención).

—Ayer me salió otro verso —le dice a Penélope, como si nada.

—¿Verso de qué? —pregunta ella, haciendo una cara de “ahora de qué me está hablando este man”.

—Pues de la canción.

—Ah... chimba.

Helo ahí. No le importa. A nadie le importa.

Llegó implacable la monchis (la sensación de querer comer después de trabarse, cuando la boca ya es más un orificio corpóreo cavernoso, humeante y seco que una boca en sí). Guillermo y Penélope deben salir de la inercia de sus cuerpos, despegarlos de aquel colchón al que ella llama tan orgullosamente *cama*, y dirigirse a la cocina. Como único recurso habido, se disponen a raspar una olla de arroz y partir en dos mitades un roscón de hace dos días que era de la compañera de apartamento de Penélope. Hacer arroz tampoco es su fuerte, pero para la monchis sirve (¿hay, de casualidad, algo de comer que sí le quede más o menos rico?). Se lo pasan con más tinto, frío, eso qué hijueputas.

En lo que Guillermo mastica, observa a Penélope. Intenta replicar esa misma mirada calculadora y sobrecogedora que ella le mandó minutos atrás. De pronto a él no le sale. Al mirarla piensa —y no por primera vez— en si a lo bien “le haría”; si Penélope despierta algo de pueril apetito sexual en él. Ella se acuerda de que tiene una ropa pendiente por sacar de la lavadora, así que se gira hacia la zona de ropas, y mientras huele para comprobar si lo lavado aún no ha adquirido olor a chiro, Guillermo le mira el culo. Ella ya le había contado, había estado con manes y con viejas, ¿cuántos manes?, ¿cuántas viejas?, ¿por qué siempre se piensa en la cantidad? Guillermo no puede evitar hacerse comparativos de contacto íntimo con quien sea, se siente minúsculo cada vez que recuerda que su único saboreo de algo relacionado hasta la fecha fue la rumbeada que se pegó con Alma en los quince de Gabriela Bohórquez (¿era Gabriela Bohórquez o Natasha Castiblanco?), hacía dos años y medio, y de que solo se dio porque habían estado jugando pico-botella y estaban borrachos, muy, muy borrachos. Bueno, ya no iba a volver a pensar en Alma. A partir de ahora.

—¿Y qué hizo ayer? —pregunta Penélope.

—Le dije que estuve escribiendo lo del verso.

—Ah... sí.

Tiene que recordarle a todo el mundo lo que ya ha dicho antes, qué mamera. Eso también se lo suele tomar muy a pecho. ¿Por qué

debe él cargar con ese karma? Pasan veintisiete segundos de silencio. Penélope se caga de risa.

— ¡Qué video!

— ¿Qué video qué?

— Todo. Todo es un video.

Guillermo también está llevado del putas, pero su cuota de cague de risa trabado probablemente no se dará. Era una de esas trabas que no juegan nada bien con el estado anímico de uno. No es que Guillermo se sintiera mal o, a decir verdad, sí, se sentía terrible, pero para él todas esas sensaciones tan concretas no se descifran en el mismo momento: tiene que digerirlas, revivirlas y luego permearlas del manto maldito de la subjetividad. Sí, era una de esas que llaman “trabas introspectivas”. Ya el término tiene una connotación tan trillada que, para cualquiera que sepa así sea medio culo o un cuarto de culo más sobre la vida que Guillermo, la palabra *introspección* se diluye entre muchos de los posibles significados de una simple mirada al vacío, como las de Samo, que llega a cagar en su arenera, ubicada en un rincón de la cocina.

Una cosa es la introspección, y otra muy diferente la introversión. Una cosa es la timidez, y otra la inseguridad. Mucha gente, incluyendo el mismo Guillermo, piensa a menudo que esos cuatro términos se relacionan —porque en efecto, hay personas que comparten internamente todos los rasgos, o muchas veces uno(s) de ellos conlleva(n) otro(s)—, pero no son lo mismo. Guillermo, en este segmento de su ciclo vital, es todos los cuatro. La timidez podría abreviarse en la aparente inhabilidad de separar entre la cordialidad y el exceso de cordialidad, mientras que la inseguridad es más complicada —mucho más complicada—, porque es un síntoma que siempre se produce a partir de la percepción del entorno frente a uno, y de lo que el entorno representa para uno. La inseguridad es un síntoma, pero no es una enfermedad; de eso nadie se cura: uno solo aprende a pilotearla. La definición de *introversión* es más que sencilla: ¿uno recibe más energía al compartir con otras personas o en la privacidad? Si es en la privacidad, lo más seguro es que sea una persona introvertida por antonomasia. Penélope es extrovertida,

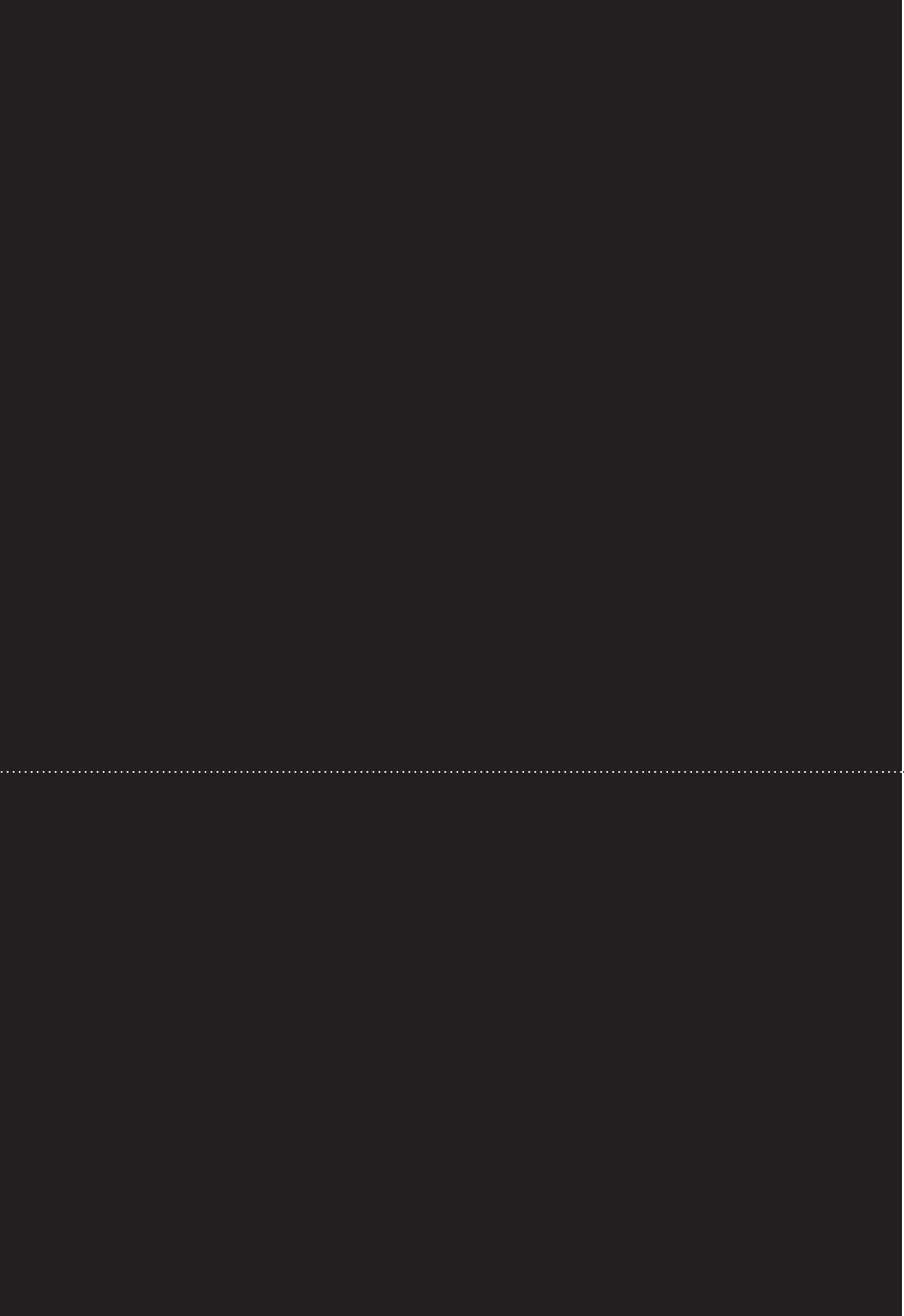
pero es insegura (así ella misma no lo demuestre, o no lo quiera creer). Adriana es introvertida, y tímida, pero no parece ser muy introspectiva; no tanto como Yolanda.

Yolanda. Qué misterio es esa mujer. Introvertida no parece ser, pero sí es como rayada. Guillermo no puede dejar de pensar en esos ocasionales destellos de amabilidad que vienen de ella. Le chocan. A lo mejor eso pasa con todas las personas, pero en el caso de Yolanda, uno percibe esos gestos como algo similar a los meteoritos: cuerpos celestes de calidez humana que irrumpen desapercibidos en la órbita de las primeras o segundas impresiones, y albergan consigo todo un microuniverso de formas de vida posibles, y que por ende, entran a coexistir con el ecosistema ya fundado, que en esta analogía vendrían siendo esas situaciones hipotéticas que vienen de la interacción entre dos personas y cómo influye eso en uno, o algo así. Qué sensación tan curiosa despierta ella en él. Pero está muy claro que ella es su maestra de canto, nada más. Esto se trata de una típica relación instructora-alumno, donde hay cierta amenidad ya habiendo transcurrido los meses, pero finalmente esos “Camine lo arrimo a algún lado”, “Fresco, esta clase se la fío”, o “¿No quiere un tintico o algo? Yo le gasto”, y esos “Bueno, gracias” por parte de él, cesarían. Un día él ya no tomaría más clases, se despediría de ella, y cada uno seguiría con su vida, como siempre pasa. Después de eso, ¿la extrañaría?, ¿qué tanto? Adriana no está destinada a pasar mucho tiempo dentro de su existencia, pero ¿y si se equivocaba?, ¿tenía miedo? Y Penélope: él le tiene cariño, o algo así, y ella le tiene cariño a él, o algo así; pero hay una inquietud presente en él, y es que Penélope además parece ser el tipo de persona que no se aguanta los videos de otra gente; si apenas pareciera que soporta los suyos. Guillermo la alejaría, y en ese orden de ideas, ¿alejaría a todas las mujeres? Así mismo, ¿alejaría a todas las personas de su vida? Pero de nuevo: ¿qué tiene eso de malo?

Se despide y va a pie hasta la casa. Está en su cuarto escuchando el sencillo más reciente de Tame Impala, cuando retoma muchos de estos pensamientos (sí, incluyendo a Alma). Se percata de que nada de esto es producto de los plones, sino de algo que siente como una

carga que deberá llevar toda su vida, o al menos hasta que deje de ser tan prínceso, como se lo está proponiendo. En realidad, era su intuición desarrollándose. Tal vez no de la forma más idónea para alguien como él, pero era lo que correspondía. La intuición es caprichosa, pero no es traicionera. Claro, Guillermo no lo sabe, porque tiene dieciocho años y no sabe un culo de la vida, o de sí mismo.





# Imago

Hugo Hernández Plazas

**Red de Talleres Locales  
de Escritura 2019**  
Localidad de Fontibón

## **Sobre el autor**

Nació en Bogotá en 1984. Es realizador audiovisual y guionista. Ha realizado diversos trabajos entre ficción, documental, animación y videoclip. De forma paralela a su trabajo audiovisual ha desarrollado proyectos de escritura narrativa. Algunos relatos y cuentos de su autoría han sido recopilados en publicaciones y ediciones independientes.

## I Huevo

Tenía cuatro o cinco años la primera vez que vi uno de ellos. Era un escarabajo enorme de color ocre, como la hojarasca que se acumulaba en el patio, tenía largos cuernos que salían de su cabeza y poderosas patas espinosas. Yacía patas arriba en el alféizar de mi ventana pataleando inútilmente, intentando voltearse. Al principio me dio un poco de miedo; era, por mucho, lo más extraño que había visto hasta entonces, parecía un ser de pesadilla, y los chirridos que emitía eran inquietantes. Pero luego, entre más lo miraba, más me fascinaba. No podía dejar de verlo, se veía tan aterrador y a la vez tan indefenso pataleando al cielo. Recuerdo también que quise tocarlo, pero retrocedí temeroso. Sin embargo, sobreponiéndome al miedo que me producía, lo tomé entre mis manos. Sus patas me producían cosquillas cuando me rozaban la piel. Se quedó quietecito encima de mi mano, sin comprender su nueva situación. De nuevo hice el intento de tocarlo, pero él retrocedió sin miedo, abrió sus élitros, desplegando unas hermosas alas cristalinas y se alejó zumbando hacia los árboles que le daban sombra a la casa.

Desde entonces tuve una fascinación absurda por los insectos. Al comienzo sentía por ellos una mezcla de asco y aversión. Admito que al principio los torturaba impunemente. No sé por qué lo hacía; supongo que era porque podía, pues no podían detenerme, o quizás era que ellos no podían gritar ni defenderse. No pensaba en la maldad de mis actos; para mí era tan solo algo de curiosidad. Me sentía como un dios cruel y sanguinario. No me imaginaba lo desalmado que puede llegar a ser un niño.

Con el tiempo, aprendí a respetarlos, pero sobre todo aprendí a temerles, y como la mayoría de las cosas en la vida, lo aprendí a los trancazos: primero con la dolorosa picadura de una hormiga bala, que me mandó a la cama durante dos días, con fiebres, náuseas y dolores extremos. Durante esos días que estuve postrado en cama, recuerdo escuchar la voz clara de mi abuelo que me contaba todo tipo de historias, cuentos infantiles, coplas y cantos de su infancia, pero

también leyendas exageradas sobre lo dañinos que eran los insectos; me hablaba del dolor que produce su ponzoña, de un insecto mítico que habitaba las selvas más allá de los montes que se levantan en la sabana, cuya picadura era mortal pero placentera; de las plagas bíblicas de langostas que asolaron a los egipcios en tiempo de Moisés; me contó sobre la picadura de la tarántula, que hacía que uno se volviera loco y tuviera que bailar durante dos días para sacar todo el veneno del cuerpo, o me narraba sobre los enjambres de mosquitos que persiguieron a los españoles como un azote de Dios a lo largo de las ciénagas y los pantanos. A mí me encantaban sus historias, pero me parecían irreales y fantasiosas, cuentos para asustarme. No entendía cómo unos seres tan pequeños e indefensos podían hacer este tipo de cosas. Tiempo después lo entendí de una forma devastadora: Tomás, mi hermano pequeño, murió por la picadura de un alacrán escondido en uno de sus zapatos.

Ese suceso me obligó a verlos de otra manera. El miedo y el asco se fue convirtiendo en algo más vital. Todavía les temo, pero dejé de perseguirlos, dejé de descargar mi furia sobre ellos. Creo que todo empezó por el temor a que las palabras de mi abuela se hicieran realidad. “Todo lo que se hace a otro, se paga de alguna manera”, me decía la viejita cuando me encontraba torturando a los pobres animalitos, y en mi ingenuidad infantil llegué a culparme por la muerte de Tomás. Llegué a creer que aquellos seres indefensos y diminutos habían encontrado la manera apropiada de vengarse de mí. Comprendí que, a diferencia de la mayoría de las personas que los consideran bichos y alimañas que deben ser exterminados de manera rápida y eficaz, para mí eran unos seres fascinantes, capaces de realizar cosas increíbles pese a su tamaño, enormes proezas como alzar varias veces su peso en carga o producir luz como las estrellas. Lo que más me atraía de ellos era su belleza. Me maravillaban aquellas alas membranosas, dueñas de una infinidad de tonalidades, de estructuras y diseños, una increíble variedad de formas y adaptaciones. Podía pasar horas en el enorme patio trasero de mi casa observando la hilera ordenada de las hormigas

mientras transportaban trocitos de hojas, o el paso frenético de los carábidos de vivos colores metalizados.

En la escuela comenzaron a molestarme debido a mi fascinación por los insectos. Nunca he tenido muchos amigos, y menos en esa época. Los niños eran crueles y se burlaban de mí. A veces me golpeaban o aplastaban los insectos con los que jugaba. Pero la verdad, a mí no me importaba, y mientras la mayoría de los niños jugaba a la pelota, o saltaba a la cuerda, yo me la pasaba arrodillado entre la maleza, con las cochinillas recorriendo mis manos y las arañas escurriéndose por entre mis pantalones. Los profesores se mostraban preocupados por mi comportamiento ensimismado y solitario. Tan solo el profesor Barragán, un ancianito de bigote cano que nos dictaba biología, parecía entenderme y me alentaba continuamente. Él fue quien me regaló mi primer libro ilustrado de insectos. A partir de entonces comencé a apreciar mejor sus diferencias. En poco tiempo ya sabía distinguir la mayoría de los órdenes, comprendía su fisonomía y me sabía de memoria la taxonomía general de los insectos.

Se cree que nunca estamos alejados a más de un metro de cualquier insecto. Esta certidumbre era algo que me asombraba de verdad. Se me presentaba como una especie de poder divino: si hay un Dios y nos observa, lo hace a través de ellos. Ubicuos, todo lo observan con sus ojos compuestos; dondequiera que uno pose la vista, allí están, veloces, siempre frenéticos o expectantes, acechando. Es como si tuvieran conciencia de la escasez de su tiempo, de que la vida se les agota segundo a segundo, de lo inexorable de su destino. Aún creo que sus ojos guardan cierta lucidez sobre lo fugaz de su destino.

## II

### Larva

La casa la levantaron mis bisabuelos. Un caserón enorme y antiguo, con barandales de madera pintados de colores vivos, ya desvencijados por el tiempo, y largos corredores por donde se colaba la brisa fresca

de la tarde, un piso brillante de *parquet* que mi abuela se esmeraba en mantener limpio. Aún hoy rodea la casa un amplio prado, ahora largo y descuidado. En ese entonces mi padre siempre lo mantenía corto y arreglado, cercado por una arboleda tupida de frondosas acacias, cañahuates y gualandayes florecidos, palmas, mamoncillos, mangos y arrayanes, y algunos setos que mi abuelo podaba con asiduidad intentando mantener a toda costa su correcta forma. Más allá, en el límite de la hacienda, se levantaba una solitaria ceiba centenaria que extendía sus retorcidas raíces, junto a algunos caracolís y palmeras soberbias. El musgo y el liquen crecían entre las ramas de algunos árboles y les daban un aspecto avejentado y solemne.

El patio interno era el reino de las mujeres: mi abuela, mi madre y mi tía regentaban el lugar con mano de hierro. Ellas dedicaban muchas horas al día a cuidar con prolijidad las plantas que allí crecían: helechos de formas enrevesadas, cedros de hojas blancas que proveían sombra al gato gordo de la casa, guaduas y bambúes, ficus, orquídeas de elaboradas formas y colores, higueras y otras plantas trepadoras que subían enredadas por las columnas hasta las tejas de barro, claveles, narcisos, dalias y jacintos, pequeños cactus y algunos quiches y plantas carnívoras, petunias, suculentas y crotones que compartían sombra y luz con plantas aromáticas y medicinales. El aroma que desprendía el patio inundaba durante algunas horas toda la casa. Era una fragancia arrulladora, y se sentía fuerte durante las horas del sueño.

Nuestra hacienda se encontraba bastante alejada del pueblo, pero en la casa más cercana vivía C. Ella era una niña salvaje y decidida, de bello rostro decorado por pequeñas pecas y una sonrisa contagiosa y franca. Su cabello era muy largo, como una cascada negra y sedosa. C era mi compañera de aventuras y de juegos. No dudaba en trepar a un árbol o nadar sin miedo en el río torrentoso que bajaba de la sierra. Era experta en sacar de quicio a los perros del pueblo, y era ella quien me protegía de los otros niños, que me humillaban y molestaban, aunque fuesen más grandes y fuertes que ella. Le encantaba correr descalza por las calles empedradas del pueblo, sin temor a caerse o rasparse, seguida de cerca por Dante, el moloso

de la hacienda que de vez en cuando nos acompañaba en nuestras travesías. Su cuerpo conservó siempre pequeñas marcas y cicatrices, testimonios de aquellas travesuras.

Pese a que era una niña frentera y valiente, solo le temía a una cosa: los insectos. Siempre le tuvo aversión a toda clase de bichos. Fueran grandes o pequeños, no importaba, ella los aborrecía. Aun después de tantos años, puedo recordar cómo palidecía su rostro cuando yo entraba al zaguán con alguna cucaracha o alguna araña pollera. Siempre logra sacarme una sonrisa el recuerdo de su falda volando por toda la casa, presa del más inaudito horror, para irse a refugiarse tras las enaguas de mi abuela, y el recuerdo de la vigorosa voz de la anciana, que como un rugido retumbaba por toda la casa. Aquella era la señal para salir corriendo a esconderme monte arriba, satisfecho.

Las horas que no estaba junto a C me las pasaba entre las plantas del patio interior, o encaramado en las enmarañadas ramas de la ceiba, capturando especímenes, observando sus hábitos o dibujando sus formas. Entre más los estudiaba y más sabía de ellos, más fascinantes me parecían. Para mí, eran seres omnipresentes e inquietantes, eran como los heraldos de los dioses que nos observan agazapados desde la sombra y las madrigueras, o por ahí revoloteando, engulléndose unos a otros. Recuerdo que un día, luego de la escuela, mientras me refrescaba con un gran vaso de limonada, una mosca se posó en mi brazo. Yo la observaba embelesado mientras la pequeña se limpiaba las patas traseras. Mi abuela Rosa se quedó mirándola unos segundos y después la espantó con un movimiento lento de su mano. La mosca se alejó saliendo por la ventana abierta de la cocina. Mi abuela se quedó mirando con la mirada fija en un punto distante, en la lejanía, luego, como si volviera de otro lugar o de otro tiempo, y me dijo: “Cuando se meten muchas moscas en la casa es que alguien se va a morir”.

Aquellas palabras quedaron grabadas en mi cabeza, atadas para siempre a un sentimiento fatídico que me recuerda el oscuro presagio de la parca que viene por nosotros. Una noche, pocos días después, mi mente infantil ató los cabos para siempre entre los insectos, la vida y la muerte. Recuerdo que era una noche quieta, de

esas en las que el calor aprieta cuando la brisa deja de correr y el cielo es un manto lúgubre como el cuncho del café en el pocillo. Yo acompañaba a mi padre mientras tomaba su café y acababa su chicote. Entonces una chapola negra entró por el zaguán. Observé el rostro apesadumbrado de mi padre al verla. Jamás olvidaré sus ojos, el brillo aciago que había en ellos. Todo su rostro se quedó petrificado, observando aquel ser luctuoso. Sin embargo, también mostraba cierta calma, cierta resignación, hasta una especie de certeza y de desprendimiento. Dante aulló de forma lastimera toda la noche. Al siguiente día, mi abuelo murió, tranquilo en su cama. La muerte, al igual que una araña agazapada, había extendido sus hilos de plata entre las paredes de la casa, y los círculos concéntricos se iban anudando como se anuda la trama de nuestra vida o de nuestra muerte. Entendí entonces de golpe, y sin aviso, que nadie escapa de su abrazo mortal. Al final no queda más que un cascarón vacío y yerto. Era la vida que se engullía a sí misma, era la oscuridad cuando devora la luz. La araña esperando en su red. Vigilante.

Con el pasar de los años, mi continua y obcecada búsqueda de bichos me obligaba a internarme cada vez más profundo en la espesura y los montes, acompañado tan solo por el fiel Dante. Retornaba al caer la noche con variados y bellos especímenes que mi madre jamás me permitía entrar en la casa. Ella se quedaba de pie en el pórtico con los brazos cruzados y una expresión de enfado que siempre me causaba gracia. En esas ocasiones, mi abuela me miraba de forma severa, pero luego sonreía con dulzura al ver mis ropas embarradas y los rasguños y moretones en brazos y piernas. Mi madre le dirigía una mirada de reproche, pero luego sonreían las dos. Con el tiempo, mi abuela mandó a construir una casucha de bahareque alejada de la casa mayor, una choza rudimentaria pero espaciosa que sirvió por años como almacén para mis bichos. Mi padre, quien de cuando en cuando debía viajar a la capital por asuntos de negocios, me traía de sus viajes libros, revistas y todo aquello que encontraba sobre insectos, objetos que se iban acumulando dentro de la casucha.

Mientras tanto, C, mi vecina, creció y se volvió hermosa. De la crisálida infantil e inmadura emergió una mujer atractiva



que conservaba el rostro salvaje, y su aroma de selvas y espesuras. Seguimos siendo los mejores amigos, aun cuando ella no entendía mi pasión por los insectos, mas nunca me reprochó ni intentó cambiarme o hacer que los dejara. A veces me quedaba embobado mirándola, cuando nos sentábamos bajo el palo de tamarindo de la plaza del pueblo, iluminada con la luz ambarina del sol de la tarde. La amé en secreto durante muchos años, pero con el tiempo fue inevitable que nos amáramos bajo el cielo nocturno iluminado por las luciérnagas, o junto a la telaraña plateada, húmedos por el rocío vespertino, o en el zaguán de mi casa, bajo la mirada silenciosa de alguna mariposa nocturna.

El colegio estaba a punto de terminar. Me graduaría pronto, y mi viaje a la capital para continuar mis estudios se iba acercando cada vez más. Esto me entristecía, así que procuraba no pensar en la despedida ni en tener que alejarme de mi casa y de mi familia, de C y de mis bichos. Pero no había remedio: el viaje era impostergable. Así fue como una madrugada, acompañado por mi padre, tomé el tren y me largué. Entre el continuo traqueteo del vagón veía las calles desoladas de mi pueblo desaparecer ante mis ojos. Yo la amaba, en serio, pero me obligué a no mirar atrás. También me obligué a no extrañar la canícula de estas tierras. Y como una oruga, me dediqué a crear mi propia crisálida.

### III Pupa

Los días en la capital eran tristes y solitarios, y las noches eran calladas y melancólicas. Tan solo se veían perturbadas por las visitas del delgado gato negro de la dueña de la casa, que se colaba a mi cuarto a través de la ventana, que yo procuraba dejar abierta. Su presencia animaba mis veladas y acompañaba al pequeño perrito barbudo que recogiera una fría mañana de abril, aterido de frío, y que se convertiría en mi único y fiel compañero de estudio. Ambos me

observaban adormilados, mientras yo repasaba los viejos volúmenes de zoología o de botánica.

Me levantaba siempre de madrugada, tomaba un desayuno parco, y luego me marchaba para la universidad, donde me recluía durante las mañanas heladas en el laboratorio, atraído por el mundo invisible que descubrí a través de los lentes del microscopio. Durante la tarde, luego de las clases, me quedaba en la biblioteca leyendo sobre insectos o estudiando la enorme colección de especímenes que tenía la universidad, hasta que caía la noche y, extenuado, regresaba a mi cuarto. Algunas veces deambulaba por la ciudad o visitaba alguno que otro café o restaurante de la zona cercana a donde vivía, hasta que literalmente caía rendido por el sueño; otras veces me quedaba en mi habitación leyendo viejas novelas o enormes volúmenes sobre la taxonomía de los artrópodos y los insectos. Poco a poco me convertí en el alumno más adelantado de la carrera, lo cual generó la antipatía general de mis compañeros, que me miraban como un bicho raro, un ser más extraño que los animales clavados con alfileres que reposaban entre los muebles enmohecidos de la facultad.

Pocos años después me gradué con honores como biólogo, y luego hice una especialización en entomología con tesis laureada, lo cual me ayudó a conseguir trabajo en el museo de historia natural de la ciudad. Al principio me sentía dichoso en aquella labor, era un sueño cumplido, pero con el transcurrir de los meses, el aburrimiento comenzó a impregnarlo todo. Me sentía frustrado en aquel cuarto sombrío y silencioso, catalogando carcazas vacías de insectos que provenían de todas partes del mundo. Hermosos, pero inertes. Las alas quietas de las mariposas en los anaqueles, las arañas que jamás tejerían una sola hebra entre las oscuras ceibas, las luces apagadas de las luciérnagas, el enorme escarabajo ocre despojado de toda su magnificencia. Me afligía verlos tan quietos, tan estériles, tan callados. Echaba de menos los zumbidos, los chirridos, el inagotable arsenal de sonidos que producían, esa vitalidad tan única e inquietante de la cual están dotados. Me aburría hasta el hartazgo entre aquel cementerio de insectos, entre aquella multitud de alas inservibles, entre aquella maraña de patas ociosas, entre aquel ejército de ojos

yertos. Yo amaba verlos volar, saltar, correr, cazar. Odiaba verlos clavados por un alfiler decorando las paredes muertas del museo.

Por las noches me despertaba el recuerdo febril de C, su imagen alejándose a través de la manigua mientras yo intentaba aferrarla, pero ella se deshacía entre mis manos en un enjambre de mariposas multicolores que se alejaban lentamente, perdiéndose entre el follaje. No aguantaba más. Así que una mañana fría de octubre empaqué las pocas cosas que tenía, mis libros y mis instrumentos, tomé el pequeño perro barbudo, me despedí de la casera y del gran gato negro y me largué de esa fría ciudad. Extrañaba mi casa, el verdor asfixiante que la rodeaba, el viento que venía del río, a mis padres y a C, extrañaba el calor, el murmullo de los insectos y el sopor de la tarde bajo la sombra fresca de los árboles arrullado por el aroma del patio.

Así pasaron los días, y ella seguía negándome su presencia. A veces me parecía escuchar su voz diáfana en la lejanía, perdida entre el monte, opacada por el barullo de la vida. Su perfume me llegaba por oleadas en algunos momentos, pero cuando lo seguía, solo encontraba un enjambre de mariposas que reposaban en las piedras secas del río, chupando la sal del barro de la orilla.

Desconsolado, me encerré durante días en la antigua casucha de mis bichos, donde rumiaba mi dolor sin que nadie me viera. Un día, por azar, escuché de nuevo su risa sonora, que venía proyectada a través de la brisa mañanera, y salí como un loco con la esperanza de verla. Corrí tras el rastro de su voz, hasta que la hallé, nadando despreocupada en el río. La espíe desde la ribera tupida, camuflado entre los altos juncos de la orilla. Allí estaba. A pocos pasos. El antiguo aroma de su cuerpo me llegaba a ramalazos, y yo apenas podía contenerme ante aquel efluvio embriagador. Cuando ella salió del río, todo mi cuerpo pareció desobedecerme: salté frente a ella, que gritó sorprendida. Una muchacha espléndida. Sus carnes húmedas se torneaban bajo el vestido. Su piel me recordaba aquellas tardes bajo el sol estival. Alargué mi mano para tocarla, pero ella dio un paso atrás y se marchó entre los pétalos que caían de los guayacanes florecidos. Ahora era un ser lejano. Se detuvo de pronto, y me observó con toda la dureza

de sus ojos marrones para luego seguir su camino, mientras las flores secas de una jacaranda caían en las aguas quietas del río. Yo me quede ahí, pasmado, inmóvil, viendo cómo se alejaba canturreando, absorbida por el camino y me dejaba atrás. Solo.

Frustrado, humillado y dolorido, decidí empezar a recolectar información sobre los insectos de la región. Estaba resuelto a escribir el libro que tanto deseaba, así que me concentré en mis investigaciones atrasadas, volqué de nuevo toda mi atención y mi esfuerzo en los insectos. Salía siempre de madrugada a recolectar especímenes. Me había propuesto terminar el catálogo sobre insectos de la región, así que cada mañana iba más lejos que el día anterior; cada día me internaba más y más en lo profundo del bosque, hacia zonas inexploradas y misteriosas.

Volví entonces a ser el niño sucio y desarrapado de antaño, que volvía a casa con toda clase de bichos. En poco tiempo recolecté gran cantidad de coleópteros, lepidópteros y dípteros, además de todo tipo de invertebrados y artrópodos, arañas y escorpiones. Poco a poco, la choza volvió a llenarse de vida con especímenes variados y hermosos. Yo me quedaba adentro durante días estudiándolos, intentando avanzar en mis investigaciones.

En las mañanas me despertaba el afán laborioso de las termitas al construir sus túneles enrevesados o me quedaba durante horas maravillado con la postura ascética de la mantis, salía al bosque, donde perseguía las migraciones de las tambochas a través de la espesura, recordando los días de mi niñez, cuando, de vez en cuando, nos tocaba salir de la casa, mientras las hormigas pasaban y se adueñaban de todos los cuartos y pasillos, y entonces todo tipo de insectos, escorpiones y arañas, ratones, lagartijas y cuanta alimaña viviera allí, salían huyendo de sus escondites. Ninguna oquedad, ningún intersticio quedaba sin revisar. Ellas no dejaban sitio alguno para esconderse. Aquellos que no lograban huir o eran demasiado lentos, perecían en las fauces siempre hambrientas de las tambochas. Un río rojo que arrasaba con todo. Un ejército disciplinado como una legión romana que marchaba para la guerra, y sacudía todo el mundo en miniatura, invadía incommovible, y todo aquello distinto

a ellas era rápida y eficazmente asimilado; luego se retiraba con su carga fúnebre de patas, cuerpos y cabezas cercenadas, para ser devoradas en la oscuridad de su morada.

Con el pasar de los años, la casa comenzó a quedar desolada. Mi abuela fue la primera en marcharse. Murió mientras yo estudiaba en la capital. Aún me pesa no haberla acompañado en su lecho de muerte, pero estoy seguro de que se hubiese levantado para sacarme a escobazos de su cuarto: nunca quiso que la viera desvalida y sin fuerzas. Luego fue mi padre quien murió al ser arrastrado por el río mientras intentaba rescatar un ternero. Algunos meses después murió mi madre, consumida por la pena, la soledad, y un corazón débil de tanto querer. Falleció aferrada a una foto de mi padre, mientras se cubría con el poncho que usó mi viejo durante años, y que fue lo único que dejó el río —ya saben, demasiadas mariposas nocturnas y moscas nos visitaban—. Un manto de hojas secas se iba acumulando en el patio y en los pasillos. La hojarasca inundó pronto el patio interior, ahogando las petunias y los crotones. El gato gordo también había muerto a la sombra triste de los helechos, y Dante, el viejo moloso, murió una tarde soleada mientras dormía profundamente, acompañado por el perrito barbudo en el piso de *parquet*, que de a poco había ido perdiendo el brillo que tanto cuidara la abuela.

Entre tanto, yo me convertía en un ermitaño, un ser huraño y solitario acompañado tan solo por el fiel perrito barbudo. Un lunático que vagaba por el monte detrás de bichos. Creo que la gente siempre me tuvo un poco de miedo y antipatía. Ya saben: yo era una especie de científico loco, un ser desquiciado y obsesionado por seres que los demás percibían con asco y miedo, extraño como las alimañas que con tanto celo perseguía. Los hombres siempre aborrecen lo que no alcanzan a entender. Mi casa se convirtió en un museo del horror para la mayoría de los habitantes del pueblo. Ellos me temían y me odiaban, sentían una repulsión y un asco por mí parecido al que sentí yo por los bichos cuando era niño. Mi nombre era usado para asustar a los más pequeños, y corrían todo tipo de rumores y habladurías, cuentos de ancianas que aseguraban que, si me invocaban tres veces, aparecía convertido en un insecto

gigante para devorar sin prisa a la inocente víctima. Las mamás atormentaban a sus hijos con mi leyenda cuando estos se portaban mal o reprobaban alguna materia del colegio. Al principio, aquellos rumores me divertían: imaginaba toda clase de bichos saliendo de mi interior, y me reía bastante asustando a los niños del pueblo. Para ellos había dejado de ser un hombre. Yo me había convertido en un bicho como Gregorio Samsa.

Recuerdo bien la última vez que visité el pueblo. Ese día hacía mucho calor. Las calles estaban solitarias y silenciosas. La hora de la canícula golpeaba a todos, y hombres y bestias se ocultaban del calor abrasador. El único sonido que reconocía era la barahúnda producida por algunos gallinazos que se disputaban el cadáver seco de un burro. Las señoras que salían de misa se echaban la bendición y huían despavoridas ante mi presencia. Los niños más arriesgados me seguían por los recovecos del pueblo y se divertían arrojándome piedras. Los tenderos muchas veces se negaban a venderme sus productos, y ya ni siquiera era bienvenido en la casa de Dios. El viejo cura del pueblo que me conocía desde niño se encargó de ello desde el púlpito. Podía sentir las miradas de desprecio y los susurros que acompañaban mis pasos a través del pueblo. Hasta los perros viejos y sarnosos parecían alejarse de mí entre gruñidos, mostrándome los dientes. Yo soportaba todo esto con la esperanza de lograr ver a C, pero ella de nuevo rehuía mi presencia. Harto de esta situación, me recliné en este caserón vacío, lleno de murmullos de alas y sonidos frágiles en cada esquina, intentando visitar lo menos posible el pueblo, donde cada vez era recibido con mayor aversión y violencia.

Los meses seguían acumulando hojas secas sobre las ruinas del patio interior, mientras que yo iba terminando el capítulo sobre arácnidos de mi libro. Incluso había logrado recolectar varios especímenes nunca antes vistos o estudiados, entre ellos, una nueva especie de *Latrodectus* o viuda negra, una araña que nunca había sido documentada en la región. Este artrópodo era un animal bellísimo que estudié durante semanas, analizando su comportamiento y observando sus hábitos. Incluso alcancé a estudiar el inusual ritual de apareamiento: vi cómo la hembra devoraba al macho después de

la cópula, un acto de desprendimiento tan poderoso del macho, que pudo haber huido, pero decidió sacrificarse y se entregó a las fauces de la hembra, que lo devoró sin prisa en la guarida de seda que tenía por hogar. Sin embargo, un día dejé mal cerrado el terrario donde la araña vivía, y esta escapó. Durante semanas conviví con el miedo a ser picado, pero nada pasó. Luego me olvidé de ella y seguí con mis estudios, pero una mañana, mientras me fumaba un cigarrillo, noté una leve hinchazón y enrojecimiento en la mano. Puedo jurar que no sentí la picadura, así que no le presté atención, pero supe lo que había sucedido cuando, quince minutos después, la mano se me hinchó y se puso colorada como una tambocha. Luego comencé a sudar frío y un dolor terrible se apoderó de todo mi cuerpo. Supe de inmediato que debía llegar al pueblo o moriría en cuestión de horas, así que me apresuré a salir, moviéndome lo más rápido que podía, pero un ligero adormecimiento comenzó a adueñarse de mis piernas y de mis brazos, y luego todo se oscureció. Solo recuerdo caer a la orilla del camino, cubierto de sudor y temblando sin control alguno. Supe que allí terminaba todo. Antes de perder el conocimiento, alcancé a escuchar un grito animal de tigre acosado, y entre mi delirio febril creí ver el rostro apesadumbrado de C, que intentaba inútilmente hacerme reaccionar.

Lo último que recuerdo es su rostro y unos fríos ojos marrones que me observaban.

Cuando desperté, días después, me encontraba solo, acostado en mi cama. A duras penas podía moverme. Al siguiente día C entró a mi casa con la brisa fresca de la tarde, para no volver a salir jamás, y el aroma de tiempos lejanos que desprendía el jardín se levantó y llenó toda la casa.

## IV Imago

La gente del pueblo nunca entendió cómo la mujer más hermosa de estas tierras podía fijarse en alguien como yo, y peor aún, cómo podía siquiera considerar la idea de venirse a vivir a una casa llena de bichos

por todas partes, a sabiendas del profundo terror que estas criaturas le producían. Con el pasar de los meses, C iba acostumbrándose a los bichitos. Al principio, recuerdo que se encontraba en un estado extremo de ansiedad. Sus nervios se sobresaltaban con frecuencia y tenía pesadillas recurrentes con toda clase de antenas, ojos compuestos y mandíbulas aserradas. Muchas noches se levantaba sudando y temblando de miedo. Entonces yo la reconfortaba tarareándole un viejo bolero que a ella le gustaba, y ella se iba durmiendo de nuevo en calma con el sonido débil de las cigarras y los grillos, mientras que las mariposas de alas iridiscentes de diversos colores se le posaban, sin que ella lo notara, a beber el sudor salobre de su cuerpo.

Con la paciencia propia de un maestro, yo trataba de enseñarle todo lo que sabía sobre los insectos, intentaba mostrarle la belleza oculta de estos seres incomprendidos. A veces le vendaba los ojos para luego dejar caminar alguno de mis bichos en su cuerpo desnudo. Al principio ella odiaba esa sensación; su cuerpo se sobresaltaba y toda su piel se erizaba, pero con el paso de los días logró contener el miedo, y luego ya los podía sostener en la mano sin la mayor perturbación. En poco tiempo comprendió que no eran seres para temer, que merecían respeto, y que, si no se los molestaba, resultaban inofensivos. Había que aprender a manipularlos y a entenderlos. Meses después ya me acompañaba en mis expediciones, negándose a esperarme en la casa. Su carácter montaraz y salvaje era de gran ayuda, pues la labor era ardua, pero con ella a mi lado, mis investigaciones progresaban a gran velocidad. Comenzó a aprender el lenguaje taxonómico, y en poco tiempo ya era capaz de discernir entre una *Blaberus cainiffer* y una *Blaberus discoidalis*, entre una *Nemesiidae* y una terafósida. Dejó de temerles a las escolopendras y escorpiones, y era ella quien se encargaba de etiquetar los coleópteros, los dípteros y lepidópteros, y dejó de llamarlos cucarrones, moscas y mariposas.

Poco nos importaba la lluvia o el sol inclemente. Tampoco nos detuvieron las borrascas propias del trópico. Nuestra casa ya no era nuestra: ahora la compartíamos con toda clase de especímenes vivos, que reposaban en terrarios de todos los tamaños y tipos, o sueltos



por ahí construyendo sus propias madrigueras. Vivíamos rodeados de toda clase de tarántulas de grandes quelíceros, mantis voraces que devoraban a sus parejas luego de la cópula, mariposas de bellos colores, ciempiés enormes y venenosos, escurridizas cucarachas, escarabajos gigantes que zumbaban en la oscuridad, saltamontes y grillos, hormigas y escorpiones. En poco tiempo se adueñaron del patio interno, y luego, de la mayoría de los cuartos vacíos de la casa.

Cada vez éramos más osados en nuestras expediciones, e íbamos más lejos, atravesando sabanas, montes y pastizales. Nos hicimos amigos de algunos pueblos nativos de la región, que nos acogían con entusiasmo y nos ayudaban sin querer nada a cambio. A veces les preguntaba a los ancianos sobre el insecto que tanto tiempo llevaba buscando, pero la mayoría parecía no conocerlo o no querer hablar al respecto; pero a medida que pasaba el tiempo y nos hacíamos más cercanos a ellos, las barreras cayeron y me contaron todo sobre el insecto, dónde encontrarlo y cómo llegar allí. Se ofrecieron a llevarme, pero era una travesía que llevaría semanas, quizás meses. C me miró con los ojos brillando por el ansia de aventura, así que partimos guiados por un grupo de indígenas, cruzamos ríos y selvas hasta llegar a una montaña alta que guardaba un valle. Allí era la morada del *ainawi aitabu*, como lo llamaban ellos. Pero era un ser esquivo y difícil de encontrar, de hábitos nocturnos. Por las mañanas se convertía en piedra, según las leyendas, pero en la noche era todo lo contrario: su cuerpo resplandecía y era fácil verlo en la oscuridad de la espesura. Al final pudimos capturar dos ejemplares. Los nativos nos enseñaron cómo manejarlos y el cuidado que había que tener al manipularlos, para evitar su mortal picadura.

Los años continuaron arrojando la hojarasca a nuestro patio. Yo terminé el libro sobre insectos de la región, con un capítulo entero sobre el *ainawi aitabu*, sus costumbres y comportamientos, sus hábitos de apareamiento y alimentación, sobre su picadura mortal y su veneno. Sin embargo, no me decidía a darlo a conocer. Aún hoy día reposa en un cajón de mi cuarto. Las expediciones se fueron haciendo más cortas, hasta que desaparecieron por completo, mientras nosotros encanecíamos juntos. Tuvimos un hijo, al que

llamamos Alfonso. Sin embargo, el pequeño murió al poco tiempo de nacer. Fue un golpe terrible para ambos, pero sobre todo para C. Lo enterramos bajo las ramas frondosas de la ceiba. Después de esto, el capullo se cerró alrededor de nosotros. A veces los indios bajaban de la sierra con obsequios y comida para nosotros; luego se marchaban en silencio. Ellos eran nuestro último vínculo, el vestigio de humanidad que soportábamos. Nosotros nos enclaustramos en estas paredes mohosas cubiertas de hiedra y vegetación a morir rodeados del murmullo incesante de los insectos.

Como era costumbre, siempre me levantaba temprano y colocaba el café en la hornilla; luego despertaba a C. con una taza humeante que la ayudaba a sacudirse el letargo del sueño. Recuerdo esa mañana, como si la viviera de nuevo... Ella no se levantó. Recuerdo que era una mañana fresca, pero su cuerpo ardía en fiebre. Por un tiempo, mis pociones y brebajes lograron sacarla del aturdimiento en que había caído. Dosis muy pequeñas del veneno de un escorpión parecían ayudarle, permitiendo que se pudiera levantar de la cama, así que volvimos a caminar tomados de la mano por el patio, bajo la sombra fresca de la arboleda que rodeaba la casa. Por la tarde tomábamos limonada bajo las enredaderas de la ceiba o en el zaguán, mientras escuchábamos el llanto lastimero de los pájaros en los árboles, y por las noches yo le leía algún libro, o veíamos las mismas películas que habíamos visto cientos de veces, mientras ella se abandonaba al sueño. Entonces yo me levantaba y salía al pasillo a fumar un cigarro ocasional y escuchar el sonido triste de la noche.

Pero luego la enfermedad regresó con más fuerza, con un ímpetu inusitado que no le dio tregua, ni esperanza, ni tiempo. Cada día se iba introduciendo más y más en su interior, como larvas incubadas dentro de su cuerpo, como la avispa que introduce sus crías dentro de las tarántulas para que la devoren desde adentro. Así era esta enfermedad: crecía en su interior, y yo no podía hacer nada para detenerla. Entró con la noche, golpeando las paredes y retumbando en todos los rincones, mientras ella cada día parecía disminuir por el dolor. Me sentaba en la cama a leerle y le tomaba la mano mientras escuchábamos la música de los grillos y las cigarras que traía una

que otra vez alguna brisa nocturna. Cuando ella por fin dormía, me retiraba a llorar en silencio al patio interior, debajo de las ramas del cedro que le diera sombra al gato gordo de mamá. Sabía que el fin era inevitable. Lo supe un día en que una mosca vino a posarse en su mano —¿ustedes sabían que hay algunas variedades de moscas que llegan aun antes de que un ser expire? Es como si presintieran la muerte, como si la olieran en el aire—. En ese momento supe lo que tenía que hacer, y ella también lo supo.

C observaba mi conducta a través de sus ojos velados por el dolor mientras los días se iban sucediendo uno tras otro y la araña tejía sus hilos en las ramas. Pero yo no me decidía a terminar con todo, y entonces ella me miraba con un furor y una ira inauditos. Ella quería paz, sosiego, y yo me negaba a dárselo. Tan solo me quedaba ahí, inmóvil, sentado junto a ella viéndola sufrir, y recordaba entonces a los insectos de mi niñez, implorantes, suplicantes y desvalidos, conscientes de lo inexorable de su destino, de su fragilidad.

Yo seguía empeñado en perpetuar su sufrimiento, pues guardaba una vaga esperanza. Quería creer en milagros y curaciones mágicas, pese a que lo había intentado todo desde la medicina corriente, hasta las prácticas ancestrales que me enseñaron los indígenas, pero nada daba resultado. A veces había leves mejorías, seguidas por decaimientos cada vez peores. C, con su mirada implorante, me conminaba a acabar con todo, pero yo no me atrevía a terminarlo, pese a que sabía que era la única salida digna y humana para ese padecimiento. Sin embargo, una noche, mientras observaba la arboleda quieta e imperturbable que se extendía frente a nuestra ventana, y la brisa apenas si mecía los arbustos, negras siluetas inmóviles que se dibujaban tenuemente reflejando cierta ansiedad sombría en el cuarto, entró una mariposa negra revoloteando de manera solemne y callada, para posarse en la pared, justo encima de la cabecera de la cama. Un frío que jamás había sentido comenzó a apoderarse de mi cuerpo. C se quedó mirándola por un largo rato, y una especie de brillo iluminó sus ojos. Vi la misma certeza, el mismo gozo, el mismo rostro con que mi padre recibiera la muerte de mi abuelo aquella noche lejana de mi niñez. Me miró directamente a los ojos, y

no pude negarme a su reclamo. Trató inútilmente de hablar, aunque hacía ya un buen tiempo que la enfermedad la había enmudecido. Pero yo sabía lo que ella quería. Así que me dirigí al taller que antes pertenecía a mi abuelo. Era la más grande de todas las habitaciones de la casa, y allí, entre esas paredes cubiertas de cal, donde crecían las heliconias y las ramas de las buganvillas se extendían por todos lados, habíamos dejado a su suerte a la pareja de *ainawi aitabu* que trajéramos de la selva. Después de ello clausuramos para siempre ese cuarto con una gran pared de ladrillo y cemento. Cuando por fin logré entrar, pude ver numerosos insectos que pendían de las hojas de los tilos, con sus colores metalizados y luminosos que brillaban en la noche. Con temor, pero decidido, tomé uno de los insectos y salí lo más rápido que pude.

De regreso en nuestro cuarto, saqué el *ainawi* del frasco de vidrio donde lo había recogido y lo deposité con suavidad en el brazo derecho de C. El insecto caminó un poco por el brazo, deteniéndose durante breves segundos, como inspeccionado la piel ajada de C. Me incliné y la besé por última vez. Luego el insecto, como esperando esta señal, clavo sus colmillos en su carne, y por un segundo se estremeció de dolor. Las lágrimas se escurrían por mis mejillas y caían en gruesas gotas que eran absorbidas por la almohada. Su cuerpo se relajó de inmediato y su cara adquirió un aire sereno y tranquilo. C abrazó y acogió la muerte, y cruzó el camino en las alas de las mariposas negras. Su rostro se veía más joven y hermoso, como si de golpe hubiera reclamado toda la belleza que la enfermedad le quitó, y sus ojos volvieron a su color natural: las telarañas de su mirada se disiparon, y retornaron el brillo y la fiereza de su juventud, en la cual se reflejaba la paz que ella tanto ansiaba. Lejos quedaban ahora el dolor y la pena.

Me quedé en la habitación durante semanas enteras, contemplando absorto la transformación de C, maravillado por ver cómo su cuerpo estallaba en vida, rebosante de belleza. Era hermosa. Juntos habíamos vencido a la muerte. Los primeros en llegar, como siempre, fueron las voraces moscas y los moscardones negros que revoloteaban furiosos, posándose sobre los párpados yertos de C,

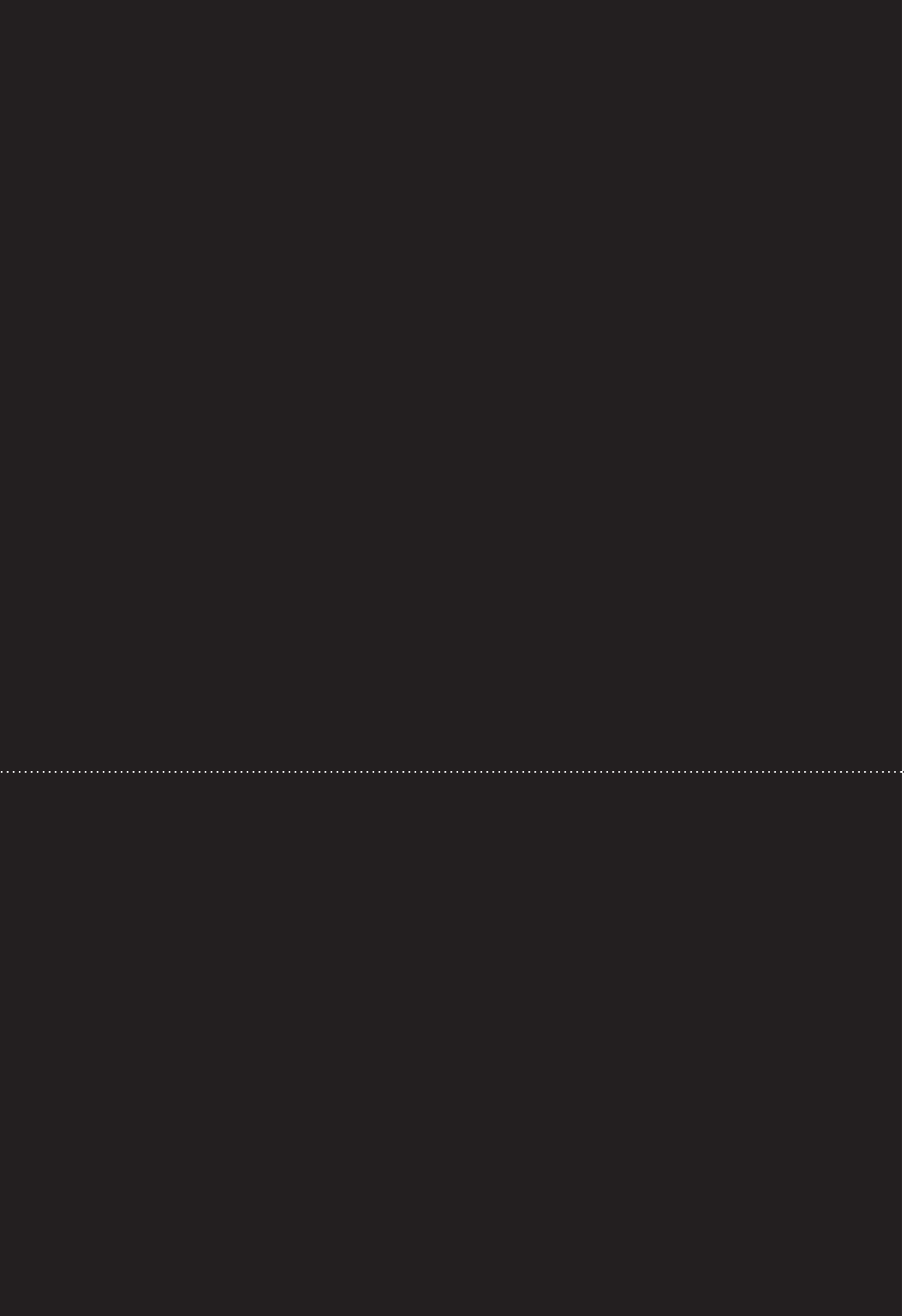
introduciéndose dentro de su boca y nariz para poner las larvas. Luego vinieron los coleópteros necrófagos, que se arrastraban frenéticos sobre los cabellos sueltos. Después de ellos, una pareja de *ainawi* se adueñó del pecho de C, donde pusieron algunos huevecillos que cuidaban celosamente mientras devoraban a partes iguales a C y a otros insectos. Las avispas vinieron luego por oleadas que zumbaban amenazantes. Algunas mariposas se posaban sobre los restos de C a beber los jugos que ella producía, y por último vinieron las hormigas, que terminaron de limpiar sus huesos, hasta dejarlos blancos, bellamente pulidos. Era un espectáculo hermoso. Su cuerpo se transformaba. Engendraba vida. C era continuación, transmutación, sustitución. Ahora C era algo más: algo poderoso e imperecedero. Ahora ella era eterna.

Encima de sus huesos, con los años creció un pequeño árbol que se abrió paso hasta atravesar las tejas de barro. La lluvia y la luz se colaban por el hoyo, y muy rápido aquel árbol se convirtió en el hogar de cientos de insectos. En sus hojas perduran ahora las hormigas y los ciempiés. Orugas serpentean también entre ellas, mientras las cucarachas y los escarabajos corretean por el tronco. Las mariposas de colores tornasolados construyen sus capullos en las ramas. Las libélulas cazan entre las enredaderas que trepan hacia la luz. Una enorme migala acecha entre las raíces ensortijadas. Una pequeña araña comenzó a tejer una red entre los tallos tiernos, y en la época de floresta llegan cientos de abejas, mientras que las avispas se adueñaron de la copa del árbol.

Toda su materia sustenta la vida.

Mientras tanto, yo vago de cuarto en cuarto, sobreviviendo de insectos que devoro con ansias. Pero ellos invaden lentamente la casa. Se han adueñado de los pasillos y los salones. Me toleran de buena gana, no soy más que otro bicho a sus ojos. Ahora tan solo me queda esperar el momento en el que me reuniré con ella, ese instante en que volveremos a ser uno solo, la fase final de nuestra metamorfosis. El cuerpo no es otra cosa que una crisálida. Pero ahora seremos dos imagos maduros. Únicos y eternos.

Ya estoy viejo y cansado. Llevo solo demasiado tiempo. Pero no importa, hace unos días vino a visitarme una bella mosca azul. Mientras me refrescaba a la sombra de C, se posó en mi mano, limpió sus patitas y luego voló hacia la tarde. Y ayer en la noche, mientras dormía en el zaguán, entró volando una mariposa negra, revoloteó un poco cerca de mí y luego se detuvo en la enredadera de la pared. Un enjambre de avispas se adueñó del último cuarto vacío. El patio está cubierto de telarañas, desde donde me observan cientos de ojos, esperando para extender sus hebras hasta mi calavera pulida por los escarabajos que pululan veloces por los pasillos. Y los *ainawi* se han adueñado del patio interior. Están todos aquí, esperándome. A lo lejos escucho el rumor de las tambochas que se acercan. Estoy feliz. Ya es hora.



# Lo que queda adentro

Miguel Ángel Cuesta

**Taller Distrital de Novela  
2020**

## Sobre el autor

Nació en Bogotá en 1994. Es ingeniero de sistemas y computación por la Universidad Nacional de Colombia. Apasionado por la literatura, ha participado en diversos cursos de escritura creativa y profesional. A esto se añade la participación y publicación de uno de sus cuentos en la edición del 2018 del concurso Bogotá en 100 Palabras. Asimismo, sus textos han sido publicados en las revistas *Diez*, *Arcadia* y *Ciudad Bl.*



## Prólogo

Una luz amarillenta entraba por la ventana del cuarto, atravesando las rejas blancas. Jairo estaba con la cabeza sobre mi pecho; yo tenía mis brazos sobre el suyo. Quería dejar de pensar, pero no podía evitarlo, tal vez porque sabía que todo acabaría pronto.

—¿Ya sabes cuándo te irás? —le pregunté.

—A vos siempre te gusta dañar los momentos lindos. No, no sé, tal vez el jueves.

—No es eso, es que me preocupas. No quiero que te vayas. La cosa es que mientras más esperas, más te expones.

—Gael, calmate, yo me voy a ir y no me va a pasar nada. No es la primera vez que salgo corriendo. Vos sabés que del pueblo me vine corriendo de matones peores, y mi Dios me protege —me dijo mientras se tocaba el crucifijo dorado que llevaba en el pecho.

—Sí, lo intento, solo que es difícil.

—Siempre va a ser difícil, más para vos, que seguís con miedo.

—¿Por qué crees que siempre tengo miedo?

—Porque se te ve en los ojos, Gael. Sabés que yo me puedo defender solo, pero seguís con miedo, como si fueras vos quien se tiene que ir. Porque tal vez, si yo me voy, van a amenazarte a ti. Pero yo sé que a vos no te tienen planillado como a mí.

—A mí no me importa si me amenazan; yo miraré qué hago. Pero no puedo estar tranquilo por ti. ¿Cómo me tranquilizo si no tienes a dónde ir y te vas a ir de acá sin nada?

Jairo se inclinó sobre su mesita de noche y sacó un cigarrillo de marihuana. Lo prendió y me lo puso en la boca.

—Cuando salí de Marinilla solo tenía cinco mil en el bolsillo, y aun así llegué a Bogotá. Relajate, no me peleés, que me duele la cabeza. Por mí, mirá que puede ser nuestra última noche.

Le di dos caladas fuertes al cigarrillo y se lo volvió a pasar. Él hizo lo mismo.

—Uno paga un precio muy caro por ser uno mismo, ¿no?

—Todo en esta vida se paga caro. Hay que disfrutar este cuartico de tiempo que le dan a uno.

Mientras él miraba el humo, yo miraba la luz amarilla sobre mi piel blanca y sobre la suya canela. Lo besé e hicimos el amor una última vez. A los dos días se fue de la ciudad. No volví a saber nada de él.

## Capítulo I

### Señor Dios, en quien ya tan poco creo...

Estaba parado frente a una de las puertas de un salón de clase, en un pasillo largo y oscuro. Las manos me sudaban y sentía un leve cosquilleo en ellas. Antes de llegar allí había estado enseñándoles pintura y música a niños de cuarto de primaria en un colegio privado muy costoso. Allí tenía un salón de pintura equipado con acuarelas, témperas, telas, pinceles y demás. Pero aquello eran solo mis prácticas. Esta vez me estaba enfrentando ya titulado al mundo real. Ahora tenía que pararme frente a muchachos de once de un colegio público. En mi cabeza solo podía pensar que iban a bostezar, a mirarme como el nuevo intruso al cual acabar, que iban a rayar las impresiones de mis cuadros de Dalí, Picasso, Miguel Ángel y Rafael. Dirían que la música clásica era una porquería, se burlarían del nombre de Chopin y tirarían la grabadora por la ventana.

Realmente solo me estaba haciendo ideas idiotas, prejuiciosas, dejándome llevar por los recuerdos de mis compañeros del colegio, un colegio paupérrimo, igual que aquel, como todos los colegios públicos de Bogotá. La oscuridad de aquel pasillo, en el que las únicas luces provenían de la puerta del salón de clase donde tenía que entrar y la ventana al final, me hicieron recordar a mí mismo andando por un edificio igual de opresivo, con mi saco azul y mi pantalón negro del uniforme. Dejé de pensar en ello, no quería ponerme más nervioso. Pensé en que había sido capaz de dar clase antes, que esto no tenía que ser distinto.

Miré la hora. Ya habían pasado los cinco minutos de más para no parecer un cuadrículado. Quería cambiar muchas cosas en mí, y pensé que aquel era el mejor momento: era un nuevo comienzo,

un nuevo año, un nuevo milenio. Lástima que yo siguiera siendo el mismo. Respiré profundo y entré al salón. Justo como lo imaginaba, el salón era idéntico al del colegio donde yo había estudiado: ventanas grandes con rejas (no podrían tirar la grabadora), pupitres de madera para dos estudiantes, un tablero verde de tiza, una pintura blanca amarillenta sobre el ladrillo café de las paredes. Había un par de niñas de pie contra la ventana hablando, unos muchachos en círculo jugando cartas y otros en su asiento, mordiendo un lapicero o simplemente existiendo. Tenían la marca del primer día: sus uniformes no combinaban, algunos colores rojos de los sacos de la sudadera resaltaban entre los sacos completamente azules del uniforme de diario de otros. Me miraron, dejaron las cartas, la charla, y tomaron asiento. Una disciplina que yo casi detestaba, tan aprendida, tan adentro de cada uno. Dejé los libros sobre la mesa y me sentí más tranquilo.

—Muchachos, muchachas, buenos días. Mi nombre es Gael, y les estaré enseñando dibujo técnico e historia del arte —les dije mientras caminaba de un lado para otro con las manos en la espalda—. Soy licenciado en artes de la Universidad Distrital, tengo veinticuatro años —aunque me sentía como de cincuenta—, mi amor es el arte —los cigarros, el ron, los hombres, las películas de terror— y creo que eso es todo lo que necesitan saber de mí por el momento. ¿Alguna pregunta?

Una muchacha de pelo negro corto levantó la mano.

—Dime tu nombre primero, y luego tu pregunta.

—Íngrid, profe. ¿Por qué nos va a enseñar historia del arte? ¿No debería ser solamente dibujo técnico, como el año pasado?

—Muy buena pregunta. Por favor, todos saquen un lápiz, un papel cuadriculado y una regla —escuché un quejido familiar y hasta un “¿si ve, Íngrid?”—. Tranquilos, no es un examen ni algo difícil. Ahora necesito que todos hagan una plancha, solo de líneas desde un extremo del papel al otro; lo usual de esta clase... —les dije, mientras con una tiza hacía la misma actividad en el tablero, lo mejor que pude sin una regla.

Dejé la tiza de lado y empecé a andar por el salón. Todos parecían entregados a la tarea. Intentaba identificar alguno que fuera problemático: siempre es bueno tenerlos en cuenta. Más mujeres que hombres, lo cual me parecía bien. Recordaba que en el colegio siempre los hombres causaban más problemas. Siempre había sido un marica prejuicioso, otra cosa para cambiar.

—Bueno, veo que todos acabaron. Ahora, Ingrid, dime: ¿para qué sirve hacer una plancha como la que acabamos de realizar?

—Sirve para aprender de perspectivas y geometría, sobre cómo las formas simples arman otras y se pueden componer imágenes con ellas.

—Muy bien —el anterior profesor hizo un buen trabajo y mis prejuicios empezaban a disminuir—. ¿De dónde viene esta idea de la perspectiva y las figuras geométricas? Mejor dicho, ¿de dónde viene el dibujo técnico?

Silencio, como lo esperaba. Quería que fuera diferente y que alguno se hubiera atrevido a levantar la mano y a darme aunque fuera una respuesta errada.

—Está bien no saberlo, no creo que ninguno tuviera que saberlo. ¿Les servirá de algo saber que el dibujo técnico y todas las artes existen desde dos mil años antes de Cristo? Probablemente el señor de la tienda no les va a preguntar quién pintó *El jardín de las delicias*, probablemente a algunos de los que salgan de acá a trabajar en alguna oficina no les cambiará el pago si logran identificar algún cuadro. Pero créanme que los demás notarán la diferencia. Incluso ustedes mismos notarán que no son los mismos al darse cuenta de que conocen cosas que los demás ignoran, y la satisfacción será mayor al encontrar cosas que les gustan en lo que el saber esconde.

Debieron darme un India Catalina por severo discurso, aunque puede que haya estado medio flojo también: “en lo que el saber esconde”, de algún lado me lo robé. De treinta y tres, tenía la atención de casi trece. Al menos cinco de ellos saldrían bien preparados. Les hablé un poco y los obligué a hacer esas cosas horribles y vergonzosas de presentarse cada uno y decirme algo sobre ellos. Antes no entendía por qué lo hacían, pero con el tiempo terminé por verlo como el

perfecto relleno para la primera clase, esa en la que usualmente ni profesor ni estudiantes están en disposición de hacer clase.

Sonó el timbre. Todos tomaron sus onces y demás, y salieron apurados. Respiré profundo al salir del salón. Había sobrevivido a la primera clase. Lo estoy logrando, dije mirando al cielo por la ventana enrejada. Me dirigí a la sala de profesores. Tenía una hora antes de la clase con el siguiente curso. En total, cinco undécimos a los que les iba a dar clase cuatro horas a la semana. Entré a la sala donde estaban solo Ramiro y Estela: ética y matemáticas. Los había conocido en la inducción, a ellos y a otros tres más. Eran amables y bastante callados, como la mayoría de los profesores. Al igual que los alumnos, los profesores armaban su grupo de amigos, o escogían a otro profesor para hablar y distraerse, y no se acercaban al resto. Yo prefería no acercarme a ninguno y que me dejaran tranquilo mientras sacaba apuntes y escuchaba música. Aunque lamentablemente aquello no sucedía, creo que siempre tuve un letrero en la frente que decía: “Cuénteme sus problemas, lo escucho gratis”. No llevaba ni veinte minutos en la sala y Estela ya estaba contándome que aquel era su último año antes de salir pensionada, que no sabía qué haría, que el colegio era su vida y que sus niños le harían mucha falta. Hice lo único que podía, y creo que era lo que ella necesitaba: la escuché atentamente mientras sorbía mi coca-cola. Después de irme de la casa de mi mamá me había acostumbrado a huir de los problemas ajenos, pero seguía sin poder quitarme de encima su maldición de siempre escuchar a todo el que lo necesitara. Mis amigos solían decir que debía haber estudiado psicología. Estela siguió con la conversación, diciéndome que yo era muy joven y que le recordaba a ella cuando empezó a enseñar, cuando la educación era diferente, que le alegraba ver caras jóvenes alentando a otras, que si tenía algún enfoque particular, que de qué universidad era, que si tenía novia, y ahí se me fue la hora del descanso. Escuché el timbre y los tres nos pusimos en camino hacia las aulas.

La juventud que Estela me alababa me molestaba en clase: quería creer que me acercaba a mis alumnos, pero el miedo me decía que me podía alejar. Creía que la edad era algo que ellos todavía

respetaban. No sé, dentro de mí había una lucha, porque también sabía que aquello aprendido de respetar a los mayores era una idiotez. Cuántos profesores imbéciles tuve que soportar solo por aquella norma. Al final, pensé, solo quería que me respetaran porque creían genuinamente que lo merecía. Solo me estaba preparando, ya que mi sueño era dar clase en la universidad, y mi temor se expandía al pensar en ello. Entré al mismo salón de antes, así que el respiro no fue tan profundo. Detestaba esas horas partidas entre descansos: hacen que uno pierda la atención y la dinámica. Decidí no abrumarlos. Como había dicho, el primer día no es que nadie tenga ganas de hacer algo. Les compartí los temas que veríamos, la metodología de la clase y les di media hora para dibujar lo que quisieran, que no fuera tan malo para ver qué podía mejorar de cada uno. Salí de un curso al siguiente para mis dos últimas horas del día. También sobreviví. Solo al finalizar la clase dos jóvenes del fondo empezaron a reírse más fuerte de lo admisible. Lo dejé pasar para no tener enemigos desde el primer día. Pensé en cómo yo había sido un indisciplinado de aquí a Fontibón, y lo poco que los regaños habían funcionado para cambiar algo en mí.

El timbre sonó. Sentí cómo me desinflé y volvía a ser un joven como cualquiera. Y cómo volvía a mí el dolor sordo del pecho. Salí del colegio, caminé hasta la calle ochenta y tomé el bus a mi casa. Me puse los audífonos, le di *play* al casete en mi viejo *walkman* mientras miraba la ciudad por la ventana. Entre el sol, el humo de los buses y el color de los edificios salía un gris amarillento. Eso es Bogotá. Luego de cuarenta minutos de viaje, pensamientos y recuerdos varios, me bajé del bus. Encendí un cigarrillo y caminé las cinco cuadras a mi apartaestudio. Entré y mi madre, siempre tan puntual, estaba al otro lado del teléfono haciendo sonar el mío sin parar.

—Todo bien, mamá... Sí, normal... Sí... No, no llevé almuerzo, acá ya tengo preparado algo... Un colegio normal... Gracias... No... No sé nada de su familia... La hermana me llamó... Fernanda, sí, solo para saber cómo estaba. Yo no pregunté nada... Sí, estoy bien... Seguro... Ya te dije que estoy bien solo... Sí, yo sé... También te quiero... Ajá... Adiós.

Me serví una copa de vino en celebración por mi pesado día y me preparé un sánduche mientras bebía. Entendía la preocupación de mi madre por estar solo, pero no quería volver a la casa. Había sido difícil, pero la muerte de Julián no me podía paralizar.

—Dios... No creo en ti, pero, por favor, que todo cambie este año —me dije mirando por la ventana.

## Capítulo 2 Pillados

Algunos de los hombres que estuvieron conmigo terminaron diciéndome lo mismo: “Eres un miedoso”, “le tienes miedo a tu maricada”. Luego de tantos años sigo recordando muy bien la primera razón por la cual estuve tan asustado.

José Luis y yo jugábamos *Tío Rico* en la pieza de mis papás, mientras nos llegaba el ruido de la música de la sala, que quedaba diagonal a la pieza. La casa de mis papás era especial para la fiesta, con más sala que habitaciones, cabían todos mis tíos y primas a sus anchas. Tenía dos pisos, ubicada en el barrio La Estrada. Estaba hecha de ladrillo café y rejas blancas en las ventanas, levantada sin mucha planeación por mi abuelo paterno, Evelio. Fue el lugar donde viví hasta que cumplí dieciséis años. Esa noche de viernes se celebraba el cumpleaños de mi mamá. José era mi único primo, y ni siquiera era realmente mi primo, era el hijastro de mi tío Alberto, el hermano de mi papá. José era un año mayor que yo y siempre en las fiestas jugábamos juntos. El hecho de ser menores y dos niños nos alejaba de mis primas, que eran mayores y mayoría. Algunas veces en esas reuniones familiares, que eran recurrentes en mi casa, mis primas nos enseñaban a bailar o jugaban juegos de mesa con nosotros. Otras, como aquella noche, se dedicaban a hacer mala cara y robarles trago a los mayores.

Mi mamá entraba a la pieza a cada rato, al recordar que existíamos, a ver cómo estábamos o si queríamos algo. No demoraba mucho porque de afuera siempre llegaba algún “Matilde, venga, que

a usted le gusta esta canción” o un “¿Dónde está la cumpleañera?”. Llevábamos ya casi dos horas en el juego. José era el banco e iba ganando, le habían salido pares seguidos en cada turno y había comprado casi todo el tablero, mientras yo me había quedado con las propiedades que podía. Estaba molesto. No me gustaba perder, y menos contra José. Era muy montador, y pensé que de eso se trataba todo, cuando empezó la conversación a volverse rara. Caí en una de sus propiedades; tenía que pagarle quince pesos de oro y a mí solo me quedaban cinco.

—Ahí está, Gael, se la dejo facilito para que no me tenga que pagar: deme un pico y no le cobro.

—¿Qué?, ¿qué le da, José? No sea bobo.

—¿Le da miedo?

—Los hombres no se besan.

—A veces sí, pero si no quiere, fresco, págume mis quince, gallina.

No sabía por qué, pero después de escuchar su propuesta me sentí agitado. El corazón me latía como si hubiera corrido mucho, y las manos me temblaban. Lo que sí sabía era que él no se iba a callar, y la iba a estar montando hasta sacarme la piedra. Así era casi siempre, empezábamos jugando y terminábamos peleando.

—Gallina no soy.

—Demuéstrelo.

—No le voy a dar un pico, José. ¿Qué tal venga mi mamá?

—Solo es un pico, no pasa nada.

—Ya, José, no moleste más.

—No lo molesto, pero entonces págume.

—No tengo...

Tal vez accedí por el tonto orgullo infantil, por la tonta inocencia... Alguna parte de mí dice que yo también quería, aunque no me atrevía, o no lo imaginaba. Solo quería que me dejara de molestar, quería demostrarle de una vez que no era una gallina y que no me iba a dejar joder de él.

—José, no le vaya a contar a nadie —dije con voz casi que quebrada.



—¿A quién le voy a contar?

Me acerqué a él despacio y temblando. Yo pensé en un pico rápido. Él había dicho que era solo eso. Pero no, José lo hizo durar, o yo lo sentí durar. Mala idea. Saltamos del susto cuando se abrió la puerta. Al voltear vi a mi papá. No recuerdo qué nos gritó, solo recuerdo su cara roja de la piedra. Se acercó decidido y me puso un bofetón que me dejó el cachete hinchado por una semana. Eran tan altos sus gritos que mi mamá y todos mis tíos pararon la música y se acercaron a la puerta de la pieza a ver cuál era el alboroto. Mi papá cogió del cuello de la camiseta a José, que ahora tenía la cara bañada en lágrimas, y lo sacó:

—Vea a su chino, Alberto. ¿Esto es lo que le enseñan en el colegio privado ese?

—No joda, Roberto, suéltelo. ¿Quién dijo que fue él y no el suyo el que salió con esas maricadas?

—¡Mi hijo no es ningún marica! —le respondió mi papá casi con los puños arriba. Todo se iba poniendo color de hormiga.

—Camine, Alberto, no vaya a rebajarse con el animal de su hermano —le dijo Nidia, la esposa, mientras lo halaba del brazo.

—Vea, Nidia, por acá no vuelva a traer a su hijo ni a asomar su narizota. Es más, se acabó esta puta fiesta, se me van todos.

Mi mamá estaba atacada llorando, mientras se disculpaba con mis tíos y mis primas, que qué pena, que lo lamentaba, que mi papá nunca era así, que ella los llamaba después, que era un problema familiar. Exceptuando a mi tío Alberto, todos entendieron y se fueron sin preguntar nada.

—¡Usted para su cuarto, ya a dormir, no lo quiero ver! —me gritó y salí de allí corriendo.

Esa fue la primera noche de mi vida en experimentar lo que era el insomnio. Esperé a mi mamá aquella noche en mi pieza, creyendo que iría a hablar conmigo, a hablar no sé de qué, pero al menos venir a decirme por qué era tan malo lo que había pasado. Pero no, no fue.

Al otro día mi papá no me hablaba y mi mamá me miraba con ojos tristes. Pensaba en cómo estarían las cosas por donde José.

Mi tío Alberto y Nidia se veían menos malgeniados. En algún momento de esa tarde, en la que estuve encerrado en mi pieza, salí al baño y pasé por enfrente de la pieza de mis papás. La puerta estaba entreabierta, así que pasé despacio sin hacer ruido. Me hice contra la pared junto a la puerta y los escuché mientras hablaban bajito: “No lo consienta más, Matilde. Esa manera suya de tratarlo siempre como una princesa es de las cosas que lo dañan”, le decía mi papá. “Ninguna consentidera, yo lo trato como mi hijo. Más bien pregúntese usted cuándo fue la última vez que habló o que pasó un tiempo con él. ¿O usted cree que el abandono no le hace daño?”. Como no quería seguir escuchando esas palabras en buscaba de culpables, seguí mi camino al baño, donde oriné y lloré al tiempo. Todo causado por un beso, me decía, un beso que ni siquiera estaba seguro de dar. Sinceramente, no me quedaban ganas de besar a otro muchacho después de eso.

### Capítulo 3

## Él se sienta al lado de mi pupitre

La mayoría del tiempo éramos papá, mamá y yo. En las fiestas éramos papá, mamá, tíos, tías, primas y yo. Algunas veces éramos papá, mamá, abuelos y yo. Y ese era mi pequeño mundo. No necesitaba más, ni menos. Luego del beso con José, con las peleas de mamá y papá, cada vez fuimos más mamá y yo, y menos los demás, menos los tres. Al principio las peleas de mis papás, que escuchaba pegando el oído a la puerta y quedándome muy quieto, eran por mí. Hay que mandarlo al psicólogo, decía ella. Esa gente no sirve para una mierda, respondía él. Luego de meses ya en mí no había ninguna curiosidad por las peleas. A veces escuchaba a mí papá gritar: “¡Estoy mamado de esta mierda, de esta puta casa!”. Salía y con un portazo cerraba la discusión. Mi mamá lloraba, y yo también; cada uno en su cuarto. Yo sentía que había abierto una puerta en papá, una puerta que abría un secreto que mamá conocía y ambos ignoraban: ya no había amor de él por ella. Yo nunca lo imaginé, pero mamá me lo

contó años después, cuando él ya no estaba. Ella se dio cuenta de cómo empezaban hablando de mí y terminaban discutiendo por cosas de ellos, que nunca se habían atrevido a decir. Los hermanos de mi mamá le parecían a él unos metiches. Ella detestaba a mis abuelos, siempre criticando cada cosa que ella hacía. Y así, una lista de reproches escondida por doce años, y escondida de nuevo no sé por qué por otro par de años.

Cuando la cosa se fue acallando de a poco, tal vez en la mente de mis padres queriendo creer que olvidarlo lo haría desaparecer, yo descubrí que no, que aquello no iba a desaparecer. Lo de José había sido una triste coincidencia, un triste inicio de algo que iba a estar conmigo toda la vida. Había cumplido catorce años, y cursaba noveno. En una clase de ciencias sociales, mientras el profesor hablaba de alguna cosa sin importancia, como el feudalismo, me tiraron un papel. Lo abrí y lo leí: Fiesta donde Mariana, después de clase. Sabía que no me dejarían ir, nunca me dejaban salir a ningún lado. Arturo, mi compañero de puesto, me quitó el papel, y miró para atrás, le hizo señas a Camilo, mi otro compañero que lo tiró, como preguntando si también estaba invitado. Camilo le dijo que sí moviendo la cabeza.

—¿Entonces?, ¿vamos o qué?

—No, marica, usted sabe que mis papás no me dejan.

—Cómo no va a ir. Pille, ahora a la salida llame a su casa y diga que tiene que hacer un trabajo de sociales con Mariana, da el número de la casa de ella y listo. Si llaman, pues allá va a estar usted.

La verdad era que Arturo me gustaba. Nunca lo había aceptado. Solía no solo pasar con él mis clases, sino también mis descansos; nos íbamos juntos al terminar clase y nos encontrábamos siempre a la entrada. Era como mi mejor amigo, y yo sentía que él también lo sentía así. Entonces, aquel día, a las dos de la tarde, cuando salimos, hice como él me lo pidió: llamé a casa, usé la excusa del trabajo con Mariana, di el número y nos fuimos seis compañeros y cinco compañeras (Mariana incluida) para la dichosa fiesta. Mariana puso el equipo a todo volumen, hicimos vaca y el señor de la esquina, que

conocía a Camilo, le vendió tres cervezas y media de aguardiente Néctar rojo.

Estuvimos bailando y tomando lo que duró el licor, el resto de la tarde. En el grupo había una pareja de novios, Duván y Lina, que no se separaron por nada. Yo bailé con Mariana, con Andrea y Mafe. Arturo, con ellas y con Paula, que no me caía bien. Carlos y Felipe estaban más concentrados en el trago, mientras Camilo bailaba también con todas las niñas. Eran casi las siete de la noche, me había tomado solo cuatro tragos de aguardiente, pero como nunca bebía, estaba mareado. Le dije a Arturo que me iba. Me preguntó que por qué tan temprano. Le recordé que mis papás jodían. Me despedí de todos, y Arturo salió conmigo. Caminó conmigo tres cuadras. Nos detuvimos en una esquina, bajo un poste de luz. Yo lo miré y sentí de todo, sin poder hacer nada.

—Todo bien, parece, hablamos mañana, se cuida —dijo, mientras me daba la mano y se devolvió para donde Mariana.

Tuve ganas de gritarle que se cuidara él también, que la había pasado rico, que gracias por todo, pero solo di media vuelta y me fui. Caminé contento las quince cuadras hasta mi casa. Al llegar iba a entrar de una al baño a lavarme la boca, pero me encontré de frente a mi papá.

—¿Dónde estaba?

—Donde Mariana, haciendo un trabajo.

—Como tarde, ¿no? Llamamos varias veces y nadie respondió ese berraco teléfono.

—Ah, la mamá de Mariana estaba pegada hablando.

Se acercó a mí y como un perro me olfateó.

—A decir mentiras a otro lado, Gael. Tiene tufo —y me recordó en sangre viva el bofetón que me había dado años atrás.

Mi mamá salió del cuarto en ese momento.

—¿Para qué le pega, Roberto? ¿De qué sirve pegarle?

—Lo estoy corrigiendo, Matilde. A mí no se me va a torcer este muchachito.

—A punta de golpes no va a lograr nada.

—Lo voy a intentar hasta que este pelado me ande derecho, como un varón.

No aguanté más y grité:

—¿El problema es ese?! ¿Que soy marica? ¿Sí? Pues, papá, se jodió, porque eso no lo va a cambiar.

Lo empujé y corrí a mi pieza. Llorando las lágrimas que siempre lloraría por la misma razón, me acosté a dormir. Al otro día, en el colegio, Arturo me preguntó por el morado en mi mejilla, aunque ya se imaginaba la respuesta. Solo le dije que el tufo me había delatado. Estuve castigado hasta fin de año y parte de las vacaciones. Peor que estar encerrado era estar escuchando las peleas de mis papás. Los ataques de ira de mi papá al acordarse de mi condición. Las borracheras en las que llegaba a llorar y gritar en la sala. No eran solo por mí, tal vez eran porque genuinamente detestaba todo en su vida, y yo solo era la cereza del pastel. Había veces en las que se iba por días y mi mamá lo esperaba mirando por la ventana.

Nunca le dije nada a Arturo, por obvias razones. Así que continuamos igual todo el año escolar. Yo aceptando dentro de mí que me gustaban los hombres, que me gustaba él; mirándolo todos los días, escuchándonos y pasando el rato. Creo que nunca me bastó tanto con ser amigo de alguien como para quererlo tanto.

## Capítulo 4

### A mí mismo, sinceramente

Recordé a Arturo cuando estaba en una clase de estudiantes de once. Dos de ellos, en la parte de atrás, estaban pasándose papeles, mientras que yo hacía como si estuviera leyendo. Sentí una punzada de nostalgia al pensar en cómo tal vez no volvería a experimentar aquella emoción de las primeras veces con alguien, en que no volvería a tener diecisiete años, y tal vez, aunque no estuviera muy lejos de aquella juventud, el andar del tiempo me decía que estaba más cerca de mi vejez que de mi adolescencia. En cualquier momento podía morirme sin volver a querer de nuevo. Tal vez la nostalgia de

aquel día se debía a que se cumplían nueve años de la muerte de mi papá. Mi mamá me había llamado en la mañana y había dicho la tan acostumbrada frase “cómo pasa el tiempo, ¿no?”.

Ya entonces cursaba décimo. El doce de noviembre, el día de mi cumpleaños número quince, mi papá me dio el mejor regalo que durante tanto tiempo añoraba: su ausencia. Mi papá se fue de la casa, más suya que nuestra, al ser una herencia de mi abuelo para Alberto y para él. Mi papá terminó de recoger sus cosas y se fue en el camión, hacia algún lugar con una muchacha quince años menor que mi mamá. Subí a la habitación de ella y me recosté a su lado. Había llorado toda la tarde y ahora solo dormitaba. La abracé.

—Por fin estamos tranquilos —me dijo.

—Lloraste mucho —le dije, inocentemente.

—Fueron dieciséis años. Algo así de grande no se deja ir todos los días, más cuando uno ha querido tanto. Pero no más de eso, vamos por el ponqué que le traje.

Como si lo dicho por mi mamá hubiera sido palabra sagrada, los días de ahí en adelante estuvieron llenos de tranquilidad. No tenía ansiedad al llegar a mi casa, podía salir a la calle y no pensaba en que había alguien respirándome en la nuca. Incluso mamá se veía más tranquila: invitaba a algunas de mis tías a tomar tinto en las tardes, sabiendo que ya no tenía que preocuparse de que en algún momento llegaría mi papá y se molestaría por las visitas. Y así pasaron unos meses en los que la única comunicación de mi mamá con mi papá era una gritería de él por el teléfono diciendo que no tenía plata, que miráramos de dónde sacar. Cosa que a mi mamá la tenía sin cuidado, ya que había montado un pequeño negocio en la sala: su máquina de coser y un letrero que decía “Se arregla ropa”. No pagábamos arriendo y mi colegio era público, entonces lo que ganaba era apenas suficiente para la comida y los servicios. Dios no nos quita el pan de la boca, me decía cuando la veía corta de dinero.

Exactamente al tercer mes de vivir solos los dos, luego de llegar del colegio, me había sentado a almorzar mientras veía televisión cuando en eso sonó el teléfono. Mi mamá, que estaba trabajando,

apretando el pedal en su máquina de coser, con las gafas en la punta de la nariz, me gritó que contestara.

—Aló.

—Aló, ¿con quién? ¿Gael? —me contestó una voz llorosa al otro lado del teléfono.

—Sí, con él.

—Gaelito, mi amor, habla Rubi, la esposa de su papá. Por favor, pásame a su mamá.

El tono tan confianzudo y la voz quebrada de ella me hicieron pensar que estaba loca, o que de pronto mi papá también la había dejado. No le presté mucha atención y le pasé el teléfono a mi mamá.

—¿Usted qué hace llamando acá?... ¡¿Qué?!... ¡¿Cómo?!... No, no puede ser. No. ¿Dónde lo tienen?

La llamada no se prolongó mucho más. Colgó y se cubrió la cara con las manos. No pregunté nada. Ella empezó a llorar, me tomó de la mano y me dijo: su papá falleció esta mañana; le dio un ataque al corazón. Yo también empecé a llorar, aunque no entendía muy bien por qué. Quería creer que odiaba a mi papá por los últimos años, pero en algún lugar de mí, dolía. Dolía que él me hubiera criado y hubiera cambiado conmigo por no ser lo que él quería; dolía no haber podido arreglar nuestros problemas; dolía que, a pesar de todo, era mi papá. A los dos días, vestido de negro, frente a un cajón negro también, que bajaba sobre la tierra negra de la humedad, me prometí que, aunque me costara, dejaría mi miedo atrás. Con mi papá en ese cajón se iba el resentimiento, el dolor y tantas cosas que ya no tenían un porqué.

Me despertó de mis cavilaciones una de las alumnas. Se acercó con su cuaderno abierto y me mostró el dibujo que había hecho. Era un dibujo a lápiz: un hombre con sombrero en todo el centro estaba sentado en una banca de la calle leyendo el periódico. Era realmente bello, tanto que le pregunté si podía quedármelo cuando acabara el año. Mi comentario le iluminó el rostro y prometió regalarme ese y cualquier otro que me gustara. Abrí la agenda que tenía sobre el escritorio y escribí debajo de febrero 12: “Me fallé, no he cumplido mi promesa. A pesar de todo, el miedo está otra vez aquí”.

## Capítulo 5

### Caminando con un amigo

La luz pasaba del rojo al verde y del verde al azul. El sitio no tenía ventanas, hacía un calor húmedo, pero eso no parecía importarles a los muchachos y hombres que bailaban frente contra frente. Unos baffles pegados en el techo sonaban a su máximo volumen. Los miraba a todos y bebía lentamente mi cerveza Costeña, mientras Jairo bailaba con un señor casi veinte años mayor que él. Vení, hacé algo diferente por una vez, yo allá paso lo más de bueno bailando hasta tarde con papasitos, fue su manera de invitarme. El Gato Negro era un bar que quedaba encima de otro en Chapinero. Eran las cuatro de la tarde de un jueves, aunque adentro parecía un sábado a las diez de la noche. Mi mamá pensaba que estaba haciendo tareas donde Liliana, una de mis compañeras del colegio. Menos mal mi mamá no llamaba a preguntar por mí; esa era maña de mi papá. Estaba haciendo por fin algo diferente, como me había rogado Jairo, no salía de fiesta desde hacía casi dos años. Nunca había visto a dos hombres bailar; a las mujeres, sí, a mis primas y tías cuando no había parejo; pero a dos hombres, solo lo imaginaba con las historias de Jairo. Cuando llegamos me asusté al ver que en la entrada de las escaleras del bar había un portero pidiendo papeles. No duró mucho, porque el portero, calvo y de chaqueta negra hasta el cuello, sonrió al ver a Jairo y le dio un pico en la mejilla.

—Se divierte, pero tempranito para la casa —le dijo él.

—Como siempre, vos sabés, más hoy que vengo acompañado —respondió Jairo señalándome con los ojos.

—Ah, ¿viene con amiguito? Pero no tiene la edad, se le ve en la cara.

—Y a vos se te ve en la cara que lo vas a dejar entrar.

Yo sonreí como un idiota. El portero se rio, dio un paso a un lado para dejarnos entrar y le dio una nalgada a Jairo mientras subía. Luego de una ronda de saludos de Jairo a casi la mitad del bar, nos sentamos junto a una mesita en la que apenas cabían las cervezas y un platito de maíz pira que nos trajo un tipo calvo como el de la



entrada. Jairo no alcanzó a dar un sorbo de su cerveza cuando empezó a sonar *En Barranquilla me quedo*, del Joe, y se acercó un señor mayor, de barba con canas, que lo sacó a bailar. Siempre envidié la manera de bailar de Jairo, incluso su manera de andar. Tenía sabor, no como yo, que era un rolo simplón. Sonaron otras tres canciones, y Jairo y su parejo seguían contentos dando vueltas. Jairo colgado al cuello de él, y él, con los brazos rodeándole la cintura. Veía que a veces hablaban, algunas se besaban, eso sí, sin dejar de bailar.

Estaba concentrado en ellos cuando escuché las trompetas y los tambores de aquel *swing* tan particular: Las Chicas del Can cantando *Las pequeñas cosas*. El sonido me transportó a las fiestas en mi casa cuando era pequeño: era siempre tarde, y en vez de estar durmiendo, mis primas me sacaban a bailar, mientras mis tías y mi mamá aplaudían viéndonos. Ahora sí no quería quedarme sentado mirando a los demás; hasta hubiera bailado solo, pero ahí fue cuando se acercó él a invitarme a bailar. Para ese entonces era un él y nada más, un él de camisa blanca abierta y *jeans* azules, un él que luego me diría al oído que se llamaba Julián, que tenía dieciocho años y que estaba en primer semestre de Comunicación Social en la Javeriana. Bailé con Julián varias canciones, nos dimos algunos besos, tuvimos conversaciones al oído hasta que se fue la tarde, y él con ella. Me besó una vez más antes de irse, me hizo prometerle que nos encontraríamos de nuevo allí, y yo acepté, pensando que de pronto alguno de los dos mentía. Me senté a acabarme la última cerveza, bailé con un muchacho otras dos canciones, y me hubiera quedado más hasta que vi la hora. Le di un pico a mi parejo y me fui hasta donde Jairo.

—Son las nueve, Jairo —le dije tocándole el hombro.

Ahora bailaba con un pelado caribonito de nuestra edad. El señor mayor estaba ahora contento con otro muchacho.

—Es temprano, bebé. Mirá, a las nueve y media nos vamos, ¿sí? —me respondió sosteniéndole la mano al muchacho, que me miraba divertido.

—No, Jairo, mi mamá me va a matar, y yo te conozco. Espero hasta las nueve y media y luego salimos de acá a las doce.

—Si no fueras vos...

Le dio un beso al muchacho, que le preguntó si yo era el novio, que por qué tan temprano, que esto se componía, y otras cosas que dicen los muchachos en las fiestas.

—¿Te divertiste, bebé?

Jairo me tomó de la mano y caminamos así mientras bajábamos por la plaza de Lourdes.

—Mucho —le respondí.

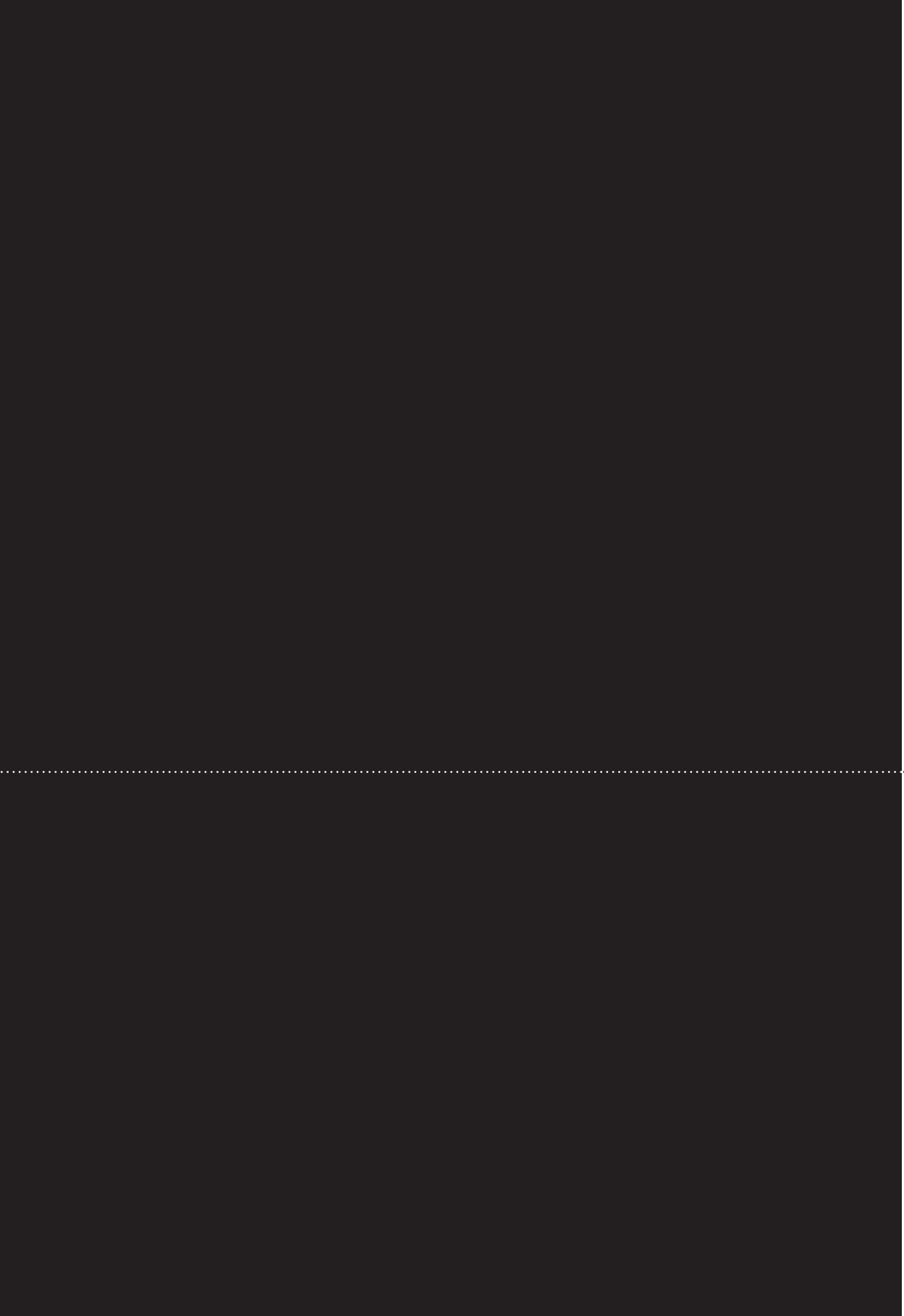
Recordaría aquella noche toda mi vida. No solo por conocer a Julián, sino porque nunca me sentí más cerca de Jairo, a aquel amor tan extraño que nos teníamos y que nunca sentí con nadie. Deseé, mientras pasábamos por enfrente de la iglesia y Jairo se persignaba, que ojalá si algún día quería a alguien, pudiera sentirme tan tranquilo con él como me sentía con Jairo. Tomamos el bus, yo algo mareado por las seis cervezas que me tomé; él parecía estar bien. Llegué a las diez y diez a mi casa. Mi mamá dormitaba con el televisor prendido. Entré a la pieza y lo iba a apagar, cuando me habló.

—No me lo apague que estoy viendo. ¿Cómo le fue?

—Bien, mamá, casi que no acabamos.

—Sí, se le hizo como tarde. Ya iba a llamar a la casa de Lili —me dijo, aunque sabía que no lo hubiera hecho.

Le di las buenas noches y me fui a mi cuarto. Me quité todo y me puse una pantaloneta para dormir. Estaba tan contento, tan libre, tan cansando y despierto al mismo tiempo. Qué ricos los besos, qué rico bailar. Me acosté y en mi cabeza tenía la imagen de Julián agarrándome fuerte de la cintura y besándome, mientras atrás sonaba *las cosas, las cosas, las cosas que nos hacen vivir*.



# Adentro

César Vargas y  
Vanessa Peñuela

**Taller Distrital de  
Narrativa Gráfica  
2020**

## **Sobre los autores**

Vargas nació en Bogotá en 1993. Es una persona a la que esporádicamente se le escapa una idea de la cabeza en forma de cómic. Cree también que el cómic es una forma de pensamiento que transita por los márgenes disciplinarios, de ahí que esté interesado en abordar temas políticos y estéticos desde una perspectiva indisciplinar. Coautor de la novela gráfica *Plinio: la epopeya del tranvía* (2019).

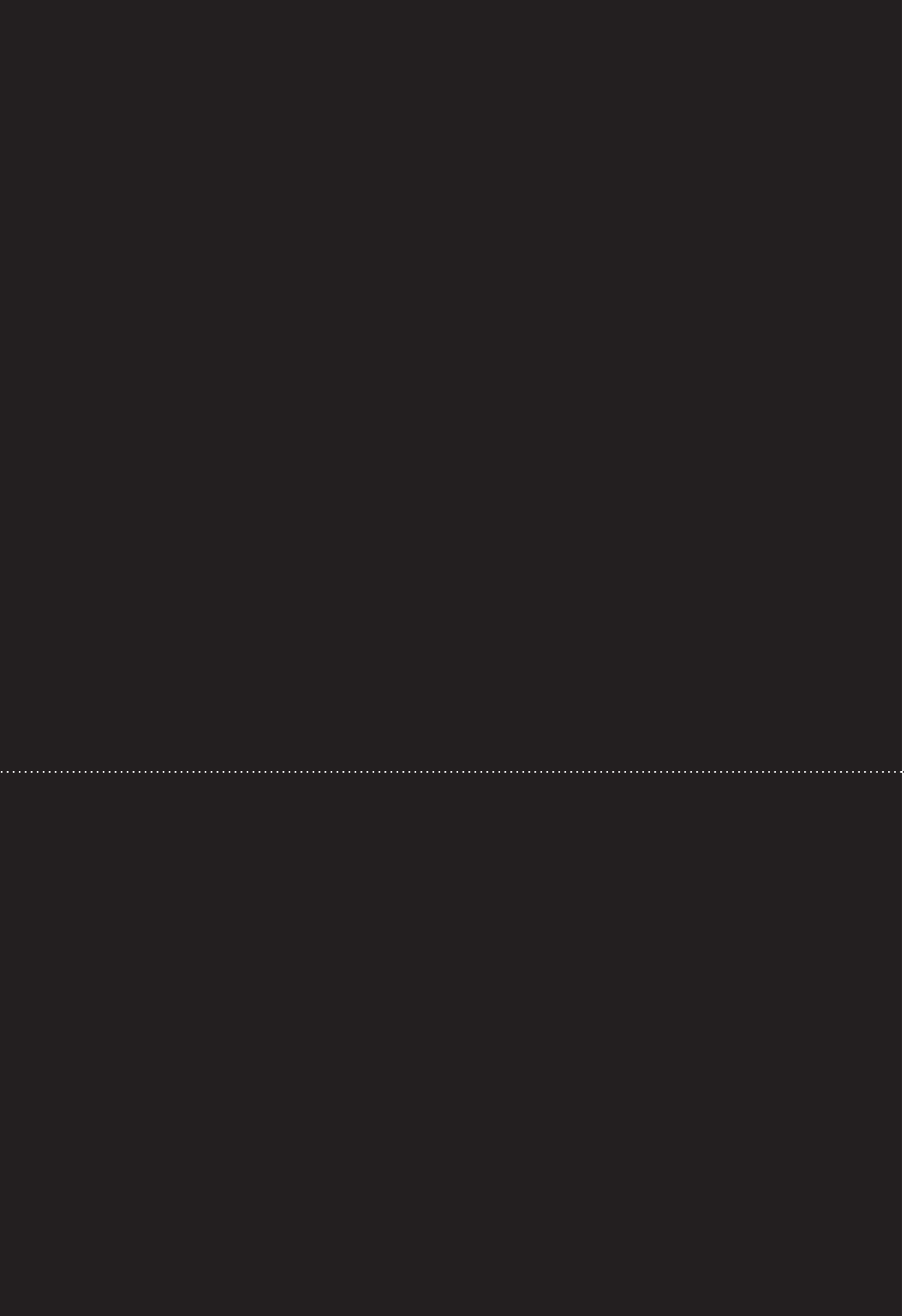
Peñuela nació en Bogotá en 1993. Es una artista plástica y visual que recientemente ha reafirmado su identidad popular como kennedyana. Ha desarrollado un interés particular por la historia de las construcciones de los barrios populares de Bogotá y por la problemática de la gentrificación. Fue una de las realizadoras de la exposición "Magdalena Medina Güecha: Arte y posconflicto en Cundinamarca" (2020), con el colectivo Suma. Hizo parte de la realización de *Plinio: la epopeya del tranvía*.



Guion: Vanessa Peñuela  
Dibujo: César Vargas

Saberse  
mortal

---



# Pum pum ta ta

Diana Ospina Monsalve

**Red de Talleres Locales de  
Escritura 2019**  
Localidad de Antonio Nariño

## Sobre la autora

Nació en Bogotá en 1987. Es profesional en pedagogía asociada a proyectos educativos a nivel nacional con población en condición de vulnerabilidad y víctimas del conflicto armado. Egresada de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas como licenciada básica con énfasis en educación artística (2013), fue becada por la misma universidad para la realización de la maestría en Comunicación-Educación en la línea de Investigación en Literatura (2016). Desempeña el cargo de gestora territorial en el ICFES.



PUM  
PUM

PUM  
PUM

TATA  
TATA

Recuerdo cuando era niña cómo eran estos campos: tierra fértil, próspera y húmeda. Mi padre siempre nos recordaba a mí y a mis doce hermanos que esto era nuestro, era lo que merecíamos por su extenuante trabajo como jornalero: aunque su parcela era pequeña, la sentíamos un hermoso paraíso, pues fue nuestro refugio ante todas las situaciones de violencia que se vivieron en los alrededores. El día en que el paraíso perdió su nombre fue cuando el mismísimo demonio entró en forma humana para arrebatarnos la vida de mis padres y la de mis cinco hermanos mayores; era muy pequeña, pero evoco cómo mis seres más amados gritaron desde las entrañas por sus vidas, suplicando les dejaran explicar lo acontecido. Aun así los ángeles del infierno se negaron a escuchar, y su finalidad era un hecho: las ametralladoras incandescentes agotaron su existencia. Después de ello fue muy duro volver a empezar. Como hija menor, solo obedecía lo que los que quedaron vivos me ordenaban.

Sé que lo hacían por mantenerme viva, no por mi bien, sino solo por seguir respirando. Esos sonidos retumbaban en mi cabeza

PUM PUM PUM TATATATATATATA.

Fueron sonidos persistentes, uno por cada uno de los siete.

Tres, tres años pasaron en los que esperé su regreso, todos los días allí o sentada en la pradera,

detrás de los arbustos, en el viejo trapiche, en la alberca, fue tanta la zozobra durante este tiempo que rezaba para que volvieran y terminaran con lo que un día habían empezado. Fue

jamás alguien pueda haber

lo supe, supe que por fin el

siempre quise preguntarles

tanto? Y así, una vez entraron,

sino: *Los estaba esperando*

*hice más, sino esperarlos.*

mis brazos, los expandí así

ra, y me entregué a ese so

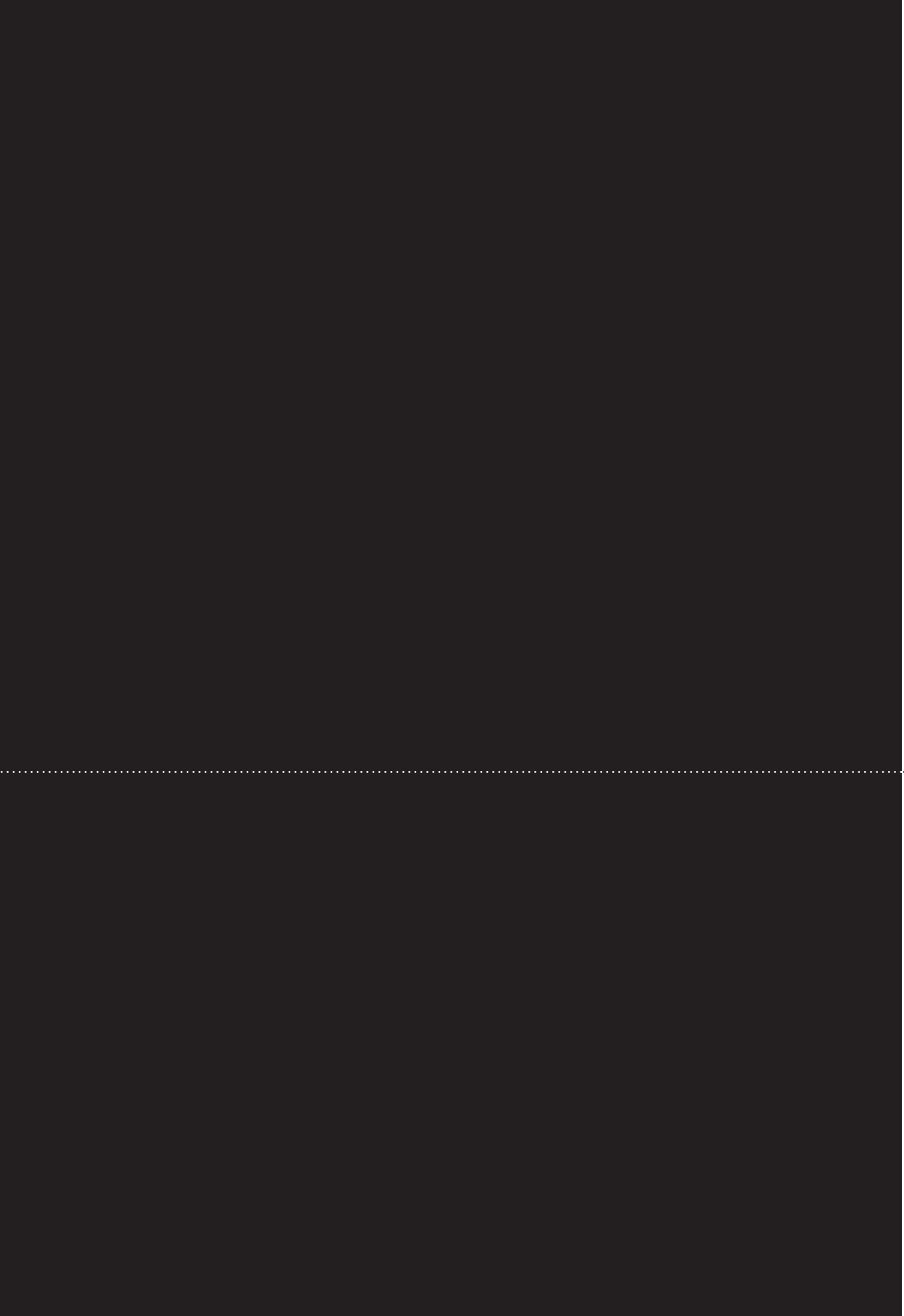
hudo, PUM, PUM:

solo TATATATATA

y mi alma desplomada

se reencontró al fin, con

papá y mamá.



# Pequeña mía

Rocío Perea Daza

**Red de Talleres Locales de  
Escritura 2019  
Localidad de Suba**

## Sobre la autora

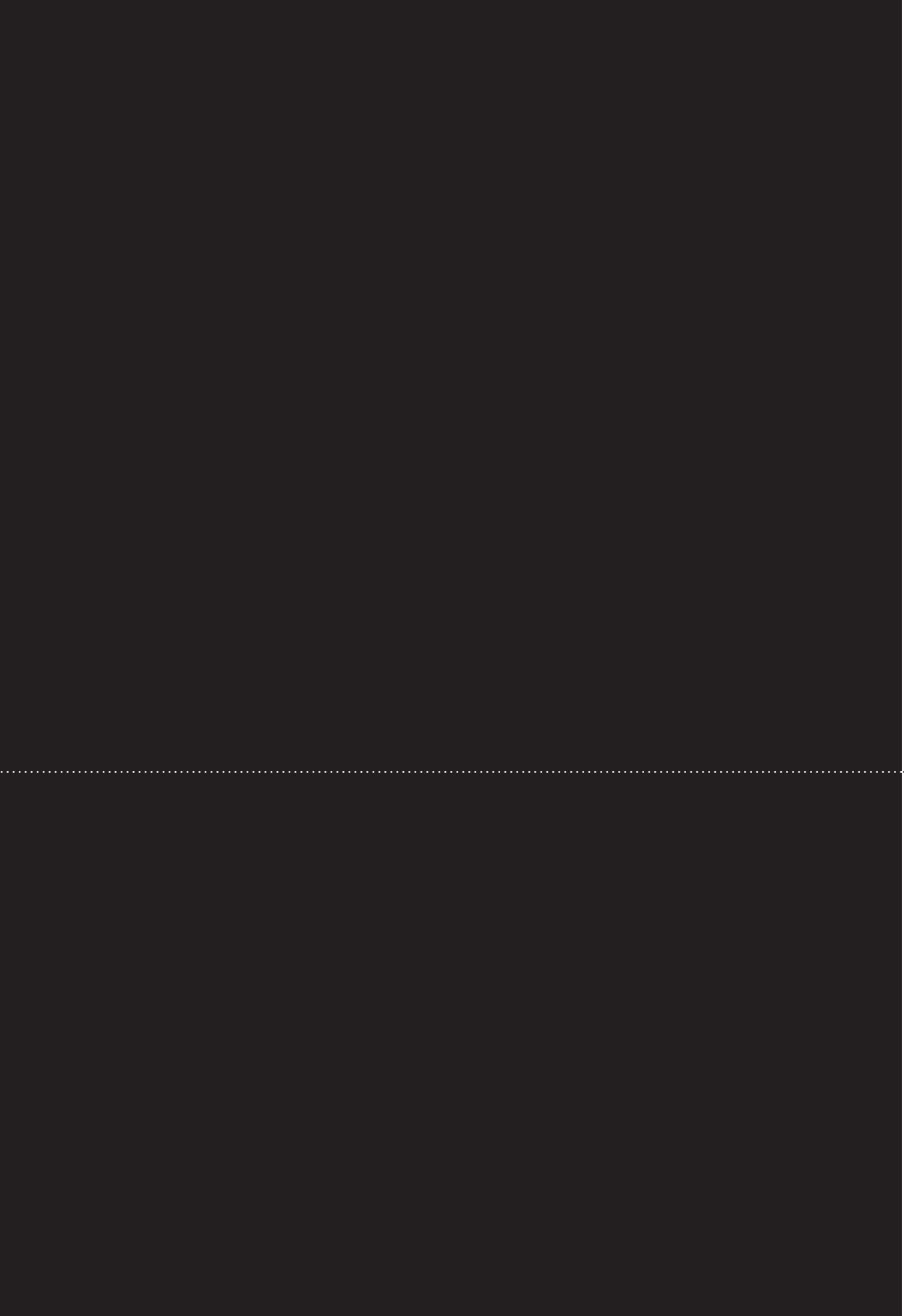
Nació en Bogotá en 1969. Es artista plástica por la Universidad Nacional de Colombia, magíster en Educación con distinción máxima por la Universidad de Chile. Artista del *body paint*, maquillaje social y de efectos especiales. Actualmente se desempeña como docente de artes plásticas en un colegio oficial y como maquilladora para diversos eventos culturales y artísticos. Además, está incursionando en otra de sus pasiones: la escritura.

Ahí va ella corriendo incesante entre las hojas secas de los árboles. Le encanta el sonido de las hojas trituradas por sus zapatos, se regocija con el olor de la suave brisa que entra y perfuma su cabello, su piel se eriza por el frío del viento matutino, y en medio de este celestial éxtasis mira hacia atrás y emprende su huida. El adoquinado de la plaza hace sonar sus suecos de charol y malla. Es tan caprichosa: se enamoró de esos zapatos que dificultan tanto caminar. Le gustaron porque son brillantes y golpean sus talones acompasadamente como un tintineo, como un baile. Adora el brillo y el sonido de castañuelas de sus hermosos suecos. Es tan ingenua, tan pequeña. ¡Ay! Si supiera en la gran mujer que se convertirá. Grande por su estatura y por su nobleza... Yo la miro y no puedo dejar de admirarla por su tenacidad, por su entrega, porque siempre tiene amor en su corazón, siempre se entrega completa, no se mide, es incondicional... Quisiera cuidarla, protegerla, pero no puedo: es ella misma quien se hace daño, y no puedo atacarla y cuidarla al mismo tiempo.

Ahí va de nuevo corriendo sin temor a caer. No es consciente de que esos suecos la pueden lastimar... Se esconde tras un árbol, mira para un lado y para el otro, jadea por la ansiedad y la excitación de su apurada marcha, aparta un mechón de cabello de su carita para ver mejor a quien la persigue, sonrío nerviosa porque no quiere que la vayan a atrapar —cuánto la amo—. No puedo hacer nada, solo observarla. Es tan pequeña... ¡Vuelve a correr!

Huye, pero se ríe estruendosamente, voltea a mirar a quien la quiere capturar, ya casi llega a la iglesia de la plaza, esa iglesia tan gigante para ella que es tan pequeña, la Inmaculada Concepción, majestuosa construcción con su estilo neogótico que le parece a ella un castillo de cuento de hadas. Corre, no para por el adoquinado de la plaza, goza con el sonido musical y casi mágico de sus suecos de charol y malla y las hojas secas que tritura a su paso... sube uno, dos, tres escalones y cae, cae, ¡oh, Dios!, cae, pero se levanta, mira para un lado y para el otro y no ve a quien la persigue. Se sienta en la escalera y con sus ojitos encharcados en llanto mira que está lastimada. Cómo llora mi niña. Se raspó sus rodillitas, su manita

derecha sangra y tiene clavada una piedrecita. Mira hacia arriba, hacia la iglesia, que ahora le parece un castillo de terror. Mira su zapato; se ha roto por la caída. Yo quiero correr a curar sus heridas, a abrazarla y consentirla, a decirle que todo estará bien, que solo es un raspón y que pronto pasará el dolor... Pero no puedo: solo soy un espectro, un fantasma... ¡Oh! Cuánto la amo y cuánto me duele verla sufrir. Es tan pequeña, tan solo cinco añitos, tan inocente, si supiera lo hermosa y maravillosa que va a ser, y también lo mucho que va a caer...



# La fragilidad de los niños

Dayanna Reyes  
Copajita

**Red de Talleres Locales de  
Escritura 2019**  
Localidad de Ciudad Bolívar

## Sobre la autora

También conocida como Lunática 2.0, nació en Facatativá, Cundinamarca, en 2002. Hija de María del Pilar Copajita Bermúdez y Luis Alexander Reyes Cerinza. Dayanna mostró su interés en crear historias, canciones y textos literarios desde muy pequeña. A los seis años, Dayanna perdió a su padre, y a los diez dejó su pueblo natal para mudarse a la gran ciudad de Bogotá, donde vive y estudia actualmente.

Mañana, cuando ya te hayas levantado, la casa arreglado y tu barba afeitado... exactamente cuando estés a las afueras de su colegio, notarás el silencio. Estarás nervioso y también impaciente. Aguardarás mientras las gotas de agua caen sobre tu impermeable.

Verás a lo lejos al hijo del vecino llorando y no entenderás el porqué. Sentirás inmensa curiosidad, pero te abstendrás de preguntar, por miedo a ser malinterpretado. Supondrás que se debe a un amorío adolescente. Voltearás la mirada a la puerta, aún cerrada, y cuestionarás por qué no hay nadie más, como tú, esperando. Pero no te moverás de tu sitio.

Tras llegar la hora, verás a la maestra de tu hija, pero no al grupo de niños que normalmente la acompaña. Tampoco verás a tu hija. Entonces te preguntarás si hoy salían a una hora diferente, si lo olvidaste, si perdiste tu tiempo.

Hablarás con la maestra, la cual, en respuesta a tu pregunta, solo bajará la vista y te señalará una ambulancia. El pánico se apoderará de ti, olvidarás todas las cosas que andabas pensando y correrás a la ambulancia. Verás un cuerpo tapado con una sábana y a los enfermeros con cara de resignación e impotencia rodeándolo.

Dirás con un hilo de voz: ¿qué le sucedió? Y los doctores contestarán: ella se suicidó.

Te irás a casa sin levantar la sábana, pero aun así llorarás aquel cadáver como si hubiera muerto en tus brazos. Al principio te culparás, te preguntarás en qué has fallado.

Reflexionarás sobre lo que has sido, sobre todo el estrés que ocasionaste en ella y la fuerza de tus castigos. Empezarás a culparte de no pasar más tiempo con ella y de hacer que su vida fuera un lío.

Recordarás sus suaves y cálidas manos, además de sus ojos miel, y pensarás por qué nunca le dijiste que era hermosa.

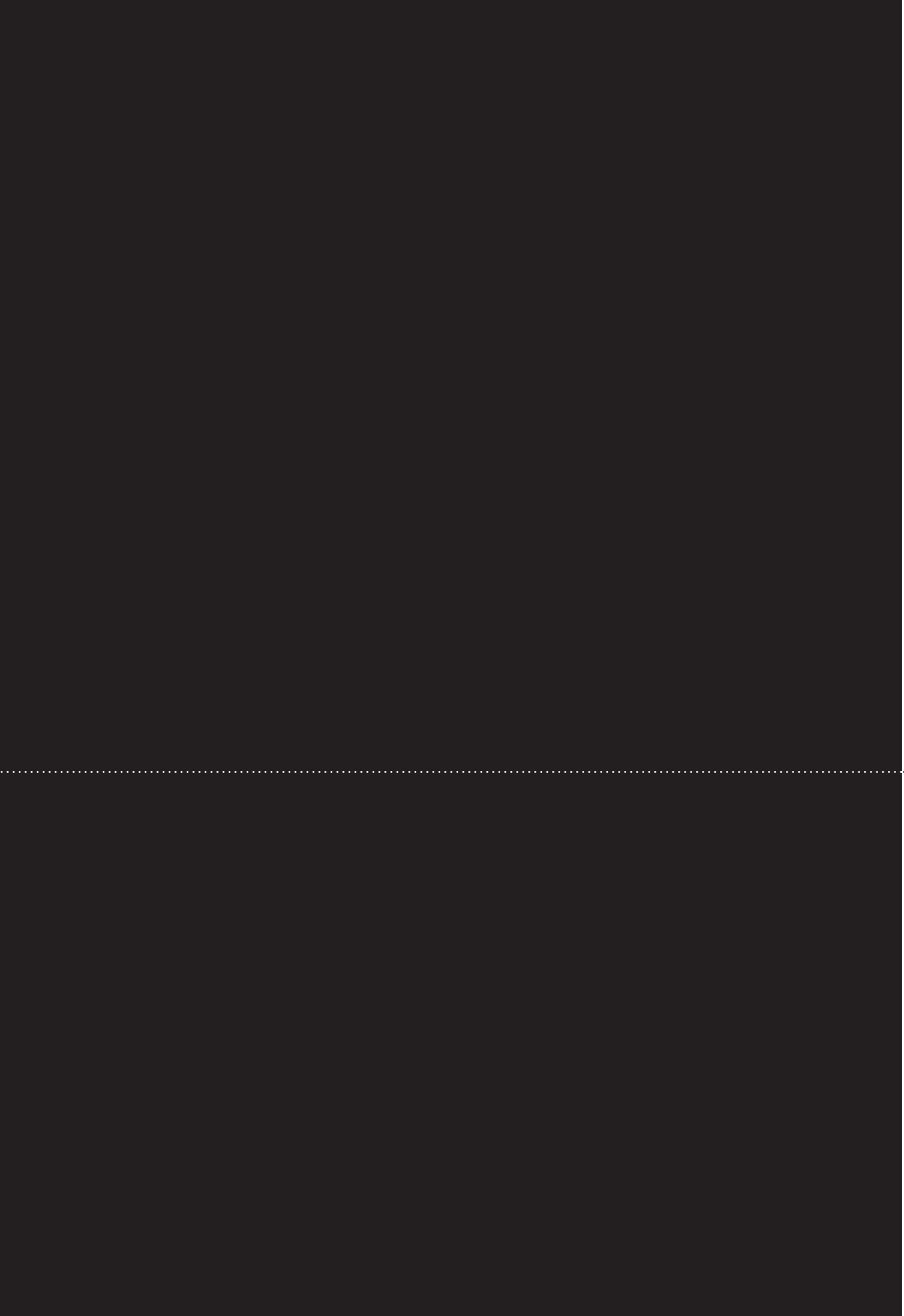
Tomarás el camino largo, pues temerás contar lo que ha pasado a su madre, pero por más roña que hagas, llegarás más rápido de lo que hubieras querido.

Te detendrás ante la puerta sin decidirte a golpear. Tu esposa abrirá la puerta. Ella te mirará, confundida, con cara de incredulidad.



Le contarás lo de la ambulancia. Ella soltará un suspiro y te llevará al cuarto de tu hija.

Al verla, la abrazarás, besarás y le pedirás perdón. Solo cuando ella te diga que la que ha muerto es la hija del vecino, entenderás por completo la fragilidad de los niños.



# A donde me lleven los pies

Siloé Bravo Suárez

**Red de Talleres Locales de  
Escritura 2019  
Localidad de Teusaquillo**

## Sobre la autora

Nació en Bogotá en 1987. Hija de Esperanza Suárez y Mauricio Rodríguez, nieta de Luis Felipe Suárez, Onorfelina Pico de Suárez, Alfredo Rodríguez y Josefina Morales de Rodríguez. Estudiante de la escuela Lorencita Villegas de Santos y del colegio Simón Bolívar en Santandercito, inspección de San Antonio (Cundinamarca), y el colegio Claretiano de la localidad de Bosa, en Bogotá. Lasallista, Salmantina de academia y de corazón, y diplomada por la Universidad Nacional de Colombia. Soñadora, lectora, eterna aprendiz y escritora aficionada.

Abrió los ojos. La luz se filtraba tímidamente entre los árboles y la brisa acariciaba su rostro. Se incorporó. Sus manos sintieron el follaje sobre el que había reposado la noche anterior; sus brazos se movieron poco a poco para incorporarse. Se sentó, trató de identificar en dónde estaba. Árboles y más árboles, probablemente robles —¿o cedros?— no estaba segura. Se puso de pie y observó el cielo. Aunque la mañana era fría, poco a poco empezaba a sentirse el calor. Tal vez eran las ocho o nueve de la mañana. Al lado de la frazada sobre la que durmió había una medalla con la imagen de san Nicolás de Bari, la tomó y guardó en su bolsillo, dobló la frazada y la metió en el morral que le había servido de almohada durante la noche.

Caminó hacia el río que sonaba a lo lejos, hasta llegar al sendero que se dirigía al cauce. Una vez llegó, sacó una cantimplora desgastada y la llenó con agua. Después puso un par de gotas de yodo y la dejó a un lado. Con cuidado, sacó un anzuelo que tenía adherido a la parte externa de su morral y lo ató al nylon que también llevaba entre sus pertenencias; como anzuelo usó un escarabajo que se había encontrado en el camino. Lo lanzó y se sentó a escuchar el correr del agua mientras miraba despreocupada el horizonte y descansaba. Luego de un rato, una trucha no muy grande picó. Con naturalidad, la sacó del agua y dejó que muriera sola. Fue a buscar algo de leña. Con facilidad creó una fogata que alimentaba mientras descamaba y destripaba la trucha. Luego de cocerla y comerla, decidió caminar. Miró hacia su costado derecho, luego hacia el izquierdo. ¿A dónde ir ahora? A donde me lleven los pies, se respondió sonriendo.

Mientras el sol se elevaba en el cielo, empezó a caminar hacia el occidente. Luego de aproximadamente una hora en el bosque encontró un camino. Había flores de diente de león en ambos extremos. El viento soplaba suavemente, y aunque su morral era pesado, no sentía cansancio. Luego de un tiempo encontró un campo de cebollas. Todas estaban listas para ser cosechadas. Ante sus ojos vio a una mujer inclinada en el suelo recogiendo una a una las cebollas y poniéndolas en un costal extendidas en hilera.

La mujer tenía cerca de setenta años. Su piel, expuesta al sol y al viento de la zona, estaba reseca. Sus manos estaban desgastadas,

y tanto su espalda como sus piernas mostraban el desgaste propio de una persona dedicada a las labores físicas. Sin embargo, sus ojos mostraban el ímpetu, la energía, la creatividad, la hiperactividad y el alma soñadora propios de un ser noble y lleno de vitalidad, prisioneros en un cuerpo agotado por el paso inevitable del tiempo. La mujer se levantó poniendo las manos en su cintura con expresión de dolor, y enseguida la saludó:

—Buenos días, sumercé.

—Buenos días —dijo la caminante mientras acomodaba su morral.

—¿Cómo me le va?

—Bien, sí señora, caminando un rato.

—Eso está bien. Puaquí hay mucho pa'onde coger.

—Se ve un poco cansada. ¿Le ayudo?

—Qué se va poner en esas. Vea el día tan bonito y busté aquí entre cebollas.

—No se preocupe, no tengo afán, y el camino va a seguir aquí

—dijo mientras ponía el morral en la entrada de la casa.

—Antón vea como es pa' que no me las dañe cuando las saque. Vea, busté nomás la jala tantico y mueve de un lado a otro mientras la jala, porque si la jala de totazo, la magulla y sale mala, se pone fea. Antón la saca y vea, se le arranca la ramita de tajo con este cuchillo, pa' que quede la pura cebolla. No me le vaya a quitar las raíces, porque también se pone fea. Toca dejarlas ahí en el suelo pa' que sequen, y después, secas, ya se meten en el costal.

—Entiendo —respondió.

—Busté no es de poacá, ¿cierto?

—No, señora.

—¿Puay es de la capital?

—Realmente no soy de ninguna parte, pero en un sentido estricto de la palabra podría decirse que vengo de la capital.

—¿Y qué hace poaquí? ¿Ta de visita?

—No, señora, aquí no conozco a nadie. En realidad, estoy caminando porque quiero conocer el mundo de a poquitos.

—¿Y no le da miedo?

—¿De?

—De qui ande sola puay. Vea que hay mucha gente malintencionada y le pueden hacer algo.

—Ese riesgo lo corro en cualquier parte. La ciudad, por ejemplo, aunque civilizada, es bastante agresiva, si se lo piensa bien.

—¡Uy! Si a yo nomás me acuerdo una vez que tuve que ir puallá a un examen en una clínica... a yo no me acuerdo del nombre. Pero busté viera a la hora que me tocó salir de aquí. Menos mal que don Gonzalo iba puallá ese día a llevar papa y me le pegué. Eso, unos trancones, una gente toda grosera. Uno se siente mal de no saludar, porque puacá es distinto, pero es que allá uno va a medio mirar a alguien y eso parece que lo fueran a matar a uno... Es que si no juera por la cita esa, a yo no fuera ido puallá.

—¿Qué tiene?

—Quizque una cosa en la coluna puallá dentro, y me duele cuando me agacho. Pa' mí eso son achaques de la vejez, pero busté sabe que los doctores saben más y hay que hacer caso. Eso ni el Manuel ni a yo entendemos, porque solo hicimos la primaria, pero a yo no vuelvo hasta que ya no toque. Quizque querían que me hicieran unas terapias y no sé qué más cosas, pero a mí eso no me gusta, porque me duele más y quedo resentida; nomás fui una vez y eso duré toda la semana en cama. El Manuel no hallaba quiacer de verme echando malo. Antón por eso ya no fui más a la capital. La vaina es quel dolor es todos los días. Eso no me puedo ni parar sola. Orita toy aquí es porque'l Manuel tuvo qu'irse, si no, fuera a yo sentada limpiando la cebolla.

—¿Usted vive sola?

—Ah, no, el Manuel esta puallá llevando la leche en las otras veredas, y después si va pal' pueblo a comprar unas cosas pal' aseo de la casa.

—¿Cómo es que se llama?

—Ligia, ¿y busté?

—Ana. Doña Ligia, ¿tiene hijos?

—Todos puallá lejos. Una, que's la Sutecita, vive en los Estados Unidos, y los otros tres en la capital.

—¿Vienen a visitarlos?

—Buste viera, la Sutecita viviendo puallá lejos en otro país es la más buena, anda más pendiente de nosotros; viera que nos llama todos los días. Los otros tres puay pa' Navidad o Año Nuevo. Ya ni a las ferias del pueblo vienen.

—Y esa vez que fue a la capital, ¿no la acompañaron a sus citas médicas?

—Qu'eso 'tan siempre ocupados. A yo ni les dije. Eso no me pongo a bregar, sino quiagarro sola po'nde toque. Si ya me toca ir acompañada, ahí sí le digo al Manuel, si no qu'esa vez que jui me acercó don Gonzalo, tons, ¿pa' qué le decía al Manuel que me acompañara?

—Entonces, ¿ya no habla con sus hijos?

—Es qui antes busté viera que con el Manuel los convidábamos a comer sancocho, cocido, marrano, alguna cosa pa' echarle al buche los fines de semana. La Sutecita, que'ra la que vivía aquí, siempre 'taba pendiente de lo que tocara traer; los otros venían y traían alguna cosa. Pero eso fue que se casaran y dentraran a trabajar, y eso fueron dejando de venir. Uno no les dice sas cosas, pero bastante sí me tocó bregar con todos, y después enseñarles a criar a los hijos de'llos.

—¿Qué tal es criar hijos?

—Busté se nota que no tiene. Eso es difícil al principio, pero ya después del primero, briega menos.

—Siempre he tenido curiosidad por el embarazo y el parto. Debe ser una sensación extraña eso de tener a otro ser dentro...

—¡Común y corriente! Lo que pasa es qui'ora el parto lo hacen ver más difícil, como peligroso, pero eso no duele tanto como dicen ahora. A mí simihace que es puro flojas que son las mujeres di hoy día. Puay le digo que el primero sí fue el más difícil, por lo largo del tiempo pa' que saliera el chino.

—¿Dolió mucho el parto?

—Busté viera. Eso fueron como dos días en esas, y el Manuel no asomaba las narices sino puay cada tres horas, y cada vez que lo veía, más rabia me daba, porqu'él fue el que m'izo el chino. Pero mi mamá me ayudó, y ahí de a poquitos fue que el cuerpo se me

acomodó pa' tener a Manuel Arturo. ¡Eso es un dolor ni el macho! Pero ni así el parto fue tan berraco como el de la Sutecita. Eso es que si le cuento, no me cree.

—¿Por qué?

—Es que ella venía rara, como que no se movía. Mi mamá decía que a yo estaba era 'izque gorda porque, aunque jue la menor, los otros sí se me brotaron harto en la barriga. Antón mi mamá se jue pu'allá onde el padrecito del pueblo, y él le dio una medallita pa' que a yo me la pusiera. Mi mamá decía que ella venía era fría, porqu'es qui una vez diga, a yo tenía puay tres meses, y pasé pu'el frente de la iglesia, y estaban sacando un muerto pa'l entierro, antón se me pegó el frío. Puallá, cuando ya era hora, después de casi tres días con dolores, la china nació, pero no lloró. Mi mamá dijo qu'izque me había nacido muerta, porque la tocó y parecía un hielo de lo fría que 'taba, pero, ¡vea cómo es la vida!, después diarto tiempo de haberla sacado, diga casi la media hora, porque'so ella ya estaba engüelta en unos trapos pa' llevarla a denterrarla, mi mamá la 'estapó pa' ponerle la medallita, y al momentico de ponérsela, la Sute esta le da 'izque por llorar. Antón me la echaron encima, y ya ahí la china no se dejó morir.

—¿Ella tiene hijos?

—Viera que no. Los nietos, a yo hago la cuenta y orita son siete, el más viejo tiene catorce, y el más chiquito, dos años. Casi no los veo, pero cuando los traen, les hago comida de la buena, porque ninguna estufa fina cocina igual que la leña. ¡Lamen el plato cuando les hago suda'o! Y eso que en la casa de ellos son fregados pa' comer; pero acá se les pasa el remilgue. También eso es porque se la pasan puay echando monte, o se van con el Manuel, qu'izque ayudándole a hacer lo que toque. Eso les abre más el estómago que cualquier otra cosa. Y hablando de comida, ¡jole, vea la hora que es! Menos mal ya tenía el almuerzo hecho. Ayer arreglé todas las gallinas y dejé una paquí. ¿Busté come gallina?

—Sí, señora.

—A yo hice un sancocho. Ahí verá qué quiere coger. Sírvase primero y me deja a mí después servirme.



—No se preocupe, no quiero molestar.

—Mi'ace el favor y no me'sprecia el plato de comida. A yo me sirvo cuando busté haiga cojido.

—Está bien, doña Ligia, pero no se enoje.

Se incorporaron, dejando todas las cebollas tendidas en el suelo. Ligia se veía cansada y adolorida. Ana le ayudó a subir los escalones para entrar a la casa. Atravesaron una sala pequeña y llegaron a la cocina. En la estufa estaba una olla mediana; la comida reposaba aún caliente entre las brasas. Mientras Ana servía en un plato lo que iba a comer, Ligia servía jugo de guayaba. Luego de poner los vasos en la mesa, Ligia se sirvió su plato de comida mientras Ana la esperaba en la mesa para comer juntas.

—Coma, hija, que se l'infria.

—Sí, señora.

Comieron sin prisa. Ana veía por la ventana el paisaje. Las montañas se divisaban al fondo, bajo un cielo azul con un par de nubes que se desplazaban plácidamente. Volvió su mirada al mantel: era de plástico, con flores pintadas. Había una suerte de mantel de croché que estaba encima del primero. Los cubiertos reposaban en una bandeja entre los vasos de jugo. Ligia iba por la mitad de su comida. Ana, por su parte, comía despacio, saboreando cada bocado que ponía en su boca. Intentó recordar la última vez que comió comida cocinada en leña. Probablemente había sido hacía un par de semanas, cuando se quedó en...

—¿La montaña?

—¿Disculpe?

—Que sí'aido a la montaña.

—Perdóneme, realmente me distraje y no escuché lo que me decía...

—¿Busté ta' bien?

—Sí, señora, solo un poco distraída.

—Lo questá es cansada. Como no ta' acostumbrada a este trabajo, malo malo ya le dio sueño. Pero sin comer no se me levanta de la mesa.

—Claro que sí. Igual la gallina está deliciosa.

—Vea, a yo ya acabé. A busté no le rinde nada con la comida, ¿no?

—Suelo ser un poco lenta en todo lo que hago.

—Antón pellízquese, que mientras busté acaba, a yo voy a poner hacer el tinto.

—Perfecto. Para cuando usted termine de hacerlo, yo ya habré terminado.

Ana comió tan rápido como pudo y llevó el plato a la cocina. Lavó todo lo que encontró en el fregadero y organizó los enseres. Ligia la veía sentada desde el comedor, ocasionalmente le respondía a Ana el lugar al que pertenecía cada cosa que organizaba.

—Mire si ya'stá el tinto y lo sirve.

—Sí, señora.

Ana tomó dos pocillos de la repisa ubicada encima del lavaplatos. Luego destapó la olleta que tenía el café recién hecho y lo sirvió. Después le llevó el pocillo a Ligia y se recostó en el alféizar de la puerta. Mientras miraba el paisaje, dijo:

—Doña Ligia, ustedes viven en un lugar muy tranquilo.

—Ay, hija, busté viera lo que nos costó poder tener esta calma.

—Una noche aquí debe darle a uno un descanso reparador. Estoy segura de que dormir en este lugar puede reponer muchas noches de sueño perdido.

—¿Busté tiene insonio?

—No soy yo: a veces los demonios que me acompañan no pueden dormir, y de paso no me dejan dormir a mí.

—¿Busté dice diablos de verdá verdá?

—No. En realidad, doña Ligia, es una manera metafórica de hablar de las culpas o miedos que me acompañan. A veces quisiera poder estar en varios sitios al tiempo para ayudar a quienes lo necesitan...

—Viera que a yo hace mucho que no pego bien el ojo.

—¿Pesadillas, doña Ligia?

—Juera eso, a yo no le pondría cuidado.

—¿Entonces?

—Pos es que a yo no le cuento a naiden, pero el Manuel puay metió las patas con otra vieja, y esa mugre era como bruja. Desde'sa vez a yo ya no quedé igual, como que no paso noche derecho, sino que m'esperto muchas veces.

—¿Una bruja?

—Sí. Mire que puay le dio por ponerse de zorro después de viejo, pero no jue más de un mes, y después de ponerse a irse con ella, se arrepintió y volvió puacá con el rabo entre las patas...

—Se ve algo cansada. ¿Gusta sentarse?

—Sí, córrase tantico...

Ana le ayudó a sentarse en el umbral de la puerta, y luego se sentó a su lado.

—Continúe.

—¡Cómo le parece que él volvió puacá pidiendo cacao! Pa' esas alturas ya los hijos si'abían ido y a yo estando sola con la Sutecita, me quedaba muy difícil. Imagínese que puay en ese entonces la cebolla ya estaba pa' cosecha y la Sutecita y a yo no dábamos abasto. Eso no nos rendía, antón él empezó a venir pa' ayudar a recoger la cosecha. Di un día pal' otro me preguntó que si podía volver. A yo eso me tenía brava, porqu'él si'abía puesto 'izque a irse con esa mugre, pero ya después eso se me pasó y el Manuel m'empezó a'cer falta en la casa.

—La mujer con la que se fue don Manuel, ¿por qué dice que era una bruja?

—Busté viera que mientras él estaba con ella, puacá en la casa asustaron hartas veces a la Sutecita: por las noches gritaba y decía que le habían jalado la cobija, y empezó a amanecer con moraos en las paticas. Y eso no jue todo. Cuando al Manuel le dio por volver, puay después dirse del lado de ella, empezó a secarse.

—¿Secarse?

—Eso se pone seca la piel, y después se ponen flacos, y al final quedan como muertos en vida. Ya'so no comía y no dormía, porque no le provocaba. Antón la madrina (que'npaz descanse) del Julio, miotro hijo, conocía una bruja diotro lado, y nos fuimos puallá, y le dio un bebedizo al Manuel, y busté viera, le dio la vomitadera y

me tocó acompañarlo a que trasvocara, y salió un sapo como negro, diga de grande como la mitad de mi mano, y después unas bolas comu'e pelos. Eso era como negro el vómito. A yo me asusté mucho y me puse fue a chillar. El Manuel apenas me miraba y seguía vomite y vomite.

—¿Qué pasó después?

—Eso fueron noches que no pegaba naiden el ojo en la casa. La Sutecita asustada, el Manuel sin sueño y a yo preocupada por ambos. Eso a veces uno oía como una risa de una mujer ajuera de la casa. Alguna qui otra vez a yo salí a ver, y era un chulo grande, diga com'una persona, y volando bien arriba por encima de la casa. Pa' mí que esu era la mugre esa.

—¿Cuánto tiempo duró todo eso?

—Puay diga unos tres meses.

—¿Cómo solucionaron la situación?

—La bruja misma del bebedizo ese jue la que arregló eso. Dijo qu'izque le habían hecho un entierro en el cementerio de puacá, y eso jue por eso que se demoró como dos meses en encontrarlo. A yo digo que jue la vieja esa que vivió con él.

—Doña Ligia, ¿quiere otro tinto?

—Eche'se cuncho aquí —dijo mientras señalaba el pocillo.

—¿Cómo superaron eso?

—Después de sacar el entierro ese, ya'l Manuel le volvieron las ganas de dormir, y de a poquitos fue comiendo y eso. Busté le pregunta, y él le va decir que'so fue una maluquera y ya, pero a yo no volví a dormir bien desde'sa vez, y ora con este dolor de güesos, pior. Es que ya no me acuerdo l'última vez que pegué bien el ojo... ¿Sabe qué's raro? Viera que me entró como el sueño...

—¿Quiere que la acompañe a su cama?

—Es muy raro. A yo con sueño a estas horas, pero sí, camine y me deja recostada.

Ana ayudó a Ligia a levantarse. Luego, apoyándola en su hombro, la llevó a través de un pasillo angosto que terminaba en una habitación pequeña. La sentó y luego la recostó lentamente mientras acomodaba las almohadas.

—¿Le traigo algo más?

—No, hija, deje así. A yo no más necesito descansar tantico y voy a ponerme bien. ‘Ora verá.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Diga no más, niña.

—Doña Ligia, si usted pudiera nacer en algún lugar, ¿dónde sería?

—¡Esas preguntas! A yo siempre me ha gustado la tierrita. Es lo único que conozco y siempre me amañé aquí. Es como lo que a yo conozco.

—¿No extraña a Mariana? —dijo Ana sacando la medalla de san Nicolás de Bari de su bolsillo y poniéndola en la mano de Ligia.

El rostro de Ligia palideció. Aun así, sonrió y respondió calmada.

—Ya decía a yo que se estaba como demorando en llegar busté. A la Sutecita me gustaría tenerla cerca de aquí, porque es la única hija que tengo, y y’ace más de dos años no la veo.

—¿Sabe quién soy? ¿Sabe por qué estoy aquí?

—Pa’ mí, busté es esa a la que tanto l’e pedido a ver si descanso por fin de estos mugres dolores de cuerpo, que no me dejan ni respirar. Se mi’ace raro que se vea así. Me la imaginaba ‘istinta.

—La apariencia no es importante. Sé que su petición es sincera porque, aunque lo oculte muy bien, sus dolores se han vuelto más y más insoportables con el paso del tiempo. Sé que sus hijos no están aquí porque usted no quiso preocuparlos y decirles que su enfermedad es degenerativa y no tiene cura. También sé que don Manuel no conoce del todo su situación; por eso sigue con sus tareas, y no está aquí. Aunque no puedo expresarlo, puedo sentir que por más amor y energía que haya en su corazón, los males como la frustración, la soledad y la nostalgia por una vida como la que tenía en compañía de Mariana han hecho que el desespero se apodere de su corazón y su espíritu.

—¿Busté sí sabe lo que es eso? ¿Estos dolores? Ojalá me respondiera por qué tanta demora. Ya’s que no puedo más.

—Aunque quisiera haber venido antes —confesó Ana—, no controlo mi llegada. Sé que debe tener muchas preguntas, y no le

miento cuando le digo que quisiera tener todas las respuestas, pero no es tan sencillo. No tengo memoria, no sé de dónde vengo o a dónde voy, pero sé que mi llegada siempre tiene un propósito: ayudar a quienes lo quieren de corazón, a llegar al otro lado. Muchas veces me preguntan si sé cómo es, cómo se ve, qué se siente pasar de aquí a allá, pero no puedo contestarlo, porque este cuerpo es humano y se rige por las leyes de la naturaleza, igual que cualquier otro ser de este plano terrenal: debo dormir, debo comer, me enfermo, sufro, me río, sueño y tengo miedo. En algún momento, el final de mi existencia aquí se va a marcar con la muerte de este contenedor de mi espíritu, al igual que cualquiera de los que he ayudado.

—¿Por qué preguntó por la Mariana oritica?

—Si le digo que puedo dejarla elegir en dónde y cuándo nacer, ¿me creería?

—A yo no le'ntiendo... Pero la verdá' es que de los hijos, la que me priocupa es la Mariana. Ella vive muy sola; ella es puro trabajo y namás.

—¿Le gustaría estar cerca de Mariana?

—Por lo menos pa' compañarla. A yo sé que si 'toy cerca de ella no va'star tan solita.

—Que así sea. Deje que su amor por ella guíe su camino.

Ligia se quedó mirando con un gesto pensativo a Ana.

—Sé cuál es su siguiente pregunta —dijo Ana con voz suave—, y no, no va a doler. Solo va a sentir algo de sueño, y cuando menos lo piense, ya habrá pasado todo.

—¿Y el Manuel?

—No se preocupe por él, doña Ligia. Este es un proceso por el que debemos pasar todos. Sin embargo, y si eso le da más calma, él, igual que sus hijos y nietos, va a estar bien.

—Viera que no tengo miedo. Busté como que mi'ace sentir tranquila... Ojalá me alcanzara el tiempo para contarle más historias, pa' decirles a los hijos tantas cosas, pa' poder cantar con el Manuel, pa' hacerli un sudado de pollo a los nietos, pa' poder terminar de sembrar mis matas en el jardín, pa' poder volver a reunirlos a todos en diciembre... —dijo mientras tomaba a Ana de la mano.

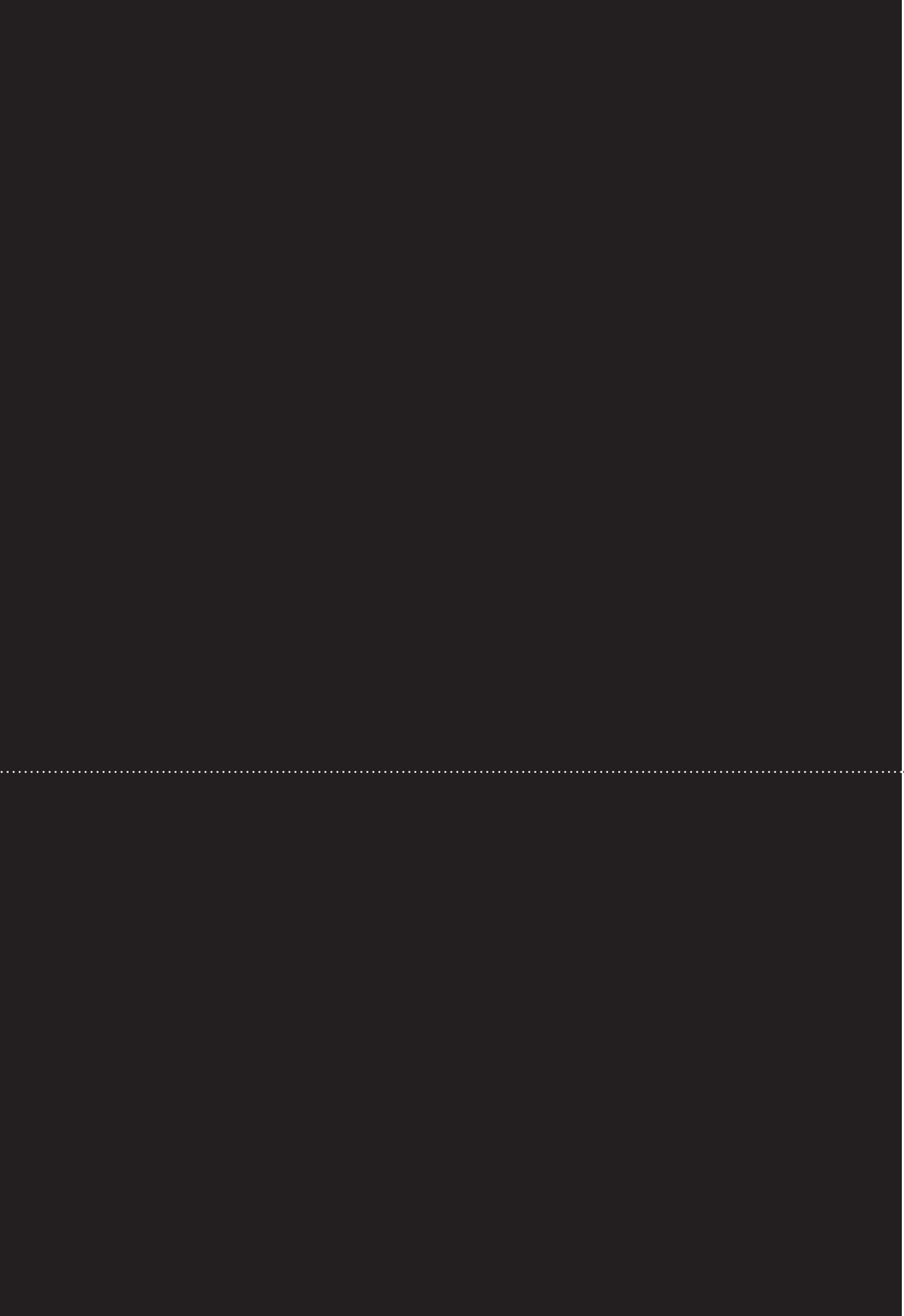
—Míreme, Ligia. En poco tiempo todo habrá pasado. No tenga miedo —dijo Ana con una sonrisa en el rostro.

Ligia vio la sonrisa de Ana y una luz blanca que brillaba cada vez más fuerte, inundando toda la habitación, consumiendo todo a su paso y apoderándose del lugar. Ligia se asombró de la calma que llegaba a su corazón. Poco a poco dejó de sentir dolor, hasta que este desapareció por completo. Ahora el sueño la abrazaba y consumía su cuerpo. Por fin podía descansar. Cerró los ojos y sonrió.

Meses después, en algún lugar del mundo, Mariana recibía la noticia de que estaba embarazada. Ahora más que nunca extrañaba a su mamá.

Abrió los ojos. La luz se filtraba tímidamente entre los árboles y la brisa acariciaba su rostro. Se incorporó. Sus manos sintieron la arena sobre la que había reposado la noche anterior; sus brazos se movieron poco a poco para incorporarse. Se sentó y trató de identificar en dónde estaba. Árboles y más árboles, probablemente nísperos... ¿o manglares?, no estaba segura. Se puso de pie y observó el cielo. Tal vez eran las ocho o nueve de la mañana. Al lado de la sábana sobre la que durmió había un carrito de madera del tamaño de su mano. Lo tomó y lo guardó entre sus pertenencias, junto a la sábana, que dobló y metió en el morral que le había servido de almohada durante la noche.

Caminó hacia el río que sonaba a lo lejos, hasta llegar al sendero que se dirigía al cauce. Una vez llegó, sacó una cantimplora desgastada y la llenó con agua. Después puso un par de gotas de yodo y la dejó a un lado. Luego, con cuidado sacó un anzuelo que tenía adherido a la parte externa de su morral y lo ató a la cabuya que también llevaba entre sus pertenencias. Usó una lagartija pequeña que se había encontrado en el camino, lo lanzó y se sentó a escuchar el correr del agua mientras miraba despreocupada el horizonte y descansaba. Luego de un rato, un pargo inmenso picó. Con fuerza lo sacó del agua y dejó que muriera solo. Fue a buscar algo de leña. Con facilidad creó una fogata que alimentaba mientras descamaba y destripaba el pargo. Luego de cocerlo y comerlo decidió caminar. Miró hacia su costado derecho, luego hacia el izquierdo ¿A dónde ir ahora? A donde me lleven los pies, se respondió sonriendo.





# La tormenta

Susana Rico Barrera

**Red de Talleres Locales de  
Escritura 2019**  
Localidad de Suba

## Sobre la autora

Nació en Medellín en 1992. Es profesional en filología rusa y periodista. Ha publicado algunos poemas en revistas digitales y blogs dedicados a la difusión de la poesía.

El primer trueno hizo temblar las paredes de la casa. Las camas se movieron un par de centímetros y algunos cuadros cambiaron la pared por las baldosas. Los clavos que los sostenían, contra todo pronóstico, permanecieron en su sitio, sosteniendo temblorosos ese aire lleno de sal, polvo y espuma. Afuera, la vida evitaba el contacto con el cielo ennegrecido. Hasta las suelas de los zapatos servían de refugio.

Esas tardes, cuando la naturaleza grita desde lo más profundo, rebelde y exasperada, las mujeres cantan. Adelaida las acompaña con su voz de niña blanca y sus cuerdas vocales que nunca debieron suplicar por libertades arrebatadas, tan distintas a las potentes y sonoras voces que arrullan la venidera tormenta.

*Yo sembréé mi palma e'coco / Yo sembréé / miii palma e'coco / por si algún día florecía / Yo le diii mi corazón / mi corazóón / a quien no lo merecía / a quien no lo merecíía.*

Adelaida observaba desde el portón. Todavía no era noche, aunque se le parecía. Poco a poco regresaban los pescadores con las manos vacías, rogando a los santos que ninguna barcaza se volteara y quedara dentro del mar y la memoria.

Entre canto y canto, la lluvia se pierde entre la arena de la playa y la tierra de la jungla. En la ciudad, recuerda, las gotas quiebran el asfalto, saltan entre transeúntes y paraguas, golpean. ¿Y cuántas veces no había recibido los golpes de aguaceros citadinos?

*Esto dijo el armadillo / cue cué / cue cué / subiendo por un bejuco / cue cué / cue cué / que si los perros me alcanzan / cue cué / cue cué / será porque voy maluco / cue cué / cue cué cue cué*

Ahora nadie la reconocía, ni siquiera a su desatinado tarareo en los coros. Tantos años después de su partida, ninguna persona de la aldea recordaría su nombre, piensa. La Niña Lucero, como la bautizaron los negros, era un espejismo desafiante a las voces de los palabreros, los mitos y el tiempo, pues dicen que los que abandonan la selva, jamás regresan. Ella, sin embargo, estaba allí sin más posesiones que el pequeño cofre que sostenía con fuerza.

La marea subía, subía, entraba silenciosa por los resquicios de las puertas y hacía burbujas, glu, glu, glu, en los charcos que

escondían a los cangrejos. Desde lejos se escuchaba el crujir de los troncos, jalados por los ventarrones. El volumen de las voces también cambiaba. Hay quienes se cansaron y decidieron arrullarse en sus hamacas; hay quienes corrieron descalzos hasta un techo de pajas. Los más viejos se quedaron. Tomaban aire de tanto en tanto y convertían su voz en una única plegaria desesperada.

En cada tonada nueva, un trueno detonaba en los oídos, un rayo caía en el horizonte y encrespaba el mar. Las escasas velas que alumbraban se apagaron más de una vez. No valía la pena encenderlas. La noche y su oscuridad de parpadeo cubrió las pieles azabaches de los chocoanos. Solo se veían ojos, dientes y lenguas. Ninguno de ellos se dio cuenta de la piel acaramelada de Adelaida, su brillo, sus ojos claros, su boca que cantaba sin abrirse. Sus manos aferradas a su misterioso cofre. La aldea estaba en trance.

Los ancestros seguían mudos. Ya no eran suficientes los gualíes, los alabaos, las peticiones explícitas. Tampoco servía tomar largos tragos de biche y perder la conciencia, dejar llorar a todo pulmón a los niños asustados, ofrecer a la playa y a la tierra los frutos de su escasez. Nada. Quizás ya todo había pasado. Quizás, quizás, quizás.

Las canciones traídas de otros tiempos cesaron. La voz de Adelaida, forastera, se confundió con un arrullo. El caserío vivía uno de tantos apocalipsis. Es difícil vivir en medio de tanta pobreza y reconstruirse cada tanto, a ratos, sin quererlo. Ella, nativa y extranjera, era también un fragmento de algo que desconocía.

¿Cuánto tiempo había pasado? Había tantas nubes que era imposible contarlas. Las estrellas que iluminan esas noches maravillosas del Pacífico, retratadas en postales de turistas, no se vieron. La diligencia del cofre debía esperar hasta el día siguiente, si acaso sucedía. Adelaida buscó entonces su hamaca, la extendió en la última habitación de la casa y se quedó dormida.

La hamaca se bamboleaba, se detenía y tomaba impulso. Ella, lejos de su cuerpo, creía estar selva adentro, esperando que sus dedos atrajeran mariposas o libélulas. Pero era blanca y sus dedos de luz asustaban a las alas de colores. Eso no pasaba con los dedos oscuros de sus acompañantes, que sostenían, sonriendo, miles de mariposas,

libélulas, pétalos. Sus manos vacías, ampolladas, cortaban ramas para ver el improvisado camino. Se miró las manos rasguñadas, vacías; se miró los pies descalzos, rasguñados, heridos. Los árboles se acercaban hacia ella. Raíces y serpientes intentaban amarrarla, hundirla. Adelaida, forastera, luchaba.

*Aguacerito, llové, u, o. / Oí, ve, aguacerito, llové. / Oí, ve, aguacerito, llové. / Allá arriba en aquel alto, / u, o, oí, ve, aguacerito, llové, / hay un palo de caimito, / u, o, oí, ve, aguacerito, llové.*

Despertó con las voces de la aldea. Abría y cerraba los ojos. Se frotó la cara y sintió los dedos húmedos y sucios. Notó sus manos vacías y de inmediato buscó su cofre. Lo imaginó flotando entre las calles inundadas, volcado en el mar, ajado en cualquier esquina, y su angustia creció. Ante tanta oscuridad, como los ciegos, tanteó el espacio. Habló, gritó, pero no escuchó su eco. Prestó atención; quizás la tormenta había pasado.

*Cada vez que subo y bajo, / u, o, oí, ve, aguacerito, llové, / me silban los pajarito'. / Aguacerito, llové u, o. / Oí, ve, aguacerito, llové. / Oí, ve, aguacerito, llové.*

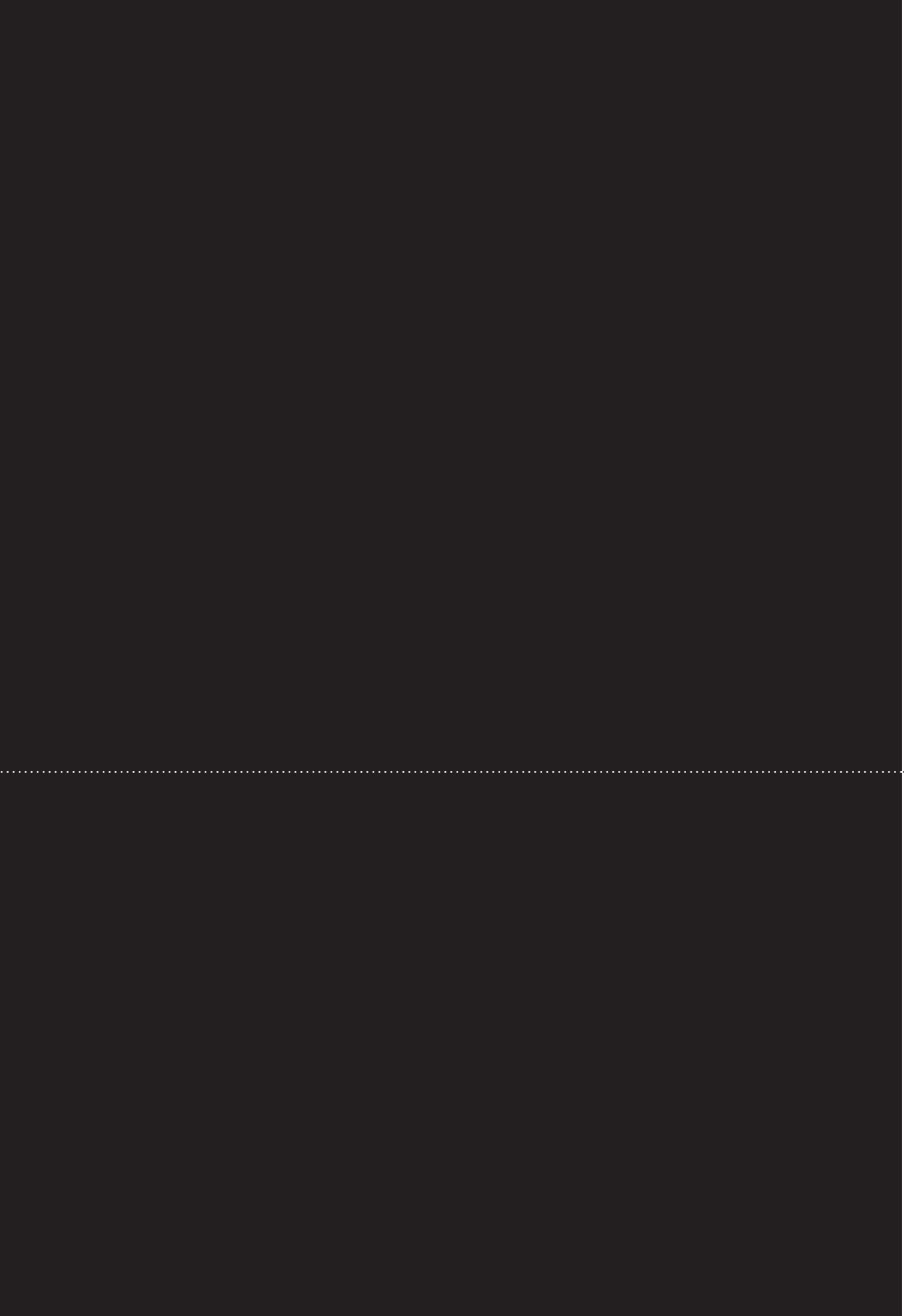
Afuera, el barullo lo armaban los niños que saltaban sobre el agua estancada. Buscaban cangrejos, reían. Los hombres le pedían al furioso mar que volviera a la calma, que los dejara sacar sus atarrayas. Las mujeres, de pie todas, oraban con su canto, pedían vida y benevolencia. Un último rayo iluminó un cielo despejado, resplandeciente.

Adelaida, por fin, lo encontró. Lo sostuvo con fuerza y salió a hurtadillas. La luz del rayo duró lo suficiente para que ubicara su camino y lo siguiera sin perderse, sin que la vieran. No quería que la vieran, le hablaran, la reconocieran. Ella presentía ser la portadora de la tormenta, la causante de la furia. No detuvo su andar en minutos, en horas. ¡Qué extensa parecía la aldea! ¡Qué inalcanzable era el regreso!

Pero allí estaba, cansada y agitada, frente a frente con la inmensidad de su origen. No había cantos que la siguieran. Respiró hondo y se adentró. Abrió el cofre y lloró como si ella misma fuera la tormenta. Tomó el primer puñado de cenizas y lo dejó caer.

# El amor y el erotismo

---



# Origen/Ocaso

Kelly Rocío Mendieta

**Taller Local de Escritura**  
**2019**  
**Localidad de Barrios Unidos**

## Sobre la autora

Nació en 1981 en Bogotá, si bien tiene fuertes raíces boyacenses. Vivió hasta la edad de dieciséis años junto a sus padres. Emigró a Bogotá a vivir con sus abuelos y comenzó la licenciatura en Español e Inglés en la Universidad Pedagógica Nacional. Hace un año logró el tan anhelado título. Su motivación más grande es su hijo. Actualmente trabaja en un colegio distrital.

## Origen

¿Cuál es el origen?  
¿Acaso el abismo  
entre tus ojos y los míos?  
¿Acaso la palabra muda  
seca de frío?  
¿Acaso la soledad  
entre una historia que termina  
y una nueva?  
¿Acaso el ocaso  
del de pronto que el tiempo palidece  
con sus pasos hirientes?  
¿Acaso la medida de tu fe  
y su verdadero fruto?  
¿Acaso el Amor que nos empuja al vacío  
sin temer que podamos perder?  
¿Acaso la muerte  
que nos arrebatara la esperanza  
y nos llena de ausencias?

Acaso no hay origen...

Y somos trazos de lápiz  
desdibujándonos con dolor.



## Ocaso

Puedo ver a través del dolor  
que el abismo del tiempo  
incinera tu latido.

A través de sus huellas  
nos desconocemos  
una vez más...

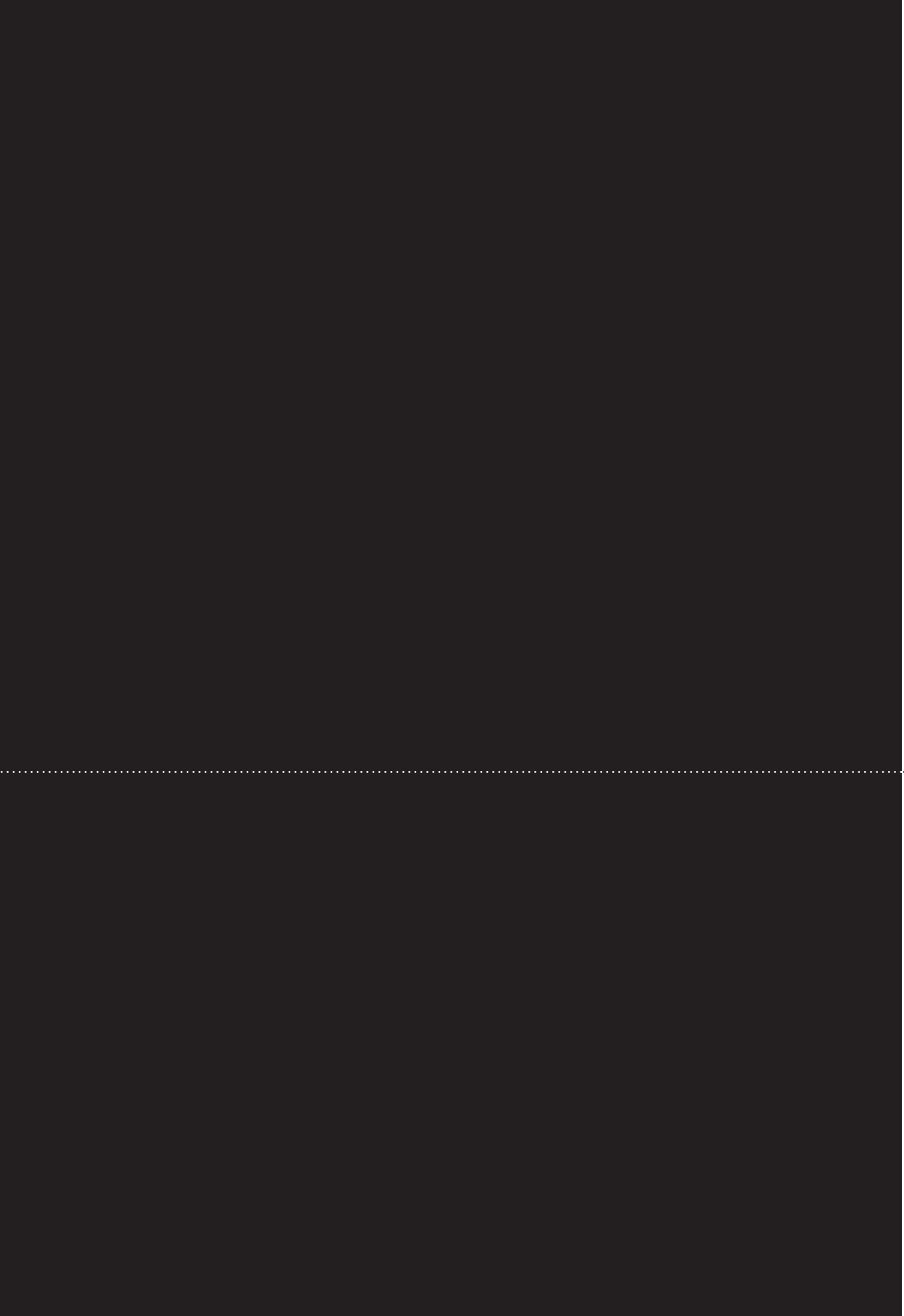
La vejez nos finge la sonrisa  
y la mirada ya no es curiosa...  
es estática y lejana...

El cuerpo quieto se hincha  
se vuelve lento...

La oscuridad  
invade el cuarto menguante  
de la razón...  
la sombra se confunde con el silencio  
y la música también se hincha...

Yace su cadáver en las manos vacías...

Puedo ver a través del dolor  
que aún sigo viva.



# Los hongos que usa mi mamá para hacer ensalada

Camilo Uribe Góez

**Taller Local de Escritura  
2019**  
Localidad de Barrios Unidos

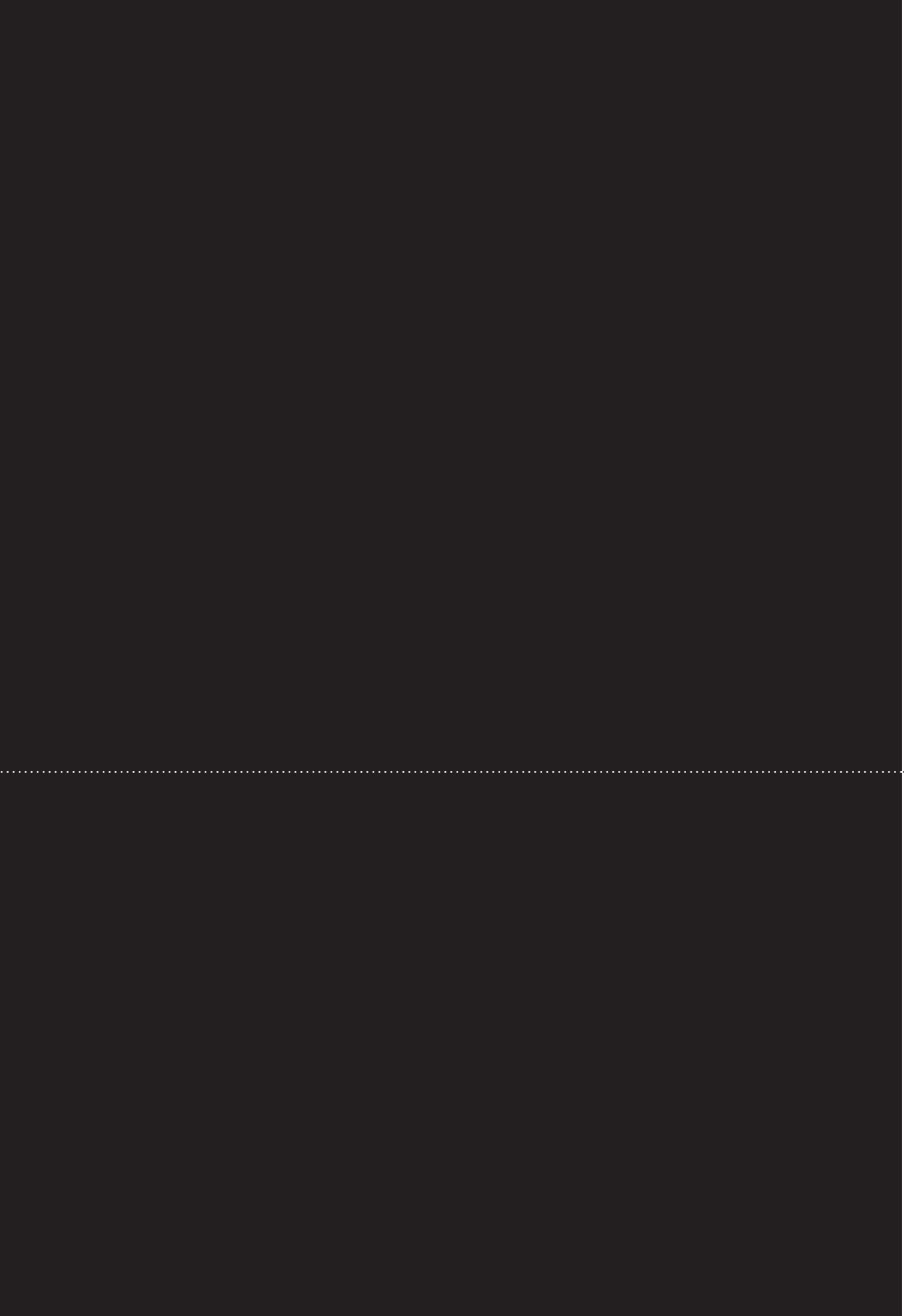
## Sobre el autor

Nació en Bogotá en 1986. Director de una empresa de publicidad, *booktuber* y escritor de narrativa en tiempos libres. Participó en el concurso de cuento del Distrito en el año 2005 con el relato *Errancia*. Escribió el cuento *Negros senderos*, que fue publicado en el año 2018 en la antología de *Bogotá cuenta*.

Ingresó por la recepción y pidió una habitación sencilla. Subió al quinto piso por el ascensor, ingresó y se tendió sobre la cama, extenuado, como tratando de esquivar la pesada expectación. Luego se incorporó y entró al baño. Nerviosamente se echó agua en la cara y se secó. Ya en la cama, se vio multiplicado en el techo de espejos. No rehuyó la visión. Se gustó por un instante y luego se puso en pie. La pesada tarde caía lentamente por la ventana, tan lentamente como la espera, tan infinita como la angustia y tan gris como la cobardía. Veía pasar allá abajo los taxis, pero ninguno se detenía. Le parecieron años. No comprendía, o no quería comprender, la gravedad de su propósito; tal vez ni siquiera lo intuía. Optó por ver noticias en inglés para mitigar el afán, pero fue en vano. La concentración perdida veía las primeras estrellas que se asomaban por la ventana: el azul claro marchito cedía al negro sin nubes. Eligió fatigar sus zapatos por el ancho cuarto alrededor de la cama. Así duró unos diez minutos, que lo mismo pudieron haber sido diez horas. Estaba en un cuarto sin tiempo, suspendido en la reciente noche, borracho de intriga y de impaciencia, sin ningún esfuerzo por moderarse, sabiéndose imbuido en un torbellino que, sin embargo, le parecía disfrutar. Finalmente sonó el teléfono para informarle que ya había llegado. Dos minutos después de ordenar que subiera, tocaron la puerta. Entró una rubia resplandeciente, alta, de piel blanca y lisa como los hongos que usa mamá para hacer ensalada, de ojos verdes, aún con cara de adolescente, exhibiendo una figura tan marcada y con tantas curvas que le dio vértigo verla. Ante semejante Afrodita callejera, no supo si echársele encima de una buena vez, como una fiera hambrienta, o saludarla respetando la etiqueta de las geishas. Ella, anticipándose a su nerviosismo, lo saludó con un beso comercial y entró al baño. Salió envuelta en una bata de seda blanca, haciendo gala de una sensualidad mortal, y lo abrazó. La muchacha lo besó convencida y sin prisa. Al principio, un pudor que no supo comprender le hizo al muchacho responder de forma vacilante, pero luego sucumbió al ardor de su impaciencia y la tomó fuertemente con los brazos por la cintura. Entendió que el tiempo era corto, y la condujo a la cama como si fuera su mujer.

En el techo de espejos se vio multiplicado caóticamente. Manos indecisas recorrían tramos de piel desconocida, perfumada y húmeda. Ella al principio fingió un poco, para luego soltar unos bramidos y caricias sinceros. Al finalizar, la chica entró al baño y salió vestida como cuando entró a la habitación. Recogió los billetes que había en la mesa de noche y salió despidiéndose con un beso comercial.

Se quedó acostado en la cama semidestendida, mirando al techo, cansado, sudoroso y desnudo, sobre una sábana desordenada a medias, como después de haber participado de un simulacro de amor que nunca se decidiera a ser algo cierto. Luego se incorporó, se dirigió hacia la ventana y fumó un cigarrillo sin muchas ganas, mientras veía pasar la noche disfrutando de los sonidos de la ciudad. El afán cesó. Todo era silencio, y una maligna quietud invadió la habitación. Comenzó a sentir frío y pesadez en el cuerpo. Ingresó al baño, se bañó, se vistió, pidió un taxi y se marchó rumbo a su casa, pensativo. ¿En qué pensaba? En lo que recién había pasado, en la incesante repetición del mismo acto cada semana, que le dejaba la misma sensación. La misma pútrida sensación de que lo estaba haciendo mal, y, sin embargo, mantenía el dolor aterciopelado de su piel blanca y lisa, los millones de poros abiertos de su piel carnosa, su sabor dulce de avellana, que lo llevaba una y otra vez a las setas que usaba mamá para hacer ensaladas, a la simbiosis de un hongo con su propia raíz como queriendo detener esa evaporación de agua, que lo abrazara durante más tiempo en tierra firme. Así, tal vez, no se sentiría mal.



# Por el café

Alaín Medina

**Taller Local de Escritura**  
**2019**  
Localidad de Ciudad Bolívar

## Sobre el autor

Nació en Maracaibo, Venezuela, en 1991. Lector disperso, escritor y poeta, ha hecho incursiones en el periodismo cultural. Guía y trabajador social en la sierra del Perijá. Ha participado en algunos encuentros de poesía en Maracaibo y Bogotá.

*A ella sierra, a ella mujer*

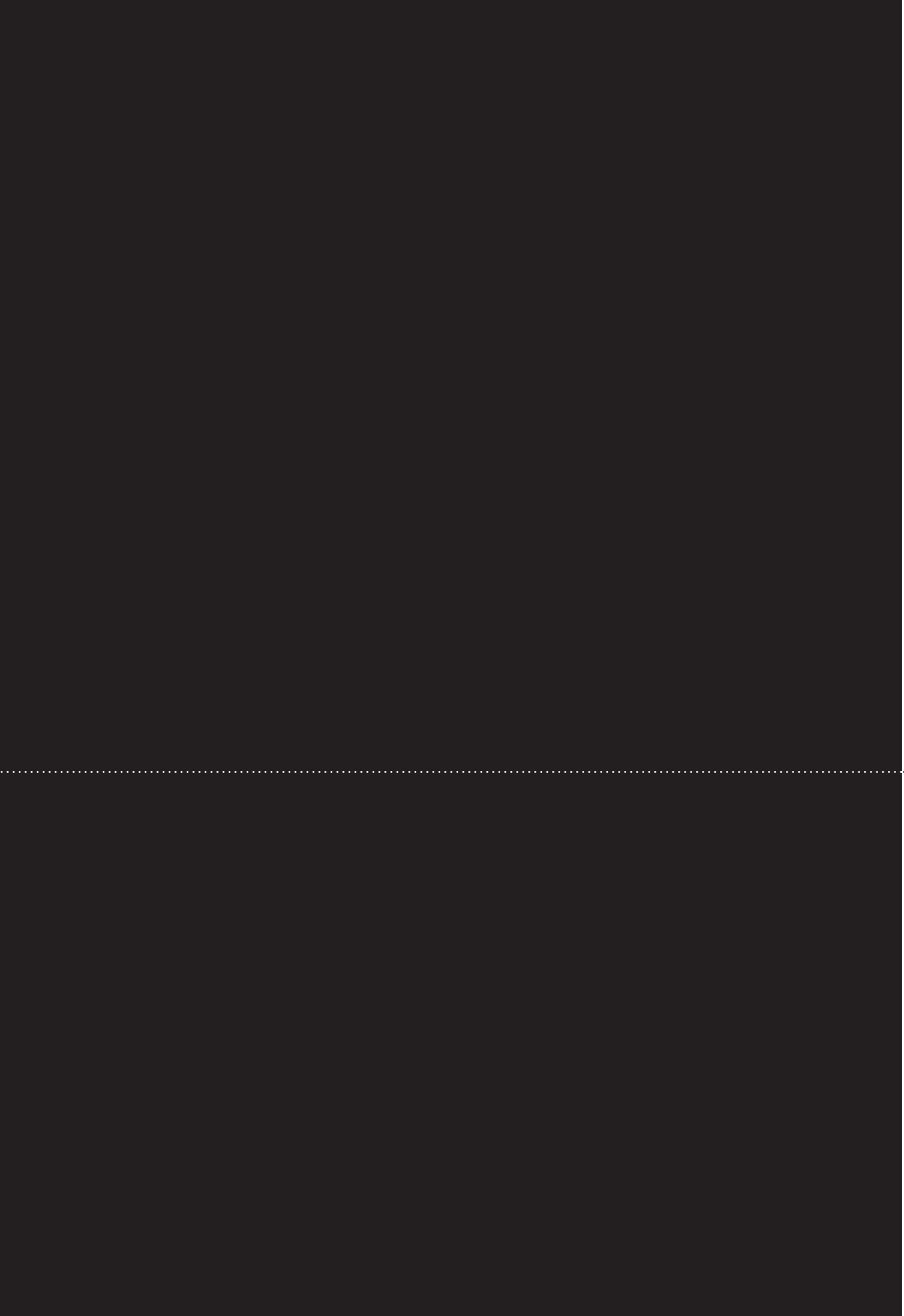
Me enamoré de tu territorio.  
Era ajeno o quizás de nadie,  
pero desde antes y para siempre,  
mi derrotero apunta a vos.  
Deseé conocerte y explorarte toda,  
dejarte una huella inconmensurable de amor,  
y cuando comencé a descubrirte, sí,  
me enamoraste... Ya no hay lugar  
que sienta más mi hogar  
que vos.  
Por tu corazón bondadoso y noble, por el romance.  
Por tus montañas de copas afables, por la cima.  
Por tus cantares al son de aves, por el silencio nocturno.  
Por tus diáfanas aguas, por la vida.  
Por tus escarpadas cuestas, por el aliento pulcro.  
Por tus paisajes que colorean mi corazón, por la poesía.  
Por la búsqueda de néctares, por el sendero.  
Por tus oníricos sabores, por el café.

Ahora que el hado se empeña en separarme de vos,  
estoico espero.

En cualquier momento vuelvo a beber de tu café.







# Lluvia despiadada

Jessica Montilla

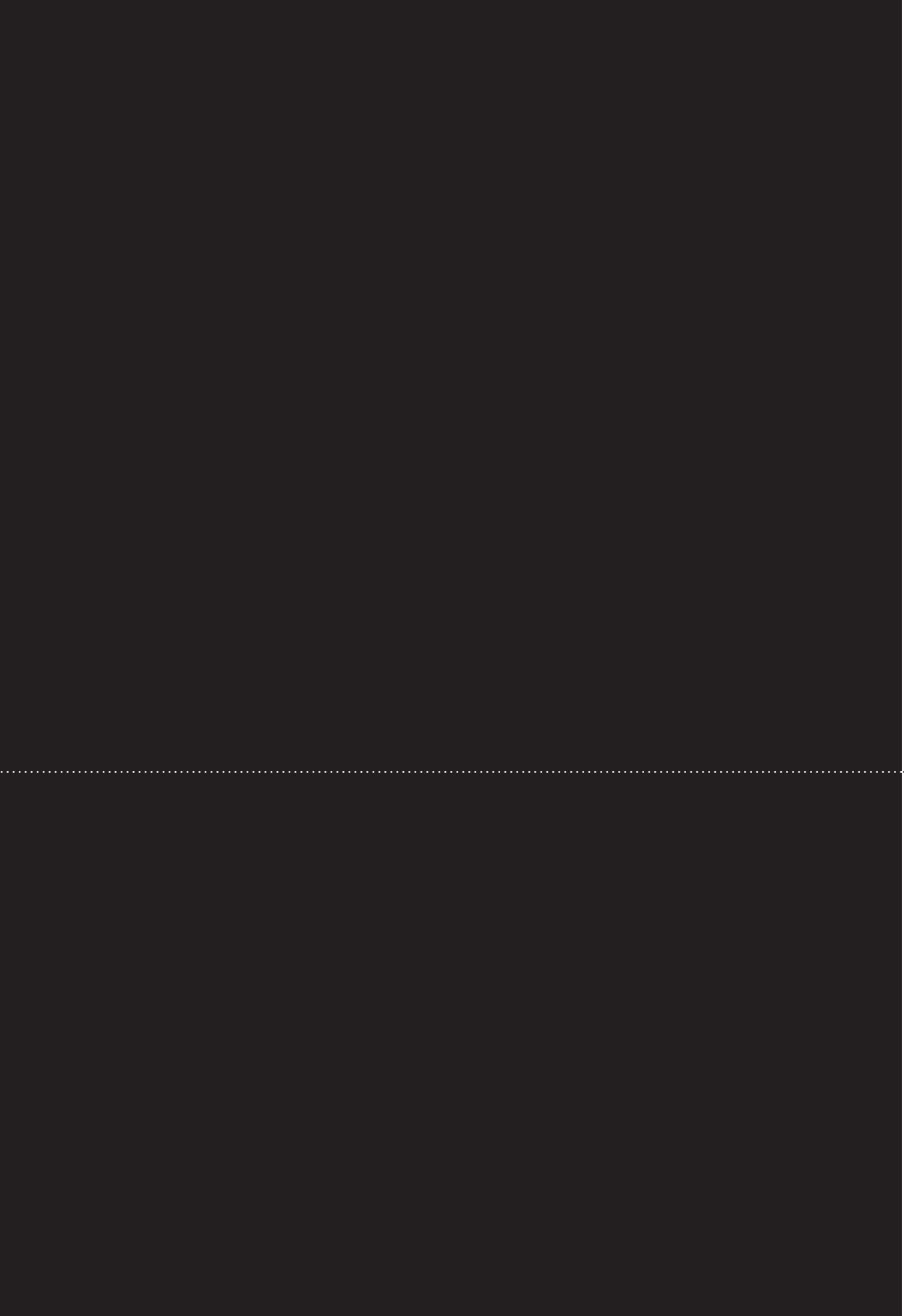
**Red de Talleres Locales de  
Escritura 2019  
Localidad de Bosa**

## Sobre la autora

Nació en Bogotá en 1989. Docente de primera infancia. Habitante de Patio Bonito y sus periferias. Dice que todo lo que ronda su cabeza termina convertido en letras.

Llueve y no habito este cuerpo  
Llueve y este cuerpo es ajeno  
Llueve y prefiero estar oculta  
Del abrazo frío, gris, pálido de la calle  
De su estruendo  
Sus susurros  
Sus penumbras  
Llueve en tonos mayores  
Y replican pesares  
Llueve y vuelve a mí tu indecente imagen  
Indecente mi pensamiento aquí te imagina  
Llueve y la lucidez de mi mente palidece  
Cuelga de una cuerda  
Llueve y soy más un reflejo vacío  
Un espectro distante  
Un fuego afónico  
Una chispa moribunda  
Llueve, estoy sin estar  
Soy sin ser.





# Expedición Kepler-75

María Roda Otero

**Red de Talleres Locales de  
Escritura 2019  
Localidad de Chapinero**

## Sobre la autora

Nació en Bogotá en 1996. Estudió Artes Plásticas en la Universidad de los Andes. En 2018 obtuvo la mención de tesis meritosa por su proyecto de grado **Hable despacio, hable duro**, una combinación de diferentes formatos: pintura, serigrafía, video, escritura. En 2019 formó parte del colectivo de escritura Casa Barullo, con el que publicó su primer texto: **Las lentejas**. Escribe a diario y se mantiene activa en las redes, que considera un instrumento de expresión, curaduría y documentación. Huye de la especialización e intenta ser todera en los procesos artísticos.

Miro frente a nosotras: el universo sobre el panel de control.

—Me perturba que en la Tierra haya pasado tanto tiempo desde que despegamos.

Al romper con el silencio, un mechón de pelo se desprende de tu cola de caballo. Lo agarro. Es negro y suave. Mi dedo lo recorre hasta la punta.

—No vale la pena pensar en eso ahora. —Con mi pulgar te palpo la mejilla, luego los labios. Descubijas tus dientes al sonreírme de vuelta. Nuestros meñiques se acarician tangencialmente.

Pones el piloto automático.

*Si es posible rastrear el origen de la pandemia, se trata de un virus que evolucionó debido al exceso de radiación acumulada en la zona subacuática del meridiano 55 oeste, en el océano Índico.*

Me sueltas la moña. Metes la mano en medio de las raíces de mi coronilla. Tus pecas se confunden con las estrellas. Me acaricias el cuello, el calor del cosquilleo me invade por toda la espalda, levanta cada filamento de mi columna vertebral, trazando un camino del tálamo al coxis. Desciendo hacia tu clavícula. Con el índice te palpo de izquierda a derecha, suavemente, de manera que se sienta casi adyacente mi dedo sobre tu piel. Sonrío. Me regalas las comisuras de tus labios y te acercas hacia mí.

*A pesar de que el paciente cero fuese rastreado en la isla francesa de La Réunion, en el año 2025, el virus llegó a su cénit a lo largo de la década de los años treinta, periodo que coincidió con el emprendimiento de fundamentales expediciones espaciales, a raíz de una mejora técnica: vehículos equipados con gravedad cero y la capacidad de viajar hasta al 85 % de la velocidad de la luz.*

*“It’s really exciting to have the thought that we are the first humans to reach the borders of Andromeda”, dijo Malcolm González,*



*científico de la Universidad de Brown, encargado del Departamento de Investigación del proyecto en una entrevista para el Washington Post.*

*“Ce n’est pas une question de trouver les conditions de vie pour que l’humanité quitte la planète, c’est néanmoins une chance de témoigner au-delà des barrières du possible pour trouver des réponses aux problématiques dans notre propre entourage”, explicaba Isaure Cazenave en una rueda de prensa cinco días antes del despegue.*

Acerco mis labios a los tuyos. Cierro los ojos. Cinco minutos en los que recorro tus poros, los pequeños filamentos que te cubren la piel de los brazos, tus papilas gustativas, los nervios bajo tu lengua, la cantidad exacta de saliva que pasa por dentro de tus labios hacia tus dientes. Puedo sentir por debajo del traje tu corazón a ciento veinte pulsaciones.

*Gracias a los estudios realizados por la Asociación India de Microbiología, es posible localizar geográficamente el desarrollo de la epidemia, así como la mutación de las cepas.*

*El paciente cero se manifestó en 2025 en un centro médico de la isla de La Réunion y en abril de 2026 se ubicaron siete casos en diferentes áreas de Europa occidental.*

Me tumbas al suelo. Caes conmigo.

*Posteriormente se supo de dos pacientes no diagnosticados en Serbia y de tres en Lituania.*

Tus hoyuelos, tus dientes, tu boca. Soy tan capaz de sentir debajo de nosotras todos los engranajes que componen su superficie, como soy capaz de pensarme dentro de los tuyos. Deslizo mis manos por debajo de la silicona del traje, siento las capas de fibras que me separan de tu piel. Llego al núcleo, a tu pecho. Es suave y húmedo. Tus senos me caben en las manos.

*El presidente Jean-Luc Mélenchon realizó un llamado a la Organización Mundial de la Salud para alertar sobre la aparición del virus y generar un control aduanero. La ONU reaccionó rápidamente y comenzó a financiarse un plan de investigación, focalizado en París.*

Mis dedos ya no son tímidos. Quieren saborear cada partícula de sudor que los rodea. Llego a tus pezones. Se ponen erectos, se sonrojan, se arrugan apenas tienen contacto con ellos. Se aventuran a pellizcarlos. Se acelera tu frecuencia cardiaca. Suspiras en la parte trasera de mi oreja. Bajas la cremallera, pellizcas el algodón. Me miras a los ojos. Tu iris marrón brilla, como los soles que nos rodean. Me despojas de ropa y quedo completamente desnuda. Besas mis lunares mientras llegas al ombligo.

*Esta medida permitió reconocer el modo de actuar del virus, así como un marco sintomático que consistía principalmente en lo siguiente:*

Me abres las piernas con fuerza.

*A diferencia de otros genes del VPH, esta cepa se manifiesta en personas de los dos sexos.*

Me reclino contra el suelo.

## **Fase I. Semanas I a VI**

*Desde la primera semana del contagio, el paciente comienza a experimentar una serie de anomalías en la dermis del pubis, unos brotes similares a los que aparecerían en pacientes afectados por la bacteria Neisseria gonorrhoeae, pero que llegan a los 2 µm de diámetro. Pueden confundirse con Nelus melanocito. Asimismo, es común que, en el momento de la aparición de dichos brotes, la zona cutánea adquiera una tonalidad ocre.*

Miro hacia las vigas metálicas. Comienzo a sentir tu lengua en círculos continuos, uno tras otro. Pierdo el control de mi cadera. Me penetras con el dedo índice, luego con el anular y el del corazón, luego incluyes el meñique. Comienza a brotar una cascada de mi pubis, que palpita desbocadamente, chorreando sobre el traje.

### Fase II. Semanas V a X

*-Alteración en el cuello del útero.*

*-Alteración del glande. Resequedad en la zona del prepucio.*

Subes. Cruzas las piernas contra las mías. Te rodeo con todo mi cuerpo. La frescura de tu aroma me cubre completamente.

*-Dificultad al miccionar.*

*-Cefalea.*

*-Amigdalitis.*

Al escaparse, pellizco con mis dientes tu labio inferior. Ahora las palmas de tus manos vibran sobre mi vagina.

### Fase III. Semanas XI a XXX

*-Inicio de la fase terminal de la enfermedad.*

*-Fiebres altas y severas.*

*-Inmunodeficiencia.*

*-Muerte cardiovascular.*

Contenerme es cada vez más difícil. Mis piernas tiemblan descontroladamente. Mueves las manos. Pierdo el control de mis músculos.

*Modo principal de transmisión: contacto sexual a través del intercambio de fluidos genitales.*

Tus manos vibran sobre mi pubis.

Te pellizco los pezones con fuerza. Me muerdes sin soltar la mandíbula mientras aceleras cada vez más, entre el cuello y el hombro.

*Casos de transmisión intrasanguínea poco frecuentes.*

Tu piel ya no está adherida a la mía. Te desprendes. Nos recostamos sobre los trajes.

Brillas como la constelación a la que acabamos de llegar.

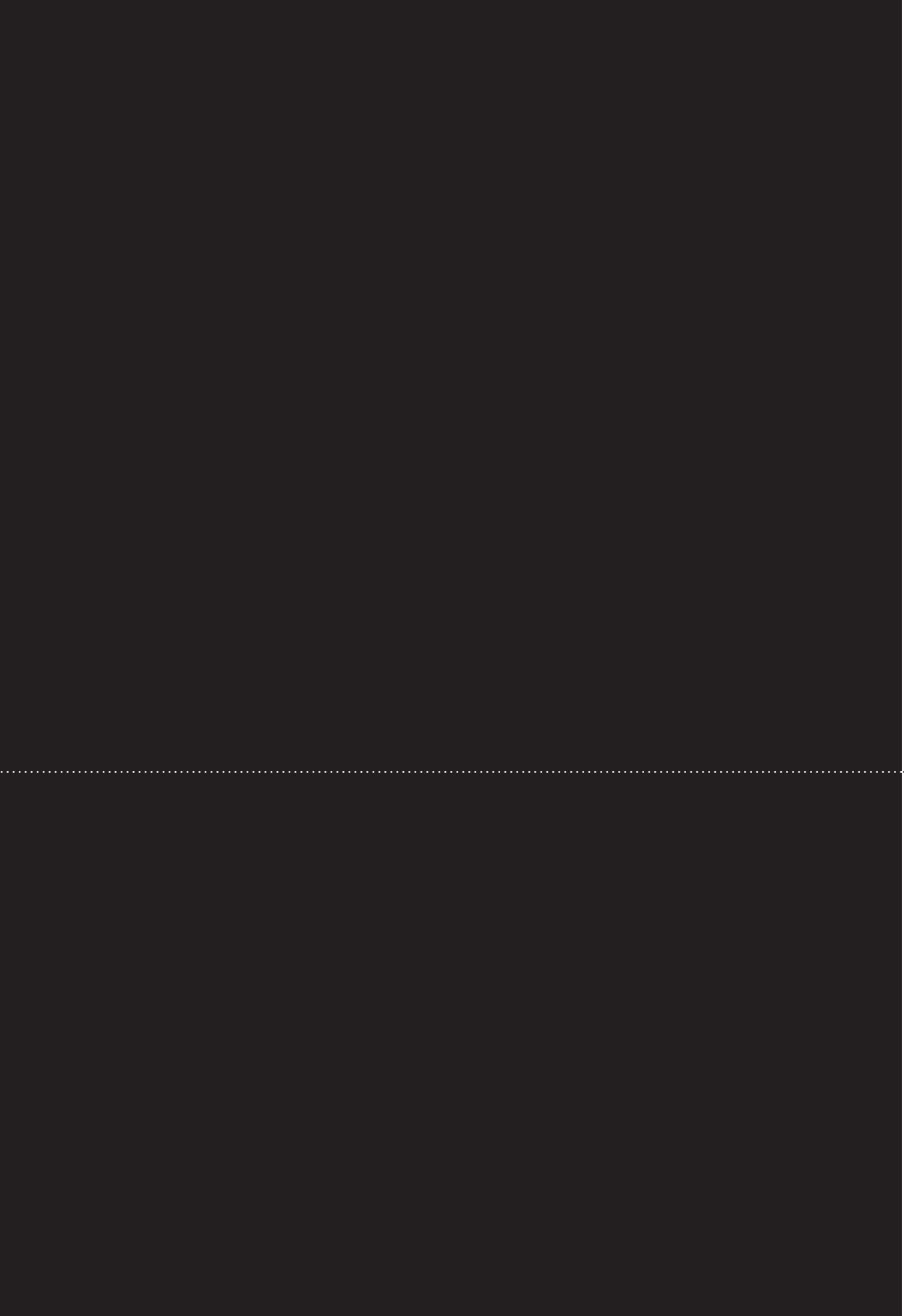
*En 2035 el virus había afectado al 30 % de la población mundial. El planeta se declaró en estado de emergencia. En 2040, la tasa de mortalidad aumentó al 200 %. En 2042, desde la base espacial de Arizona se envió un mensaje de alerta a las tres naves que se encontraban en la expedición Kepler-75 y que habían despegado en 2025 en busca de vida extraterrestre.*

Una luz roja titila en la pantalla de mando. Me incorporo.

Un mensaje de la Tierra.

Corre el tiempo  
y emerge la  
memoria

---



# Cinco poemas

Lucy del Socorro  
Morales

**Red de Talleres Locales de  
Escritura 2019  
Localidad de Tunjuelito**

## Sobre la autora

Nació en Bogotá en 1966. Es licenciada en Educación con especialidad en preescolar, por la Universidad Pedagógica Nacional. Hizo estudios en Artes Plásticas en la Universidad Nacional de Colombia. Participó en la revista *Otrosur I y II* con varios poemas, como *Me persiguen* y *Naufragio*.

## Tiempo y silencio

*A Carlos Plaza*

Lo encontraron en su habitación.  
Parecía dormido.  
La tranquilidad del sueño,  
reflejada en su cara,  
no delataba angustia previa.  
Nadie creyó en el infortunio.  
No verlo, fue un regalo.  
Aún resuena en mis oídos  
la voz de la Diva descalza  
en su “Tiempo y silencio”.  
Tiempo detenido en esa incógnita  
de la razón silenciosa de su muerte.

## Despedida

Miro las islas flotantes de vello y espuma  
cuando padre se afeita.  
Su aroma a fresco invade la habitación.  
Una piel nueva y suave se despide con un beso.  
Su ausencia hiela mi cuerpo.  
Gris es el pensamiento,  
como el paño que luce en su vestido.  
Sé que al contar tres pasos,  
girará y guiñará su ojo cómplice.  
Mi sonrisa bendice su partida.



## Impacto

Dolor abdominal constante  
Náusea vacía de sentido  
Inclinación a punto de quiebre  
Vomitivo instantáneo  
El viejo vendedor de dulces  
Hoy ha osado saludarme.

## Sosiego

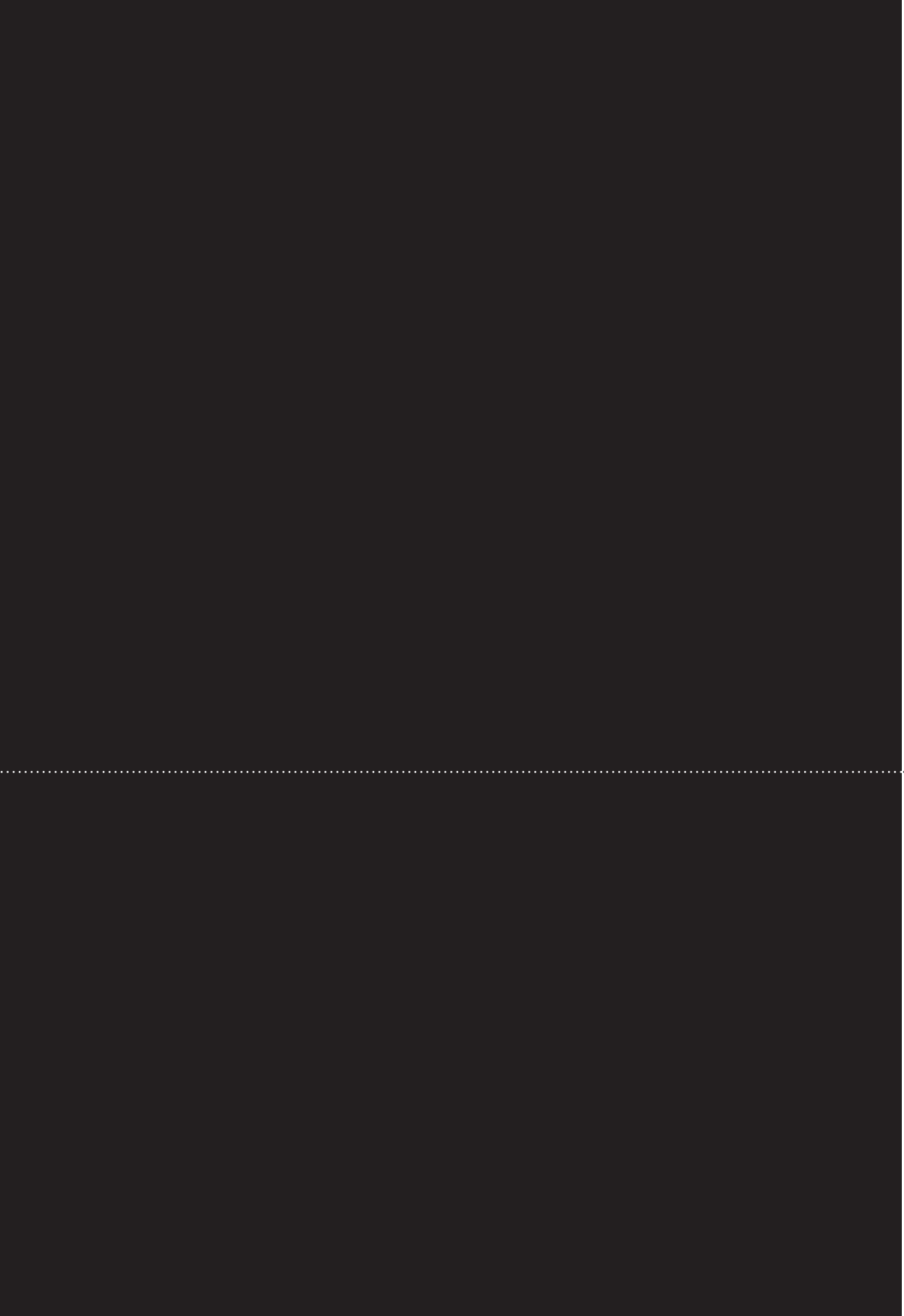
*Para Eddie*

Sentado en su poltrona abullonada,  
recorre el tiempo con cada gota de  
oxígeno que le llega del cilindro  
reclinado en el rincón de la sala.  
Varios llamados en el cristal de la ventana,  
lo devuelven al momento.  
Una niña de cabellos dorados  
le sonrío desde afuera.  
Solo él la ve.  
La invita a seguir, y con ella  
recorre, por última vez,  
el solar donde el árbol de níspero  
ostenta la vida en sus frutos.

## El mayor

Los árboles se mecen,  
y no es el viento.  
Risas de niños se confunden  
con el cantar de las aves.  
Un rostro asoma por entre las ramas,  
luego otro, más pequeño.  
Desde el roble más antiguo,  
David desciende.  
Saluda.  
Hoy, él es el encargado.  
Por ello, todos los Riaño  
lucen rectos cortes de capul  
más arriba de la media frente.  
La burla no se hace esperar  
pero la indiferencia de quienes  
la reciben corta su efecto.





# Tres poemas cortos

Abel Gualí Valderrama

**Red de Talleres de  
Escrituras Locales 2019**  
Localidad de Antonio Nariño

## Sobre el autor

Nació en La Plata, Huila, en 1959, en el seno de una familia rural. Hijo único de Abel Gualí y Elisa Valderrama. Desde temprana edad ha mostrado interés por la lectura y la redacción. En 1984 ganó el primer puesto en el Concurso Departamental de Ensayo de la Fundación Tierra de Promisión, sede Neiva, con la obra titulada *Actualidad de la obra de José Eustasio Rivera*. Es autor del poemario *Como el existir... efímero y deleitable* (2016).

## Nos encontraremos

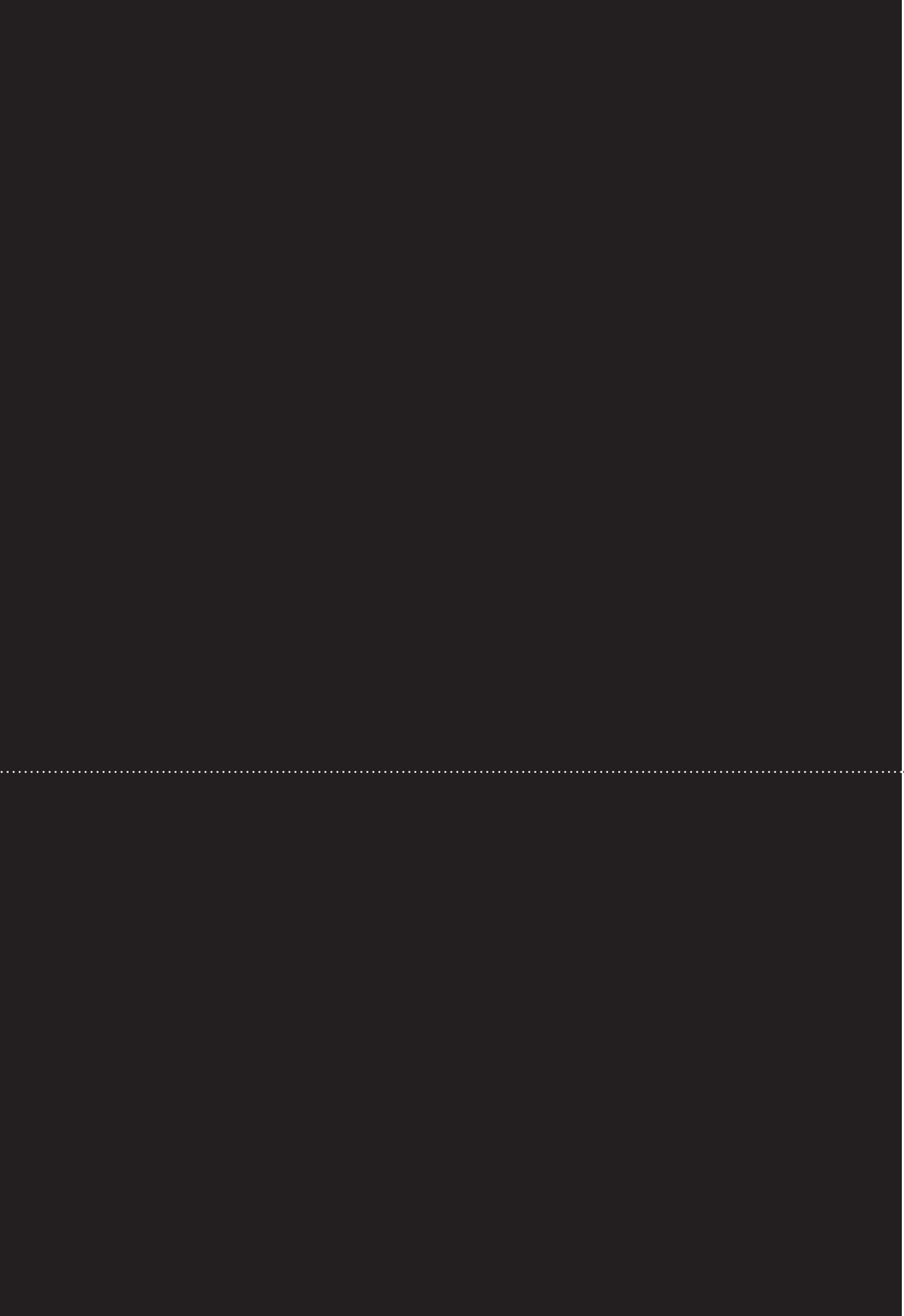
Verdad dicen  
que en la senectud  
involucionamos hacia la infancia.  
Y preciso allí  
es donde aguarda  
la sencillez del diálogo,  
el entendimiento afectuoso,  
la ternura en abrazos sinceros.  
De un fin de semana,  
buen plan será platicarnos  
sobre acertijos de la vida.  
Te espero, mi nieta hermosa,  
voy al encuentro.

## Sin medidas

No importa  
si esa boca tuya  
está a la altura del cielo.  
No faltará el peldaño sacro  
al que me suba  
para igualar la estatura de tus labios.

## Bola de papel

Me has herido  
el corazón tanto, tanto  
que esta página  
de abrazos, caricias y besos  
la oprimí tanto, tanto  
que en bola de papel  
te convertí, poema insensible,  
arrojándote fuera tanto, tanto,  
pero caíste dentro.  
Otro recogerá mis versos,  
y sin leerte, te botará lejos, tanto, tanto.





# Estampas de mi infancia

Ana María Morillo

**Red de Talleres Locales de  
Escritura 2019  
Localidad de Teusaquillo**

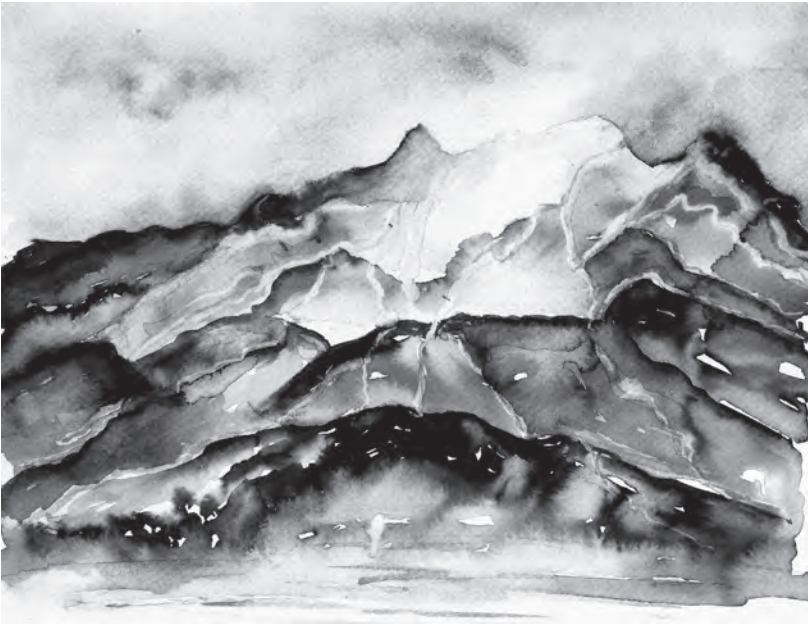
## Sobre la autora

Nació en Ipiales, Nariño, en 1955. Como artista empírica, busca generar una mirada reflexiva sobre las relaciones interpersonales. El objetivo de su trabajo es mantener viva la memoria, las tradiciones, el valor de la palabra, nuestra identidad, la herencia cultural y fomentar el equilibrio de los ecosistemas.

## El Cumbal

Me apresuro a salir antes que mi abuelito para mirar el deslumbrante Cumbal. Su reflejo me hace imaginar una hermosa capa de diamantes que iluminan el límite entre el cielo y la imponente montaña.

Por las leves fisuras del nevado que alcanzo a ver desde la carrera quinta, donde queda mi casa, corren ligeros hilos de agua que fertilizan el suelo y aumentan el nivel del agua de la hermosa y fría laguna que lleva su nombre.



Quiero subir hasta el límite, quiero saber qué hay detrás de la hermosa montaña nevada, y traspasar las pocas nubes que se ven sobre el inmenso azul que cubre todo el horizonte y que hoy no puedo tocar.

Sale mi abuelito con mi carriel de cuero café, y que él lleva colgado hasta la puerta del colegio.

Caminamos de espaldas a mi nevado hasta el parque Santander, donde vuelvo a mirarlo al cruzar la carrera sexta. Continuamos hasta la Casa de Aduanas, en la carrera sexta con calle quince, y cruzamos esta cuadra hasta la carrera séptima en dirección al Colegio San Francisco de Asís.



Aquí dejo de sentir la mano suave y cálida de mi abuelito, quien todas las mañanas me acompaña al colegio.

Al salir del colegio, y de regreso a casa, el nevado está cubierto por inmensas nubes y ya no lo puedo ver en todo su esplendor entre el alba y el amanecer.

## Los danzantes

Con una mezcla de temor y curiosidad me asomaba por la ventana de mi casa cuando tintineaban los cascabeles y los vecinos gritaban “¡Los danzantes!”.

Ocupando toda la calle, un grupo de quince o veinte hombres vestidos con trajes típicos de variados colores bailaban al son de los tambores, flautas y rondadores. Era toda una algarabía. Llevaban en su cabeza una especie de corona parecida a la mitra papal, bordada con perlas, adornos brillantes, espejos y una cruz cristiana. Sus camisas de satén adornadas con encajes y cintas eran holgadas y las llevaban por encima del pantalón. Sobre la camisa llevaban una capa amarilla con arandelas verdes. Allí estaba bordado el sol de los pastos, símbolo protector de la Pacha Mama. Los pantalones blancos tejidos en telar eran de lana; sobre ellos, alrededor de la pantorrilla, se amarraban grandes piezas de cuero con muchos cascabeles

organizados en filas, los cuales, con los movimientos de la danza, producían sonidos agudos.

Al pasar, me dejaban una estela de incertidumbre y dudas. No sabía de dónde venían, ni para dónde iban, ni tampoco qué significaban sus vestidos, los colores, la música repetitiva, ni por qué tenían espejos.

Solo tenía cinco años.



### El velorio de la tía Rosa

“Vayan a pedir prestado los candelabros donde don Lisandro”, fue la orden de mi mamá en una mañana fría y gris. Salí con mi prima Mariana, diez años mayor que yo. Ella fue quien habló, porque yo era muy tímida.

La sala de la casa estaba desocupada, con sus pisos de madera rojiza y brillante para albergar el cadáver de mi tía Rosa, hermana de mi abuelo, quien fue maestra toda su vida y murió de cáncer.

No había ni dolor ni tristeza en mi corazón, solo un gran silencio. Nunca había visto un muerto, y tampoco la vi. Todos entraban y salían sin decir palabra. Entre tanto, mi mamá hacía una corona con una rama de ciprés (del gran árbol que vivía en nuestro patio de atrás) y flores blancas que amarraba cuidadosamente con una cuerda elaborada de medias veladas.

No sé cómo ni cuándo llegó el cadáver, pero ya en la noche la sala era el lugar de velación, con los candelabros en cada esquina del féretro. Mis tías Jael, Josefitá e Inés lloraban en silencio, y mi abuelo estaba muy triste. Eran los hermanos de la tía Rosa.

Mi tío Tano, hermano de mi mamá, siempre diligente y presuroso, entraba y salía atendiendo a las personas que acompañaban el velorio.

Tampoco recuerdo cuándo la llevaron al cementerio, solo que gracias a este suceso estrené un vestido blanco con flores negras (medio duelo para las niñas), mientras los adultos vestían todos de negro durante seis meses después de la muerte.



Mi mamá decía que el luto no se llevaba en la ropa, sino en el corazón, por lo que pronto pude usar vestidos de colores, menos el rojo.

## El columpio y el gallo

En el patio de atrás de la casa, o huerto, había algunos árboles frutales: reinas claudia (verde-amarillas), a las que aquí les dicen ciruelas, capulíes tan altos que había que escalar para coger sus dulces frutos pequeños de color vino tinto (o cerezas negras), taxos (aquí llamadas

curubas) que colgaban de las paredes y que apenas tomaban color amarillento las cogíamos para comer sus semillas dulces y ácidas; un árbol de duraznos pequeñitos muy aromáticos y pimentones rojos con los cuales hacían el ají.

En el centro de este patio se levantaban dos gigantes cipreses cuyos troncos eran tan gruesos que mis brazos no alcanzaban a rodearlos. Con sus hermosas ramas frondosas formaban un gran techo que nos protegía del sol. En estas ramas amarrábamos dos cuerdas gruesas de cabuya para hacer un columpio con una vieja ruana de lana de oveja que ya no usaba mi abuelito.



Impulsándonos con los pies, nos elevábamos tan alto, hasta sentir la extraordinaria sensación de volar y el golpe del viento en el rostro. Cerrábamos los ojos y nos dejábamos llevar hasta ver las casas vecinas.

Teníamos unas pocas gallinas y un gallo de plumaje colorido entre verde y marrón, casi rojo, muy bravo. Se creía el rey. Se paseaba mostrando sus grandes espuelas y cresta roja. Sigilosamente,

se acercaba al columpio y corría detrás para alcanzarnos. Nos divertíamos mucho con él... porque logramos esquivarlo muchas veces.

De pronto ya no corría. Les daba picotazos a la ruana y a nuestros traseros, que estaban bien cubiertos, en caso de una caída. Nos daba miedo que nos picara, y cada vez que íbamos al patio, lo hacíamos con cautela para no llamar su atención.

Al final, el gallo no nos dejaba acercar al columpio, se posicionaba y, caminando de lado a lado, cuidaba el espacio, por lo que ya no podíamos jugar.

Yo quería que lo echaran a la olla, pero las tías decían que su carne era vieja y dura.

Al fin un día se agarró con un nuevo gallo blanco, gordo y fortachón, que llegó a mandar en el gallinero, y quedó tan maltratado que lo sacrificaron, y comimos un buen caldo de gallo.

## La huerta de Eliseo

El Jueves Santo, día de reflexión y vacaciones escolares, todos estábamos en casa: mi abuelo y sus hermanas (las tías Inés, Josefito y Jael), mi tío Tano y mi hermana Leonor. Mi mamá se levantaba temprano para preparar los doce platos que, según la tradición, (no sé cuál) debíamos comer en memoria de los doce apóstoles de Jesús.

Mi tarea era hacer la ensalada, y para ello había que comprar lechugas, perejil, cilantro y zanahorias en la huerta de Eliseo.

Eliseo vivía en una chagra (huerto de cultivo urbano) cuyo dueño era don Lisandro, un señor gordo y bajito que tenía, junto a nuestra casa, una aserradora. En la huerta se cultivaban hortalizas para su familia, y que todos comprábamos para el almuerzo, día a día.

Lo seguí hasta el cultivo, que rodeaba un estanque con varios patos. Por fuera, entre algunas ramas, había un llamativo nido con dos o tres huevos gigantes de color verde, *beige* y blanco. No resistí la tentación de tomar uno, pero cuando Eliseo me vio, dijo: “Niña, no coja los huevos, que la pata está abarcando”. Pero su advertencia

llegó demasiado tarde: la pata se lanzó sobre mi vestido blanco con flores lilas, y de varios tirones arrancó el bolsillo. Eliseo corrió para ayudarme, pero ya todo estaba roto: el vestido y el huevo, y yo era un mar de lágrimas por el susto.

Caminé hacia la puerta a la sombra de Eliseo, quien, entre molesto y preocupado, me dijo: “nunca se acerque a un nido cuando las aves están criando porque son muy celosas”.

Mi mamá estaba parada a la puerta de la casa, preocupada por mi demora, y cuando le conté lo sucedido, me reprendió severamente por dañar la vida del futuro pato.

No recuerdo si hice la ensalada. Aprendí a no tocar un nido.



### La cocina de la tía Josefita

La tía Josefita, hermana mayor de mi abuelo, era como el rey Midas de la culinaria: todo lo que cocinaba se convertía en una mina de sabores.

Su mundo era la cocina: la hornilla de barro alimentada por carbón vegetal; el centro de operaciones: un banquito pequeño y bajito donde se sentaba para pelar las papas, plátanos y otros vegetales con un cuchillo curvo y desgastado por tanto uso, que tenía un mango



de madera amarrado con un trapo; varias ollas ennegrecidas por el desgaste del tiempo y uso del carbón, una alacena con alimentos frescos, un platero de madera donde se colgaban los platos y tazas de uso diario.



A las once y media de la mañana, los aromas despertaban los sentidos y comenzábamos a entrar y salir de la cocina para recibir un adelanto: un pedazo de papa asada con queso, habas cocinadas con picadillo de cebolla larga y sal; un trozo de tortilla calientica recién frita, con las que hacía sopa; un trozo de plátano asado humeante y provocativo, bastaban para alejarnos de la cocina mientras servía el almuerzo.

Por la tarde preparaba el morocho de maíz blanco en una paila de cobre. El fogón era una tulpa formada por de tres ladrillos o tres piedras que se organizaban formando un triángulo, separadas una de otra de tal manera que la leña se introducía por los espacios, y la paila se coloca encima de los tres soportes. La tulpa se ubicaba en el centro de la cocina, cuyo piso era de tierra. El morocho se removía con una cuchara de palo tan grande, que yo la tomaba con ambas manos. Con esta cucharota se tomaba una porción para verificar el punto de cocción.

Cuando estaba listo, sacaba con la enorme cuchara un líquido claro (chuya), que era menos espeso que el morocho, y se servían con un poco de panela raspada como un bocado previo y ligero.

Sobre las brasas que quedaban al quemarse la leña poníamos a asar papas tocarreñas o papas ratonas que la tía Marujita, hermana

de mi abuela materna, nos enviaba en tiempo de cosecha; también asábamos plátanos maduros, mis favoritos, y choclos o mazorcas. El inigualable sabor de los alimentos asados permanece aún en mi memoria.



En esta paila también se hacía el manjar o dulce de leche, típico de la zona andina del departamento de Nariño, que se comía con queso fresco, como un postre tradicional. Lo mejor de todo era raspar la paila del dulce, como el mejor premio. Creo que por eso siempre rondé esa cocina.

## El mentol

—¿Quién me da razón del mentol? —es la pregunta de mi madre al llegar a casa.

—Yo no —mi respuesta.

—Anita, ¿me acompañas al huerto?

—Sí, mamá.

En aquellos tiempos solo se obedecía. Los niños no cuestionábamos las órdenes de los padres o mayores.

Me tomó de la mano y me llevó hasta un pequeño árbol de capulíes, árbol propio de zona fría, cuyos frutos son de color rojizo oscuro, y que aquí, en Bogotá, se llama cerezo. Era un poco más alto que yo.

—Mi mamá, con voz severa, dice:

—¿Ves este arbolito? ¿Sabes por qué le pusimos palos alrededor? Silencio.

—Para que crezca derecho —afirmó. Y sin esperar más, arrancó una rama del árbol y me dio unos golpes en el trasero, diciendo—: Esto es para que aprendas a decir la verdad.

Yo no entendía nada.

—Es para que crezcas derecha, como el árbol.

Yo, muy adolorida, y llorando, seguía sin entender.

Me tomó de la mano y me llevó hasta el baño, donde había un espejo en forma de botiquín. Por dentro era como un pequeño armario. Sacó el mentol, y el frasco estaba vacío. Nuevamente preguntó:

—¿Quién cogió el mentol?

Y muy asustada dije:

—Yo.



Fue al corredor donde estaba la mesa de planchar. Encima de esta, unas telas y toallas, y dijo:

—Ahora toca lavar todo.

Allí entendí la razón del castigo y recordé cuánto me divertí untándome el mentol en las manos y en la cara, y luego de llorar por el efecto del olor y de sus componentes, me limpié con cada trapo o toalla que estuvo a mi alcance.

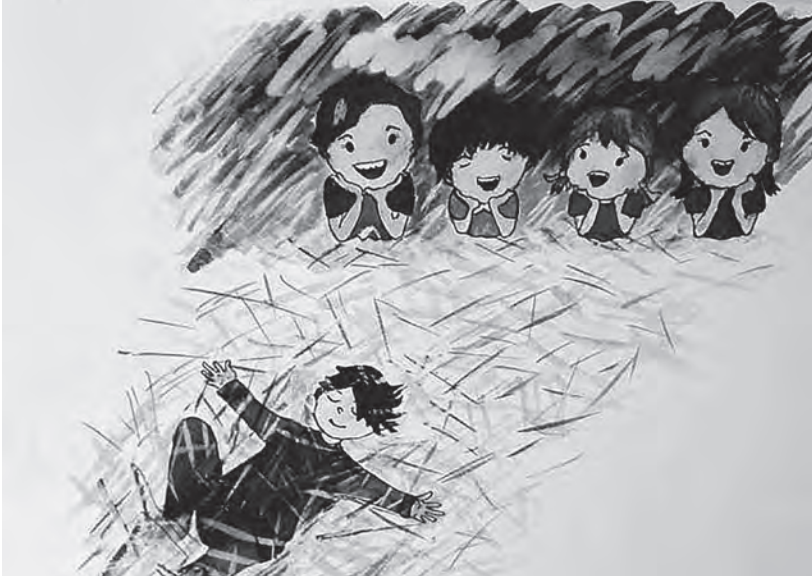


### Mañana es San Pedro

El 28 de junio nos acostábamos temprano con la ilusión de madrugar al otro día a buscar el tamo.

Se hacía interminable la espera durante la mañana, y salíamos muchas veces a la calle para ver con quién iríamos a las afueras de Ipiales, por la vía a Pupiales, Aldana o San Juan, a recolectar los residuos de la cosecha o siega en los cultivos de cebada y trigo.

Al fin llegaba don Telmo, quien tenía un carro grande, y con él iríamos a recoger el tamo, pero nuestra ilusión se desvanecía cuando él anunciaba que solo llevaría los niños mayores de diez años.



Entonces solo nos quedaba esperar el regreso del camión. Entre cuatro y cinco de la tarde, todos los niños de la cuadra estábamos listos para la descarga, y cuando el tamo estaba en el piso, gritábamos ¡*Al tamo!* Los preciados tallos amarillos se apilaban formando grandes montañas, donde jugábamos antes de la quema. Ya no había hambre ni sueño: todos éramos un gran revuelto de niños y tamo en medio de ese volcán de emociones, diversión y alegría.



Las mamás preparaban empanadas de azúcar, las típicas empanadas de ñejo, tortillas de harina de trigo y hervidos, que se compartían en las aceras de las casas mientras se realizaba la fogata en honor a los santos.

“San Pedro, San Pablo venid a calentarnos, abrid las puertas del cielo, cerrad las del infierno y venid a calentarnos”, es el estribillo que se repetía una y otra vez alrededor de la hoguera. (Supongo que es de origen español).

Hasta las nueve o diez de la noche departíamos niños y adultos, mientras se quemaba todo el tamo, y todos de vuelta a las casas, caíamos rendidos de cansancio y de sueño.

## Entierro campesino en San Juan

San Juan era un corregimiento cercano a Ipiales, donde las hermanas de mi abuelo fueron maestras de la escuela. Ellas iban a temperar durante los meses de julio y agosto, cuando los vientos son muy fríos y era mejor pasar las vacaciones en un lugar más caliente.

Fui con las tías en varias temporadas de vacaciones escolares y viví de cerca las costumbres de los campesinos, los hermosos y variados mercados del domingo, donde se conseguían productos recién cosechados.

El domingo era día de fiesta, de mercado, de ir a misa, a los funerales, matrimonios, bautizos, primeras comuniones; era el día de ponerse un traje elegante.

Uno de esos domingos fue el sepelio de un campesino querido por todos. Fueron muchos los que lo acompañaron a la iglesia.

En el centro de la iglesia se extendía como una gran alfombra una estera de totora, llena de alimentos. Estaban dispuestos alrededor del ataúd, que reposaba en cuatro soportes de madera café. Los alimentos frescos bien organizados sobre la estera se mezclaban con flores blancas amarradas con cintas moradas.



Ver a sus familiares distribuir los alimentos con tanto amor y cuidado era un ritual único, que me generaba muchas preguntas.

Al final de la ceremonia católica, que se había sincretizado con sus ritos ancestrales, entendí que esos alimentos le gustaban al difunto, y que por lo tanto lo acompañarían en su largo viaje hacia otra vida. Los enterrarían con él en vasijas de barro, que contenían alimentos cocinados y frescos, así como también llevaba sus utensilios.

Mi lógica me decía que no comería nada y que todo se dañaría en la tierra, y que si el hombre había sido bueno, se iría al cielo o se quedaría en el limbo, o tal vez se iría al infierno, según mis creencias católicas a esa edad.

Esta escena se repetía cada vez que moría uno de los campesinos, y en cada ceremonia había más alimentos de la región. Se fueron disipando mis preguntas, y simplemente fui aceptando esta ceremonia como algo especial.

### Perseguida por un carnero

En una de las vacaciones en San Juan, nos hospedamos en la casa cural. El párroco amigo de las tías les prestó una habitación y la cocina para que fuéramos a temperar.

La casa tenía forma de L. En el patio central había muchas flores y algunos árboles frutales, y un aljibe de donde se extraía el



agua con un balde de madera y una polea. Al fondo de la casa había un gran espacio sembrado de pasto y un árbol de chilacuanes (papayuelas, en Bogotá). Allí vivía una familia de ovejas. Cuando llegamos, acababa de nacer un ovejito. Su lana era tan blanca, y se veía tan suave, que me dieron muchas ganas de tocarlo.

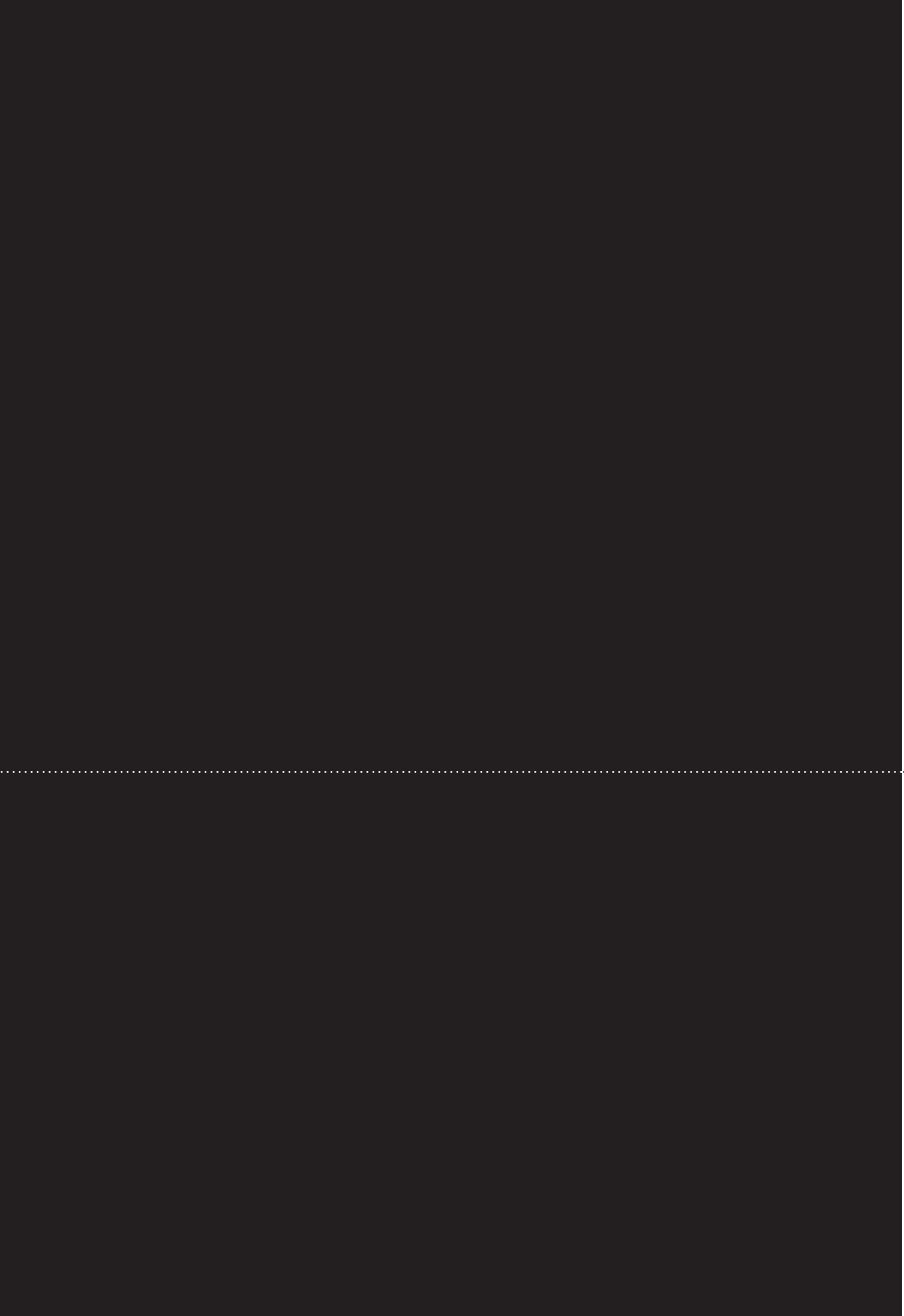
Sin esperar mucho, me acerqué para acariciarlo, y de pronto su padre, el carnero de gran cornamenta, vino hacia mí agachando la cabeza, con la mirada amenazante, y yo salí corriendo loma arriba; me subí al árbol de chilacuanes, y gracias a mi habilidad para trepar, pude evitar que me embistiera.

Muchos chilacuanes rodaron por el piso y sobre el carnero, por lo que aumentaba su molestia, golpeando con su cabeza la base del árbol. No se alejó de ahí hasta que el señor que cuidaba la casa vino en mi ayuda y volví a tierra firme. No sé cuánto tiempo estuve aferrada al árbol, pero se me hizo una eternidad.

Tenía seis años.







# Poemario sabroso

Iván Alejandro  
Trujillo Acosta

**Red de Talleres Locales de  
Escritura 2019  
Localidad de Teusaquillo**

## Sobre el autor

Nació en Bogotá en 1987. Vivió en La Calera (Cundinamarca) en su adolescencia y época universitaria, y creció entre el campo y la gran ciudad. Es politólogo por la Universidad Nacional de Colombia (2008), especialista en Gerencia Pública y Control Fiscal por la Universidad del Rosario (2009) y magíster en Análisis de Problemas Políticos Económicos e Internacionales Contemporáneos por la Universidad Externado de Colombia (2019). Desde 2010 trabaja en la Cancillería de Colombia sirviendo al país en la carrera diplomática y consular. Cuando no trabaja, disfruta la literatura, cultivando poesía y cuento.

## Romance al pandebono

Pandebono, pan del bono,  
maravilloso amasijo,  
mis largas mañanas alivianas  
con tan sabroso crujido.

Del horno, delicia del bono,  
del campo has venido  
a alegrar mi camino.  
Sabes a viandas de campesino.

Pandebono, bocado crujiente,  
Paisaje de nubes, en cada mordisco  
alegras mis mañanas grises de hastío  
junto al esbelto, la oficinista y el bien comido.

Indiscreto pandebono,  
de queso y de bocadillo,  
cada mañana, con un buen tinto,  
disfruto tu gusto, mi buen amigo.

## Sancocho de aquí

Una gran olla de sabor construí  
de aves, pescados, carnes allí.

*Sancocho en chorote de arcilla serví*  
a compadres y hermanos que en mi hogar recibí.

Las yucas, arracachas y ñames herví;  
brotes de la tierra que en sabor convertí.

*Sancocho en chorote de arcilla serví,*  
con alegría en mi hogar celebro así.

La olla y el agua al fuego encendí,  
venga, mijita, colabore, no se quede allí.

*Sancocho en chorote de arcilla serví,*  
mis hijas e hijos me ayudan así.

Cebollas, aliño de hierbas y ají,  
en secreto y con esmero, preparo aquí.

*Sancocho en chorote de arcilla serví*  
Tradición de hogar se cocina aquí.

Mijita, la yuca, pélela así,  
muchacho, la leña, cuide la llama ahí.

*Sancocho en chorote de arcilla serví*  
en familia cocinamos juntos así.

Las carnes, picarlas, adobarlas allí,  
a la olla, por turnos, arrojadas por mí.

*Sancocho en chorote de arcilla serví*  
costumbre convierto en tradición aquí.

Mazorcas, aliños y brotes de la tierra aquí,  
desfilan a la olla, a cocer, a desatar y a hervir.

*Sancocho en chorote de arcilla serví,*  
con alegría en mi hogar celebro así.

Revuelvo la olla, la tapo ahora sí,  
espero con calma, la magia está aquí.

*Sancocho en chorote de arcilla serví,  
costumbre convierto en sabor aquí.*

Mijita, colabore, prepare el ají,  
mijito, la mesa, póngala así.

*Sancocho en chorote de arcilla serví,  
en familia cocinamos juntos así.*

Con alegría servimos la mesa aquí,  
en chorote el sancocho preparado por mí.

*Sancocho en chorote de arcilla serví,  
a compaes y hermanos en mi hogar recibí.*

Y así, en la mesa, congregados por mí,  
un banquete de hogar disfrutamos aquí.

*Sancocho en chorote de arcilla serví,  
en familia celebramos juntos así.*

Conversar en mi casa, bromear, compartir,  
con sazón de sancocho, amor y ají.

*Sancocho en chorote de arcilla serví,  
con alegría en mi hogar celebro así.*

## Odia a la changua

Desayuno de afán,  
chupe con ojos malucos,  
cazuela de caviar de gallina  
para asquerosos gustos.

Caldo de arepa en pedazos,  
reciclaje de pan en mendrugos,  
somete a los flatos,  
hasta los intestinos más duros.

Hipercalórico desayuno,  
inflamador de colón rudo,  
mal presagio matutino,  
colesterol puro y duro.

Caldo de nata, huevaza blandengue,  
¡Potaje de siniestro semblante  
que de tierras calentanas vino  
para al mestizo imponerse!

Chueca merienda de provinciano  
arraigada por algún desprevenido.  
Chupe de poquedad que ha venido  
a retorcerle el buche al capitalino.

Terrible entuerto mañanero  
de nata, clara, y migaja,  
esconde cómplice el cilantrillo  
que vaca y gallina no cuadran.

¡Incauto ser ciudadano  
que adoptó cachaco la changua!  
que me asquea y que me espanta!

## Haikú de mañana

Café sin dulce,  
caliente preludeo con  
aroma de alba.

## Sobremesa

Si comer sin engordar pudiera:  
sumergiría el tiempo en un mar de comida;  
no habría angustia con caloría ni con bebida;  
la resaca se aliviaría con grasita bien debida.

Si comer sin engordar pudiera:  
recorrería el mundo en cada merienda;  
el antiácido sería mi fiel compañía;  
eructaría, masticaría y hablaría.

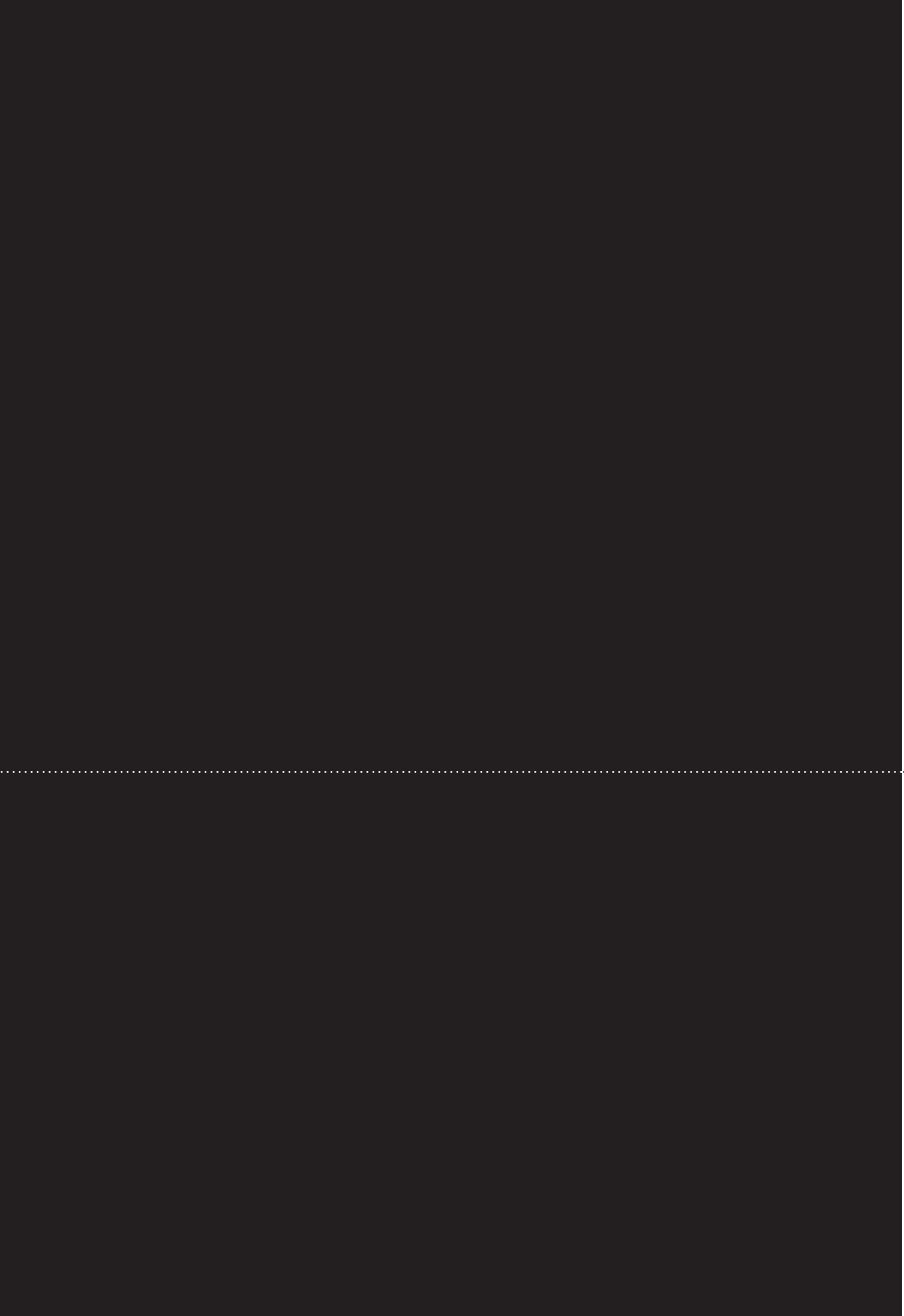
Si comer sin engordar pudiera:  
un banquete de pavo no me apabullaría;  
me vestirían, pero no me alimentarían;  
no dejaría la pizza, ni en la noche ni en el día.

Si comer sin engordar pudiera:  
mi doctor no lo entendería;  
mi madre no lo creería;  
de chocolate hasta cubiertos devoraría.

Si comer sin engordar pudiera,  
el desayuno con la cena confundiría.



Mas comer sin engordar no puedo,  
lo cual es agridulce tragedia  
de mantener el pico cerrado  
para evitar cuerpo de comedia.



# Cuando las palabras se hicieron pintura: cien años del natalicio de Enrique Grau

Juan Camilo Rincón

**Taller Distrital de Crónica  
2020**

## Sobre el autor

Escritor, periodista e investigador cultural. Magíster en Estudios Literarios por la Universidad Nacional de Colombia. Ha publicado *Manuales, métodos y regresos*, *Ser colombiano es un acto de fe*, *Historias de Borges y Colombia*, *Viaje al corazón de Cortázar* y *Nuestra memoria es para siempre* (digital). Escogido como una de las mejores crónicas de *El Tiempo* en 2014, 2018 y 2019. Colaborador de *El Espectador* y *Kundra* (Argentina), y reseñista de literatura para *El Tiempo*. Jurado de concursos de cuento a nivel nacional y de estímulos de MinCultura. Ganador del Premio Distrital de Crónica Idartes 2018. Tallerista de escritura creativa para Biblored.

*Celebramos los 100 años del natalicio del artista Enrique Grau, nacido en Panamá, pero con alma cartagenera y reconocido como uno de los grandes baluartes del arte colombiano del siglo xx.*

Jorge Isaacs siempre les habló al oído a muchos de los grandes artistas colombianos, incluso a los pintores, aunque estuviera muerto. De esos actos de inspiración que produce *María* han nacido cosas bastante raras, entre ellas, la película que hizo Enrique Grau en 1966, de la que fue director, adaptó el guion, estuvo en el montaje y hasta diseñó la escenografía y el vestuario. Y en esa locura no solo andaba él con su cámara en el barrio Inglés de Bogotá y en la finca Aguascalientes, en Tabio, sino, además, los hermanos pintores risaraldenses Lucy y Hernando Tejada. De esa joya de 90 minutos solo quedan 52, rescatados por la Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano, y una claqueta firmada por el artista cartagenero.

Es que Enrique Grau siempre estuvo ahí, pegado a la literatura en un lienzo cualquiera o haciendo escenografías para obras de teatro. Desde los textos de William Shakespeare hasta los de Eugene O'Neill, pasando por las creaciones de Bertolt Brecht y Jean Giraudoux, llegando al mismísimo *Edipo rey* de Sófocles, el cartagenero leyó cada una de esas obras, las interiorizó y logró ambientarlas con su propia alma, aquella bañada de Caribe que otorgaba una visión profundamente colombiana a aquellos autores foráneos, a veces tan lejanos.

También estuvo ahí, ideando con sus amigos en el frío de la poesía de Piedra y Cielo. En sus manos estuvo el diseño del vestuario, que sería impecablemente complementado con la decoración escénica hecha por Alejandro Obregón para poner por primera vez en las tablas, en la década de los cincuenta, *La doncella de agua*, del poeta boyacense Jorge Rojas. El escritor Jorge Gaitán Durán dijo sobre la presentación de esta obra que “es el mayor acierto de esta dramaturgia que, a la manera de la de García Lorca en España, hizo del género algo diferente y renovador” (Maya, 2006, p. 166). Diez años más tarde crearía la escenografía de *Don Melón y doña Endrina*,

adaptación hecha por el escritor e historiador Eduardo Lemaitre de un fragmento de *El libro del buen amor*, que data del Medioevo.

### Entre Grau y Gabo: 35 mm de genialidad

El celuloide se graba mejor en la tierra caliente de la costa Caribe y fluye más sinuosamente entre rones y con amigos. El aquelarre del Grupo de Barranquilla se unió bajo la batuta del cineasta catalán Luis Vicens, el fotógrafo Nereo López y los pintores Cecilia Porras y Enrique Grau para crear, en 1954 *La langosta azul*, un cortometraje en blanco y negro, sin sonido, grabado en La Playa, un corregimiento cercano a la capital del Atlántico, donde los guionistas y directores eran el escritor colombiano Álvaro Cepeda Samudio, actor principal, y Gabriel García Márquez, quien apoyó desde la distancia, en Bogotá, esta obra vanguardista.

Dos de esos costeños, que fortalecieron su relación en la gran pantalla, compartían un pasado en las letras, que se demoraron en descubrir. Y es que, cuando dos maestros trabajan juntos, saben, en silencio, el destino de grandeza que les espera. Pero, como suele ocurrir con Gabo, el asunto es al revés. En su artículo “Un payaso pintado detrás de una puerta”, relata:

Pocos años después conocí a Enrique Grau, a la salida de un cine, en Bogotá, y durante mucho tiempo no hicimos otra cosa que contarnos los argumentos completos de las películas que ya habíamos visto, hasta que descubrimos por casualidad que era él quien había ilustrado el primer cuento que yo publiqué en mi vida, y que ése era además el primer cuento que él había ilustrado en la suya.

Probablemente, la alegría de saber que era Grau el ilustrador le jugó una mala pasada a su memoria, pues el cuento al que se refiere es el tercero —no el primero— que publicó en *El Espectador*,

“Tubal-Caín forja una estrella”, el 17 de enero de 1948 en el suplemento “Fin de Semana”, gracias a la gestión de Eduardo Zalamea Borda. En el dibujo de Grau sobresalen las manos, siempre de gran volumen en el marco de su trabajo figurativo, y que, como lo señala el escritor y crítico de arte Eduardo Márceles Daconte, “ocupan una posición privilegiada en cada una de sus obras”.

Como en las muchas historias de García Márquez, Álvaro Mutis es presencia constante. Antes de reencontrarse en México, país donde pasarían gran parte del resto de sus días, el autor de *Amirbar* dirigió la revista *Lámpara*. Nacida como versión local de una publicación de la Standard Oil Company en Estados Unidos bautizada *The Lamp*, el escritor bogotano se apoyó en el presupuesto que manejaba como jefe de relaciones públicas de Esso, y “buena parte del dinero sirvió para promover quijotadas de la cultura” (Mutis en Quiroz, 2013, p. 76). Como mecenas y ángel de la guarda —así lo consideraban algunos—, apoyó a numerosos artistas —varios de ellos insolventes— y ofreció las hojas de la revista para difundir el trabajo de Ana Mercedes Hoyos, Fernando Botero, Héctor Rojas Herazo, David Manzur, Alejandro Obregón, Eduardo Ramírez Villamizar, Santiago Cárdenas, Marta Traba, Luis Caballero, Beatriz González y Leo Matiz, entre muchos otros.

Las páginas 15 a 18 del vol. I, n.º 5, de septiembre a diciembre de 1952, acogieron una crónica de Gabo titulada “La sierpe (un país en la costa atlántica 1)”, resultado de un elogiado ejercicio de reportería del nativo de Aracataca, que fue magistralmente ilustrado por Enrique Grau.

Siendo director de *Lámpara*, Álvaro Mutis se enamoró de la obra del padre de *Rita* y *Las Mariamulatas*. En su texto “Sobre el viaje de Tobías”, recogido en el libro *Estación México* (2011), el autor bogotano relata lo siguiente:

Años atrás, a raíz de la publicación de *Los elementos del desastre*, le participé a mi amigo, el pintor Enrique Grau, en cuyo seguro y agudo criterio en materias literarias gusté siempre fiarme, del proyecto que

abrigaba de escribir un poema inspirado en el viaje de Tobías y el Arcángel, sobre el cual imaginaba multitud de incidentes y aspectos que derivaban del pasaje bíblico secretas y muy fecundas fuentes de poesía. Grau supo adivinar inmediatamente la riqueza y especial sentido que ofrecía el tema, y me propuso realizar una obra conjunta en la cual reuniéramos mi texto y los dibujos y grabados que directamente le inspirara el pasaje del Antiguo Testamento; es decir, que cada cual trabajaría sobre una materia dada, sin conocer ni dejarse, por lo tanto, influir por el otro.

El poeta bogotano admite haber dejado a un lado el proyecto, mientras Grau logró avanzar con algunos dibujos, en los que, dice Mutis, “se hacía presente, con gran belleza y eficacia” el concepto de aquel viaje bíblico, sumadas su gran fuerza evocadora y poética a imágenes “por las que circulaba hermosamente toda la savia de la historia”.

El cartagenero esbozó a un Tobías que transitaba por una enorme fortificación, prisión a la que entraría para purgar su vanidad. Para el padre de Maqroll, el dibujo de Grau fue compañía en sus noches en el palacio de Lecumberri, la cárcel mexicana en la que tuvo que cumplir una condena tras ser acusado de malversación del presupuesto que manejaba para la petrolera Esso, y que gastó en apoyar a sus amigos artistas, lo que lo obligó a salir de Colombia. El dibujo fue, así, el presagio de su propio encierro y metáfora de un poema que nunca fue.

### El ilustrador de palabras

Nacida de la propuesta de revistas latinoamericanas que le antecedieron, como *Sur*, de Argentina, *Letras de México*, de México, y *Orígenes*, de Cuba, en 1955 nació en Bogotá la revista bimestral de cultura *Mito*, fundada por Jorge Gaitán Durán. Este, secundado por sus amigos y colegas Hernando Valencia Goelkel, Eduardo Cote

Lamus y Rafael Gutiérrez Girardot, promovió una publicación con un predominio de los temas literarios que apuntara también a asuntos “de la cultura, el pensamiento y la vida política” (Jurado Valencia, 2005, p. 7) en un país de mentalidad conservadora y profundamente nacionalista. Así demostró que era posible entablar un diálogo universalista con las grandes tendencias de pensamiento del momento, en contravía con el provincialismo característico de los escritos que por entonces colmaban las páginas de diarios y otras publicaciones.

Como sello editorial y publicación seriada, *Mito* exploró nuevas formas de expresión, distantes de los estilos del ya expirado siglo XIX. Así, logró hacer frente al espíritu imperante de una época de conservatismo, clericalismo y tradicionalismo cultural. Sus páginas se abrieron a textos que no solamente hacían una crítica a la literatura colombiana en todos sus ámbitos, sino que, además, le procuraron un norte, para encaminarse de mejor manera en un horizonte intelectual que empezaba a aparecer como promisorio. Gaitán Durán trató de buscar una imagen que representara esa revolución de las letras y el pensamiento, y la tarea quedó en manos de Enrique Grau.

Tomando como inspiración el poema “Homo”, de Jorge Guillén, el pintor dibujó a dos gemelos conectados en la penumbra, representación de las dos partes que conforman un todo, unidas o divididas, complemento o contraposición, almas pares y espectros que nacen “del magma primigenio”. Esta imagen, portada de la separata *Poesías* de autoría del español, se repetiría, en menor tamaño, en las portadas de los libros *Si mañana despierto*, de Jorge Gaitán Durán (con un retrato del poeta nortesantandereano dibujado por Lucy Tejada), *Parábola de Ganimedes*, de Eduardo Mendoza Varela (con dibujos del artista cartagenero en cinco de sus páginas) y *El papel del coro*, de José Manuel Caballero Bonald, todos de Ediciones Mito. Además, estampó una ilustración interior en el libro *La tortuga: Símbolo del filósofo*, de Andrés Holguín, y en *Muestras del diablo*, de Pedro Gómez Valderrama, ambos editados por el mismo sello.

Sus trazos se replicaron en la portada de la primera edición de libros como *Escrito está* (1962), de Dora Castellanos, *Cola de zorro* (1970), de Fanny Buitrago, *Zoro* (1977), de Jairo Aníbal Niño,



y *La casa de las dos palmas* (1988), de Manuel Mejía Vallejo. Las imágenes creadas por Grau son la voz contundente de cada una de estas obras, de las que no podemos desvincularlas. Son, como los gemelos, dos elementos esenciales de un todo indisoluble.

### La biblioteca y sus fantasmas

Una biblioteca es la materialización de nuestras ideas y deseos, de lo que sentimos y lo que vislumbramos. Media cuadra abajo de la carrera séptima, sobre la calle 94, una casa amarilla se abre paso detrás de la escultura de un pájaro negro. Como el ave mística de Picasso, la paloma, y la de Obregón, el cóndor, la Mariamulata cartagenera se yergue para dar la bienvenida a los visitantes a la residencia en la que pasó los últimos años de su vida Enrique Grau. Al entrar nos encontramos con varias Ritas vigilantes de su herencia, y en su sala, y entre sus esculturas, una pequeña entrada abre paso a una fortuna.

En un cuarto no muy grande, una pequeña escultura de los *Lanceros del pantano de Vargas* custodia alrededor de 1500 libros que se convierten en un mapa de lo que leyó el maestro. Al recorrer las estanterías de su biblioteca, alojada en el Museo Casa Grau, alcanzamos a entender el orden temático que guardaba celosamente: en el costado izquierdo, el cine; en el centro, la pintura; al lado derecho, la literatura; al final, los libros de historia. Comprender ese espacio es acercarse a la mente del maestro, a sus pasiones e inquietudes, a lo que lo hacía feliz, le suscitaba preguntas o le daba ideas. Abundan las ediciones estadounidenses de libros sobre cine: Marlon Brando, Marilyn Monroe, Vivien Leigh, Mae West, María Félix y Bette Davis nos descubren su deleite por las grandes figuras de la filmografía. Del arte europeo sobresalen, entre muchas, las biografías de Gauguin, Goya, Picasso, Brueghel, Lautrec, Van Dyck y El Bosco. No menos ejemplares son los títulos referentes a la tragedia griega (Esquilo, Sófocles), el erotismo griego y romano en la escultura, la Acrópolis, el arte helénico, la orfebrería y el arte prehispánicos, Rufino Tamayo, Diego Rivera y el arte latinoamericano antiguo.

Sobre las repisas de altos anaqueles reposan, además, libros tan variados como estudios sobre ópera, Beethoven y Verdi, Simón Bolívar, las formas del arte en la naturaleza, las aves, las mariposas y los gatos, la *Enciclopedia Cuervo*, el mundo de los juguetes, la historia de Cartagena de Indias e incontables estudios estéticos. Tan amplia fue su producción artística como diversos eran sus intereses.

Sin embargo, lo que resulta más llamativo son los libros que le fueron regalados, pues en ellos se revelan algunos visos de su relación con destacados autores colombianos. Las dedicatorias depositadas en las primeras páginas son radiografía y relato histórico de una generación de artistas que se nutrieron mutuamente, y nos permiten reconocer, e incluso participar, en un periodo crucial de la vida cultural del país.

El fundador de *Mito*, Jorge Gaitán Durán, le agradeció así: “A Enrique Grau Araujo, este ejemplar de *Presencia del hombre* como homenaje a su obra pictórica, y como testimonio de amistad”. El poeta nortesantandereano Eduardo Cote Lamus le obsequió *Estoraques* (1963) con esta dedicatoria: “A Grau, guau, guau. Fraternalmente y amén”. Las *Muestras del diablo* de Pedro Gómez Valderrama (1958) le llegaron así: “A Enrique Grau, en testimonio de admiración al gran pintor y de amistad”. Como reconocimiento por la puesta en escena de su obra *La doncella de agua* (1948), Jorge Rojas, fundador del piedracielismo, le escribió: “Para el gran pintor que puede recrear mi doncella para el público. Con admiración”.

La novelista Fanny Buitrago, admiradora de su trabajo, y a quien le pidió diseñar algunas de sus portadas, le dedicó *Cartas del palomar* (1988): “Para Enrique Grau, con quien recordamos, una vez, el cuento del pescadito, con mucho amor ♥”. El historiador con quien compartía el placer de la pintura, Arturo Alape, le escribió fervorosas palabras en *Un día de septiembre: Testimonios del paro cívico* (1977): “Para Enrique Grau, con la amistad del autor y la admiración por su trabajo pictórico”. También le dejaron su sello el pintor Ignacio Gómez Jaramillo, la artista Teresa Cuervo Borda y el poeta venezolano Juan Sánchez Peláez.

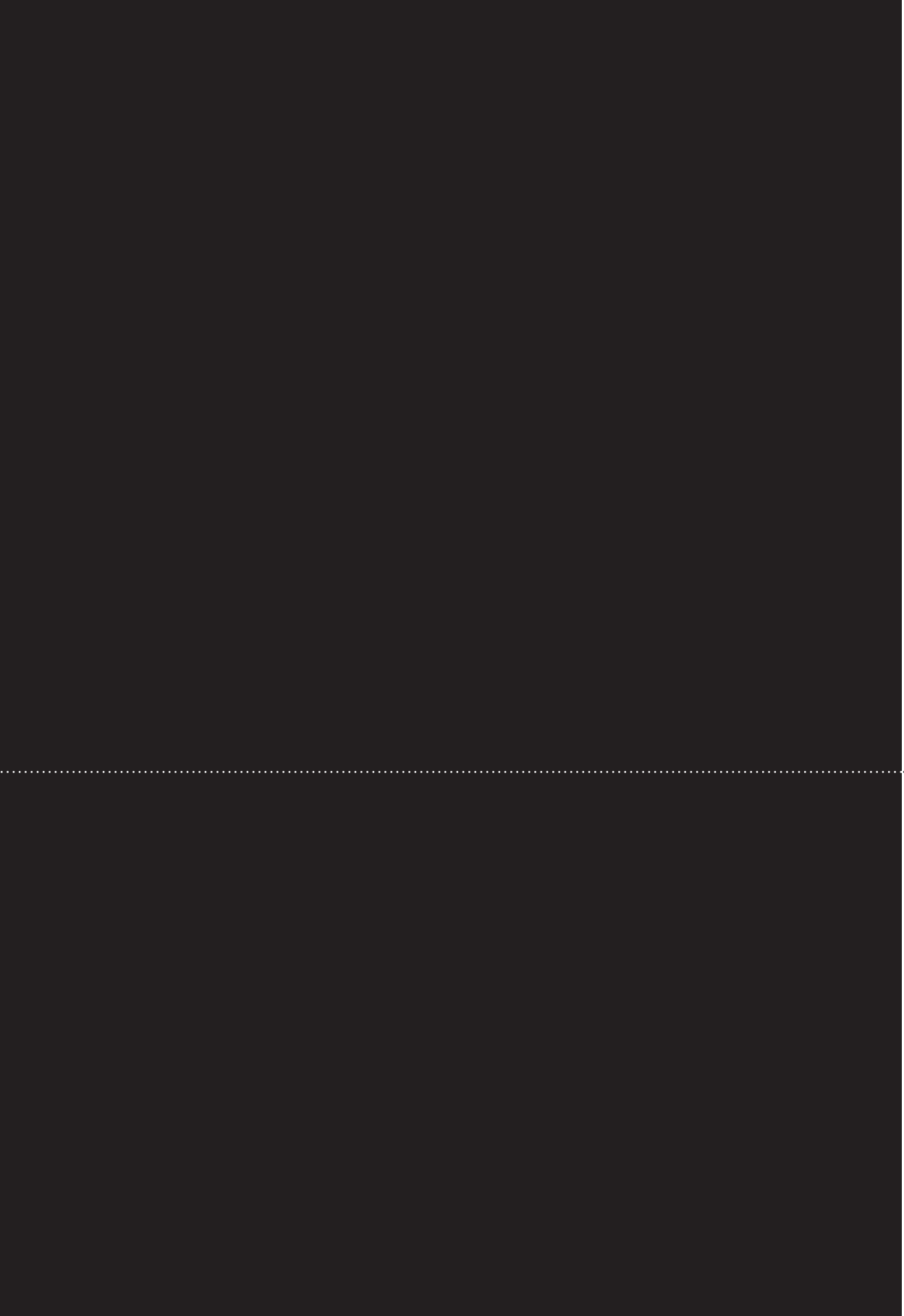
Cada vez que terminaba de leer un libro, se apropiaba de él, dejando su firma como una huella definitiva de su presencia en la literatura. Esa firma iba cambiando con el tiempo, como lo hacía su pintura. Las personas cercanas a Grau lo recuerdan como un gran lector, que dedicaba largos ratos de su día a los libros, sentado en su alcoba, al lado de una mesita que tenía en el *hall* y en su biblioteca. Cuando ya no veía muy bien, siempre había quien le leía en voz alta: el hábito no podía perderse.

En sus últimos años, cada vez que abría un libro, recordaba a su abuela materna, Concepción Jiménez, una especie de promotora cultural de su época: hacía dirección de teatro, fotografía, pintura, escultura y escribía cuentos. El arte era la atmósfera reinante en la casona de su infancia, y él pasó toda su vida tratando de recuperar esos recuerdos a través de los libros. Entre Porfirio Barba Jacob y Pablo Neruda, Sor Juana Inés de la Cruz, César Vallejo y Octavio Paz, la literatura imprimió un sello seco que dio forma y fuerza a su obra artística, hasta el final, cuando la soledad y la muerte nos dejaron sus fantasmas.

---

## Bibliografía

- Jurado Valencia, F. (comp.). (2002). *México en la poesía colombiana. Posadas*. Bogotá: Universidad Nacional Autónoma de México y Universidad Nacional de Colombia.
- Maya, C. (2006). *Jorge Rojas y la generación de Piedra y Cielo*. Tunja: Academia Boyacense de Historia.
- Queiroz, F. (2013). *El reino que estaba para mí. Conversaciones con Álvaro Mutis*. Bogotá: Random House Mondadori.



# Último adiós

Juan Carlos  
Castillo Barrios

**Red de Talleres Locales de  
Escritura 2019  
Localidad de Teusaquillo**

## Sobre el autor

Nació en Bogotá en 1967. Estudió Música en Goldsmiths University of London y es magíster en Estudios Artísticos por la Facultad de Artes ASAB de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Ha tenido un activo desempeño como fundador, director y arreglista de la Big Band de la ASAB. En esta facultad también tiene a cargo la dirección de ensambles e instrumentos eléctricos y ha sido docente. Su tesis de maestría, titulada *Transformación del río Arzobispo en cinco relatos y creación sonora*, fue laureada. En esta, el río es el personaje principal que cuenta sus desgracias y las de otros desgraciados.

Siempre paso frente al granero que tenía papá, en el trayecto que hay entre el colegio y la casa. Voy con mi hermana por la avenida Jiménez, y justo cuando pasamos frente a la plaza de San Victorino, veo el granero. Valentín debería estar ahí esperándonos, rodeado de bultos de habas, maíz, fríjol y garbanzo, con un lápiz en la oreja, silbando algún tango. Estaría pesando los granos en la báscula de aguja de reloj y sirviéndolos en costales más pequeños, o tal vez entregando paquetes de grano a los compradores. Apenas cruzáramos la puerta, nos saludaría con su sonrisa, su abrazo y nos compraría caramelos. Yo sumergiría poco a poco los brazos en algún bulto de fríjol o lenteja sintiendo las cosquillas, mientras se me derrite el caramelo en la boca. Y mi hermana María jugaría con Vigilante, el gato negro que no deja acercar ningún ratón al granero. Hace un año que papá Valentín murió. Ahora, cuando pasamos por enfrente, vemos desde lejos personas entrar y salir con bultos, paquetes y canastos. Mi hermana también calla. Mantiene el silencio por varias calles. Debe pensar algo parecido a lo que pasa por mi cabeza, aunque nunca lo hablamos, hasta que empiezo a cantar, y mi hermana me sigue en coro.

*Caminito que el tiempo ha borrado,  
que juntos un día nos viste pasar,  
he venido por última vez,  
he venido a contarte mi mal...*

Desde que él murió, mamá empezó a hacer dulces de leche y cocadas en la cocina de la casa para mantenernos. Las vende en tiendas y mercados. Ya no tenemos caramelos: tenemos todas las panelitas del mundo que queramos. Me gusta ver cuando mamá riega el melado dulce de la paila de cobre en el recipiente de madera. Espera un rato a que se seque, luego lo parte en pedacitos; de ahí salen las panelitas; mamá nos da unas cuantas, yo me las como todas el mismo día y mi hermana las reparte para que le duren varios días. También cuando sale el arequipe, mi parte se acaba el mismo día.

Mi hermana lo guarda para varios días; no solo ahorra los dulces: también lo hace con monedas, que guarda en una marrana.

Apenas entramos al callejón camino a casa, vemos a mamá en la puerta con su chal enrollado al cuerpo encima de su vestido negro y tres canastos vacíos a sus pies. Entramos de prisa a dejar los cuadernos y salimos caminando detrás de ella. Sale por la avenida Jiménez rumbo a la carrera 30. Mamá y mi hermana mayor caminan más rápido y yo tengo que hacer un pequeño trote para alcanzarlas, vuelvo y me quedo unos pasos atrás, pero vuelvo y las alcanzo.

A medida que avanzamos empieza a aparecer un olor cada vez más fuerte, un vaho de sangre revuelta con grasa. Entonces sé que vamos camino al Matadero Municipal, y no a comprar coco, canela y otros implementos para las cocadas. A unas pocas calles ya puedo ver la gran torre, una chimenea humeante de ladrillo gigante que está dentro del matadero. Mamá a veces dice que ahí queman los cascotes, cuernos y otras cosas que sobran de los animales. El olor algunos días llega a asomarse por la estación del ferrocarril y por la calle en la que vivimos, pero no alcanza a entrar a casa si se le cierran las ventanas. Mamá nos pide que la esperemos en la puerta. Justo ahí el aire es más pesado. Me pregunto cómo sería el Matadero Municipal cuando quedaba cerca al granero de papá. Él decía que generaba muchas epidemias, y que por eso era mejor que lo hubieran pasado a la Aduanilla de Paiba. Cuando le pregunté qué era la Aduanilla de Paiba, me contó que una cosa era aduanilla y otra cosa era Paiba. Aduanilla: el sitio donde pagaban los impuestos por la mercancía que llegaba de los lados de Honda y entraban a Bogotá. Y Paiba realmente era *Paisba*, sino que, como no lo pronunciaban bien, se había quedado Paiba. Un señor de Bélgica que fue dueño de estas tierras de la aduanilla, y que ahora es el matadero, tuvo un letrero puesto que decía: Paisba, por los Países Bajos.

El olor sigue espeso. Se me olvida cuando veo un aviso pegado en el muro del matadero que anuncia el concierto de Gardel que ocurrió ayer. Tiene su foto y dice: “Gardel se despide de Bogotá, y ofrece hoy domingo, hoy, su función de despedida en el Teatro Real. Vespertina a las 6 p. m. Luneta 0.75 más los impuestos”. Mientras

estoy concentrada en el letrero, me imagino sentada en primera fila viendo el concierto. De pronto mi hermana me grita: ¡Cuidado, Elena! Y tengo que correrme para que no me atropellen unos marranos que se acercan a la puerta del matadero. Los animales pasan a mi lado mirando el piso. Un señor con una pierna mas larga que la otra y con un palo en la mano viene detrás gritándoles: “Juui, juuii”, al ritmo que sube y baja la pierna más corta. Cuando el señor va a entrar, le toca atajar los marranos para que pase una carretilla jalada por un burro que sale en ese momento. Lleva unos baldes de lata con vísceras y órganos de animales dentro. El conductor le grita al burro: “¡Arree!” , mientras le pega con un rejo. Los marranos levantan la cabeza y miran al burro, pero el burro los ignora por completo. Me pregunto si los chanchos le querían pedir información de lo que pasa allá dentro. Yo le pregunto a mi hermana: ¿Qué es todo lo que llevan en esos baldes? Mi hermana dice: Es para hacer morcilla, chunchullo, fritanga, bofe y buche. Le pregunto qué es bofe y me hace cosquillas en las costillas y dice: algo que queda por acá, cerca del buche. Y las dos nos reímos.

Se va la carretilla del bofe y al momento entra un camión de estacas a punto de estallar. Va lleno de vacas que creo que van a salir volando y van a coger el tranvía para regresar a su casa. Una de ellas con manchas café y con un cuerno puntudo y otro desportillado, nos mira. Nos dice *Muuuu*, y mi hermana le contesta adiós con la mano. El camión entra y la vaca nos sigue con la mirada hasta que se pierde al fondo del matadero.

Mamá sale con dos canastos cargados: uno para María y otro para mí. Me da el que está cubierto con una tela. Iniciamos el recorrido de vuelta por la avenida Jiménez, con una corriente de viento helado en contra que sopla desde el cerro. Mamá y mi hermana caminan rápido; me cuesta trabajo mantenerles el paso: voy siempre dos pasos atrás cargando el canasto que se mueve solo y dice *cocorocó*. Trato de alcanzarlas, pero el canasto se mece de lado a lado. De repente se asoma una cabeza de gallina de la tela y le digo: “¡Para adentro, para adentro!” , sin que me haga caso. La cabeza explora como loca en todas las direcciones, mira los cerros de Bogotá, mira



la Virgen de Guadalupe, mira al cerro de Monserrate, mira la avenida Jiménez, mira las casas y negocios de la avenida, hasta que se calma mirando el tranvía pasar. Luego me voltea a mirar sin decir ni pío. Una vez se pierde el tranvía, vuelve y se enloquece el animal, el canasto se mueve como un barco que va a naufragar, yo lo muevo haciendo equilibrio para que el tripulante no caiga, le meto la cabeza con la mano y me pega un picotazo. Mamá y mi hermana me cogen como cuatro pasos, cinco, seis, el canasto pesa. Mamá se voltea y con voz fuerte dice: “¡Apúrele, no se me distraiga!”. Siete, ocho, diez pasos. Caigo en cuenta de que estamos a menos de un mes del día de la Virgen del Carmen. Tengo que cuidar mucho el animal para que no se vaya a fugar del canasto. Ese día es el cumpleaños de mamá. El animal que me pica, pero vuelve y se calma observando otro tranvía pasar. Once pasos, trece, quince...

Después del regaño por la tardanza, pongo al ave en el patio y la bautizo: “Tranvía, te vas a quedar acá hasta el día del Carmen”. Y le traigo maíz, pedacitos de coco y un puñado de pelos de mazorca que voy moldeando en forma de nido, por si quiere poner huevos.

Mi hermano entra a nuestro cuarto con las manos atrás escondiendo algo, y nos dice con burla: “Hooooo, les traigo una sorpresa...”. Mi hermana le dice: “Ay no, ay no. No, Eduardo, ¿otra vez con esas? ¡No! ¡Fuera!”. Eduardo saca un frasco con algo que se mueve dentro y nos corretea. Yo apenas veo unas patas de rana pegadas al vidrio y algo más que no alcanzo a ver y salgo con mi hermana del cuarto. “Le voy a decir a mi mamá, sí, esta vez sí, se lo voy decir”. Entonces Eduardo dice: “Les propongo un cambio: me llevo a Pepa y a Fina, pero les dejo estos amigos para que jueguen”. Mi hermana se acerca al cuarto para detenerlo y él se asoma estirando los dos brazos; en una mano tiene un sapo pataleando y en la otra una culebrilla retorciéndose. Mi hermana grita y él se ríe. Vuelve a entrar, descarga los animales, pero sale con Pepa y Fina al patio y dice: “A volaaaaaar”, y bota nuestras muñecas de trapo al techo de la casa. “¡Le voy a decir a mi mamá!”, decimos en coro. Y no somos capaces de volver al cuarto.

Mi hermano siempre trae sapos y culebras de los potreros, a veces perritos huérfanos que baña, peina, alimenta, para luego vender. Él se la pasa en la calle, llega con barro de pies a cabeza. Nosotras sí tenemos que estar siempre en casa, juiciositas y pulcras, como dice mamá. Cuando mamá le pega a Eduardo con el ramal, parece que no le duele; en cambio, a nosotras sí nos duele y a veces lloramos. Ahora que caigo en cuenta, no hemos vuelto a jugar con Pepa y Fina. Creo que ya estamos grandes, pero bueno, todavía nos acompañan a dormir. Yo ahora juego con la radio. Apenas suena una canción de Gardel escribo lo que alcance de la letra en un cuaderno, o lo que recuerde, hasta que suene de nuevo y así voy completando toda la canción, y haciendo un cancionero. María mientras tanto hace mapas para las tareas de compañeras en el colegio, lo que le pagan se va directo a la marrana.

Vamos al rescate de Pepa y Fina. María trae la escalera de madera; como es la mayor y más arriesgada, siempre va adelante. Se la ayudo a colocar y sube el primer peldaño. Cada vez que pone un pie en el peldaño siguiente, la escalera cruje. Cierro los ojos y agarro bien duro los maderos verticales escuchando cada paso en los peldaños. Dejo de sentir los pasos y siento que María ya llegó al techo. Me quedo con la cabeza mirando hacia arriba sin verla y después de unos minutos la llamo: María, María... De repente se asoman Pepa y Fina moviéndose, y alguna, no se sabe cuál, dice con voz chillona: “Hola, Elenita, ¡sube! ¿Sabes qué se ve desde acá? Se ve la chimenea gigante y un avión aterrizando en el aeródromo. También se ven los trenes de la estación. Sube, Elenita, sube”.

Mi hermana se asoma en medio de las dos muñecas y me dice insistente que suba. Subo los tres primeros peldaños, que crujen. En el cuarto me detengo a tomar aire y miro al suelo. Aún estoy más cerca del piso que del techo. Sigo subiendo y cuando me voy a devolver ya no puedo: si me devuelvo, me mato. Quedo paralizada en el penúltimo peldaño, o me quiero mover, pero mi hermana con Pepa y Fina me dan ánimos mientras yo rezo.

Llego al techo. Se ve todo y es hermoso. Me siento grande. El cielo se vuelve anaranjado y el sol se va escondiendo cuando pasa

un avión a lo lejos descendiendo hacia el aeródromo de Techo, y le digo a mi hermana: ese es el avión que viene a recoger a Gardel, y empiezo a cantar:

*Era para mí la vida entera,  
Como un sol de primavera,  
Mi esperanza y mi pasión.  
Sabía que en el mundo no cabía  
Toda la humilde alegría de mi pobre corazón.*

*Ahora, cuesta abajo en mi rodada,  
Las ilusiones pasadas  
Ya no las puedo arrancar.  
Sueño con el pasado que añoro,  
El tiempo viejo que lloro  
Y que nunca volverá.*

Cuando oscurece, sabemos que es hora de bajar. Mi hermana coge a Pepa y yo a Fina. Me asomo con vértigo y no veo la escalera: solo a Tranvía miniatura que nos mira desde abajo. Mi hermano ha escondido la escalera. Nos queda esperar que vuelva mamá de hacer sus vueltas, nos baje y nos dé reajo a los tres.

Al otro día escucho entre sueños el *cocorocó* de Tranvía. Aún está oscuro. Me levanto rápido y veo que María sigue dormida. La muevo para que despierte. Más se sumerge entre la cama. Le canto otra de nuestras canciones favoritas que pasan frecuente por la Voz de la Víctor:

*Yo adivino el parpadeo  
De las luces que a lo lejos  
Van marcando mi retorno.  
Son las mismas que alumbraron  
Con sus pálidos reflejos  
Hondas horas de dolor.*

Voy subiendo el volumen a la melodía, y como si hubiera caído en cuenta de algo, se asoma rápido de las cobijas su carita de muñeca sonriente con el cabello despelucado. Le termino de cantar toda la canción mientras ella me mira, luego aplaude y dice: “Otra, otra...”.

Me arreglo rápido y paso a la cocina. Mamá tiene una paila de cobre inmensa sobre la estufa y le está echando panela, agua de coco, coco rayado, leche, azúcar, canela, y empieza a revolver con un cucharón de madera grande que me da para que lo mueva en círculos, mientras ella va por más carbón para echar a la estufa. El melado forma un espejo en el que el que me miro y donde hago dibujos con el cucharón. Cuando llega mamá, sigo el movimiento circular perfecto que ella me indicó. Paso a moler el maíz para las arepas, y mi hermana pone a hervir la leche para la changua. Nos sentamos a tomar el desayuno mientras mamá rompe cocos. De un solo golpe de machete los quiebra en dos pedazos, al tiempo que nos da las instrucciones y advertencias de cada mañana: “Cuidadito con ponerse de andonas, cuidadito, y no se me distraigan por ahí... cuidadito... cuidadito...”.

Con los cuadernos en la mano, y antes de salir al colegio, miro en la pared de la sala el cuadro del Sagrado Corazón de Jesús. El Sagrado me mira y me da miedo. Su corazón bota luces en todas las direcciones y echa fuego; está envuelto en una corona de espinas que le hace sangrar. No sé por qué el corazón le queda en la boca del estómago, si en el colegio nos enseñaron que está al lado izquierdo. Además, pongo el oído en el corazón de mi hermana y confirmo que está en ese lado. Me acuerdo que el Sagrado sabe todo lo que hago y todo lo que pienso, pero me doy la bendición y se me quita el miedo.

Cuando volteo, veo en la otra pared el cuadro de las almas del purgatorio. Cierro rápido los ojos para no verlas. Las almas están envueltas en fuego y levantan los brazos para que alguien las saque de ahí; están pagando por sus penas; debieron de haber hecho algo malo. ¿Será que no le hicieron caso a la mamá, o a las monjas del colegio? Dicen que después de pagar por sus pecados, subirán al cielo, pero desde que me acuerdo siempre han estado ahí. En fin... tengo que portarme bien para nunca irme al purgatorio y que me

metan desnuda entre la candela; tampoco quiero que las almas me vayan a jalar los pies por la noche mientras duermo.

Espero a mi hermana en la puerta para salir de casa. Veo la mata de sábila que cuelga del techo con sus puntas filudas que me apuntan. Ahora tiene un habitante: una araña grande que trabaja hilando su casa. Me paro debajo mirando. ¿Cuál será la suerte de la sábila colgada en las puertas de las casas? El animalito deja de tejer y me pone cuidado: “Arañita, no pude ir a ver a Gardel al teatro Real, tampoco me puedo quedar a escucharlo en directo por la Voz de la Víctor, mucho menos pensar en ir esta tarde al aeropuerto de Techo para despedirlo. ¿Donde está la suerte de esa mata?”.

Al llegar al colegio, nos paramos junto a la puerta y María me dice en secreto que esperemos a que terminen de entrar todas las niñas. Tengo nervios, quiero entrar rápido al colegio, pero finalmente no lo hacemos; antes de que cierren la puerta, escapamos con disimulo. Me da miedo: nunca lo he hecho, pero voy con mi hermana mayor, que siempre es segura y sabe lo que hace. Nos paramos frente al hotel Granada a esperar, pero es muy temprano. Tenemos más de tres horas antes de nuestra cita y decidimos caminar hacia la estación del ferrocarril, a unos veinte minutos del hotel.

Entramos a la plataforma de la estación. Siempre me emociona cuando se va acercando el tren que silba y hace un gran estruendo. Me gusta ver a la gente bajar. Algunos llegan de ruana y otros de sombrero con un vestido elegante. Me gusta cuando se bajan con sus maletas, canastos, paquetes y baúles para abrazar a familiares o amigos que los esperan. También me emociona cuando el tren parte y se va volviendo cada vez más pequeño, hasta que deja de escucharse. Cuando sea grande cogeré el tren que va a Duitama, pero me bajaré de estación en estación conociendo todos los pueblos.

Todo el tren se desocupa, con excepción de un señor que se ha quedado dormido babeando contra la ventana. Se sube una señora con dos niños de unos tres y cinco años, y al momento bajan con él. El señor tiene un vestido de paño, corbata y sombrero. Huele a alcohol. La señora tiene un vestido marrón muy elegante y baja del tren con un bebé envuelto en tela, al tiempo que el señor jala

un baúl pesado con un brazo y con el otro carga un amarradizo de papeles y revistas. La señora trata de ayudarlo a jalar el baúl con la mano libre y en el intento la tela que cubre al bebé se cae. No es un bebé. Es una Virgen del tamaño de un bebé cargando al Divino Niño. Mi hermana me dice que el tren viene de Chiquinquirá. La señora nos mira, y antes de que diga cualquier cosa, mi hermana está ayudando a empujar el baúl y yo llevando a la Virgen y el Niño en brazos, mientras la señora toma de la mano a los dos niños. El más pequeño llora.

Cuando cargo a la Virgen con Niño, me pregunto si la mamá del Niño recibió la bendición en la iglesia de Chiquinquirá. Entonces siento una enorme responsabilidad; no puedo dejar que nada le pase, que se moje, que se ensucie y menos al Niño. Camino con cuidado las seis calles que nos separan del destino de la familia. Voy como si estuviera caminando por una cuerda floja.

En el momento que cruzo la puerta de la casa se me golpea la Virgen con el borde y siento como si el golpe hubiera sido para mí. No reviso qué le pasó; tal vez nada. Fue solo un golpecito, tampoco le digo a nadie y pongo Virgen y Niño cubiertos por la tela en un altar que tenían preparado a la entrada de la casa. La señora prepara chocolate con queso para todos y le hacemos juegos al niño más pequeño mientras lo tomamos. Veo que en el amarradizo de papeles y revistas que traía el señor, hay encima una página que me interesa; la parte superior anuncia una corrida de toros y en la parte inferior dice: “Espectáculos, Salón Olimpia, Teatro Real, Teatro Nariño”. Y en letra pequeña que no alcanzo a ver, lo que pasa en cada teatro. La señora se da cuenta de que miro con detenimiento la página y me dice: “¿También te gustan los toros?”. No le cuento que son los toros; ella saca la página, me la entrega y la guardo.

Cuando salimos a la calle veo un dedo en el piso, me lo guardo en el bolsillo del saco y no le cuento a mi hermana; mucho menos me devuelvo a decirle a la familia. Camino a nuestra cita, meto la mano en el bolsillo y toco el dedo. Me doy cuenta de que es el pulgar del Divino Niño y me pregunto si voy a ser castigada por romperlo, si la familia me buscará por toda la ciudad y por la estación del

ferrocarril, si tengo que devolverme con el dedo, si el dedo está bendito como toda la Virgen de Chiquinquirá, si mañana lo devuelvo, si será pecado. Y así me voy preguntando y preguntando hasta que llegamos a la puerta del hotel Granada, donde se me olvida el dedo.

Más tarde empiezan a llegar más y más personas, en su mayoría mujeres que se van amontonando detrás de nosotras. Se escuchan murmullos y conversaciones que hablan de él, de los últimos conciertos durante la semana en los teatros Real y Olimpia; también de su intervención por la mañana en la emisora Voz de la Víctor mientras estábamos en la estación. Esperamos impacientes hasta que finalmente sale por la puerta. Con su sombrero terciado y una sonrisa gigante que saluda a la multitud; lleva al cuello una bufanda oscura de pepitas blancas, igual a la corbata, y un saco y chaleco de paño pegados al cuerpo. El portero del edificio, un policía, otros dos señores, se paran firmes un escalón abajo y no permiten que nadie se le acerque mientras él levanta el brazo a la multitud. Como somos las primeras en la fila, nos pisan. Gardel hace un adiós con la mano y se escuchan gritos. De repente empieza a cantar a capela:

*Adiós, muchachos, compañeros de mi vida,  
Barra querida de aquellos tiempos.  
Me toca a mí hoy emprender la retirada  
Debo alejarme de mi buena muchachada.*

Y la gritería aumenta. Yo me meto entre el portero y uno de los señores que lo escoltan sin que se den cuenta y logro llegar hasta él. No lo puedo creer, estoy justo frente a Gardel; en primera fila viéndolo cantar, siento que la respiración se me agita. Cuando termina de cantar mira hacia abajo y con un movimiento delicado me toca la cabeza y sonrío, no sé qué decirle, abro la boca para decir algo y no le digo nada, creo que me voy a desmayar. Gardel se quita la bufanda de pepas blancas y suavemente me la enrolla en el cuello, y dice: “para ti”.

De repente todo se vuelve un caos: varias mujeres pasan al portero y a los dos señores que lo cuidan, pero no van por Gardel: vienen

por la bufanda que tengo enrollada; unas niñas jalan de un lado, y otra del otro. Intento quitármela para poder respirar y no puedo; me salen lágrimas y de repente dejo de escuchar la algarabía, empiezo a ver gris, luego negro, y pienso en papá, mamá. ¿Dónde está María? Alcanzo a pensar que Dios me castigó por faltar al colegio, y que me van a mandar a calentar en fuego con las almas del purgatorio y a levantar los brazos por años sin que nadie me rescate.

Cuando vuelvo en mí, mi hermana me está ayudando a levantar, y tengo el pulgar del sagrado niño apretado en mi mano. Gardel ya no está, tampoco la bufanda, y me falta el zapato del pie derecho. Lo busco en los alrededores del hotel y no lo encuentro. Mamá se va a poner furiosa, por mucho menos hemos pasado por el ramal de tres tiras de cuero con nudos en las puntas.

Duramos varias horas por el centro después de que Gardel partió. Cuando llegamos a la cuadra voy cojeando y nos encontramos al Mono, un vecino amigo de mi hermano que está jugando trompo con otros chicos de la cuadra. El Mono con el trompo dándole vueltas en la mano les dice a sus amigos: “Miren: ¡le falta un zapato! ¡No hay derecho!”. Todos ríen; nosotras, no.

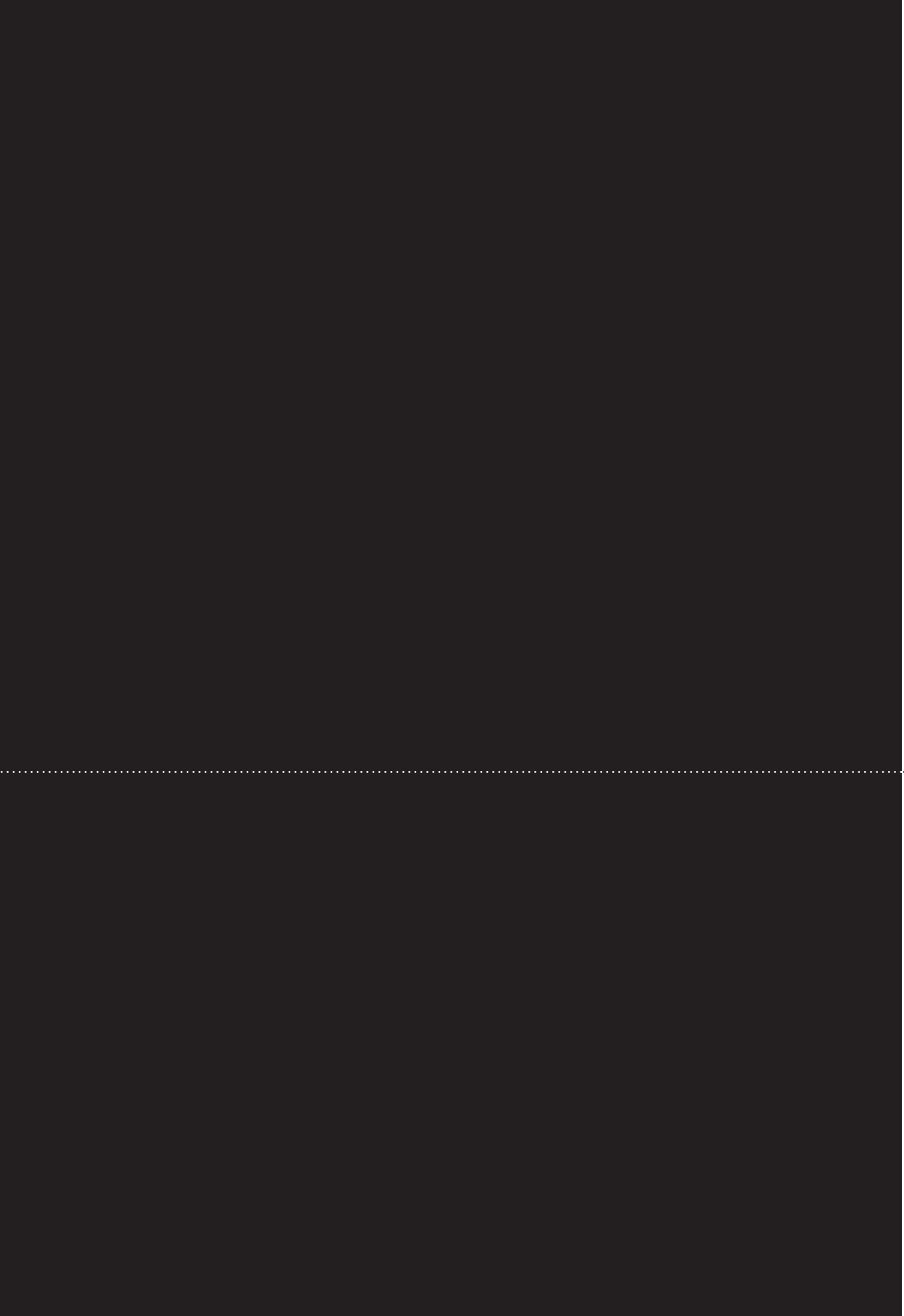
Mi hermana me defiende y haciéndoles muecas les cuenta nuestra hazaña: esta mañana saludamos a Gardel en el hotel Granada. En ese momento el trompo deja de girar en la palma del Mono y nos dice: “¿No saben? Se mató en el avión cuando hacía escala en Medellín para ir a Cali. Lo escuché hace unos minutos en la Voz de la Víctor”.

Tenía que ser otro mal chiste del Mono. Sin embargo, me pongo a sintonizar la emisora. Apenas mamá escucha el zumbido de la rueda del radio buscando emisoras, sale de la cocina: “Con que faltaron a clase, ¿no? Ya lo sé todo. Apaguen eso. Quedan castigadas”. Y se dirige al cuarto por el ramal de tres puntas de cuero. La primera es mi hermana, pero al verme sin zapato observa los pies como preguntándome. Solo le digo: “Sí, mamá, no hay derecho”, y recibo el primer rejazo mientras el Sagrado Corazón, más sangrante y luminoso que nunca, mira la reprimenda.



En la segunda parte del castigo y sin poder prender el radio, nos sentamos a desgranar un bulto de mazorca junto a Tranvía, que nos acompaña contenta. En silencio arrancamos con los pulgares los granos de mazorca pensando en lo que había dicho el Mono. Los granos van a un recipiente y las cáscaras y las tuzas al otro. De repente, varios radios del vecindario empiezan a sonar a un volumen muy alto, y la noticia que emite la Voz de la Víctor brinca hasta nuestro patio.

Sobreviví; Gardel, no.



# Flor de loto

Huver Camacho  
González

**Red de Talleres Locales de  
Escritura 2019  
Virtual**

## Sobre el autor

He sido testigo de vida y muerte. Pesco ideas, historias y libros para nutrir mi utopía. La fuente está en donde mis pies reposen. Hoy también atrapé, en una fotografía, un arco iris; entonces pensé: soy afortunado.

*Si contemplas las aguas  
Al alba, oirás  
Floreecer al loto  
Kyokusai*

Escuchamos tres golpes, y nos asomamos por las ventanas con ojos felinos. La mujer sombría apareció. La invitamos a pasar. Traía la pañoleta estampada de flores rojas y blancas que cubría su cabeza. La miramos e intentamos ser amables, era lo mínimo, ofrecerle un poco de esperanza, el deber ser en estos casos. Le sonreímos a migajas. Ella nos correspondió, cansada, un tanto arrugada, y a ratos ausente por la carga de esa pena que, sospechamos, se adhería en su espalda como una costra, concebida por lo que pudo ser y no fue.

Nos anunció que recién llegaba de la provincia y que venía a traernos lo que alguna vez nos prometió. Viajó por unos papeles. Tanto trámite, tanto mendigar respuestas, le seguían adelgazando las manos. Era una bobadita, nos decía. Esto por gratitud a lo que estábamos haciendo; que el mercadito mensual, la ropita y el dinero que le ayudaban al sostén familiar. Abrió una bolsa, y en su interior, en papel aluminio, una corvina azul. Nos señaló que era la mejor, la más grande sacada del río. Era fácil de preparar; cebolla, ajo, sal y color. En poquita agua, a fuego lento.

Ella continuaba en tratamiento; que la quimioterapia la mataba en vida, que las noches pasadas por desazones, que los dolores. Sus pupilas áridas y la fe extraviada en el tiempo la venían encorvando. Al instante le expresamos: “Esto también pasará, no se preocupe”. Logramos enterarnos del acontecimiento en una tarde de abril, las puertas enmarcadas por la vecindad que oteaba calle abajo. La vimos ahí, hincada en el suelo gimiendo de rabia, y aquellas lágrimas que se desgranaban bajo la lluvia: ¡Ay, vecinos me mataron a mi negrito, me lo mataron! Mientras las mujeres intentaban arroparla con sus brazos cálidos y solidarios, para momentos aciagos, los ojos de los hombres esgrimían algunos cuestionamientos socarrones, así que la pusimos de pie; “Tranquila, vecina, venga”, le decíamos, y con discreción la llevamos a su vivienda.

Supimos del pasado, que la vecina y su media familia llegaron a la capital de madrugada, junto a sus cajas de cartón amarradas con cabuya. En silencio, para no despertar a nadie, esquivando el terror y la pobreza. Al padre, al esposo, al líder, se lo engulleron primero los violentos de un zarpazo, y escupieron sus huesos en un matorral, en el río, con un aviso dibujado en la espalda: “Por sapo”.

La mujer cabeza de hogar no tuvo más opción que lucharle al día. Nos ayudaba lavando las ropas y limpiando nuestras casas, mientras su negrito transitaba por la adolescencia. Aquel primer hijo, al que tanto cariño le invertía, lo veíamos divagar por entre los jardines de la cuadra, haciendo mandados, paseando gatos y perros. Crecía en tierra fértil. Alejado de la inclemencia del pasado. Todo fue costumbre, tan normal que apostábamos; “estos van a salir adelante”, sentenciamos y nos alegramos cuando el joven logró ingresar a la universidad con una beca para estudiar medicina.

Su tez de ébano, el oro resplandeciente del Cristo protector colgando en su cuello de una cuerda labrada, herencia de su padre, la sonrisa de marfil, sus ojos acentuados. Portaba con orgullo los atuendos africanos que copiaba de las revistas y se hacía confeccionar. Esa alegría a flor de piel le daba un aire de mundo. La casa prestada, pronto empezarán a pagarla, como propia, con los ahorros que vendrían de ingresos derivados del trabajo de todos.

Disciplinado en el avance de sus estudios, empeñado en la sanidad del prójimo, y en sus prácticas domésticas. Le decíamos: “Doctor, ¿qué nos pasa?”, y de inmediato nos tomaba la presión, examinaba el pulso y nos bajaba la fiebre. Elogiábamos su don, sus bríos. La familia reconocía el esfuerzo: era el único, de todos, capaz de realizar una profesión digna. Tantas ganas y por fin la fortuna se asomaba por entre las rendijas de los anhelos.

El día de su grado, mientras se troceaba el ponqué y se descorchaba el preciado *champagne*, el nuevo médico se descorrió la camisa y nos enseñó la flor de loto tallada en el pecho. “No tire la plata, mijo, hace falta”, le decía su mamá. Él la convenció —siempre

lo conseguía—. Le contó lo que significaba el tatuaje. Ella lo aprobó, y a cambio se ganó un beso de su negro; además, invocó otro propósito: se especializaría en pediatría.

Convino en viajar al pueblo para saldar la deuda con el benefactor y comenzar a ejercer la medicina, atendiendo a sus paisanos. Le dijimos que tuviera cuidado; “Pero es allá donde me necesitan. Será por un año, nada más”, y alzó el vuelo. Retornó a sus raíces. Se instaló en el agobiante hospital del municipio que lo vio nacer, en el que los infantes sueñan con ser maestros o doctores cuando sean grandes, traer saberes, aliviar los males de la comuna y, de paso, liberar los fantasmas acumulados a las puertas del cementerio.

Al mes de su residencia fue sorprendido por sus amigos de infancia. Ese día celebraron el triunfo por lo alto: baile, sancocho de pescado, cerveza y ron. En el fandango se le apareció la bella mulata que se le metió por los ojos, por los labios y se le alojó en el corazón. El universo era condescendiente.

Sueltos sus recuerdos de nostalgia, en otra ocasión germinó en sus pesadillas, desde una espesa nube, el fuego de violencia que animaron de nuevo los demonios de las fronteras de su infancia, atizando las angustias, suprimiendo la conciencia, llegando de todas partes para fastidiar la luz de su libertad.

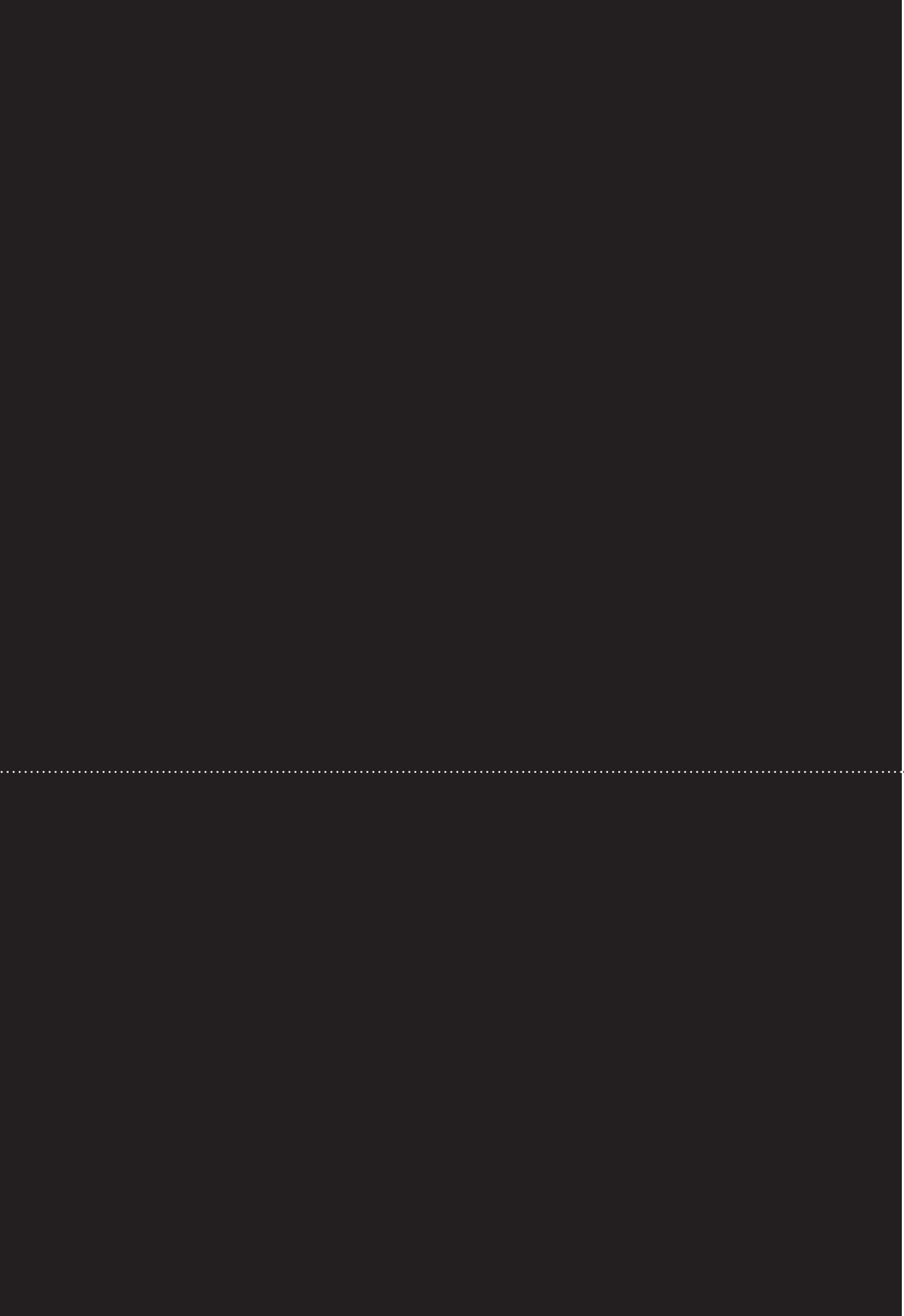
Pero..., nadie le avisó, nadie lo protegió y, al amanecer, en el Domingo de Pascua, llegaron los otros: las fieras, los infames, con sus botas recién compradas, sus fusiles relucientes y sus machetes oxidados, quienes, con el argumento del crimen indiscriminado engendrado en el egoísmo, embriagados de odio y promiscuidad hedonista, se paseaban con sevicia y rebosantes de poder entre las fauces. Lo detuvieron. Se trataba de un error: él se dedicaba a la ciencia de salvar vidas, transitaba en paz, no le hacía daño a ningún ciudadano.

Les mostró la billetera, sus documentos, las tarjetas de banco, el billete de un dólar, pero su diploma, no: estaba colgado en la pared de la sala, en la ciudad de las oportunidades, donde madre, abuela, hermanas, donde nosotros lo pudiéramos advertir: “Se otorga el grado de doctor...”.

¿Por qué se ensañaron con él, por qué lo raptaron? ¿Acaso era un forastero, uno de esos capitalistas a quienes envidiar y arrancarle su Cristo de oro?

Fue al tercer día del secuestro. Encontraron el cuerpo del hijo adorado, del hijo de todos nosotros, atormentado y sembrado en el fango. Su rostro lo habían desgarrado con ferocidad, y sus dedos calcinados al intentar borrarlo de la faz de la tierra. Solo pudieron identificarlo al descubrir bajo la manta de sangre reseca, en su pecho mancillado, el tatuaje; la flor rasgada, el testigo elocuente de su triunfo y también silente del fracaso. Al unísono clamamos: “Infamia, infamia, justicia, justicia”. Entonces oramos y les pusimos velas a los santos, para aliviar su pena.

El tiempo no lo curó todo. El dolor en el alma de nuestra vecina fue superior. Sus carnes terminaron por marchitarse prematuramente, y llegó el momento de ir en busca de lo robado.





# Los treinta y un matrimonios del juez de San Estanislao

Laura Robles Muñoz

Taller Distrital de Crónica  
2020

## Sobre la autora

Nació en Cereté, Córdoba, en 1991, pero creció en Sincelejo. Se graduó de Periodismo y Opinión Pública con mención en Antropología en la Universidad del Rosario. Ha trabajado como periodista digital y de redes sociales en varios medios de comunicación. También ha sido instructora de la Escuela de Periodismo Multimedia de *El Tiempo* y ha trabajado en los sectores educativo y público. Hace *podcast* y está vinculada a campañas de salud mental y de eliminación de violencias basadas en género. Investiga historias de mujeres y de luchas sociales y jurídicas por el reconocimiento de derechos plenos a poblaciones históricamente vulneradas.

Carlos García Granados había dormido poco la noche anterior por estar pensando en una mujer. No se trataba de una exnovia, enamorada o esposa ajena. Quien lo trasnochaba era nada más y nada menos que María Antonieta. Trataba de imaginar lo último que le pasó por la cabeza, segundos antes de que se la cortaran ante la multitud sedienta de sangre.

Al entrar al Palacio de la Inquisición, en Cartagena, decidió espantar de su mente a la archiduquesa de Austria y se concentró en cada paso que daba. Caminaba lentamente y con sumo cuidado, como si estuviera pisando una fina capa de hielo. Sentía la boca del estómago cerrada. Tenía miedo, estaba a punto de quebrarse.

Mientras esperaba el llamado para defender sus actos, comenzó a hacer una radiografía de su vida profesional. Se consideraba un hombre honesto. Su único interés siempre fue administrar justicia y apegarse a la ley. ¿Cuál fue su gran pecado?, ¿permitir que dos hombres o dos mujeres cumplieran el sueño de unirse en matrimonio como cualquier cristiano? Confiaba en su inocencia, pero, por si acaso, decidió devolver el casete hasta el momento exacto en que llegó al puesto que lo tenía en esta situación. Apeló a su memoria, capaz de recordar fechas y detalles con exactitud, para reconstruir las decisiones que había tomado.

“Doctor, arremánguese el pantalón para que saquemos los muebles, porque nos estamos inundando”, le dijo Elvira Heredia, la secretaria, a García Granados. Ese 16 de diciembre de 2011 era su primer día de trabajo como juez del Juzgado Promiscuo Municipal de San Estanislao de Kostka, un pueblo del departamento de Bolívar.

Carlos, Elvira y Sandra Correa, la escribiente, no habían alcanzado a concluir los formalismos de ese encuentro inicial cuando tuvieron que vaciar entre todos la oficina por los estragos de la lluvia de ese día en plena ola invernal.

Antes de posesionarse, García Granados había visitado el lugar para saber cómo serían las condiciones de trabajo. Tomó carretera desde Cartagena, ciudad donde vivía, hasta el pueblo. En teoría el camino era corto, de solo 48 kilómetros. Sin embargo, a mitad del recorrido el panorama comenzó a complicarse. El viejo bus en el que

iba pareció destartarse al llegar al municipio de Villanueva por cuenta de la exagerada cantidad de policías apostados en la vía. Después de atravesar los reductores de velocidad comenzaba la peor parte de la travesía, pues hasta ahí rindió el asfalto. El resto del recorrido era destapado, y en cuestión de minutos despertaba en los pasajeros dolores de espalda que los acompañarían durante todo el día.

A San Estanislao de Kostka también lo llaman *Arenal*. Al ver que su camisa quedó mona por la polvareda del camino, el abogado pensó que esa era un buen apodo para el pueblo.

No fue difícil ubicar el juzgado. Se encontraba justo en frente de la iglesia, en el parque La Pola, una obra pública criticada por buena parte de la población porque se arrasaron los viejos árboles de la plaza para ubicar bancas que llevaban grabado el nombre del alcalde de turno.

A la izquierda de su próxima oficina, en el lado oriental de la plaza, estaba la cantina Mamina Sport. A esa hora de la mañana, el estadero se encontraba cerrado, y García Granados no tuvo forma de enterarse de que la estridente música del lugar iba a ambientar todas sus jornadas laborales de viernes durante los siguientes años.

El abogado entró al juzgado e hizo un recorrido de exploración por esa casona de bahareque de una sola planta y pintada de amarillo con blanco. “Ese lugar estaba al garete, vuelto una etcétera por la cantidad de telarañas y murciélagos. Parecía la mansión de la familia Monster. Media vivienda era inhabitable”, recuerda de su primera impresión.

Además de las pésimas condiciones de las instalaciones, recibió otro baldado de agua fría: 198 procesos represados. “Apenas llegué, me tuve que apersonar de esas viejeras existenciales. Incluso encontré un proceso de alimentos al que ya casi debíamos celebrarle el quinceañero. Ahí estaba muerto de la risa, sin notificar”, dice.

Para su fortuna, hizo buena llave desde el principio con Sandra y Elvira, su único equipo. Entre todos le metieron velocidad a la gestión y poco a poco durante todo el año 2012, fueron avanzando en las tareas acumuladas, mientras intentaban sostener la casona en pie con sus propias manos y poniendo plata de su bolsillo.

Una vez superada la inundación, un día los sorprendió la caída de un palo de mango que estaba en el patio. Este destrozó parte del techo. En otra ocasión, el juez debió pagar el vaciado de la poza séptica. Pero sin duda uno de los incidentes más graves fue la caída del ventilador por culpa del comején. “Había caminitos de tierra hechos por esos animales desde el piso hasta el techo. Dos días antes del percance, yo les dije “no prendan ese abanico, que está sonando feo’, y llamé para que vinieran a arreglarlo”, recuerda.

No alcanzaron a recibir la visita de un técnico, cuando el aparato se vino abajo y le cortó la frente a Sandra, a quien le tuvieron que coger cuatro puntos. Por su parte, a Elvira, quien era la mayor del equipo, casi le da un infarto del susto.

## Matrimonio con todas sus letras

En la sentencia C-577 de 2011, la Corte Constitucional reconoció que las parejas del mismo sexo son familia y están protegidas por la Constitución. También exhortó al Congreso de la República a legislar para superar el déficit de protección de los derechos de estas, y le dio hasta el 20 de junio de 2013 para hacerlo. Si no se lograba, desde esa fecha, la población LGBTI tenía vía libre para formalizar y solemnizar su vínculo contractual ante jueces y notarios.

El senador Armando Benedetti presentó un proyecto de ley que buscaba legalizar el matrimonio igualitario. Esto agitó las aguas entre quienes estaban a favor y en contra, y provocó que la plaza de Bolívar se convirtiera en un campo de batalla donde bandos opuestos defendían su causa.

Mientras tanto, a pocos metros, los parlamentarios celebraban acalorados debates en los que en más de una ocasión se perdió la altura. El conservador Roberto Gerlein, quien pese a llevar cuatro décadas en el Congreso, era poco conocido por sus intervenciones, adquirió relevancia durante las discusiones del proyecto. En uno de los debates afirmó que el sexo homosexual era “escatológico, inane, incapaz de generar vida y se practicaba casi que con fines

recreativos”. Ese fue, quizás, el momento de mayor protagonismo de toda su carrera política.

El plazo otorgado se venció sin que el Legislativo expidiera alguna ley sobre el tema, y varias parejas tuvieron que formular acciones de tutela contra notarios que se negaban a tramitar sus solicitudes de matrimonio, o que sacaban de la manga figuras discriminatorias, según reseña Colombia Diversa, organización que ha acompañado y documentado las luchas por el reconocimiento de los derechos plenos para las personas LGBTI.

Las parejas que soñaban con casarse tenían un enemigo de cuidado que estaba dispuesto a sancionar a aquellos funcionarios que les reconocieran su derecho: Alejandro Ordóñez Maldonado, el procurador General de la Nación y un hombre de derecha, lefebrvrista y convencido de que el único matrimonio válido es entre un hombre y una mujer.

“La autoridad disciplinaria de los notarios es el procurador, mientras que la de los jueces es el Consejo Seccional de la Judicatura en primera instancia y el Consejo Superior de la Judicatura en segunda. En teoría, los jueces no tenían el mismo miedo que los notarios al cumplir el mandato de la Corte, pero no hay que olvidar que no estábamos ante cualquier procurador”, recuerda el juez Carlos García Granados, quien seguía con interés el momento histórico que se cocinaba en la capital del país, a más de seiscientos kilómetros del pueblo donde trabajaba.

Tras algunos meses de pulso político, social y jurídico, el 20 de septiembre de 2013 se celebró oficialmente el primer matrimonio de una pareja del mismo sexo en Colombia. A los dos hombres los casó Juan Carlos Cerón, juez 48 civil municipal de Bogotá. El segundo se celebró en Gachetá, Cundinamarca. Esta vez fue la primera pareja de lesbianas, casadas por el juez Julio González Hoffman. El tercero fue llevado a cabo por la jueza 44 civil municipal de Bogotá, Luz Stella Garay.

El ojo estaba sobre los jueces del centro del país que osaban realizar estas uniones. Al ver que estaba fuera del radar del procurador, Carlos García Granados conversó con González Hoffman y

con miembros de Colombia Diversa sobre la posibilidad de casar a parejas de gays y lesbianas. “Yo ofrecí mi pueblo en la quinta porra, y ellos aceptaron”, relata.

El 28 de octubre de 2013 llegaron en carro a San Estanislao dos parejas de mujeres de Bogotá, listas para casarse. “Lo recuerdo perfectamente, porque era lunes y yo cumplí años el día anterior. Ese día llevé torta para compartir con Sandra y Elvira, pero también les brindé a las novias. Desde ese momento inicié la tradición de hornear una de red *velvet* la noche anterior a cada unión de parejas del mismo sexo que llevara a cabo”, detalla García Granados. “No es el ideal de romanticismo irte a un pueblo caliente, lejano y lleno de tierra a hacer un trámite de estos. Las instalaciones tampoco eran las más lindas, así que quise tener ese gesto de la torta con gaseosa para que la pasáramos bueno, porque alcohol no se podía tomar”.

Tras estrenarse en el matrimonio igualitario, el juez celebró dos uniones más durante ese año: una de hombres provenientes de Zarzal, Valle, y su tercer matrimonio de mujeres. Poco a poco fue incluyendo elementos a su protocolo, además del pastel. Por ejemplo, le daba miedo que los novios se equivocaran de ruta y terminaran en Arenal, un pueblo que se llama así de verdad y queda a diez horas de Cartagena. Para evitar esta confusión, citaba a todas sus parejas en el terminal de la ciudad y se ponía una gorra para que lo distinguieran. Allá se encontraba también con Sandra y Elvira, y salían todos juntos hacia su destino.

“Cuando madrugábamos y llegábamos a tomar el transporte, antes de las 6:00 a. m., nos tocaban los mejores buses, los playa oro; pero también había playa plata y playa bronce. Ninguno de los tres tenía aire acondicionado, aunque en los primeros, las sillas eran buenas. En los últimos nos tocaba subirnos con las gallinas y la cosecha”, describe. A veces también se cruzaban con el que llamaron el *Comando Pañoleta*, un grupo de profesoras que viajaban todos los días al pueblo y que se cubrían las cabezas para no llegar tan despeinadas y polvorientas.

## Vox populi

Pocos en el municipio sabían lo que estaba ocurriendo, pero las cosas cambiaron en enero de 2014, cuando llegó una nueva pareja a la capital de Bolívar para llevar a cabo su unión marital. Uno de los novios decidió vestirse de *drag queen* con todas las de la ley: tacones, pelo largo, maquillaje, un vestido amarillo enorme y un collar bastante llamativo. En el bus de camino al pueblo, Carlos, Sandra y Elvira notaron que el Comando Pañoleta no disimulaba su asombro. Sabían que, al día siguiente, cuando volvieran a cruzarse, llegarían las preguntas. Tal fue su sorpresa cuando, al terminar su jornada, se encontraron a las profesoras en la parada. Ellas, quienes siempre volvían a Cartagena más temprano, decidieron quedarse hasta tarde ese día para averiguar el chisme.

Después del incidente, los matrimonios del juez ya eran sabidos por todo el mundo en San Estanislao. Incluso tuvo una conversación con el cura del pueblo, quien por casualidad había sido un antiguo compañero del colegio, y acordaron que respetarían sus territorios y públicos objetivos. “Usted a lo suyo, y yo a lo mío”, concluyeron.

García Granados celebró 31 matrimonios igualitarios. De todos se acuerda, pero el que más lo conmovió fue el de Amanda y Amparo, quienes llevaban más de 30 años juntas, sin importar que las leyes dijeran que no podían ser familia. “A doña Amparo le habían diagnosticado un cáncer terminal, y estaba calvita. Nunca voy a olvidar el 28 de junio del 2014, cuando yo les di el sí. El diagnóstico de los médicos no era positivo y decían que de septiembre no pasaba. Sin embargo, disfrutó su matrimonio y nos acompañó unos meses más de los pronosticados”, narra sin poder contener la emoción, a pesar de los años.

Una de las últimas uniones que alcanzó a oficializar fue la de un periodista de *Semana* y su novio estadounidense. Tras celebrarse el matrimonio, el reportero volvió a Bogotá y propuso a sus jefes contar la historia. Estos aceptaron, y el juez no le vio mayor problema a hablar. Cuando salió la revista y el país se enteró de que en un pueblo totalmente desconocido se había logrado semejante hazaña, comenzó un huracán mediático.

La noticia salió en varios medios del país, y García Granados perdió el anonimato. “Si pudiera darle un consejo a mi ‘yo’ de esa época, le diría que no aceptara esa entrevista”, confiesa. “Sinceramente, yo nunca había sentido adrenalina casando: más bien era un trámite que me gustaba. Yo no lo veía como un reto a Ordóñez, sino como una forma de no ser un juez del montón”, dice.

Sin embargo, con su nombre al descubierto, llegó el miedo. Sus bodas, que antes duraban quince minutos, las recortó a la mitad de tiempo. En las últimas leyó la información a toda velocidad, como términos y condiciones de juegos de azar, por miedo a que llegaran a interrumpirlos.

Ante tanta angustia, decidió que era momento de cerrar el ciclo, y se presentó a un concurso para ser juez de familia. Los resultados salieron en febrero de 2015, mientras iba en carretera a San Estanislao. Como fallaba la comunicación, le pidió a una amiga que revisara si su nombre aparecía en la lista. Se quedó sin señal por unos minutos, pero apenas la recuperó, le llegó el mensaje en el que le decían que había pasado. Dice que sintió la felicidad más grande, pero duró muy poco. En otro chat, Colombia Diversa le informaba que Amparo, la mujer con cáncer a la que había casado, había fallecido. “No pude procesar ambos sentimientos. Esa última noticia fue muy fuerte para mí. Su historia me había llegado al alma al ver ese esfuerzo de ellas de buscar esa aceptación durante tantos años”, recuerda con dolor.

## La inquisición

Meses después de la fama inesperada, y ya en un nuevo cargo, a García Granados le llegó un proceso disciplinario, y tuvo que rendir descargos en el Palacio de la Inquisición, en Cartagena, donde funciona la Sala Disciplinaria del Consejo Seccional. “Nadie se imagina el efecto psicológico de defenderse en ese lugar”, dice. A pesar de que siempre confió en su inocencia, cree que le archivaron



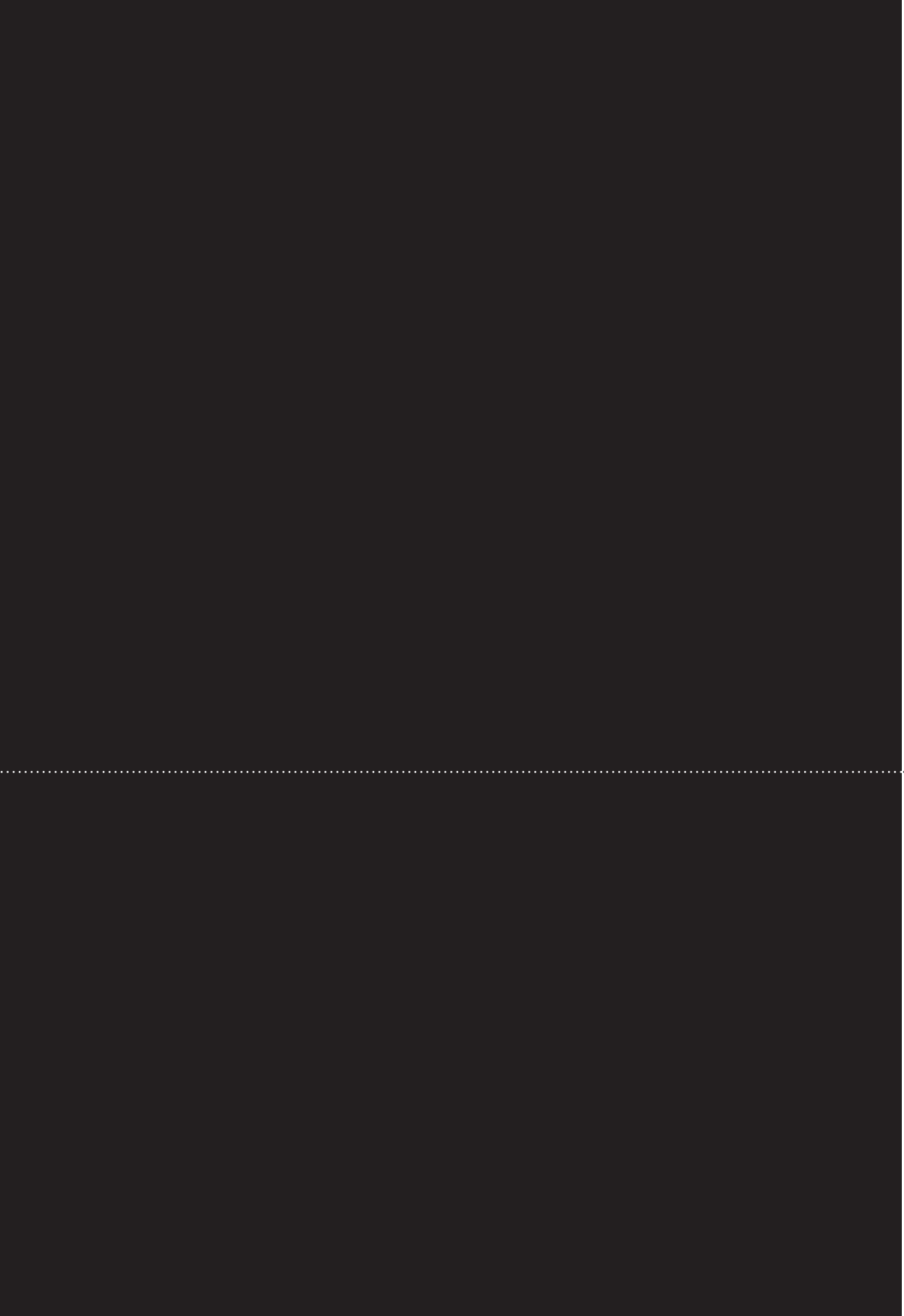
el proceso gracias a la Virgen de Fátima, a quien le hizo la petición durante un viaje a Portugal.

Varias de las parejas que casó el juez ya están separadas, incluidas la primera y la última. Aunque extraña la tradición de la torta y las historias de amor, en su nuevo trabajo tiene la tarea de realizar divorcios, y en voz baja confiesa que estos son, de lejos, mucho más divertidos.



# Lo fantástico en lo cotidiano

---



# El autor de la obra

Alexander Rosales

**Red de Talleres Locales de  
Escritura 2019  
Localidad de Fontibón**

## Sobre el autor

Alexander Rosales es seudónimo de Leonel González. Nació en Barranquilla, y desde 1984 vive en Bogotá. Es técnico de sistemas apasionado por la literatura clásica de varios géneros y por el cine. Ha participado en concursos como Mirabilia, Demencia, La Cueva. Ha escrito en los géneros de ciencia ficción, suspense, fantasía, drama, terror y erótico.

A orillas del río Cesar, en medio de rocas bermejas, se encontraba recostado Felipe lanzando piedrecitas hacia las corrientes diáfanas y ondulantes. A un costado, sobre una enorme roca blanquecina, Pepe reposaba paciente apretando la caña, esperando un tirón del sedal y pescar una tercera trucha. Inés nadaba desnuda, y de una brazada a otra frenó sobre una roca parecida a un volcán, y examinó concienzudamente a Pepe, y luego miró a Felipe.

—Amor, debería estar Pepe jugando con piedrecitas, y tú pegado a la caña.

—Inés, mi vida, así me dicen los amigos cuando juego al póker con ellos, porque es Pepe quien maneja las cartas y gana las partidas y se lleva el dinero, pero recuerda que fui yo quien le enseñó todo.

—Todo, no creo, porque cuando Pepe se mete a la finca del profe Lucho a robar bananos, se pone a hacer porquerías con las pobres gallinas.

—Pepe se cree gallo. Un día de estos va a salir de un huevo un monito con plumas y cresta —dijo Felipe sonriendo mientras lanzaba otra piedrecita.

—Pipe, no seas degenerado —dijo Inés zambullendo su piel morena.

Antes de que el sol acabara, los tres hicieron una visita a la finca del profe Lucho. Inés se quedó al pie de la cerca prestando guardia, Pipe trepó un palo de mango, y Pepe, obviamente, buscó sus preciados bananos. Con su natural agilidad, ya había arrancado un colmado racimo antes de que Pipe acariciara un mango. Inés le recibió el racimo a Pepe.

Pipe se las apañaba para cobrarse una docena de mangos, esperando que Pepe estuviera abajo para recibirle las frutas.

—¡Piss! ¡Piss! Pepe, ¿a dónde vas?

Pepe tuvo el atrevimiento de desplazarse hasta el jardín de la casa, como magnetizado por algo. Pipe oscilaba sus ojos como reloj de péndulo, atento a que no fuera a salir el dóberman y el *rottweiler* que custodiaban la finca. Pepe, agazapado, se acercó hasta una mesa cubierta de hule, y sus curiosas manos agarraron un aparato extraño para él. Fueron un par de minutos que Pepe exploraba

aquella cosa en sus efusivas manos, y un tremedal de zozobra que sufría Pipe colgado de una rama. Pepe con una mano elevó aquel aparato: una especie de cajita oscura, con un lente y un disparador. Pepe abrió la boca mostrando sus dientes, con un sutil movimiento de su dedo, se disparó una ráfaga de luz. Pepe de pronto soltó ese aparato y se echó a correr. Pipe, en trepidante descenso, se dirigió a la cerca. Cuando los canes dieron el ladrido de alarma, ya Pipe y Pepe huían despavoridos al otro lado de la cerca, junto a Inés. El profe Lucho salió, caminó hasta el aparato, y recogió algo que había brotado de ese artefacto.

—Ese mono —dijo el profe Lucho, detallando minuciosamente lo que atajaba en sus manos, y regresó a su casa con una mirada de gozo, como cuando se deslumbra una idea.

Luego de un mes precario, Pipe estaba condenado a buscar un trabajo decente, ya que ninguno del pueblo osaba jugar póker con él, porque era pérdida segura. Dejó de vender frutas por los canes de las fincas, que ya tenían fichadas las caras de él y de Pepe. En la plaza del pueblo, bajo el sopor del mediodía, un guajiro pregonaba la temporada masiva de plátanos al otro lado del río Paraguachón con una lista de reclutamiento. Uno a uno, fueron reuniéndose en la fuente de soda, hasta que un montón de desocupados comenzaron a atosigar a preguntas al pregonero. Inés llevó engañado a Pipe con el pretexto de que moría de calor y quería un refresco.

—Sabes que no cargo un peso —dijo Pipe, brindándole cariñitos a Inés para que invitara ella.

—Estoy cansada de zamparle manduco a la ropa ajena —dijo Inés, señalando al pregonero—. Ponte pilas y aprovecha el pregón del guajiro.

Pipe se quitó el sombrero alón y se abanicó con él para espantar el calor, desviando la mirada para otro lado.

—No te hagas el pendejo y regístrate en esa lista.

—Tómala con calma, tengo calor —dijo Pipe, pensando en una idea que le evitara tener que trabajar, pero las gotas de sudor que se le metían por los ojos, la boca y por el umbral de su libertad le abrumaban el pensamiento.

— ¡Te registras o esta vaina acaba aquí!

— Ta bien, me voy a sacrificar.

Con el dolor de su alma, Felipe se marchó hacia los platanales por tres meses, a cumplir un horario y recibir órdenes. No obstante, se llevó a Pepe, que aprendía con destreza y le amortiguaba el trabajo. Tan pronto se acabó la cosecha de plátanos, Felipe se presentó en la solitaria plaza del pueblo preguntando por Inés en la fuente de soda, pero no le dieron razón de ella. Felipe vio pasar a la vieja Tulia, y no le cupo duda de que ella sabía.

— Ay, mijo, esa muchacha se fue con un forastero, un negro enorme que la hacía chillar como gata, y...

— Gracias, doña Tulia, no quiero detalles.

Pipe, abatido por el desengaño, se radicó en la plaza. Pepe cargaba la tula de las ganancias y sabía cuántos billetes tenía que sacar para comprar una botella de ron. A punta de ron y vallenato clásico, Pipe ahogaba la pena. Poncho Zabaleta se enteró de que su amigo Pipe Socarrás llevaba tres días enclaustrado en la soledad y en la fuente de soda gastando sus ahorros en puro ron. Cuando Pipe vio llegar a su amigo Poncho, se rompió a llorar como niño chiquito al que se le ha perdido su juguete favorito.

— Poncho, mi amigo, ese desgraciado se la llevó. Pobrecita, la hacía chillar como gata.

— Ah, pue', serás pendejo. Ya olvídala, echa pa' lante —dijo Poncho, acomodándole el sombrero alón.

Su amigo lo acompañó un rato porque viajaba para Manaure a vender un chivo. Pepe le mostró a Pipe el último billete de la tula, y se lo gastaron en pan y chicha de arroz a fin de mitigar el hambre. Con la borrachera disipada, Pipe reflexionó el consejo de su amigo Poncho: se decidió a olvidar y vivir. La tula vacía que cargaba Pepe le recordó el menester de inventar algo. Pipe se extrañó al ver que el mostrador de periódicos y revistas de la fuente de soda se atiborraba de curiosos, y por alguna que otra palabra suelta que atrapó al viento, conjeturó que exaltaban la noticia de una revista, y oyó dos nombres.

— ¡El profe Lucho! ¡Pepe! ¡Oye, Pipe, tu mono se volvió famoso!



Pipe se abrió paso entre los paisanos, frente al mostrador agarró una prestigiosa revista y contempló la imagen de portada. A Pipe le recorrieron corrientazos de sorpresa al ver la foto de Pepe sonriendo. El titular de la revista decía: Premio internacional a la mejor foto del año. Autor de la foto: Luis Carlos Pedraza Ruiz (profesor de historia retirado).

—El profe Lucho es tronco de fotógrafo —dijo Manuel Casares, saludando a su amigo Pipe.

—Con razón el profe está estrenando camioneta y adquirió treinta cabezas de ganado —dijo Simón Molina, el pintor del pueblo y amigo de Pipe.

Pipe, sosteniendo la revista en las manos, fue saliendo de la perplejidad. La fuerza de la ambición lo motivó a preguntar por aquel viejo misántropo que alguna vez ejerció de juez.

—Compadre Mane, compadre Simón, ¿qué saben del viejo Ulises Manjarrez?

—Ese viejo vive por el ramal del molino, pero hace años que nadie le ve la cara —dijo el Mane.

—Bueno, me voy a visitar al doctor Emiliano Castro —dijo Pipe, cargando a Pepe en la nuca y marchando veloz.

—Está loco, pregunta por uno y dice que se va pa' donde otro —dijo Molina.

Pipe fue recibido por doña Sixta en la casa del doctor Castro, que lo invitó al despacho, donde se encontraba tumbado en un sofá de cuero leyendo un grueso libro de derecho penal. Pasaron treinta minutos reunidos. El doctor Castro le dijo a Pipe que, si había caso, solo faltaría la disposición de un juez. Pipe salió rumbo al ramal del molino. Transcurrió una hora y un cuarto de caminar apresurado. Pipe, lavado en sudor y abanicando el sombrero alón con locura, se postró al pie de una antiquísima casa de arquitectura colonial, trepó la carcomida verja y caminó por un pasillo de begonias arruinadas hasta un vigoroso portón de madera rústica que estaba entreabierto, y los oxidados goznes que se estrujaban contra la madera chirriaron como una cacofonía de cuatro gatos monteses enloquecidos. “Si está dormido, esta bulla lo despertó”, pensó Pipe, y Pepe se cagó del susto

con semejante chirrido, así que no pasó de la puerta. Pipe ingresó con un pañuelo en la nariz para evitar inhalar el aroma mohoso de los muebles, paredes y pisos. El abismal abandono de la casa le daba mala espina a Pipe, a quien lo acometió el temor de encontrarse un cuerpo en estado de descomposición. Avanzando por el comedor tropezó con bolitas de alcanfor. Ese punzante olor le recordó a su abuela. Caminó hasta el patio y vio una hamaca colgada de dos robles, y al acercarse, descubrió el rechoncho cuerpo del juez Ulises. Pipe se alegró de escucharlo roncar de lo lindo: hacía un sonido parecido a cuando se va a soltar una carcajada y se la interrumpe con un leve silbido, y se vuelve a la carcajada, y así sucesivamente. A Pipe le tocó buscar un vaso de agua, a ver si traía al juez Ulises al planeta tierra. El viejo Ulises se compuso en la hamaca con desgano y malhumorado. Pipe se fajó en semejante labia para proponerle un caso especial sin precedentes.

—No seas majadero, ¿me despertaste pa' semejante disparate? —dijo el viejo Ulises, atusando sus bigotes de brocha desgastada. Pipe le insistió, ya que el doctor Castro, quien lo asesoró, le dijo que sí se podía—. Deja quieto a ese profesor tacaño.

El viejo Ulises era duro de convencer. Pipe prosiguió con obstinación inquebrantable, y una bofetada de alcanfor le chispeó el ingenio: le contó al viejo Ulises cómo su abuela emprendió su última aventura antes de partir de este mundo. Con el propósito de animar al juez de salir de ese abandono, le dijo que un hombre de honor no puede permitirse acabar en cenizas; lo instó a que se activara en su antiguo oficio.

—Podrías tener razón, muchacho —dijo el viejo, levantando sus nalgas siderales de la hamaca.

—Me voy a poner la demanda —dijo Pipe, echándose a correr hacia el juzgado.

—Oye, yo no dije que sí.

Cuando el viejo dijo aquello, ya Pipe iba lejos con Pepe.

—Gracias, juez, yo sabía que usted no perdería esta oportunidad —se oyó a lo lejos.

El profe Lucho yacía desparramado en su chinchorro cuando fue interrumpido por un mensajero, que le entregó un ribeteado sobre. Cuando sus ojos garrapatearon las letras de aquella citación, empalideció de rabia. El profe Lucho se presentó a la cita, y se negó a llegar a un acuerdo con el mono Pepe, situación que pronosticó Pipe, y, por ende, se puso fecha al juicio. El profe Lucho, desconfiado y tacaño hasta la coronilla, rechazó cualquier servicio de abogado, creyendo en sus virtudes, y se presentó como su propia defensa. Felipe, vaciado y mañoso hasta los tuétanos, creyó conveniente ser la defensa de Pepe. El doctor Castro le prestó su grueso libro a Pipe, y le recomendó unas películas para empaparse del tema judicial.

El pueblo pacato, sumido a los inclementes calores, desconocía de escándalos o tragedias, condenando a sus habitantes a bostezar de tedio, hasta que una mañana la vieja Tulia se guardaba un chisme recién salido del horno. Entonces, se alborotó a regar la bola que en pocos días se celebraría un juicio. Como protagonistas, el profe Lucho y Pipe Socarrás. La vieja alimentó la hipótesis de que era el profe Lucho el demandante, y Pipe, el demandado. Aquel pregón de la vieja era un acontecimiento en un pueblo tan apagado.

—Yo siempre dije que ese muchacho andaba en malos pasos —repetía la vieja Tulia por cada rincón del pueblo.

La gente del pueblo preparó una feria con juegos, bailes y bingos para el día del juicio. El juez Ulises sacó de su armario destartalado su impecable traje de paño, se calzó sus mocasines de tela, se puso un sombrero alón y se marchó del ramal del molino hacia la guerra penal. El evento del juicio atrajo a las más respetadas personalidades: el médico Antonio Araújo, la hacendada Teresa Estupiñán, el general Ismael Macías Tamayo y el ilustre litigante Emiliano Castro. Todo tipo de vendedores ambulantes se instalaron alrededor del Palacio Municipal, donde se erguían corpulentos guardias, custodios del orden. Un bando de chismosos se le atravesó en el camino al juez Ulises, que se acercaba al Palacio Municipal.

—Déjenme pasar, abran paso. Ya se sabrá la acusación. El general Macías, imponente con sus polainas, intentó persuadir al juez, a ver si le sacaba información de primera mano.

—General Macías, usted sabe que no puedo hacer comentarios sobre asuntos que son reserva del sumario —dijo el juez Ulises, ingresando al recinto.

La muchedumbre se apiñó a las puertas del juzgado.

—¡No armen tanto lío! —gritó el general Macías. Se abrieron las rejas y fueron ingresando a empellones. Quedó repleta la sala de gente ensalzada. Entró el profe Lucho, antecedendo al juez Ulises, que subió al estrado y se quedó de pie mirando y oyendo la bandada de murmullos apabullantes que se propagaban por las paredes y el techo. El juez agarró un martillo y golpeó una pequeña base de madera. Pa, pa, pa, pa, sonó el golpe del juez con el martillo.

—¿Esta falta de respeto qué es? ¿Acaso no saben que cuando entra la autoridad competente se deben poner de pie, como en las películas? —Todos se levantaron—. Ajá, así la vaina es distinta —dijo el juez y se sentó. Ya sentado, se quedó mirando a todos los presentes que permanecían de pie—. Bueno, pero cuando la autoridad competente se sienta, todos pueden sentarse. —Y todos se sentaron.

El juez Ulises, extrayendo unos papeles de un maletín marrón de cuero, decía que le había sido encomendada la denuncia contra el profesor Luis Carlos Pedraza. La vieja Tulia agachó la mirada, y los demás se sorprendieron al enterarse de que el profe Lucho era el acusado, y todos quedaron en profundo silencio para escuchar la acusación.

—Se acusa al mencionado señor... de haber violado los derechos de autor del mono Pepe.

El recinto se llenó de risas.

Volvió a sonar el golpeteo del martillo del juez llamando al orden: Pa, pa, pa.

—¡Un momento! Se trata de una denuncia formal como cualquier otra, de modo que se acabaron esas risitas.

El juez hizo pasar a la parte demandante y su defensa. Entró Pepe rascándose la cabeza, y luego entró Pipe abanicándose con su sombrero alón. El profe Lucho le lanzó una mirada severa, que Pipe esquivó. El juez le dio de primero la palabra a la parte demandante. Felipe salió al frente con actitud confiada de haber estudiado el libro

del doctor Castro y de las películas que vio. La secretaria judicial, una bella joven que vestía una manta larga y colorida, Úrsula Yamayusa, que le susurró algo en wayuu al juez, después se sentó frente a la máquina de escribir para redactar la constancia del proceso. Pipe cayó hechizado de amor por los ojos brujos de Úrsula, y se le hinchó el pecho para tomar la palabra.

—En este respetable recinto, se ha hecho presente un ser ultrajado, y como su representante, estoy aquí para exigir justicia. Acuso a este señor de haber robado los derechos de autor de Pepe, ganando un jugoso y reconocido premio por una foto en una revista famosa, y este señor se llena la boca diciendo que fue él quien la tomó.

Pipe continuó el alegato, y afirmó que Pepe había sido quien había accionado la cámara, y quedó claro que la foto fue tomada por él mismo. Pepe era el autor de la famosa foto, y quien debería haber recibido el premio. El profe Lucho objetó y pidió pruebas, y Pipe volvió a hinchar el pecho, mirando con el rabillo del ojo a Úrsula, que se sonreía con disimulo de la forma de litigar de Pipe.

—Yo soy testigo fiel —dijo Pipe—. Aquella tarde, Pepe se metió curioso en la finca del profe Lucho, y vi cómo agarró la cámara, la estudió, y cuando supo para qué era, con su mano la elevó con el lente hacia su rostro, luego sonrió y oprimió el botón, quedando como resultado una magnífica foto.

El profe Lucho objetó y preguntó por qué Pipe invadió su finca, cuáles eran sus intenciones. Pipe se defendió diciendo que se metió sin permiso a la finca por los nervios de que los perros devoraran a Pepe. Solo pensaba en salvarlo.

A un costado del recinto, el doctor Castro le enviaba un saludo a Pipe con el pulgar arriba. El juez le cedió la palabra al acusado, y el profe Lucho se levantó.

—Buenas tardes, señoras y señores, reconozco que no fui yo quien tomo esa foto, pero la cámara es mía, y estaba en mi finca, y encontré esa foto en mi territorio. Además, hay artículos donde se define como autor un ser de capacidad y conciencia de realizar una obra. Miren a ese mono: es un animal como cualquier otro —Mientras tanto, Pepe estaba en su puesto adorándose los genitales—. Ese

animal, todo lo que hizo fue jugar con la cámara, y por coincidencia se disparó. Es un animal: no piensa, no analiza como ustedes o como yo.

En ese momento, Pepe dejó de adorarse los genitales y le sacó la lengua al profe Lucho, y luego le mostró el dedo del medio. El público se agitó de risas por los gestos de Pepe. A Úrsula le caían en gracia las monerías de Pepe, y Pipe sonreía con disimulo.

—Miren, es un mono amaestrado para hacer groserías.

Pepe solo sonrió como en la foto de la revista, y las risas de los presentes subían de volumen. El profe quería continuar su alegato, pero las risas y gestos de Pepe le estorbaban.

—¡Cállense! —gritó el profe Lucho.

—¡Cállese usted! —dijo el juez—. Yo soy el único con derecho a mandar a callar. Silencio en la sala —y golpeó una vez más la mesa con su martillo.

El profe Lucho se mantenía en que Pepe era incapaz de actuar deliberadamente. Pipe objetó y defendió a Pepe diciendo que no era cualquier animal, que como reflejo del pasado del hombre guardaba un gran sentido de conciencia. El profe Lucho se mantenía en su alegato, que mientras Pepe no demuestre ser un ser pensante, el autor de la foto sería el dueño de la cámara. El juez se mesaba las patillas, atento al litigio. Pipe notó que el profe Lucho estaba convenciendo al juez, entonces pidió la palabra.

—Señoría, propongo una manera de demostrar que Pepe es un ser pensante.

Hubo un receso, en el que Pipe no perdió tiempo y trabajó amistad con Úrsula. Cuando regresó al recinto, había una mesa y dos sillas y una baraja sobre la mesa en la zona de alegato. El profe Lucho frunció las cejas, lo mismo que el juez.

Pipe llamó a varios testigos, que confesaron haber perdido dinero jugando al póker con Pepe. Al juez le costó creer, y el profe Lucho se negaba a creer. Entonces Pipe invitó al profe Lucho a pasar a la mesa, donde Pepe ya había tomado su puesto. El profe Lucho propuso tres tipos de partidas. El mismo juez Ulises barajó las cartas y las repartió, y comenzó el juego. En la primera

partida, Pepe ganó con una escalera. El juez dio un sordo aplauso de sorpresa; el profe Lucho se llevó las manos a la cabeza; Pepe le sacó la lengua al profe Lucho, le lanzó un besito a Úrsula, le guiñó un ojo a Pipe, y miró hacia el público y sonrió como en la foto de la revista. En la segunda partida, el profe Lucho se dignó a mirar fijamente a su rival, que se mantenía serio. El juez Ulises no le quitaba los ojos a Pepe. Pipe se paseaba entre el público recogiendo dinero de las apuestas, y Úrsula tomaba constancia de la prueba en vivo.

Pepe dejó que el profe Lucho mostrara su juego cuando se creía seguro. Y cuando mostró su juego, el profe perdió. El profe Lucho tiró el sombrero al piso de la rabia. Los ganadores de la apuesta aplaudieron la nueva victoria de Pepe. En la tercera partida, la mayoría de las apuestas estaban a favor de Pepe, y no dejaban de brindarle ánimo. Hasta la vieja Tulia apostó a favor de Pepe.

—¡Pepe! ¡Pepe! ¡Pepe! —gritaba el público en la sala.

Pa, pa, pa, sonó el golpe del martillo nuevamente:

—Silencio, dejen concentrar a Pepe... Perdón, al profe Lucho y a Pepe.

Explotó un júbilo general en el recinto al comprobarse que Pepe analizaba mejor que el profe Lucho. Tres humillantes victorias que no le dieron chance de apelar al acusado. El juez Ulises subió al estrado y dictó el veredicto, declarando culpable al acusado y sentenciado de cederle al representante de Pepe las treinta cabezas de ganado que adquirió por el premio, y se podía quedar con la camioneta por estar su cámara implicada en la obra del mono. Pipe recibió con mucho gusto el fruto de la demanda.

Lo primero que hizo fue ir a la rancharía y negociar el amor de Úrsula por diez cabezas de ganado. Obsequió tres cabezas de ganado al juez Ulises y al doctor Emiliano Castro. Con el tiempo, Pipe aprendió de Úrsula el oficio de tejer y se radicó con ella en una humilde casa a orillas del río Paraguachón. Una mañana, Pipe volvió a sorprender a Pepe persiguiendo a una gallina.

—Antes de que dé crías abominables, es mejor hacer un viaje —dijo Pipe, y le quitó la gallina a Pepe.

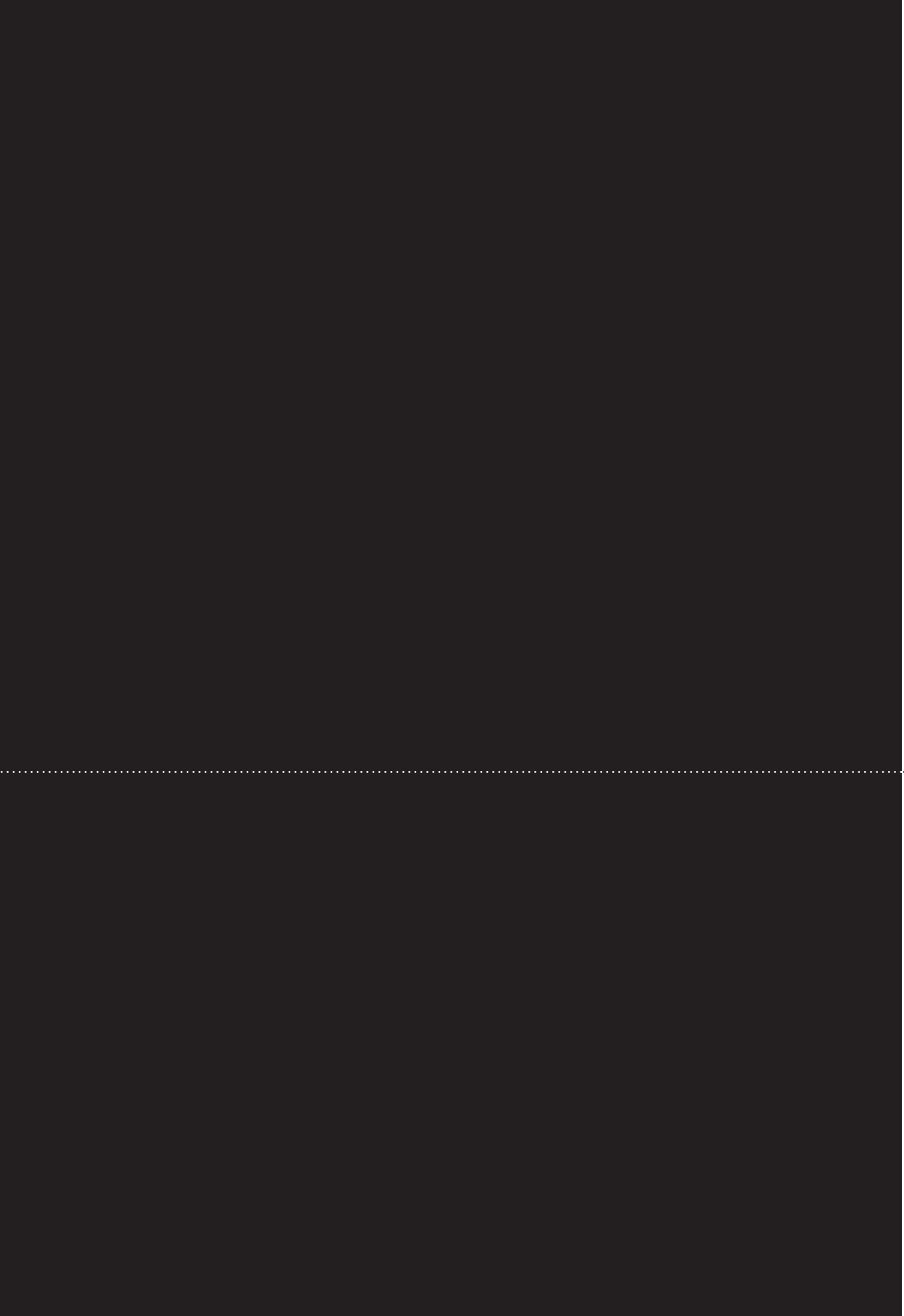
Pipe liberó a Pepe a orillas de un bosque del parque natural de la Sierra Nevada. Bosque adentro, Pipe le enseñó a Pepe los monos que danzaban en las copas de los árboles.

—Tienes derecho a ser libre, amigo. Gracias por tu amistad —dijo Pipe, y bajó a Pepe de sus brazos.

Pepe trepó a un frondoso árbol, miró a Felipe y le sonrió como en la foto de la revista.







# Quince animales y una bruja

Angie Julieth  
Quiroga Rincón

**Taller Distrital de Cuento**  
2020

## Sobre la autora

Nació en Bogotá en 1997. Estudió Sociología en la Universidad del Rosario.

A la Bruja y a mí solo nos separa la pared de ladrillo delgado del pagadiario. La conocí en ese edificio de fachada verde, ventanas enrejadas y tres pisos. Era esa mujer chiquitica la encargada de asignar las habitaciones del lugar. De cara amable y tez clara, las arrugas de la frente se pronunciaban más cada vez que recibía el pago en la noche. Sin embargo, relajaba su expresión al confirmar que el dinero estaba completo. Con sus labios delgados señalaba la habitación que se debía ocupar. Conocí el primero, el tercero y el segundo piso, así, en ese orden. Mi favorito era el tercero: parecía la zona VIP y de cinco estrellas del barrio Santa Fe. Desde allí podía ver el edificio Bacatá, la torre Colpatria y los cerros orientales; también era el lugar más tranquilo y en el que menos ruido se escuchaba por las noches. Desde que conocí el tercer piso, cada día, en los buses, intentaba conseguir el dinero extra que necesitaba para darme el lujo de dormir allí. Aunque diariamente solía cambiar de habitación, en ocasiones le pedía a la Bruja que me diera la de la esquina derecha, la que tenía ventanas más grandes. Había días en los que aceptaba mi propuesta; otras veces ni siquiera alzaba la mirada de la baraja de cartas que tenía entre las manos. No sé si eso influía en su decisión o si era el cambio de forma de la mancha negra que tenía en la mitad de la frente. A eso de las nueve de la noche, cuando yo llegaba luego de mi larga jornada laboral, la Bruja se leía las cartas una y otra vez, quizás intentando conseguir el mejor resultado posible. Todavía recuerdo la primera vez que vi esa mancha negra justo en medio de la frente.

Hace unos siete u ocho años, cuando apenas empezaba a adaptarme a la capital y a sus calles. Llegué al pagadiario de la Bruja por casualidad. Era el que ofrecía mejores precios y en el cual podía tener una habitación para mí solo. En ese momento, la mancha no medía más de un centímetro. Con el paso de los meses y años, su forma cambió y se hizo mucho más grande. Me enteré de ese cambio progresivo el día en que la escuché hablar por teléfono —y fue cuando entendí por qué se le decía bruja—. Al principio fue precavida; luego tomó un tono de voz fuerte, por lo que creo que la conversación se escuchó en toda la casa. Desde la habitación

en la que yo estaba —en diagonal al escritorio de la Bruja y cerca a la escalera— podía ver un poco los gestos que ella hacía con los brazos mientras pronunciaba cada palabra. Todo el tiempo se tocaba la frente con el dedo índice, como si la persona del otro lado de la línea pudiera ver a qué se refería.

—María, ¿me estás diciendo que esta cosa de la frente me va a crecer cada vez que haga aquello? —preguntó la Bruja, casi como un susurro—. Cada vez crece más. Antes era un lunarcito, y vieras ya lo grande que está. ¿Eso es normal? —cuestionó la Bruja—. No puedo dejar de hacerlo. Tú sabes que yo gano una platica con eso. ¿No tienes un menjurje por ahí que me pueda aplicar para ese tema, María?

Eso fue lo último que le escuché decir a la Bruja, que ya se notaba impaciente en la conversación. Dejó el teléfono sobre el escritorio y se dirigió a un cuartico que en ese tiempo funcionaba como baño. Allí estuvo un buen rato, hasta que sonó el timbre que indicaba la llegada de un nuevo huésped al pagadiario.

Ya había caído la tarde de un domingo. Llegué a la casa y saqué todo el dinero de los bolsillos del pantalón de poliéster café. Conté las monedas y el billete. Recibí casi cinco mil pesos. Muy poco para pagar la habitación de lujo. Puse el dinero sobre la mesa, me fijé en la mancha ovalada de unos cuatro centímetros, y la Bruja me señaló las escaleras. Sin decirle nada, subí hasta el segundo piso y noté que ya todas las habitaciones estaban llenas, por lo que decidí subir un piso más. La mayoría se encontraban desocupadas. Me dirigí hacia mi habitación preferida. Coloqué la guitarra de apenas cuatro cuerdas en una de las esquinas del cuarto, justo al lado de la puerta. Me acosté y, al girar sobre el lado izquierdo, en la mesita de noche vi un pequeño estuche. Me entró curiosidad y opté por mirar qué había dentro. Apenas lo abrí, vi mis ojos cansados, con arrugas bien marcadas en los extremos, y párpados caídos; también mis cejas despeinadas y casi todas blancas, salvo por uno que otro pelito negro. El espejo, que no medía más de cinco por nueve centímetros, estaba pegado en la parte interna y superior del cofre vinotinto, por lo que, al cerrarlo, en él se reflejaban dos monedas

de doscientos, un centavo, una llave y una piedra de cuarzo rosado. Eso era todo lo que había allí dentro. Sostuve el cofre en las manos un tiempo, lo volví a cerrar y dudé en llevárselo a la Bruja.

El metal estaba frío. No separé mi mano de la baranda de la escalera del pagadiario hasta llegar al primer piso. Ya no recuerdo el momento en que el pasamanos se volvió tan importante para mí. No me podía alejar de él cada vez que subía o bajaba por los once escalones de cemento que conectaban un piso con el otro.

El escritorio, ubicado cerca de la entrada del pagadiario, y que siempre era ocupado por la Bruja, ahora estaba vacío. Sobre él se encontraba la baraja de cartas y un velón azul. La busqué por todo el primer piso y no la vi. Recorrí el nivel y encontré una puerta de madera diferente a las demás, que eran de metal. Estaba cerrada; se escuchaban quejidos. Bajé la mirada y recordé la llave dentro del cofre. La metí en la cerradura y la giré dos veces hacia la izquierda. Dejé que la puerta se abriera y me permitiera ver lo que había dentro. Velones de todos los tamaños y colores, esencias y otros frasquitos de vidrio. Apenas se abrió la puerta, de la esquina de la habitación salió un ratón de cola larga, que huyó por el portón principal del pagadiario. Ahora, la Bruja que, como decían las malas lenguas, ya se había convertido en mariposa, araña y babosa, era un ratoncito blanco que tenía una mancha negra en la cabeza. Por eso la reconocí.

Pasé los siguientes seis días sin verla y, al séptimo, la vi más cansada y con el rostro más arrugado. Tal vez esas cosas raras que hacía aceleraban su envejecimiento. ¿Cuántas transformaciones más podría soportar la Bruja? Lo único de lo que estoy seguro es de que esa mancha de la frente cambiaba cada vez que ella adoptaba una nueva figura.

Me gusta pensar en lo que se convertirá al mes o a la semana siguiente. Con ella no se sabe. A veces intento adivinar, pero cada vez me sorprende más. Yo sigo igual, siendo un viejo achacado por la edad y por el trajín de los buses capitalinos. Cuando no canto la canción de casi todos los días —la que me enseñó mi padre cuando estuvimos en el llano—, echo algún cuento de la Bruja y de lo que hacía. A veces me invento cosas para sorprender a los espectadores

y así recoger más dinero para seguir quedándome en el pagadiario de la mujer que se transforma en decenas de bichitos.

Ese pagadiario se convirtió en mi hogar. Soy el huésped más antiguo. No quiero salir de ahí, pues las transformaciones de la Bruja son lo que más me inquieta y motiva. Me mantienen vivo.

La última noche de alguno de los dos hubo mucho ruido y casi no dormí. La habitación de la Bruja estaba justo al lado de la mía, en el tercer piso de la casa. De vez en cuando se escuchaban frascos de vidrio golpearse entre sí. Estuve atento a cualquier otro sonido, pero de un momento a otro hubo un silencio aterrador. Ya me estaba ganando el sueño cuando escuché que la puerta del lado se abría lentamente, como si no se quisiera hacer algún sonido. De pronto, la Bruja ha ido al baño que se encuentra a unos pasos de la habitación, pensé. El sueño me ganó, y creo que no escuché nada más en las siguientes siete horas.

Me despertó el rayo de luz que entraba entre esa cortina naranja de mal gusto. De fondo, en la tienda del barrio que en las noches funcionaba como bar, ya se escuchaba la canción más conocida de Paquita y una que otra de Rocío Dúrcal. Alisté mi maleta y mi guitarra mientras la cantante mexicana entonaba a todo pulmón el desprecio que sentía hacia una rata de dos patas.

Salí de la habitación, me dirigí al baño y noté que todas las demás puertas de metal blanco estaban cerradas, incluida la de la Bruja.

Al terminar de deslizar la mano por la barra de metal de la casa me di cuenta de que el escritorio viejo de madera de la Bruja estaba desocupado. Recorrí el primer piso. Lo único que estaba abierto era la habitación de paredes azul celeste en la que una vez vi salir al ratón blanco de mancha negra y cola rosada. Era fuerte el olor a canela, que se combinaba con las otras esencias de la habitación. Las cortinas estaban cerradas, y casi todos los velones, apagados. Solo uno morado estaba encendido en una de las esquinas del cuarto. Me acerqué. En esa pared estaban dibujadas quince figuritas. Las conté todas. Eran siluetas de animales pequeños. Sí, eran quince. La primera, un mosquito, la última parecía un gato.

Quince figuras. Quince animales pequeños. Una Bruja. Así es. Ahí estaban todas las mutaciones de esa mujer: el ratón, la araña y la babosa... todo. La penúltima había sido el ratón, así que ahora era un gato, o tal vez, solo le quedaba ese cambio. No sabía qué pensar. Estaba confundido y quería hablar con la Bruja.

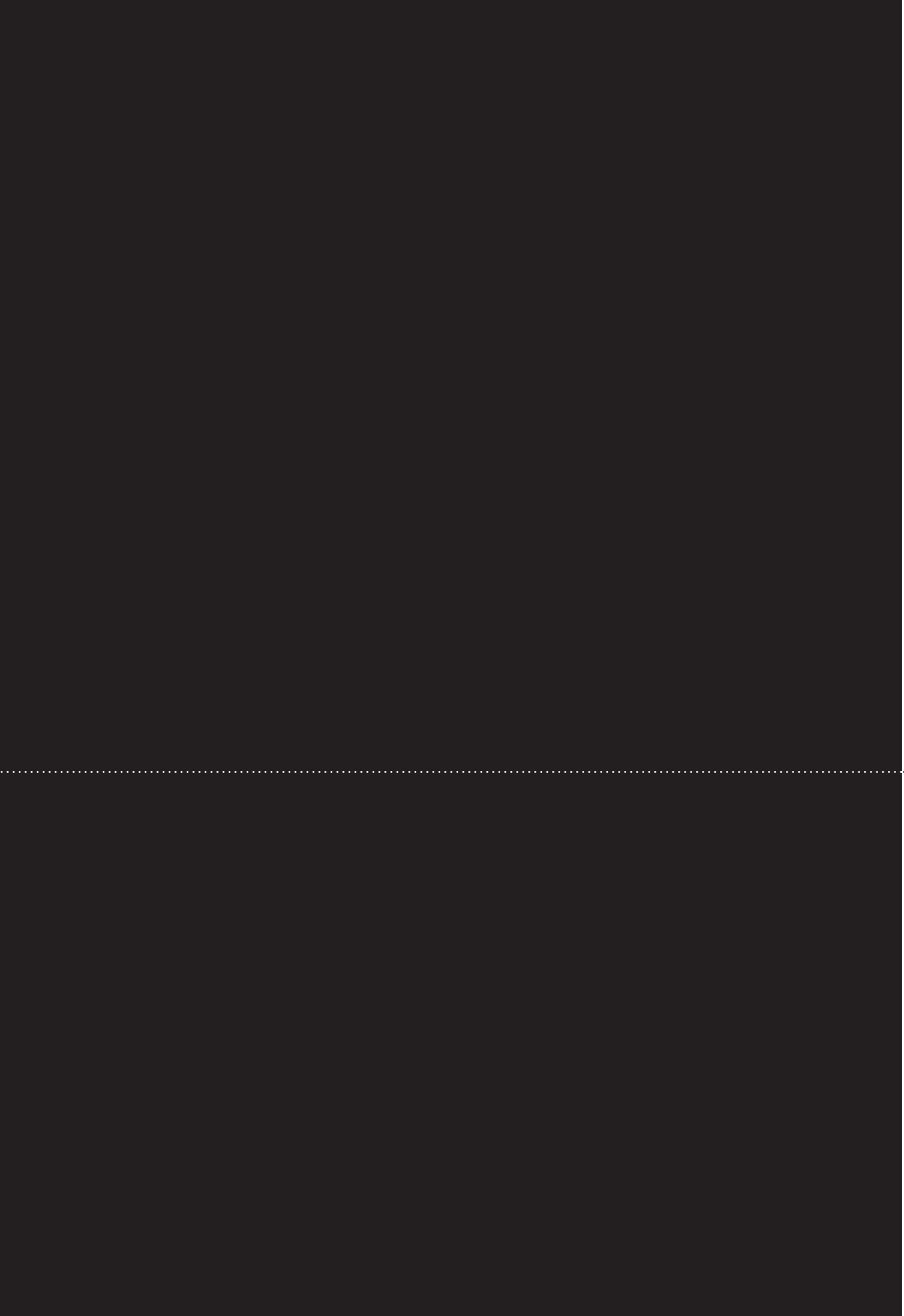
Aunque no hablábamos mucho, esta vez tenía ganas de que me explicara todo.

Salí del pagadiario, me subí a uno que otro bus, pero mi mente estaba con ella y con la silueta del gato negro dibujado en la pared de la esquina izquierda. No dejé de pensar en la Bruja. No veía la hora de volver al Santa Fe a verla.

Recorrí buena parte del sur y centro de la ciudad en Transmilenio. Procuraba no alejarme mucho de la casa de la Bruja. Ese día recogí lo suficiente para no quedarme en el molesto primer piso. Casi a las nueve de la noche, de lejos vi que las luces amarillas de la entrada del pagadiario estaban apagadas, y la puerta, cerrada. Al caminar hacia allá, vi un cartel rectangular blanco con bordes negros que resaltaba con el verde oscuro de las paredes de la fachada. “Las exequias se llevarán a cabo en la Capilla del barrio, a las diez de la mañana”, se leía en el cartel. Un letrero fúnebre que tenía, en la parte derecha, la foto de la Bruja cuando era más joven, cuando aún no tenía la mancha ni tantas arrugas. Se decía que la Bruja había muerto. ¿Quién sabe en dónde estará ese gato?, pensé.







# Un mago en Varsovia

Joan Sebastián  
López Riaño

**Red de Talleres Locales de  
Escritura 2019  
Localidad de Engativá**

## Sobre el autor

Nació en Bogotá en 1989. Es ingeniero de sistemas, y en su cotidianidad se desempeña como desarrollador de software. Haber crecido en una de las zonas más alejadas de la capital y su paso por la Universidad Nacional de Colombia le permitieron entrar en contacto con la compleja realidad colombiana y los movimientos sociales. Sus lecturas se inclinan fuertemente por la fantasía épica, la historia y la geopolítica. Entre sus principales influencias se encuentran Robert E. Howard y Noam Chomsky. Se identifica a sí mismo como activista por el acceso libre al conocimiento y el software libre, y se interesa por los temas de Oriente Medio, en especial, por la situación del pueblo palestino.

*La espada del destino  
tiene dos filos... y uno eres tú.*  
Andrzej Sapkowski

La muerte despuntó el alba y la desesperanza marcaba el ritmo. Los cientos de pies descalzos que marchaban al unísono producían una hipnótica sensación sonora entre quienes se dirigían en dos filas hacia los camiones alemanes que los esperaban. Mientras la operación se llevaba a cabo, un cuervo sobrevoló en amplios círculos aquel lugar, hasta que después de algunos minutos se posó en lo alto de una chimenea cercana. A ojos del animal, la escena era una especie de ceremonia. Parecía uno más de los tantos rituales tan característicos de aquellos seres bípedos.

Sin embargo, a ojos del pequeño Jozef había algo allí que no era normal. Oculto tras una pequeña rendija a nivel del suelo, desde la cual se podía ver todo el operativo, el niño saltó emocionado desde su puesto de observación y corrió hasta la otra esquina del sótano. Allí, un grupo de hombres reunidos alrededor del fogón debatían en voz baja.

—¡Maestro Goldzsmit! ¡Venga rápido! ¡Algo extraño ocurre en la calle! —gritó Jozef al tiempo que halaba del abrigo de uno de los hombres, el más anciano de ellos.

—¡Ssshhh! ¡Que no alces la voz, niño! —lo regañó el hombre—. ¡No ves que estamos en medio de una discusión de adultos!

—¡Goldzsmit, deja de parlotear con ese mocoso! ¿Que no ves que estamos en una situación crítica? —dijo otro de los hombres—. Ocho balas de revólver, eso es todo lo que tenemos de municiones.

—Es que acabo de ver algo impresionante mientras los alemanes llenaban los camiones con más de nuestra gente en la esquina de la calle Wronia —dijo entre jadeos el niño—. ¡Estoy seguro de que se trata de magia!

—¿Magia? ¿Camiones? ¿Pero de qué estás hablando, criatura? —le espetó el señor Goldzsmit—. Vamos, muéstrame eso. El anciano se acercó a la rendija que daba a la calle, y luego de ver lo que pasaba, se dirigió a uno de los hombres.

—¡Korczak! ¡Rápido! ¡Diríjase cuanto antes al escondite del suroeste y avise que las deportaciones se han reactivado! Un gran revuelo se creó en el escondite; sin embargo, era un revuelo en voz baja.

—Maestro, maestro, ¿no nota usted algo extraño? Mire allí justo donde están subiendo a la gente. ¡Es mágico! —le indicó el niño.

—¡Cómo vas a hablar de magia en estos momentos, Jozef! —volvió a regañarlo el viejo, mientras entrecerraba los ojos para ver mejor lo que pasaba.

—¡Pero la magia existe! ¡Yo puedo ver la magia! Allí está. —Le señaló Jozef con un dedo en dirección a la calle.

—¿Qué? ¿Qué ves? Yo solo veo a bárbaros llevando a cabo una limpieza étnica.

—¡No! ¡Eso no! —le gritó— ¡Yo me refiero al cuervo encima de la chimenea! ¿Que acaso no lo ve? —El anciano se esforzó nuevamente, y en efecto, logró ver un cuervo posado sobre una casa en ruinas.

—Solo es un pájaro, ¿y qué con eso?

Extrañado, el niño le gritó a la cara: ¡Pues que es rojo! ¡El cuervo es rojo! ¡Y los cuervos rojos no existen! ¡Es un cuervo mágico! Dudando de sus propios sentidos, el anciano volvió a mirar, pero ante sus ojos el cuervo seguía siendo tan negro como lo han sido siempre los de su especie.

Alejándose de la rendija, y con una profunda mirada de tristeza, el anciano analizó al niño de arriba a abajo.

—Ya es tarde, ve por tu ración antes de que se acaben —le indicó su maestro.

Con la cabeza baja y resignado, porque una vez más había sido ignorado, el niño se alejó en dirección al fogón. Un adulto le había dado una orden, y era su deber cumplirla. El viejo lo observaba con cierta incredulidad.

—¿Qué pasa, Goldzsmit? ¿Por qué las lágrimas? —le preguntó un hombre que se acercó al anciano ofreciéndole un tazón de sopa.

—Es el pequeño Jozef. Me preocupa. Debe ser por el hambre. Ahora parece que alucina —le aclaró con decepción.

Luego de comer su ración, Jozef volvió a su pasatiempo favorito: espiar la vida del exterior del escondite desde la rendija. Después de todo, era el único niño del lugar y no había con quien jugar. Vio que los camiones ya se habían marchado y solo quedaban algunos soldados alemanes junto a un oficial de las ss.

Ya no se veía por ninguna parte al cuervo. De repente escuchó cómo algo caía justo frente a su rostro. Al disiparse el polvo que se había levantado, pudo ver un pequeño par de patas delgadas y unos brillantes ojos negros que lo miraban. Era el cuervo, cuyo plumaje carmesí brillaba como el cobre bajo el sol. El animal se acercó a la rendija y, luego de atravesar el pico por entre los barrotes, le dijo:

—¿Crees en la magia, niño?

Atónito, Jozef se llevó las manos a la boca, miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie más estuviera presenciando aquel encuentro, y en voz baja le susurró:

—Sí. Siempre he creído, y ahora que tú me hablas, creo más —le respondió.

—Te he estado observando —graznó el cuervo—. ¿Podrás desvelarme tus trucos antes de que el hambre o los piojos hagan de ti un esqueleto andante? —preguntó el ave.

—He estado practicando algunos trucos con cartas, pero desde que llegaron los alemanes, ya nadie quiere ver mi acto principal: ¡El gran escape!

—¡Craaa! —graznó nuevamente, a la vez que movía la cabeza de un lado al otro en un gesto de negación—. Revélame tu talento, ¡oh, gran mago de Varsovia! Y como recompensa te ofrezco... ¡Tu libertad!

—¡Está bien! ¡Lo haré! —le respondió decidido—. Pero antes, tú también muéstrame alguno de tus trucos.

—¡Craaa! Poderoso es el don del habla, y por ser el juglar de las desgracias se me conoce. Mis versos ven el pasado y el futuro vaticinan. Abre bien los oídos y extiende las manos, pues por mis alas, siete migas del maná del tiempo te serán entregadas —le enunció el cuervo.

A continuación, Jozef vio cómo el ave se quitaba una pluma con el pico para luego depositarla en sus manos. Al entrar en contacto

con la pluma, el niño quedó paralizado, y al mismo tiempo, abrumado con las imágenes que en su mente se empezaban a formar. Mientras tanto, el cuervo se alejó un poco de la rejilla, y con una de sus patas empezó a escribir algo en el suelo. Cuando terminó dijo:

*Buscas la dulce vuelta  
Gloriosa triste cría  
Más yo tus ojos seré  
Y esta tu historia  
Siempre se repetirá  
De Gaza a Treblinka  
Guerra y muerte verás*

Sin percatarse, una sensación de agobio y terror fue creciendo en el pecho del pequeño. Incapaz de resistirse, el advenimiento de cada verso fue dándole acceso a visiones cada vez más fugaces. Vio bombardeos, ejecuciones en masa y ríos de gente deambulando sin rumbo por una tierra árida. El llanto de madres con sus hijos muertos en brazos, rostros ensangrentados, pilas de cadáveres, guerra... y más guerra. Todas esas cosas ya las había visto Jozef durante su estancia en el gueto; sin embargo, aquellas revelaciones parecían tener lugar en otro sitio, y tal vez hasta en otro tiempo.

—Ha... ha sido increíble... y horripilante —dijo al volver en sí. Ya la pluma de sus manos se había esfumado. Sabía que ahora era su turno, y tenía que hacer algo deslumbrante.

Cubierto por una cobija de pies a cabeza, el niño salió a hurtadillas de la guarida a la calle. Desde lo alto del muro, el cuervo lo observaba con mirada escrutadora. Atravesó la barda corriendo, ignorando a los soldados. Aquel era su truco final, infantilmente ejecutado. Las carcajadas que provenían de los soldados y del oficial estallaron por todo el lugar. Este último se acercó al pequeño y de un solo tirón lo despojó de su roída “capa de invisibilidad”.

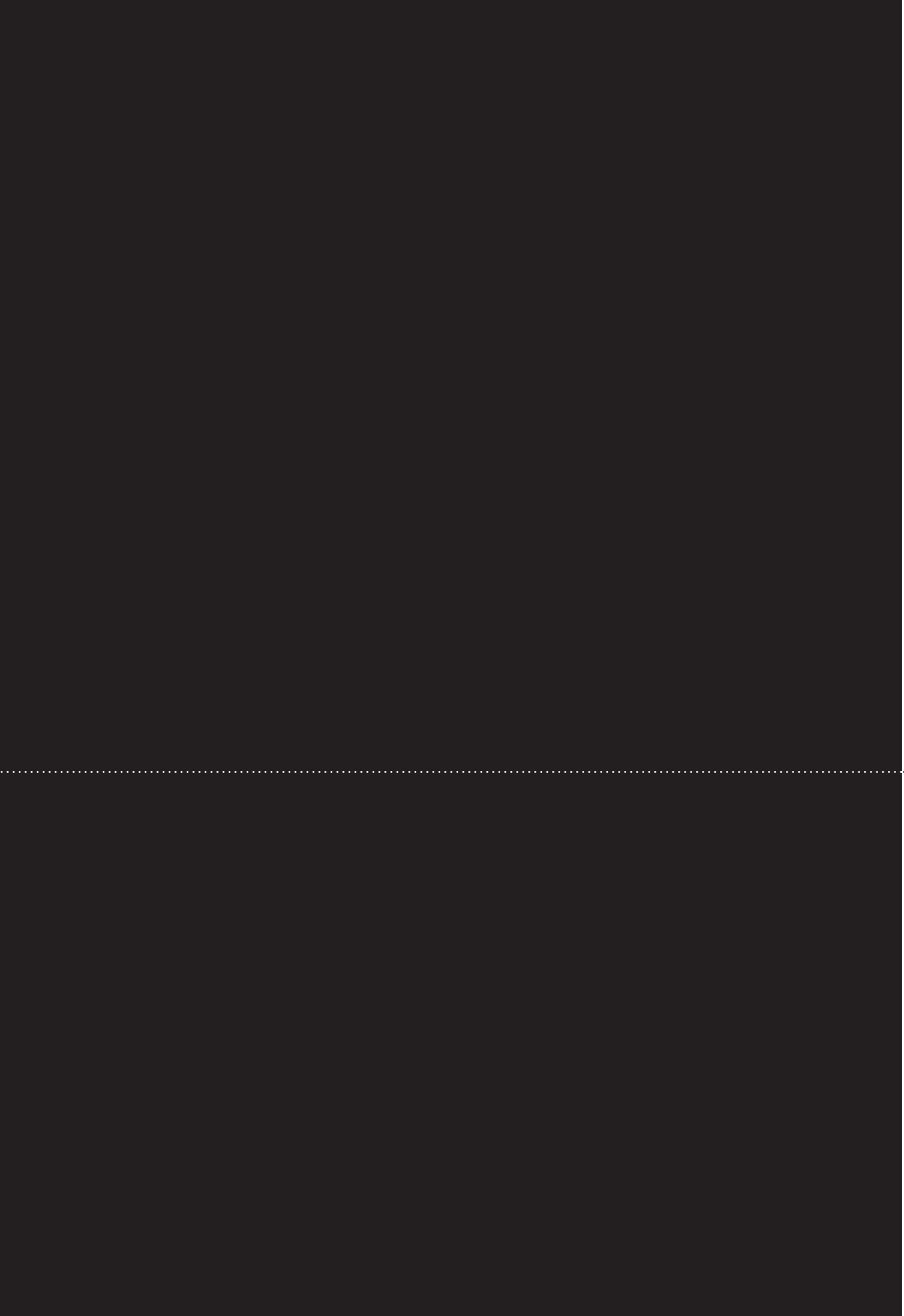
—¿Te crees muy listo, niño? Hasta una rata tendría más sigilo que tú —le gritó al oído. Luego, con la culata de su arma lo derribó. El golpe fue tan fuerte que de una oreja del niño se empezó a asomar

un hilillo de sangre. El oficial se percató de que desde el suelo el pequeño empezaba a susurrar algo. Llevado por la curiosidad, se acercó para oír qué decía. Bastó tan solo que escuchara por unos segundos aquel débil balbuceo para que el hombre entendiera lo que le estaba siendo revelado. Luego de incorporarse enérgicamente, dio órdenes a sus subalternos para que recogieran sus armas y lo siguieran. Con gran afán, el pelotón completo se esfumó.

Desde la guarida, todos habían observado impotentes la escena. Jozef seguía tendido en el suelo mientras que un cuervo le picoteaba la espalda. Repentinamente, un golpe abrumador abrió la escotilla del escondite. Una ráfaga helada de viento inundó la estancia mientras la figura aterradora del oficial de las ss empezó a descender lentamente por la escalerilla que daba al interior del lugar. Mientras tanto, los párpados del niño se abrieron lentamente. El estruendo de disparos y gritos fue en aumento a medida que se levantaba. A pesar del caos cercano, se percató de que estaba solo, oportunamente solo. Entornó los ojos más allá de la barda, en dirección a una chimenea situada fuera del gueto. Allí, a lo lejos, estaba posado el impávido cuervo. El ave le había cumplido.







# Biohó

Daniela Mahé Soto

**Taller Distrital de Novela  
2020**

## Sobre la autora

Nació en Bogotá en 1995. Nómada urbana, ciclista ciudadina y educadora popular. Se graduó como politóloga en la Universidad Nacional de Colombia, y en la Universidad Externado hizo una maestría con enfoque transdisciplinar en Sistemas de Vida Sostenibles. Ha trabajado en diversas regiones del país en proyectos humanitarios y pedagógicos y como investigadora en temas de género, construcción de paz y multiculturalidad. Desde niña le apasionan la poesía y la narrativa, gracias a su tía abuela, que le contaba historias, le declamaba y la impulsó a “leer y siempre leer”. Su interés en la escritura y la disciplina que implica el oficio surgió en los Talleres de Escrituras Creativas del Idartes: uno introductorio general (2014), y otro específico de novela (2020). En la actualidad se dedica a desarrollar el proyecto trazado en ese último espacio.

## Capítulo I La partida

Llevaban más de once años sin dormir con su hija. La niña, acomodada en el centro de la cama de sus padres, no había parado de patear en toda la noche. Una fina capa de sudor se instaló entre su abundante melena y la piel oscura de su frente, dejando escurrir gotitas que iban a parar a su clavícula. Martina la abrazaba por la espalda. Las babas de la niña se habían expandido hasta su mejilla, pero parecía no importarle. Su sueño era el momento más plácido del día, a pesar de que de cuando en cuando emitía chirridos con los blancos y perfectos dientes. Mario estaba acorralado a la orilla de la cama, durmiendo en una estrechísima franja entre el pie de Agustina y el vacío. Sus labios estaban tan tensos que parecían blancos, y el ceño tan fruncido, que sus cejas se veían como una sola. Hasta dormido se veía molesto.

La habitación era un semicírculo con puerta corrediza. La cama, otro semicírculo que parecía un lavamanos con un colchón adentro, quedaba justo en frente del clóset, que era una pared llena de huecos hexagonales donde se guardaba la ropa enrollada. Todo estaba limpio, meticulosamente acomodado en el lugar que le correspondía. Los overoles negros de Mario se intercalaban con los grises de Martina, formando una cuadrícula que reposaba sobre una hilera de botas idénticas y brillantes acomodadas en las secciones inferiores del clóset. La única decoración en aquella estancia era una foto familiar tomada el día en que Agustina se graduó de primaria. En ella, los tres exhibían con orgullo el resultado del examen de aptitud que clasificaba a Agustina en La Despensa.

Martina abrió los ojos, se puso de pie cuidadosamente para no despertar a la niña y sacudió con suavidad a Mario para que se levantara. Mientras él fue a asearse, ella se dirigió a la habitación de Agustina, que era una réplica más pequeña de la de ellos. Primero verificó que la maleta de su hija estuviera bien empacada, que llevara lo necesario y que la muda de ropa que alistó para el viaje se encontrara completa. Luego observó la habitación de la niña.

Las paredes ya estaban vacías: solo quedaba un leve rastro de los lugares en los que habían reposado por años un sombrero de tiras de las fiestas de la unión, la colección de banderas que ganó en las misiones de gimnasia de fin de curso, los carteles de Yuri y las Alquimistas, Los Topos y Memoria Escarlata, sus bandas favoritas. El clóset estaba desocupado. Ya no la regañaría por doblar mal su ropa, ni por dejar las botas al lado de la cama, en vez de usar los compartimientos, ni por contrabandear comida en las noches, a escondidas de ellos. La nostalgia le atrapó el pecho como los dedos de los enfermos voluntarios agarraban las paredes de la clínica: con rasguños desesperados que intentaban aprehender algo para no perderse en el vacío.

Mario la encontró parada junto a la puerta, con la mirada desenfocada. Su mujer era alta y regordeta, de cara redonda y prominentes mejillas. Los labios gruesos y oscuros formaban un pequeño puchero, y las manos enormes, llenas de surcos, producto de los químicos con los que trabajaba, se retorcían intentando contener un tic en el dedo pulgar. Al verla, Mario recordó de inmediato el día en que se conocieron, en el Centro de Formación para el Trabajo.

Ambos se postularon al Sanatorio, una de las seis burbujas que componían la ciudadela Biohó. Allí se formaban los agentes que se encargaban de atender a los enfermos. Al final del primer año en el Centro de Formación presentaron el examen semáforo, que determinaba si podían o no continuar con la carrera. Todos los principiantes esperaban en hilera a la salida del salón. Los instructores llamaban de a dos personas, al azar, y a Mario y Martina les tocó juntos. El salón era un recinto circular en cuyo centro reposaban dos visores y dos equipos de sensores. Una voz les indicó que debían equiparse. Ambos se acercaron para acomodarse los aparatos, pero apenas Mario levantó el casco, este se le resbaló de las manos por el sudor. Martina lo ayudó a levantarlo, pero el tic en el dedo pulgar hizo que el visor se volviera a caer. Mario lo recogió por segunda vez y se lo puso, pero al intentar acomodarse los sensores, estos también se le cayeron. Martina los recogió y se los entregó, pero cuando fue a ponerse los suyos, la tembladera le ganó y los sensores fueron a dar

contra el suelo. Los dos se miraron y se sintieron tan ridículos, que estallaron en carcajadas. Eso los ayudó a calmarse.

Cuando por fin pudieron ponerse los equipos, la voz les indicó que él tenía que inmovilizar a un grupo de enfermos voluntarios que se encontraban en medio de un brote de agresividad, y ella tenía que escanear sus chips y crear una fórmula que los aplacara. En ese momento, él se enteró de que ella era una agente química, y ella se dio cuenta de que estaba con un agente antidisturbios. Ambos se tensaron al escuchar las instrucciones e intercambiaron una mirada de incertidumbre. Los enfermos voluntarios eran los más difíciles de tratar, porque su malestar provenía de la indisciplina, de su reticencia a tomar los medicamentos según las normas. El protocolo exigía que los agentes solicitaran amablemente a los infractores que escanearan sus muñecas para atenderlos, y si se negaban, podían intervenir para inmovilizarlos, doparlos y resocializarlos. Este último paso estaría en manos de Martina, quien creaba las fórmulas para normalizar el cerebro de los capturados.

Cuando los visores se encendieron, Mario y Martina aparecieron en una calle de color amarillo pálido. A su alrededor sonaban pequeñas pero consecutivas explosiones, como si dentro de cada una de las edificaciones estuvieran preparando palomitas de maíz al mismo tiempo. Los dos se dieron cuenta de que se encontraban en el Manantial, la burbuja en donde se creaba el agua. Sobre el ruido de las explosiones sobresalían algunos gritos, provenientes del parque central.

Con un movimiento de la boca, Martina señaló a Mario la dirección que había que seguir, y los dos trotaron hacia allí. Cinco jóvenes se encontraban enfrentados, tres en una línea y dos en la otra. Sus rostros se veían púrpuras, tenían las venas brotadas, la frente chorreando sudor, y cruzaban insultos. Uno de ellos le propinó un puñetazo a otro, que cayó al suelo aturdido, con la nariz chorreando sangre. Ante el asombro de Martina y Mario, el chico herido empezó a reír. Reía y reía, como si llorara, como si necesitara desenchajarse las costillas, como si le doliera, como si insultara a todos los demás mientras reía.

Mario se despabiló con un suspiro profundo y avanzó decidido hacia ellos.

—Buenas noches. ¿Me permiten una revisión de sus chips, por favor? —dijo con voz firme.

Martina estaba sorprendida de su calma. Mario era un hombre delgado y alto, con la piel tan pálida que se le traslucían las venas, los vasos sanguíneos y hasta la detallada forma de los músculos. Daba la impresión de ser sumamente delicado y de no tener cómo defenderse ante aquella gavilla.

—¡Vaya y coma mierda, sapo hijueputa! —le respondió uno de los chicos que se encontraban de pie. Tenía un overol amarillo mal abotonado, jadeaba al hablar y no tenía más de dieciséis años—. ¿No les basta con embrutecernos todos los putos días?

Mario, sin pensarlo, sacó un arma más pequeña que la palma de su mano, la recargó en la base con un par de cartuchos lilas y disparó tanto al joven que reía como al que lo insultaba, quienes quedaron sumidos en un sueño profundo. Otro de los chicos, de piel cobriza, pelo negro y enormes músculos, se lanzó contra Martina, que respondió a la agresión con una llave tipo yonkio, transformando la fuerza de su oponente en un factor a su favor. Cuando lo tuvo inmovilizado, le aplicó el aerosol que tenía asegurado al cinto, y el muchacho tardó menos de dos segundos en caer dormido.

Mientras tanto, Mario había recargado de nuevo su pistola. Al ver la expresión aterrada de los jóvenes que aún seguían conscientes, prefirió acomodarla en su cinturón y entrar en razones con ellos. Apenas sonó el clic que indicaba que la pistola estaba asegurada en su soporte, uno de los chicos se lanzó contra él. No tuvo tiempo para reprocharse su ingenuidad. Mecánicamente giró sobre su eje y, acomodando los brazos adelante y atrás de su agresor, lo lanzó de cara contra el suelo. En ese momento, Martina apareció con el aerosol y adormeció al cuarto chico. El último que quedaba en pie, al saberse vencido, levantó las manos en señal de rendición.

Martina escaneó las muñecas de todos y, con una agilidad que impresionó a Mario, configuró cinco cartuchos con medicamentos

personalizados. Luego, inyectó a los chicos, uno por uno. Se hizo la oscuridad y estuvieron de vuelta en el salón de clase.

Fueron la mejor misión del primer año. Las fórmulas de Martina lograron más de un noventa por ciento de efectividad, una tasa que superaba por mucho el promedio de las máquinas expendedoras, que suministraban normalizadores con un mediocre porcentaje de sesenta y cinco por ciento de eficacia. La actuación de Mario no se quedó atrás, pues la mayoría de los jóvenes agentes perdieron la calma, se saltaron los protocolos, e incluso recurrieron a violencia innecesaria, desestabilizándose a sí mismos. Desde aquel día, rara vez se veían separados. Para Martina y Mario, la etapa del Centro de Formación para el Trabajo fue el mejor momento de trabajo conjunto, y, cómo no, de amor acaramelado.

A Mario le sorprendió que después de quince años, los miedos siguieran manifestándose del mismo modo, pero, en cambio el cariño, no. Lentamente, se acercó a Martina y, por primera vez en meses, la abrazó. Apenas el tic cedió, y presintiendo que la niña ya estaba a punto de despertarse, susurró al oído de su mujer:

—Báñate rápido antes de que se levante. Yo preparo el desayuno.

Martina asintió y le dio un beso rápido en la mejilla antes de entrar al baño.

Agustina se levantó a las seis y media. Bastó un pitido del despertador para que estuviera de pie. Llevaba meses esperando ese día. La habitación se fue iluminando progresivamente. Desde los bordes del suelo hacia la cúpula, todo fue cambiando de color, pasando de negro a gris con manchas blancas que irradiaban claridad a su alrededor. Al incorporarse, sintió el piso helado y liso en las plantas de los pies, el olor a detergente característico de su hogar y el ruido de la cafetera en la cocina. Las manos le hormigueaban y creyó que alguna parte de ella estallaría de emoción.

Como parte de un ritual, encendió su comunicador inalámbrico, un aparatito azul ovalado del tamaño de su mano, en el que todas las mañanas reproducía música por el altavoz. Todo un lujo tecnológico y energético, por lo que solo podía escuchar una canción al día. Las marimbas, bombos y guasás que serpenteaban entre la voz



arenosa de Mama e' Leña le hicieron compañía mientras que fallaba y volvía a iniciar la tarea de tender la cama: *Ay, mi negrita, ¿qué tu quiere' hoy? Yo quiero bailá' al ritmo del tambor, ella quiere bailá' al ritmo del tambor.* Su padre era un hombre estricto con el orden, y cada vez que veía algo fuera de lugar, lo desarmaba de inmediato con un gesto de desagrado mientras murmuraba frases ininteligibles. Por eso, no dio por terminada su labor hasta que la manta de óvalos grises con blanco quedó acomodada simétricamente en toda la cama. *Y si tú no llega', ¿con quién me vo'a quedá? Tú no te me quedas, vienes a parrandear, usted no se le queda, se va es a parrandear.*

A continuación, deslizó la puerta, dio los buenos días a su padre y pasó al baño, cruzándose con su madre en el pasillo. Ella le dio un sonoro beso en la frente, para luego terminar de un sorbo lo que restaba de un líquido verde y gaseoso dispuesto en un termo transparente que tenía estampado el sello del Sanatorio. El baño era una estancia gris con una tina en forma de sonrisa. A mano derecha se encontraba un óvalo transparente con una gran boca, en donde Agustina introdujo mecánicamente su muñeca. Apenas el aparato detectó el chip, la tina empezó a llenarse, y la niña pasó a lavarse los dientes en el lavamanos que estaba justo enfrente de la máquina. Luego, se sumergió en el agua gaseosa. *¿Y si paso pena porque no sé bailar? De pena nadie sabe en el carnaval.*

Pasados los cinco minutos reglamentarios, salió, se secó el cuerpo y extrajo un termo totalmente transparente de un tubo dispuesto al costado izquierdo del lavamanos. Llevaba una bebida gaseosa ligeramente púrpura, que la niña empezó a tomar en pequeños sorbos mientras salía envuelta en la toalla hacia su cuarto. En el apartamento, ella era la única que se vestía en la habitación. Hubo miles de discusiones al respecto, pues su madre se empeñaba en que su método la hacía lenta y desordenada, que una rutina eficaz era la clave para una vida plena. Sin embargo, Agustina era incluso más testaruda que su madre, y mantenía que eso no hacía parte de ningún reglamento.

En realidad, la niña se vestía en su habitación porque esta era mucho más amplia que el baño, y le agobiaba mantenerse en espacios

cerrados. Esa era una de las razones por las que le alegraba dejar el Sanatorio y mudarse a La Despensa. La ciudadela Biohó, como todas las ciudadelas, estaba compuesta por seis burbujas. Cada una de ellas producía cosas que las demás necesitaban, y entre todas lograban mantener con vida a un millón de personas. La Despensa era el lugar en el que se producía la comida, y contaba con muchos espacios al aire libre entre bodega y bodega. Como toda su familia materna vivía allí, Agustina había ido a pasar vacaciones un par de veces para no quedarse sola y aburrida en el Sanatorio, e irremediablemente se había enamorado. Se enamoró de la comida, de la música, de la gente, del ambiente, del calor y hasta del trabajo, porque allí, aunque los ritmos iban lentos, nadie se quedaba sin trabajar. Niños que se encargaban de la distribución, adolescentes que sacaban sus primeros músculos preparando los medios de cultivo, adultos fabricando la comida y abuelos enseñándolo todo con su voz ronca y paso rítmico. En la Despensa, todos tenían un lugar.

Agustina siempre había ido en la época de las Fiestas de la Unión, que eran cuarenta días de baile, canto y comida en el parque central. El día número veinte era la celebración de fin de año, y todo el mundo se dedicaba a cocinar sus mejores platos para enviarlos como regalo al Manantial. De regreso, el tren volvía repleto de chicha, guarapo, viche, aguardiente y chuco para los adultos; y de jugos y helados de copoazú, açai, borojó y níspero para los niños (aunque los adultos casi siempre se quedaban con el jugo de borojó). A ella no le gustaba la cena de ese día porque todo se cocinaba con papachina, un tubérculo que sabía a papa con yuca, pero de apariencia grisácea y textura de chicle, que al pelarla hacía escocer las manos. Por eso, se volaba de la cocina de su abuela con la excusa de ayudar a cargar los alimentos al tren y, junto a su primo Kaimer, se trepaba en la bicicleta y pedaleaban todo el día de las colmenas a la plataforma, de la plataforma a las bodegas, de las bodegas a los centros de distribución, y de allí a las colmenas, nuevamente. La sensación de libertad era embriagante.

El Sanatorio, en cambio, era la burbuja más pequeña de las seis. Era ridículo siquiera pensar en usar una bicicleta, pues contaba

con pocas calles, y todas estaban abarrotadas de gente. El parque central era un lugar de entrenamiento en el que los y las agentes hacían ejercicios de fuerza, velocidad y combate. Los pocos espacios disponibles para otras actividades solían ser acaparados por aquellos que no lograban un turno en sus máquinas favoritas y que, valiéndose de la fuerza, impedían que personas como ella pudieran hacer lo que les gustaba en el tiempo reglamentario para producir energía.

Agustina se vistió despacio, pues sabía que el día de su despedida, sus padres no se tomarían la molestia de regañarla. Apuntó metódicamente uno a uno los broches internos del overol y deslizó lentamente la cremallera. Probó tres o cuatro formas diferentes de acomodarse los cordones de las botas pardas, pues era la primera vez que usaba zapatos de ese estilo, y así descubrió que cruzándolos, se acomodaban mejor. Luego peinó su indómito cabello y vio maravillada su figura en el espejo, presumiendo el overol color escarlata.

Mario y Martina estaban sentados en el comedor, resignados a esperarla. Pesaba sobre ellos un silencio incómodo que los hacía conscientes del poco tiempo que pasaban en su hogar. En su juventud nunca se imaginaron que su vida terminaría convirtiéndose en una rutina desgastante que giraba alrededor del trabajo. Mario quería ser agente en La Basílica, su ciudadela de origen, pero su puntaje de admisión no fue suficiente para el Sanatorio de allá, y decidió migrar y probar suerte en otra ciudadela. Biohó tenía estándares mucho más flexibles de admisión, pues allí pocas personas querían ser agentes. La disciplina militar y los centros de intervenciones espantaban a la mayoría de los pobladores, que estaban acostumbrados a vivir en grandes y bulliciosas familias, dedicados todos a lo mismo y repartiendo cargas según necesidad y conveniencia.

Martina en cambio había nacido en Biohó, creció con sus padres y sus cuatro hermanos en La Despensa. Su familia se dedicaba a producir carne. Algunos la fabricaban, otros la empacaban, otros la cocinaban y otros la distribuían. Cuando su padre murió, sintió que se perdía en ese mundo que siempre había sido el suyo: la música no la estimulaba, el baile no la poseía, la comida no le complacía, y era como si su alegría se hubiese diluido en las miles de botellitas

de colores que tuvo que tomar en esos días. Decidió que necesitaba un cambio, y optó por convertirse en agente.

La disciplina, el rigor y el orden los unieron. Ser agentes los beneficiaba con la jornada laboral más corta de todas, energía extra para su hogar y sus dispositivos, comunicadores para ellos y Agustina, y vacaciones tres veces al año. En principio era un buen negocio. Sin embargo, la vida real nunca coincidió con lo que les enseñaron en la academia. En vez de lidiar con adolescentes rebeldes y agresivos que se negaban a tomar sus medicamentos, ellos tuvieron que vivir los tiempos de la guerra. La ciudadela Biohó se mantenía al margen de los enfrentamientos con los bárbaros del exterior a cambio de proveer a la ciudadela La Basílica con atención médica y alimentos. La cantidad de enfermos voluntarios e involuntarios que remitían de allí era tal que trabajaban el triple de lo que les correspondía. Ante la imposibilidad de cambiar de oficio por la emergencia, terminaron adaptándose, cada uno a su manera, a la vida que les tocó vivir.

Cuando la puerta se deslizó, Agustina salió sonriente. La niña era alta, fornida, y tenía piel achocolatada. Los ojos, negros, eran idénticos a los de su madre, y su nariz fina era igual a la de su padre. Apenas cumplió once años, empezó a estirarse, y ahora, con doce recién cumplidos, sus manos se veían demasiado grandes en relación con sus cortos brazos, y sus piernas demasiado largas en comparación con el resto del cuerpo. Lo único que permanecía igual era su boca ancha, en la que presumía una hilera de dientes blancos y parejos.

Interrogó a sus padres con la mirada, y su madre le respondió con un abrazo sentido mientras que su padre murmuró con seriedad que el color rojo le sentaba. Luego, los tres desayunaron juntos por primera vez desde que la niña tenía memoria. Huevos con queso, una taza de café y manzana en trozos. Ninguno sabía qué decir, por lo que el desayuno transcurrió en silencio.

A las siete y media salieron los tres del apartamento. Los pasillos grises con parches de luz blancos se curvaban alrededor de cada hogar. En la burbuja de enfrente, Agustina pudo ver por la ventana a doña Cristina, una mujer de unos cincuenta años que era compañera de trabajo de su madre. Estaba besando empalagosamente a

su esposo tras dejarle un plato sobre la mesa. Al verlos pasar, salió a la puerta a despedirse de la niña.

—Mamita, que me le vaya muy bien, que estudie mucho y que también disfrute mucho.

—Muchas gracias, doña Cristina.

Detrás de ella salió un hombre alto, canoso y fornido. Su nombre era Julio y trabajaba como docente en la escuela primaria del Sanatorio. Con actitud zalamera, le dijo a Agustina:

—Se me porta bien por allá... Pero con esos papás qué se va a portar mal, si ellos la dejaron bien educadita, formal y obediente.

Agustina miró hacia el suelo mientras su padre contestaba con tono de orgullo algo relacionado con lo difícil que era criar niños sanos en esos tiempos. Martina los interrumpió apurándolos para partir a la estación. Los pasillos secundarios conectaban los apartamentos con forma de burbuja hacia los pasillos principales. Eran estrechos y por lo general se encontraban vacíos. Los pasillos principales, en cambio, eran anchos y concurridos. Desde ellos se podían ver las torres de burbujas que, como espuma de jabón, se acomodaban en montículos irregulares apelmazadas unas contra otras. En la parte superior contaban con flechas que indicaban el camino hacia los ascensores, que eran cápsulas que llevaban al exterior de la colmena.

Vista desde afuera, la colmena tenía forma de ocho. Allí vivían los veinte mil habitantes del Sanatorio que no estaban reclusos en las clínicas. Era un enorme laberinto de apartamentos ubicados del modo más eficiente e irregular posible. Se encontraba en el centro de una gran burbuja, y era la construcción más alta del lugar, por lo que también tenía la función de ser el soporte principal de la gran cubierta que los protegía a todos del exterior y sus enfermedades.

Agustina y sus padres salieron de la colmena. La calle que se encontraba enfrente de ellos estaba atestada de personas que caminaban ordenadamente en dos hileras que iban en sentidos contrarios. Atravesaron el parque central rápidamente. Allí, los adultos mayores terminaban su turno de uso de máquinas y daban paso a los jóvenes que se levantaban un poco más tarde a hacer ejercicio. No era un asunto de respeto, sino de salubridad. Los jóvenes reclutas tendían

a ser descuidados con su higiene antes de la revisión del mediodía, y dejaban el parque apestando de tal forma que los mayores se apropiaron del único momento del día en que el hedor del sudor y la pecueca no se pegaba en la lengua solo por cruzar por allí.

La salida estaba al lado este de la burbuja. Si no se observaba detenidamente, era difícil notarla, pues parecía un desafortunado bache en vez de una plataforma, que era lo que rezaba un letrero que se encontraba sobre ella, y que era más grande que el diminuto montículo. Servía como escalón para acceder al tren, por lo que quienes esperaban, lo hacían en dos filas ordenadas en la calle: una para los viajeros y otra para los acompañantes. Debajo del bache se encontraban dos rejillas camufladas en el suelo; por allí salía el tren a la superficie y volvía a internarse en ella.

En la fila había varios niños de doce y trece años despidiéndose de sus padres, haciendo gala de coloridos uniformes que desentonaban con el entorno grisáceo. El tren operaba solo cuatro días al año: el primero de yulá, el treinta de ninciá, el primero de anirio y el treinta de janí. Aunque la fecha más cercana al inicio de clases era el treinta de ninciá, todos trataban de viajar el primero de yulá para pasar fiestas fuera del Sanatorio, porque allí hacía muchos años no se celebraba nada.

—Agustina, hija, cuídate mucho.

—Mamá...

Martina sacó de su bolsillo un cordón blanco con un dije ovalado de color amarillo que medía menos de una falange. Tenía grabada la imagen del espíritu de Manasita: una niña sobre una flor con la lengua en forma de machete. El nivel de detalle era sorprendente.

—Me lo regaló mi papá cuando tenía tu edad. Cuídala, y ella te va a cuidar.

—Gracias, mamá.

Agustina notó que un nudo en la garganta amenazaba con desmigajarse y regarse en su pecho, para convertir ese vacío energético que sentía desde la mañana, en esa nostalgia pegachenta y asfixiante que a veces le impedía respirar. Su madre lo notó y la sacó del lío.

—Hazle caso a tu abuela.

—Sí, mami.

—No quiero enterarme de que, por andar en el parque central, deja de lado los estudios, jovencita —dijo Mario—. Y tenga cuidado con las fiestas y el carnaval: no entiendo por qué tiene que andar metida en esa guachafita.

La cara que le dirigió Agustina, entornando los ojos y torciendo la boca, le habría significado tres días de castigo, pero antes de que su padre reaccionara, los tres centraron su atención en las rejillas que se abrían. Siempre era un espectáculo sobrecogedor, pues de un momento a otro el suelo desaparecía y aparecían dos huecos de más de diez metros de diámetro a lado y lado de la “plataforma”.

Una esfera blanca salió de la tierra, y la conductora vociferó:

—Primera parada: El Sanatorio.

Mientras la esfera de la conductora se hundía en el segundo agujero, del primero emergió otra esfera idéntica. Las personas empezaron a ingresar ordenadamente. Martina miró a su hija con ternura, y esta se lanzó hacia ella en busca de un último abrazo de despedida. Su padre se acercó y le dio un abrazo rígido deseándole suerte. La fila avanzaba rápidamente. Cuando las dos filas se separaron, la niña se impulsó para subir al bache. Escuchó que su madre decía “te amamos”. Puso un pie en el suelo blanco de la esfera y se subió.



Luis Camilo Dorado • Hoffen • Sergio Clavijo • Hugo Hernández Plazas • Miguel Ángel Cuesta • César Vargas y Vanessa Peñuela • Diana Ospina Monsalve • Rocío Perea Daza • Dayanna Reyes Copatija • Siloé Bravo • Susana Rico • Kelly Rocío Mendieta • Camilo Uribe Gómez • Alain Medina • Jessica Montilla • María Roda Otero • Lucy del Socorro Morales • Abel Gual Valderrama • Ana María Morillo • Iván Alejandro Trujillo Acosta • Juan Camilo Rincón • Juan Carlos Castillo Barrios • Huver Camacho González • Laura Robles • Alexander Rosales • Angie Julieth Quiroga Rincón • Joan Sebastián López Riaño • Daniela Mahé Soto

.....



INSTITUTO  
DISTRITAL DE LAS ARTES  
IDARTES

